



ANNE
PERRY

*Incendios en
Highgate Rise*



En el Londres victoriano, aquel rutilante mundo de elegancia para unos pocos, hipocresía de esos mismos pocos y formal cortesía hasta para ir al retrete, se cometían crímenes como en cualquier otra gran ciudad... Clemency Shaw, la esposa de un prominente doctor, ha muerto en un incendio. Pero el inspector Pitt tiene dudas sobre el origen del mismo, y, junto a su astuta esposa Charlotte, deberá recorrer una intrincada y siniestra red de pistas y personajes que van desde los más bajos fondos de la sociedad victoriana hasta los más selectos centros de poder...

L≡**LIBROS**

Anne Perry

Incendios en Highgate Rise

Thomas Pitt – 11

*A Meg MacDonald,
por su amistad y su inquebrantable fe en mí,
y a Meg Davis,
por su amistad y por sus consejos y su trabajo.*

El inspector Pitt contemplaba las humeantes ruinas de la casa, sin reparar en la persistente lluvia que le empapaba. Tenía un mechón pegado a la frente y el agua se le colaba entre el cuello levantado del abrigo y la bufanda de lana. Frías gotas de lluvia le resbalaban espalda abajo, mientras que aún le era posible percibir el calor que desprendían los amontonados ladrillos ennegrecidos. El agua goteaba de las bóvedas derruidas y, al contacto con los rescoldos, se elevaba en volutas de humo produciendo un sonido sibilante.

A pesar de los escasos restos que quedaban, se dio cuenta de que había sido un edificio con encanto, elegante y bien construido: un hogar en el que habían vivido personas. Ahora apenas quedaba nada más que las habitaciones del servicio.

A su lado, el agente James Murdo se balanceaba cambiando alternativamente la pierna de apoyo. Pertenecía a la comisaría local de Highgate y le había dolido que sus superiores hubieran llamado a un hombre de Londres, por mucho que se tratara de alguien de la reputación de Pitt. Ni siquiera les habían dado la oportunidad de arreglárselas por ellos mismos. No había motivo para pedir ayuda tan pronto, sin haber tenido ocasión de conocer los pormenores del caso. Pero su opinión había sido ignorada, de modo que ahí tenía a Pitt: desaliñado, vestido de una forma que contrastaba lamentablemente con sus elegantes botas. Los bolsillos le abultaban por las inimaginables piltrafas que contenían, llevaba los guantes desaparejados y la cara tiznada de hollín y surcada por la tristeza.

—Calculo que debió empezar hacia medianoche, señor —dijo Murdo, para demostrar que se las bastaba por sí solo para ser eficiente y que ya había hecho todo lo que cabía esperar—. Una dama de cierta edad, la señorita Dalton, que vive un poco más abajo, en St. Alban's Road, vio el incendio al despertarse hacia la una y cuarto. Las llamas ardían ya con furia y envió a su doncella a que avisara al coronel Anstruther, que vive en la puerta de al lado, para que diera la voz de alarma, pues posee uno de esos artilugios telefónicos. La brigada de bomberos llegó al cabo de unos veinte minutos, pero no pudieron hacer ya gran cosa. Para entonces toda la casa estaba en llamas. Fueron a buscar el agua a las albercas de Highgate Ponds —señaló con el brazo—, justo al otro lado de esos

terrenos.

Pitt asentía, mientras componía una imagen de la escena: el miedo, los bomberos forzados a retroceder ante el calor abrasador, los caballos espantados, las cubetas de mano en mano, y la inutilidad de todo aquel esfuerzo. Todo había quedado cubierto por el humo y por un resplandor rojo y cegador, mientras las lenguas de fuego ascendían hacia el cielo y las vigas reventaban con un fragor estrepitoso, en medio de un revuelo de chispas que se elevaban en la oscuridad. En el aire permanecía aún suspendido el acre olor del incendio, que hacía llorar los ojos y reseca la garganta.

Pitt se sacudió una pequeña mota de hollín de la mejilla, lo que fue un error pues le tizó la cara.

—¿Y el cadáver?—preguntó.

La animosidad de Murdo se esfumó al punto al recordar a los bomberos con el rostro lívido, portando la camilla. Sobre ésta sólo había podido ver unos restos casi esperpénticos, tan carbonizados que a duras penas podían reconocerse como humanos. A Murdo le tembló la voz al contestar.

—Creemos que se trata de la señora Shaw, señor, la esposa del médico local y propietario de la casa. Es también el forense de la policía, por lo que hemos llamado a un médico general de Hampstead, pero no ha podido decirnos gran cosa. Tampoco creo que nadie pudiera. El doctor Shaw está ahora en casa de un vecino, el señor Amos Lindsay. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia lo alto de Highgate Rise, en dirección a West Hill—. Es aquella casa de allí.

—¿Sufre algún daño?—preguntó Pitt, sin dejar de mirar las ruinas.

—No, señor. Había acudido a una llamada nocturna, para asistir a una parturienta... Le ocupó la mayor parte de la noche. No oyó nada del suceso hasta que volvía de camino a casa.

—¿Y los sirvientes?—El inspector se dio por fin la vuelta y miró a Murdo—. Parece que esa parte de la casa ha sido la menos afectada.

—Sí, señor. Los sirvientes se han salvado todos, aunque el mayordomo sufrió quemaduras graves y lo llevaron al hospital. Está en la clínica St. Paneras, hacia el sur, justo detrás del cementerio. La cocinera sufre una conmoción y se la ha llevado un familiar que vive por Seven Sisters Road. La doncella no para de llorar y de decir que nunca debió marcharse de Dorset. Quiere volverse allí. La criada de la limpieza duerme fuera y viene cada día.

—¿Estaba el personal al completo y todos salieron ilesos salvo el mayordomo?—insistió Pitt.

—Así es, señor. El incendio se declaró en el cuerpo principal de la casa. El ala ocupada por el servicio fue la última en ser alcanzada y los bomberos pudieron sacarlos a todos. —Estaba tiritando, a pesar de la madera y los escombros que se consumían lentamente ante ellos.

La suave lluvia de septiembre amainaba y daba paso a un diluido sol de

mediodía que asomaba por encima de los árboles de los campos de Bishop's Wood. Soplaban un viento ligero procedente del sur, de la gran ciudad de Londres, donde los jardines de Kensington lucían desbordantes de llamativas flores, las niñeras paseaban arriba y abajo los niños a su cargo con sus uniformes almidonados y los músicos ambulantes entonaban inspiradas melodías. Los carruajes recorrían veloces el Mall, donde las damiselas ataviadas a la última moda se saludaban unas a otras para enseñarse sus nuevos sombreros y las señoritas más atrevidas y de no tan intachable reputación subían a caballo por Rotten Row con sus ropas inmaculadas y sus caídas de ojos al cruzarse con los caballeros.

La reina, vestida de negro, de luto todavía por la muerte del príncipe Alberto acaecida hacía veintisiete años, se había recluso en Windsor.

Y en las callejuelas de Whitechapel había surgido un loco que destripaba mujeres, a las que mutilaba el rostro y cuyos cuerpos, empapados en sangre, dejaba grotescamente abandonados en el pavimento. La prensa popular no tardaría en llamarle Jack el Destripador.

Murdo encorvó los hombros y se enderezó un poco el casco.

—La señora Shaw es la única víctima en este crimen, inspector. Por lo que sabemos, el fuego se inició como mínimo en cuatro puntos diferentes a la vez. Prendió de forma inmediata, como si hubieran rociado las cortinas con queroseno. —Los músculos de su joven rostro se tensaron—. A todo el mundo puede salpicársele queroseno de una lámpara en la cortina de forma accidental, pero no en cuatro habitaciones diferentes. Y todas se incendiaron al mismo tiempo, sin que nadie sepa dar una explicación. Tiene que tratarse de un hecho deliberado.

Pitt no decía nada. Por eso estaba allí, porque había habido un asesinato. Eso era lo que le había llevado hasta aquel jardín destrozado, junto a aquel joven agente, impetuoso y resentido, que tenía la cara negra de hollín y los ojos desorbitados a causa de la emoción y la piedad que le había inspirado aquello.

—La cuestión es la siguiente —dijo Murdo con calma—: ¿era a la pobre señora Shaw a quien querían matar, o era al doctor?

—Hay muchas cosas por averiguar —respondió Pitt con tono seco—. Empezaremos por el jefe de bomberos.

—Su declaración está depositada en la comisaría, señor. A una media milla subiendo la calle. —Murdo hablaba con cierta tirantez, al recordar de nuevo a sus colegas.

Pitt le siguió y ambos caminaron en silencio. Unas pálidas hojas de árbol revoloteaban sobre el pavimento. Pasó una calea traqueteante. Las casas ofrecían un aspecto de solidez. Allí vivían personas respetables y con dinero, situadas en una posición de considerable bienestar. Sus viviendas estaban hacia la parte oeste de la carretera que conducía al centro de Highgate, con sus clubes,

despachos de abogados, tiendas, las obras hidráulicas, Pond Square y el imponente y elegante cementerio que se extendía hacia el sudeste. Pasadas las casas y a ambos lados de la carretera había campos, verdes y silenciosos campos.

En la comisaría Pitt se encontró con un recibimiento más que correcto, pero, por los rostros cansados de los agentes y el modo en que apartaban la mirada, se dio cuenta de que, al igual que Murdo, se sentían dolidos por el hecho de haberse visto en la tesitura de llamarle. Las fuerzas policiales del área de Londres iban cortas de personal, hasta el punto de que se habían cancelado todos los permisos para enviar al distrito de Whitechapel el mayor número de hombres posible, con el fin de emplearlos en los horribles crímenes que conmocionaban Londres y eran portada en la prensa de toda Europa.

El informe del jefe de bomberos le esperaba desplegado encima del escritorio del superintendente, que le había cedido su despacho. Era un hombre de pelo gris, con una forma de hablar pausada y tan educado que, más que disimular, acentuaba su resentimiento. Llevaba un uniforme limpio, pero su rostro estaba desencajado por la fatiga y en las manos le habían salido unas ampollas que aún no había tenido tiempo de curarse.

Pitt le dio las gracias, sin demasiado énfasis para no poner más en evidencia la súbita inversión de papeles, y cogió el informe pericial. Estaba escrito con pulcra caligrafía. Los hechos eran simples, apenas una elaboración de lo que Murdo ya le había contado. El fuego se había iniciado de forma simultánea en cuatro puntos diferentes: en las cortinas del estudio, de la biblioteca, del comedor y la sala de estar, y había tomado cuerpo con gran rapidez, como si hubieran empapado la tela con queroseno. Como la mayoría de viviendas, la casa estaba alumbrada con luz de gas, así que en cuanto el fuego había alcanzado las espitas, éstas habían explotado. Cualquier hipotético ocupante hubiera tenido muy pocas probabilidades de escapar, a no ser que hubiera despertado en los primeros momentos y hubiera salido a través de las habitaciones del servicio.

Tal como habían sucedido las cosas, la señora Clemency Shaw había perecido asfixiada con toda probabilidad por el humo antes de ser consumida por las llamas. El doctor Stephen Shaw estaba fuera, había acudido a una llamada urgente a una milla de distancia de la casa. Los sirvientes no se enteraron de nada hasta que despertaron por el sonido de las campanas de los bomberos, que colocaron escaleras bajo las ventanas para ayudarles a salir.

Eran casi las tres de la tarde y había dejado de llover, cuando Pitt y Murdo llamaron a la puerta del vecino que ocupaba la vivienda contigua a la derecha de la casa siniestrada. Les abrió el propietario en persona, un hombre de baja estatura y rasgos distinguidos, con el pelo plateado peinado hacia atrás y

ondulado en forma de leonina melena. Su expresión era de extrema gravedad. Un ceño de ansiedad se le formaba entre las cejas, y en las líneas que rodeaban su agradable y precisa boca no había el menor vestigio de humor.

—Buenas tardes —dijo de forma apresurada—. Son ustedes de la policía, naturalmente. —El uniforme de Murdo hacía la observación innecesaria, si bien el hombre miraba a Pitt de soslayo. Nadie conserva en la memoria los rostros de los policías, como tampoco los de los conductores de autobús, o de los desatascadores, pero aquella ausencia de uniforme le resultaba inexplicable. Se apartó a un lado para dejarles pasar—. Pasen. Querrán saber si vi algo, claro. No puedo entender cómo pudo suceder. Una mujer tan cuidadosa. Es espantoso. El gas, supongo. Cuántas veces pienso que nunca deberíamos haber dejado de utilizar las velas. Aparte de que son mucho más agradables.

Les condujo a través de un vestíbulo bastante lóbrego hasta una gran sala de estar que con el paso de los años había sido utilizada como estudio.

Pitt echó una ojeada con interés. Era una estancia muy personal y decía mucho del individuo. Había cuatro grandes anaqueles de libros muy desordenados, cuyos volúmenes estaban dispuestos de acuerdo con criterios de conveniencia, no ornamentales. No atendían a un orden visual, sino al que meramente imponía el uso más frecuente. Había folios apilados al lado de volúmenes encuadernados en piel, libros grandes junto a pequeños. Sobre la chimenea había colgado un romántico cuadro de marco dorado que representaba a *sir* Galahad arrodillado en posición de sagrada vigilia, y enfrente había otro de *lady* Shallott con flores en el pelo y arrastrada por la corriente del río. Encima de una mesita redonda de madera junto al sillón de piel había una fina estatuilla de un cruzado a caballo, y sobre el escritorio se veían diseminadas varias cartas abiertas. Encima de uno de los brazos del sofá había tres periódicos apilados en precario equilibrio, y algunos recortes en las sillas.

—Quinton Pascoe —dijo el anfitrión a modo de somera presentación—. Pero ustedes ya lo saben, claro. Aquí. —Se precipitó sobre los recortes de periódico y los metió en un cajón abierto del escritorio—. Siéntense, caballeros. Es espantoso... espantoso. La señora Shaw era una gran mujer. Es una terrible pérdida. Una tragedia.

Pitt se sentó con cautela en el sofá e ignoró el crujido de un periódico bajo el cojín. Murdo se quedó de pie.

—Inspector Pitt... y el agente Murdo —presentó a ambos—. ¿A qué hora se fue a dormir anoche, señor Pascoe?

Pascoe arqueó las cejas, pero se dio cuenta de la intención de la pregunta.

—Oh... comprendo. Un poco antes de medianoche. Me temo que no vi ni oí nada hasta que me despertaron las campanas de los bomberos. Luego sí, claro, oí el fragor del incendio. ¡Qué espanto! —Sacudió la cabeza, mirando a Pitt con aire apenado—. Me temo que tengo un sueño bastante profundo. Me siento

horriblemente culpable. Dios mío. —Aspiró profundamente, al tiempo que se volvía hacia la ventana, tras la que se distinguía un exuberante jardín, en el que era todavía visible el color pardusco de la primera floración otoñal—. Si me hubiera retirado un poco más tarde, habría visto quizá el primer resplandor de las llamas y habría podido dar la voz de alarma. —Elevó el rostro, tenso al hacersele más vívida la imagen—. Cuánto lo lamento. Aunque ahora ya de poco sirve lamentarse, ¿no es así?

—¿Por casualidad miró hacia la calle durante la última media hora antes de irse a dormir?—insistió Pitt.

—No vi el fuego, inspector —contestó Pascoe con un leve matiz de rudeza—. Y le aseguro que no comprendo el propósito de sus insistentes preguntas. Siento mucho la muerte de la pobre señora Shaw. Era una gran mujer. Pero ya no hay nada que podamos hacer, más que... —Volvió a aspirar y frunció los labios—. Más que aquello en lo que podamos ayudar al pobre señor Shaw... supongo.

Murdo se sintió algo incómodo y miró fugazmente a Pitt.

El asunto pronto iba a ser del dominio público, por lo que Pitt no veía en qué podía beneficiar mantener el secreto.

Se inclinó y el periódico bajo el cojín crujió de nuevo.

—El incendio no ha sido un accidente, señor Pascoe. Es evidente que la explosión del gas agravó sus efectos, pero no puede haber sido el detonante. Se inició en varios puntos a la vez. En varias ventanas, según parece.

—¿Ventanas? ¡Pero qué dice! ¡Las ventanas no arden, hombre! Dígame, ¿quién es usted?

—El inspector Thomas Pitt, de la comisaría de Bow Street, señor.

—¿Bow Street? —Pascoe arqueó sus blancas cejas—. Pero Bow Street está en Londres, a varias millas de aquí. ¿Qué tiene de malo nuestra policía local?

—Nada —dijo Pitt, con un esfuerzo por no perder la calma. No eran necesarios comentarios como aquél en presencia de Murdo—. Pero el superintendente considera que se trata de un asunto muy grave y quiere que se aclare lo antes posible. El jefe de bomberos nos ha dicho que el incendio se inició en las ventanas, ya que según parece las cortinas fueron lo primero que ardió. Las cortinas gruesas prenden con facilidad, sobre todo si alguien las ha empapado con aceite de quemar o con queroseno.

—¡Oh, Dios mío! —El rostro de Pascoe se demudó—. ¿Está diciendo que alguien lo hizo a propósito... con la intención de matar...? ¡No! —Sacudió la cabeza—. ¡Eso es absurdo! ¡Es una completa estupidez! Quién iba a querer matar a Clemency Shaw. Debían ir por el doctor Shaw. ¿Y dónde estaba él, por cierto? ¿Por qué no estaba en la casa? Podría entenderlo si... —Guardó silencio y se quedó mirando el suelo, apesadumbrado.

—¿Vio usted a alguien, señor Pascoe? —repitió Pitt, con la mirada puesta en la figura encorvada del hombre—. Alguna persona que pasara, un coche, un

carruaje, una luz, cualquier cosa...

—Pues... —suspiró—. Salí al jardín a tomar el aire antes de subir a la cama. Había estado trabajando en un artículo que me causaba algunas dificultades. —Carraspeó y dudó unos instantes, pero de pronto se dejó llevar por la emoción y las palabras salieron solas—. Un artículo a modo de refutación de una afirmación ridícula de Dalgetty acerca de Ricardo Corazón de León. —Su voz sonó acariciadora al pronunciar aquel novelesco nombre—. No conocen a John Dalgetty, claro... ¿por qué habrían de conocerlo? Es un completo irresponsable, una persona sin el menor control de sí misma ni el menor sentido de la decencia. —Hizo una mueca de repulsión ante aquella idea—. ¿Saben?, los críticos de libros tenemos un compromiso que asumir. —Clavó los ojos en Pitt—. Formamos opinión. Es importante lo que vendemos al público, así como lo que elogiamos o condenamos. Pero Dalgetty estaría dispuesto a permitir que se escarnecieran o ignoraran todos los valores de la caballerosidad y el honor. Y ello en nombre de una licenciosidad a la que él llama libertad. —Se agitaba y sacudía las manos con las muñecas flácidas, para subrayar la laxitud de las doctrinas que describía—. Ha dado su apoyo a esa horrenda monografía de Amos Lindsay sobre esa nueva filosofía política de que se habla ahora. Fabianos, se llaman a sí mismos, pero lo que él escribe equivale a la anarquía... al más puro caos. La sangre correrá por las calles si esas teorías ganan un número suficiente de adeptos. —El esfuerzo por dominarse le hacía apretar las mandíbulas—. Habremos de ver a ingleses peleando contra ingleses en nuestro suelo patrio. Pero es que Lindsay afirma unas cosas como si pensara que hay algún tipo de justicia natural en lo que dice: arrebatar la propiedad privada de las personas para compartirla con las demás, al margen de sus méritos o su honestidad... incluso de su capacidad para apreciarla o conservarla. —Miraba a Pitt con pasión—. Sólo tiene que pensar en la destrucción que supondría. Y en las pérdidas irreparables. Y en la monstruosa injusticia. Todo aquello por lo que hemos trabajado y que tanto hemos mimado... —La emoción le hacía constreñir la garganta, por lo que había elevado el tono—. Todo cuanto hemos heredado a través de generaciones, toda la belleza, los tesoros del pasado... Y ese loco de Shaw, cómo no, que también está con ellos.

Tenía las manos crispadas y el cuerpo rígido, hasta que recordó que Pitt era un policía y que probablemente no poseía nada... y recordó también el motivo que lo había llevado allí. Aflojó los hombros.

—Lo siento. No debería criticar a un hombre que está de duelo. Estoy avergonzado.

—Había salido usted a tomar el aire... —le instó Pitt.

—Ah, sí. Me notaba los ojos cansados y quería refrescarme un poco, recobrar el equilibrio, el sentido de la proporción en las cosas. Estuve paseando por el jardín. —Esbozó una sonrisa bondadosa—. Hacía una noche muy agradable, con luna. Tan sólo había algunos filamentos de nubes y venía un ligero

viento del sur. ¿No le digo que oí cantar un ruiseñor? Fue maravilloso. Hasta me entraban ganas de llorar. Delicioso. Me fui a la cama con una gran paz interior. —Entrecerró los ojos—. Qué espantoso. Muy cerca de aquí se desarrollaba un drama cruel. Una mujer luchaba por su vida contra fuerzas que la superaban, y yo completamente ignorante de ello.

Pitt contemplaba los efectos de la imaginación y la culpa reflejados en el rostro del hombre.

—Señor Pascoe, es posible que aunque hubiera estado despierto toda la noche, no hubiese visto ni oído nada. El fuego prende muy deprisa cuando es intencionado. Y es posible que la señora Shaw muriera mientras estaba dormida, asfixiada por el humo, sin llegar a despertarse siquiera.

—¿Usted cree? —Pascoe arqueó las cejas—. ¿De verdad? Espero que así fuera. Pobre criatura. Era una gran mujer, ¿sabe? Demasiado para Shaw. Él es un tipo insensible, no tiene ninguna clase de ideales elevados. No es que no sea un buen médico y un caballero —se apresuró a añadir—, pero carece de sensibilidad para apreciar lo exquisito. Utiliza su ingeniosidad y su progresismo para mofarse de los valores de las personas. Oh, Dios mío... no debería hablar así de alguien que sufre una desgracia, pero la verdad saldrá a la luz. Lamento no poder ayudarles.

—¿Podemos interrogar a su personal de servicio, señor Pascoe? —preguntó Pitt por mero formalismo. Tenía la firme intención de interrogarles dijera lo que dijera Pascoe.

—Desde luego, no faltaba más. Pero, por favor, trate de no alarmarles. Es tan difícil encontrar cocineras con buena disposición, sobre todo en una casa de soltero como la mía. Si hay algo que les gusta es dar cenas y fiestas y ese tipo de cosas... Y yo tengo muy pocas ocasiones para eso, sólo de vez en cuando, con algunos colegas literarios.

Pitt se puso en pie.

—Gracias.

Pero ni la cocinera ni el criado habían visto nada, mientras que la criada de la cocina y la de la casa tenían doce y catorce años respectivamente, y estaban tan aterrorizadas que eran incapaces de hacer otra cosa que retorcer los delantales entre las manos y decir que ni siquiera estaban despiertas. Y considerando que sus quehaceres las obligaban a levantarse a las cinco de la mañana, Pitt no tuvo dificultad en creerlas.

A continuación visitaron la siguiente casa en dirección sur. En aquella parte de Highgate Rise, los campos caían en declive hasta un camino que Murdo dijo que se llamaba Bromwich Walk y que partía de la parroquia de St. Anne's Church hacia el sur, paralelo a Highgate Rise, hasta el mismo municipio de Highgate.

—Un lugar muy accesible, señor —concluyó Murdo con tono sombrío—. A esas horas de la noche, aunque hubieran venido cien personas a rastras por ahí

abajo con los bolsillos llenos de cerillas, nadie las habría visto. —Estaba empezando a pensar que toda aquella excursión no era más que una pérdida de tiempo, lo cual se reflejaba en su semblante.

Pitt sonrió con indiferencia.

—¿No le parece que habrían chocado unos con otros, agente?

Murdo no comprendió la broma. Él sólo había tratado de poner un ejemplo. ¿Tan poco inteligente era aquel inspector venido de Bow Street? Observó con mayor detenimiento aquel rostro más bien doméstico, con su larga nariz, los dientes frontales ligeramente picados y el pelo despeinado. Pero enseguida apreció el brillo de sus ojos y el gesto de humor de su boca y cambió de opinión.

—Lo digo por la oscuridad —se explicó Pitt—. Puede que hubiera la suficiente luna para que la contemplara Pascoe, pero estaba nublado y no había luces en las casas; a medianoche las cortinas están corridas y las lámparas apagadas.

—Oh. —Murdo comprendió al fin por dónde iba Pitt—. Quienquiera que fuera, tenía que ir provisto de una linterna, y a aquellas horas de la noche hasta el brillo de una cerilla se habría visto de lejos, si por casualidad hubiera habido alguien mirando.

—Exacto. —Pitt se encogió de hombros—. Tampoco es que vaya a ayudarnos mucho que alguien viera una luz, de no ser que se fijara además en el lugar del que procedía. Probemos con Alfred Lutterworth y los miembros de su casa.

Era una edificación magnífica, en cuya construcción no se había reparado en gastos. Tenía el doble del tamaño de las demás casas de la zona, y ocupaba el final de aquel tramo de calle. Pitt siguió su costumbre de llamar a la puerta principal. Se negaba a ir por la entrada de servicio, que era lo que se esperaba de un policía y demás inferiores de su especie. Al cabo de unos momentos abrió la puerta una doncella muy elegante, con un vestido de paño gris y una cofia y delantal almidonados con bordes de encaje. Su expresión la traicionó y reflejó que sabía que Pitt debería haber ido por la puerta de la cocina.

—Proveedores por la puerta de atrás —dijo con una ligera elevación de la barbilla.

—He venido a ver al señor Lutterworth, no al mayordomo —repuso Pitt con aspereza—. Imagino que recibe a las visitas en la parte delantera.

—No recibe a los policías. —Replicaba como una centella.

—Hoy lo hará. —Pitt dio un paso hacia el interior, con lo que la muchacha se veía obligada o bien a retroceder o bien a quedarse con la nariz pegada al pecho de él. Murdo estaba tan horrorizado como admirado—. Estoy seguro de que deseará ayudar a descubrir quién asesinó a la señora Shaw la pasada noche. — Pitt se quitó el sombrero.

La doncella se había quedado casi tan blanca como su delantal. Suerte tuvo

Pitt de que no se desmayara. Su cintura era tan delgada que tenía que llevar el corsé tan apretado que hubiera bastado para ahogar a un espíritu con menos carácter que el suyo.

—¡Oh, Señor! —Hizo un esfuerzo por sobreponerse—. Yo creía que había sido un accidente.

—Me temo que no. —Pitt trató de arreglar lo mejor que pudo su más bien torpe comienzo. A estas alturas no podía permitir que su orgullo fuera pisoteado por una doncella—. ¿Por casualidad no miraría por la ventana hacia medianoche? ¿No vería tal vez una luz moviéndose, u oiría algo inusual?

—No, no vi nada... —dudó—. Pero Alice, la criada, estaba arriba y esta mañana me dijo que vio un fantasma en la calle. Claro que es un poco tontorrón. A lo mejor lo soñó.

—Hablaré con Alice —contestó Pitt con una sonrisa—. Puede ser importante. Gracias.

Muy lentamente, ella le devolvió la sonrisa.

—Si quiere esperar en la salita, le diré al señor Lutterworth que está usted aquí... señor.

La estancia a la que les condujo tenía un encanto nada habitual. Su propietario no sólo tenía dinero, sino también bastante mejor gusto de lo que tal vez él mismo sabía. Pitt apenas tuvo tiempo de echar un vistazo a las acuarelas que colgaban de las paredes. Eran valiosas, sin duda. La venta de cualquiera de ellas habría podido alimentar a una familia entera durante una década. Pero además eran bellas de verdad, y estaban colocadas en el lugar preciso, desde el que atraían la mirada sin saltar a la vista.

Alfred Lutterworth se acercaba a los sesenta años. Un anillo de suaves cabellos blancos rodeaba su reluciente cabeza, y su tez lozana aparecía bastante ruborizada. Era de alta estatura y complexión robusta, y mostraba la seguridad de presencia del hombre que se ha hecho a sí mismo. Su rostro tenía rasgos muy marcados, lo que en un caballero hubiera podido considerarse distintivo de belleza. Pero en su expresión había algo que denotaba cierta agresividad y al mismo tiempo inseguridad, y que traicionaba su secreta convicción de no pertenecer a aquella clase, a pesar de toda su riqueza.

—La doncella dice que está usted aquí por la muerte de la señora Shaw en ese incendio —dijo Lutterworth con un marcado acento del Lancashire—. ¿Es cierto que se trata de un asesinato? Esas muchachas no hacen más que leer las historias de crímenes que encuentran en los anaqueles bajo las escaleras, así que luego tienen más imaginación que la de los novelistas de baja estofa.

—Sí, señor, me temo que es cierto —contestó Pitt. Presentó a ambos, a Murdo y a él mismo, y explicó los motivos del interrogatorio.

—Mal asunto —dijo Lutterworth con severidad—. Era una buena mujer. Mucho mejor que la mayoría de las que hay por aquí. A excepción de Maude

Dalgetty. Ésa tampoco se las da de nada, en absoluto. Correcta con todo el mundo. —Sacudí la cabeza—. Pero yo no vi nada. Estuve esperando arriba hasta que oí volver a Flora, y eso fue a las doce menos veinte. Luego apagué la luz y dormí profundamente, hasta que me despertaron las campanas de los bomberos. Hasta ese momento, podía haber pasado un batallón desfilando por la calle, que no habría oído nada.

—¿Flora es la señorita Lutterworth? —preguntó Pitt, aunque ya lo sabía por la información de la policía de Highgate.

—Sí, es mi hija. Fue con unos amigos a escuchar una conferencia con diapositivas que daban en St. Alban's Road. Está justo ahí abajo, detrás de la iglesia.

Murdo aguzó la atención.

—¿Volvió andando a casa, señor? —preguntó Pitt.

—Está a sólo unos pasos. —Los profundos y más bien bondadosos ojos de Lutterworth, quien adivinaba un reproche, miraron a Pitt con rudeza—. Es una muchacha saludable.

—Me gustaría preguntarle si vio algo. —El inspector hablaba sin alterar la voz—. Las mujeres son muy observadoras.

—Querrá decir entrometidas —convino Lutterworth con tristeza—. Vaya que sí. Mi última esposa, que en paz descanse, era capaz de fijarse en cosas de la gente que yo nunca hubiera visto. Y tenía razón nueve veces de cada diez —El recuerdo se hizo tan nítido en su memoria que por un momento borró de su presencia a los policías que tenía delante y el olor todavía acre a agua mezclada con ladrillos y madera quemada que, a pesar de las ventanas cerradas, flotaba en el ambiente. De su expresión soñadora no se desprendía otra cosa que dulzura. Enseguida volvió al presente—. Sí, claro... si así lo desea. —Tiró del pomo de la campanilla que colgaba de la pared. Era de porcelana.

Al cabo de un instante la doncella apareció en la puerta.

—Dígale a la señorita Flora que quiero que venga, Polly. Es para hablar con la policía.

—Sí, señor. —Y se marchó con rapidez.

—Es un poco engreida —masculló Lutterworth—. Tiene opiniones propias. Pero es bastante guapa, que es como ha de ser una doncella. Supongo que no se la puede culpar.

Flora debió de acudir movida en gran parte por la curiosidad de sus sirvientes, ya que se presentó obedientemente, a pesar de que el mentón levantado y la forma de evitar cruzarse con la mirada de su padre, sumado a un rubor en las mejillas semejante al de él, daban a entender que hacía muy poco que habían tenido una acalorada discusión en torno a algún asunto que aún seguía pendiente de resolución.

Era una joven de buen aspecto, alta y esbelta, con los ojos grandes y

abundante cabello oscuro. Los ángulos de las mejillas y, lo que resultaba sorprendente, sus torcidos dientes frontales la apartaban de los cánones tradicionales de la belleza. Su rostro desprendía fuerza de carácter, y a Pitt no le sorprendió que se hubiera peleado con su padre. No le costaba imaginar un centenar de temas sobre los que ella tendría a buen seguro una opinión extrema que se daría de patadas con la de él: todo, desde cuáles serían las páginas de un periódico que le estaría permitido leer hasta el precio de un sombrero, o la hora a la que volvía a casa y con quién.

—Buenas tardes, señorita Lutterworth —saludó Pitt con cortesía—. Sin duda estará al corriente de la tragedia de la pasada noche. Si me lo permite, quisiera preguntarle si vio usted a alguien al volver a casa después de la conferencia, y a fuera un extraño o alguien conocido.

—¿Alguien conocido? —Era obvio que la idea le había extrañado.

—Si así fuera, nos gustaría hablar con esa persona por si hubiera visto u oído algo. —Eso era verdad, al menos en parte. No había razón para que la joven se sintiera como si fuera a acusar a nadie.

—Ah. —Su rostro se distendió—. Vi pasar el coche del doctor Shaw justo cuando salíamos de casa de los Howard.

—¿Cómo sabe que era su coche?

—No hay nadie más por aquí que tenga uno igual. —En su voz no había acento del Lancashire. Por lo visto su padre le había pagado clases de dicción para que hablara como la señorita que quería hacer de ella. A pesar del enojo, ahora que la atención de su hija estaba en otro lugar, sus ojos la miraban con gran afecto—. Además —prosiguió ella—, vi su rostro con toda claridad iluminado por las lámparas del carruaje.

—¿Vio a alguien más?

—¿Que siguiera nuestro camino? Bueno, detrás de nosotros venía el señor Lindsay... Yo iba andando en compañía del señor Arroway y las señoritas Barking. Ellos siguieron calle arriba hasta el Grove, en el centro de Highgate. El señor y la señora Dalgetty iban justo delante de nosotros. No recuerdo a nadie más. Lo siento.

Pitt insistió para que hablara un poco más acerca de la velada y diera los nombres de todos los asistentes, aunque no le pareció que pudiera ser de utilidad. El evento había concluido demasiado pronto para el incendiario. Con toda probabilidad, él o ella habrían esperado hasta que la función hubiera acabado del todo antes de aventurarse a salir. Debía contar con que tenía varias horas como mínimo.

Pitt le dio las gracias y pidió permiso para hablar con la criada y con el resto del personal. Él y Murdo fueron conducidos a la sala de estar del ama de llaves, donde escuchó la historia de aquella niña de doce años, quien contó que había visto un fantasma con los ojos amarillos incandescentes flotando entre los

matorrales del jardín de la finca contigua. No sabía a qué hora había sido. En mitad de la noche. Había oído sonar el reloj del vestíbulo muchas veces y no había nadie más levantado. Las lámparas de gas del rellano estaban al mínimo y no se había atrevido a llamar a nadie pues estaba aterrorizada. Había regresado a la cama y se había tapado hasta la cabeza. Eso era todo lo que sabía, juró.

Pitt le dio las gracias con delicadeza —era sólo unos años mayor que su propia hija Jemima— y le dijo que le había sido de gran ayuda. Ella se ruborizó y balbuceó una cortesía, y después de un leve traspí se retiró. Era la primera vez en su vida que un adulto la escuchaba en serio.

—¿Piensa que puede tratarse de nuestro asesino, inspector?—preguntó Murdo mientras salían de nuevo a la calle—. Me refiero al fantasma que vio la niña.

—¿Una luz moviéndose en el jardín de Shaw? Es probable. Tendremos que interrogar a todas las personas a las que vio Flora Lutterworth al salir de la conferencia. Puede que alguna de ellas viera a alguien.

—Una señorita muy observadora e inteligente, creo —dijo Murdo, antes de ponerse colorado como la grana—. Quiero decir que se explicó con gran claridad. Sin... sin dramatismos.

—Sin el menor dramatismo —convino Pitt con un conato de sonrisa—. Una joven de carácter. Tal vez habría dicho algo más si su padre no hubiera estado presente. Imagino que no ven todo desde la misma óptica.

Murdo abrió la boca para replicar, pero se dio cuenta de que no sabía muy bien qué quería decir, así que tragó saliva y no dijo nada.

La sonrisa de Pitt se ensanchó y aceleró su desgarrado paso sobre el pavimento en dirección a la casa de Amos Lindsay, donde se había cobijado el viudo doctor Shaw, quien no sólo había perdido a su esposa, sino que además se había quedado sin hogar.

La casa era bastante más pequeña que la de los Lutterworth. Nada más entrar, no pudieron por menos de reparar en que pertenecía además a un personaje extremadamente excéntrico. Su propietario era al parecer una especie de explorador y antropólogo. Las paredes estaban recubiertas de estatuillas de los más variados orígenes. Atiborraban las mesas y las estanterías, y muchas estaban incluso amontonadas en el suelo. De acuerdo con los limitados conocimientos de Pitt, eran africanas o de Asia central. No vio nada de Egipto, de Extremo Oriente o de América, nada que tuviera tampoco la sutil pero familiar serenidad del clasicismo herencia de la cultura europea occidental. En todos aquellos objetos había algo ajeno, una rudeza bárbara que estaba reñida con el interiorismo victoriano de clase media, tan convencional.

Fueron conducidos por un sirviente que hablaba con un acento que Pitt fue incapaz de localizar y cuya piel, no más oscura que la de muchos ingleses, tenía una tersura inusual. Su pelo parecía pintado con tinta china sobre la cabeza. Sus modales eran impecables.

Amos Lindsay tenía un aspecto eminentemente inglés. Era bajo y fornido y tenía el cabello blanco, y era un hombre muy diferente de Pascoe. Si Pascoe era en esencia un idealista que no quería otra cosa que regresar a un pasado medieval de caballeros andantes, Lindsay era un hombre de una curiosidad insaciable y de una total irreverencia hacia lo establecido, tal como mostraba el mobiliario de su casa. Su mente viajaba a otros lugares, hacia los misterios de lo salvaje y lo desconocido. Su piel estaba surcada por profundas arrugas, resultado tanto de su propia naturaleza como de la severidad del sol tropical. Tenía unos ojos pequeños y perspicaces, los ojos de un realista, no los de un soñador. Todo su aspecto indicaba aceptación del humor y los absurdos de la vida.

En aquel momento ofrecía un aspecto grave. Recibió a Pitt y a Murdo en su estudio, pues no disponía de una sala para las visitas.

—Buenas tardes —saludó con cortesía—. El doctor Shaw está en la salita de descanso. Espero que no quieran someterle a un interrogatorio idiota que cualquiera puede responder.

—No, señor —le tranquilizó Pitt—. Quizá por ello podría usted mismo contestar antes.

—Desde luego. Aunque no se me ocurre sobre qué podemos informarles. Sin embargo, y puesto que han venido, deben suponer en contra de toda verosimilitud que hay algún elemento de criminalidad en este asunto. —Miraba a Pitt de forma insistente—. Me fui a dormir a las nueve. Me levanto temprano. No vi ni oí nada, ni tampoco el personal de la casa. Ya se lo he preguntado, pues como es natural el fragor del incendio les alarmó y angustió. No tengo la menor idea de quién podría provocar una cosa así de forma deliberada, ni qué razón podría tener para hacerlo. Claro que la mente humana es capaz de casi cualquier tipo de extravío.

—¿Conocía bien a los Shaw?

Lindsay no se inmutó.

—A él le conozco bien. Es uno de los pocos hombres de por aquí con los que me es fácil conversar. Tiene la mente abierta y no está enquistado en la tradición como la mayoría. Un hombre de una inteligencia y un ingenio considerables. No son cualidades comunes... ni siempre bien apreciadas.

—¿Y la señora Shaw?

—A ella no la conocía tan bien. Es lógico, claro, uno no puede hablar con una mujer igual que con un hombre. Pero era una gran mujer. Juiciosa, compasiva, modesta sin afectación, no daba una imagen falsa de sí misma. Poseía las mejores cualidades en una mujer.

—¿Cómo era físicamente?

—¿Cómo? —La pregunta había sorprendido a Lindsay. Su cara adoptó una mueca que era una cómica mezcla de humor e indecisión—. Es cuestión de gustos, supongo. Era morena, de rasgos regulares, con bastantes... —Se ruborizó mientras hacía un vago gesto con las manos. Pitt imaginó que habrían descrito la

curva de las caderas, de no haber retenido a Lindsay un sentimiento de decoro—. Tenía ojos grandes, inteligentes y serenos. Suenan como si estuviera describiendo un caballo, lo siento. Era una mujer hermosa, en mi opinión. Y caminaba con elegancia. Sin duda hablarán ustedes con las hermanas Worlingham, sus tías. Clemency se parecía un poco a Celeste. A Angeline nada.

—Gracias. Quizá podamos ver al doctor Shaw ahora...

—Desde luego. —Y sin añadir más les condujo de nuevo al vestíbulo, y tras una breve llamada, abrió la puerta de la salita de descanso.

Pitt hizo caso omiso de las llamativas curiosidades que había en las paredes y dirigió la mirada al hombre que estaba de pie junto al hogar y cuyo rostro aparecía exento de emoción, pero cuyo cuerpo estaba todavía en tensión, dispuesto a reaccionar al menor estímulo del exterior. Se volvió al oír el picaporte de la puerta, pero en sus ojos no se observaba interés alguno, sino el mero cumplimiento de un deber. Tenía la piel blanca por la conmoción sufrida y grandes ojeras alrededor de los párpados. Sus facciones eran duras, y ni las espantosas circunstancias en que se encontraba habían podido borrar la viveza e inteligencia del rostro, ni el cáustico individualismo del que habían hablado a Pitt.

—Buenas tardes, doctor Shaw —saludó con tono formal—. Soy el inspector Pitt, de Bow Street, y éste es el agente Murdo, de la comisaría local. Lamento tener que hacerle algunas inoportunas preguntas...

—Por supuesto. —Shaw cortó las justificaciones. Como había dicho Murdo, era forense de la policía y comprendía la situación—. Pregunte lo que tenga que preguntar. Pero antes dígame lo que sepa. ¿Está seguro de que ha sido un incendio provocado?

—Sí, señor. Es imposible que el fuego se iniciara de forma simultánea y fortuita en cuatro puntos diferentes, todos ellos accesibles desde el exterior, y sin que hubiera ninguna causa doméstica que lo produjera, como una chispa de la chimenea, o una vela tumbada en un dormitorio o en las escaleras.

—¿Dónde se inició? —Shaw mostraba ahora una gran curiosidad. Incapaz de permanecer donde estaba, comenzó a moverse de un lado para otro, primero hasta una mesa, luego hacia otra, donde se puso a tocar y ordenar los objetos con gesto mecánico y compulsivo.

Pitt permaneció junto al sofá.

—El jefe de los bomberos dice que comenzó en las cortinas. En las cuatro habitaciones.

El rostro de Shaw reflejaba un escepticismo aderezado, aun en semejantes circunstancias, con un vestigio de ironía y percepción crítica que debían ser características en aquel hombre.

—¿Cómo ha podido saberlo? No han quedado muchos restos... —tragó saliva — en pie.

—Todos los incendios siguen una pauta similar —afirmó Pitt con gravedad—.

Es necesario comprobar qué ha sido consumido por completo y qué está muy dañado pero ha quedado parcialmente en pie. A tenor de donde haya más escombros y cristales puede saberse hasta cierto punto dónde se desarrolló el incendio con más intensidad en los primeros momentos.

Shaw se agitaba con impaciencia.

—Sí, sí, claro. Qué pregunta tan estúpida. Disculpe. —Se pasó una fuerte y bien cuidada mano por la frente y apartó el liso y rubio pelo que le estorbaba—. ¿Qué desea de mí?

—¿A qué hora fueron solicitados sus servicios, señor, y por quién? —Confiaba vagamente en la presencia de Murdo junto a la puerta, bloc y lápiz en ristre.

—No miré el reloj —respondió Shaw—. Hacía las once y cuarto. La señora Wolcott se puso de parto... su marido fue a avisar desde casa de unos vecinos que tienen teléfono.

—¿Dónde viven?

—Lejos, en Kentish Town. —Tenía una voz excelente y una dicción clara, con un timbre muy grato—. Cogí el coche para desplazarme hasta allí. Estuve toda la noche, hasta que nació el niño. Volvía a casa hacia las cinco de la mañana cuando me paró la policía y me contó lo sucedido... y que Clemency había muerto.

Pitt había visto a mucha gente en las horas inmediatas a la muerte de un ser querido. Muchas veces se había visto en la obligación de dar la noticia. Era algo que nunca había dejado de perturbarle.

—Qué ironía —continuó Shaw, sin mirar a nadie—. Mi mujer había quedado con Maude Dalgetty para salir y pasar la noche con unos amigos en Kensington. La cita se canceló en el último momento. Y la señora Wolcott no salía de cuentas hasta dentro de una semana. Era yo quien tenía que estar en casa, y Clemency fuera. —No añadió la conclusión obvia, que quedó planeando sobre la estancia silenciosa.

Lindsay permanecía de pie, sombrío e inmóvil. Murdo miró a Pitt. Sus pensamientos se reflejaron por un instante en su rostro. Pitt los conocía de antemano.

—¿Quién sabía que la señora Shaw había cambiado de planes, señor? —preguntó.

Shaw le miró a los ojos.

—Nadie salvo Maude Dalgetty y yo. Y John Dalgetty, supongo. No sé a quién más pudieron decirselo. Pero no sabían nada de lo de la señora Wolcott. Nadie sabía nada.

Lindsay estaba de pie junto a él. Le puso la mano en el hombro en un gesto que quería ser tranquilizador.

—Tienes un coche muy identificable, Stephen. El autor del desastre pudo haberte visto marchar y debió suponer que la casa estaba vacía.

—¿Y entonces por qué la quemó?—dijo Shaw con severidad.

Lindsay le apretó en el hombro.

—¡Sabe Dios! ¿Por qué prende fuego un pirómano? ¿Por odio a los que poseen más que él? ¿Por un sentimiento de poder que nace de contemplar las llamas? No lo sé.

Pitt prefirió no preguntar si la casa estaba asegurada, ni por cuánto. Sería más fácil y más exacto averiguarlo a través de las compañías de seguros. Y menos ofensivo.

Sonó una llamada en la puerta y volvió a aparecer el criado.

—¿Sí?—exclamó Lindsay con irritación.

—El párroco y su esposa han venido para expresar su condolencia al doctor Shaw, señor. ¿Debo pedirles que esperen?

Lindsay se volvió hacia Pitt, no en busca de su permiso, claro, sino para ver si había finalizado su penoso interrogatorio y podía retirarse ya.

Pitt dudó un instante, no del todo seguro de que no hubiera nada más que pudiera preguntarle a Shaw, ni de si debía, por un mínimo sentido de humanidad, permitir que recibiera el correspondiente consuelo religioso y dejar sus preguntas para luego. A lo mejor hasta le sería más fácil conocer a Shaw observándole en su relación con aquellos que le conocían a él y que habían conocido a su esposa.

—¿Inspector?—le instó Lindsay.

—Desde luego—concedió Pitt, aunque por la expresión desafiante y próxima a la alarma que vio en el rostro de Shaw dudó que fuera de verdad el consuelo religioso del párroco lo que deseaba en aquellos momentos.

Lindsay asintió con la cabeza y el criado se retiró, para regresar al cabo de un momento acompañado de un hombre apacible y muy serio vestido de clérigo. Tenía aspecto de haber sido un joven atlético, pero ahora, bien entrado en los cuarenta, no parecía preocuparse mucho por su estado físico. Se le veía demasiado tímido como para ofrecer una buena imagen, pero no había rastro de malicia o arrogancia en sus regulares facciones ni en su boca, que delataban cierta indecisión. Su intento de aparecer calmado escondía un profundo nerviosismo, y era obvio que en aquellas circunstancias estaba lejos de hallarse en su elemento.

Le acompañaba una mujer de rostro franco e inteligente, de cejas espesas y nariz demasiado grande para resultar atractiva, pero con una boca que expresaba bondad. En contraste con su marido, irradiaba una intensa energía, dirigida por entero hacia Shaw. Apenas reparó en Lindsay o en Pitt, a los que no incluyó en la presentación de sus respetos. Murdo le era invisible.

—Ah... eh... —El vicario se sintió desconcertado al ver a la policía aún allí. Se había preparado lo que iba a decir, pero ahora no encajaba con las circunstancias y no tenía nada más en reserva—. Eh... reverendo Hector Clitheridge. —Se presentó de forma lamentable—. Y mi esposa, Eulalia. —

Señaló a la mujer que tenía a su lado con un gesto de la mano.

Luego se volvió hacia Shaw y su expresión se demudó. Parecía luchar por vencer una gran dificultad. Alternaba entre el desagrado y la inquietud.

—Mi querido Shaw, cómo expresarle cuánto lamento esta tragedia. Es horrible. La muerte nos asalta en medio de la vida. Cuán frágil es la existencia humana en este valle de lágrimas. La desgracia nos llega de repente. ¿Cómo podremos consolarle?

—¡No con tantos tópicos, maldita sea! —exclamó Shaw, abruptamente.

—Sí, bueno... Estoy seguro de que... —Rojo como la grana, Clitheridge no sabía qué decir.

—Las personas repetimos siempre las mismas cosas porque son verdad, doctor Shaw —intervino la señora Clitheridge con una sonrisa anhelante y los ojos clavados en el rostro de Shaw—. De qué otro modo podríamos expresarle lo que sentimos por usted y nuestro deseo de ofrecerle consuelo.

—Sí, eso es... —añadió Clitheridge de forma innecesaria—. Yo me ocuparé de todo... eh... de todo lo que usted considere necesario para... Aunque aún es muy pronto, claro... —Su voz se fue apagando, mientras miraba al suelo.

—Gracias —respondió Shaw—. Se lo haré saber.

—Por supuesto, por supuesto. —Clitheridge se sintió visiblemente aliviado.

—Mientras tanto, querido doctor... —la señora Clitheridge dio un paso al frente. Le brillaban los ojos e iba con la espalda muy erguida bajo su franela negra, como si estuviera aproximándose a un lugar emocionante y peligroso—. Mientras tanto, le ofrecemos nuestras condolencias. Y, por favor, sepa que puede contar con nosotros para cualquier cosa, para cualquier tarea que a lo mejor prefiera no realizar usted mismo. Disponga usted de mí.

Shaw la miró fijamente. Por su rostro pasó fugazmente el esbozo de una sonrisa.

—Gracias, Eulalia. Sé que su amabilidad es sincera.

Ella se ruborizó más de lo que estaba, pero no añadió nada más. El haberla llamado por su nombre de pila era una familiaridad, sobre todo delante de alguien de clase social inferior como la policía. Al ver el modo en que Shaw había arqueado las cejas, Pitt pensó que aun así lo había hecho de forma deliberada, producto de un automatismo instintivo por alejar cualquier forma de pretensión.

Por un momento Pitt vio la escena bajo una luz diferente. Seis personas en una misma habitación, vinculadas por la muerte violenta de una mujer que les era allegada, que trataban de encontrar consuelo para ellas mismas y para cada una de las demás, y que observaban todas las sutilezas de las relaciones sociales, encubriendo la simplicidad de las emociones reales con palabras y rituales. Pero los viejos hábitos y reacciones también estaban presentes: la dependencia de Clitheridge por las citas de las predecibles Escrituras, el intervencionismo de

Eulalia en su favor. Algo en ella había despertado a una vida más intensa por acción de la personalidad de Shaw. Era algo que le resultaba grato y perturbador a un tiempo. El deber había vencido. Tal vez el deber vencía siempre.

El tenso cuerpo de Shaw y sus inquietos movimientos no permitían penetrar en el temperamento intelectual y distante que desprendía. El dolor bajo la superficie lo soportaría él sólo... a menos que Lindsay encontrara alguna expresión que pudiera tender un puente sobre el abismo.

Pitt se retiró del centro de la habitación y se quedó de pie junto a las cortinas estampadas, en actitud vigilante. Lanzó una mirada a Murdo para asegurarse de que hacía lo mismo.

—¿Va a quedarse aquí, con el señor Lindsay? —preguntó Eulalia solícita—. Si lo desea, en la parroquia sería bienvenido. Y podría quedarse todo el tiempo que considerara necesario hasta que... bueno... hasta que se compre otra casa.

—Aún no, querida, aún no —dijo Clitheridge en un nítido susurro—. Primero tenemos que organizar el... eh... aspecto espiritual...

—¡Tonterías! —le contestó ella—. El pobre tiene que dormir en algún sitio. Uno no puede sobrellevar sus emociones sin haber dado acomodo a su persona.

—¡Es al revés, Lally! —Empezaba a enojarse—. Déjame por favor que...

—Gracias —interrumpió Shaw, apartándose de la mesita donde había estado jugueteando con una estatuilla—. Voy a quedarme con Amos. Pero les estoy muy agradecido por su gentileza, y usted, Eulalia, se ha expresado con total corrección, como siempre. Las penas se sufren mucho mejor con un poco de comodidad material. No aporta ninguna ventaja el tener que preocuparse por dónde dormir o qué comer.

Clitheridge se molestó, pero no puso reparos. La oposición era demasiado fuerte para él.

Le salvó de tener que escuchar más argumentos en contra la reaparición del criado para anunciar más visitas.

—El señor y la señora Hatch, señor. —No hubo pregunta sobre si debían o no ser recibidos. Pitt sintió curiosidad.

—Por supuesto —asintió Lindsay.

La pareja que entró al cabo de unos instantes vestía con sobriedad, casi con severidad. Ella iba totalmente de negro, mientras que él llevaba un cuello duro de alas, corbata negra y un traje abrochado hasta el cuello de un indefinido tono oscuro. Su pálido semblante denotaba extrema gravedad y los labios tensos y los ojos brillantes expresaban emoción contenida. Aquel rostro llamó la atención de Pitt por el hecho de que reflejaba la misma intensa pasión que el de Shaw, pero también por la diferencia en sus rasgos innatos: si Shaw era impetuoso y espontáneo, el rostro del hombre que acababa de entrar era reservado y reflexivo; si Shaw se mostraba lleno de vitalidad y ácida ironía, aquel hombre era austero y melancólico. Sin embargo, ambos parecían dotados de un alma

profunda y capaces de emociones impetuosas.

La señora Hatch, que entró delante, ignoró a todo el mundo y fue hacia Shaw, cosa que dio la impresión de ser lo que éste esperaba. La abrazó y la sostuvo entre sus brazos.

—Mi querida Prudence.

—Oh, Stephen, qué desgracia. —La mujer aceptó el abrazo de Shaw sin vacilación—. ¿Cómo puede haber sucedido una cosa así? Yo creía que Clemency estaba en Londres con los Bosinney. ¡Gracias a Dios que tú no estabas allí!

Shaw no dijo nada. Por una vez no sabía qué replicar.

Se produjo un incómodo silencio, como si los demás, que no compartían la profundidad de aquellas emociones, se hubieran sentido violentos y hubieran preferido no ser testigos de ellas.

—La hermana de la señora Shaw —susurró Murdo inclinándose hacia Pitt—. Ambas damas eran hijas del difunto Theophilus Worlingham.

Pitt nunca había oído hablar de ningún Theophilus Worlingham, pero a juzgar por la reverencia que denotaba la voz de Murdo debía tratarse de una persona de cierta reputación.

Josiah Hatch carraspeó para poner fin a aquella escena. Aparte de que hubiera que guardar las formas, se había percatado de las imprecisas figuras de Pitt y Murdo en un extremo de la habitación. Presencias intrusas que no formaban parte de lo que estaba sucediendo.

—Debemos buscar consuelo en la fe —comenzó. Miró de reojo a Clitheridge—. Estoy seguro de que el vicario os habrá reconfortado ya con palabras de ánimo. —Sonó algo forzado, como si no estuviera seguro de lo que acababa de afirmar—. Es éste un momento en el que debemos apelar a la fuerza de nuestro ser interior y recordar que Dios está con nosotros, también en este valle de sombras, y que ha de hacerse su voluntad.

Aquel manifiesto era tan banal como indiscutible, y dolorosamente sincero.

Como si hubiera apreciado un mensaje de honestidad en aquel hombre, Shaw apartó con cortesía a Prudence y se dirigió a él.

—Gracias, Josiah. Es un alivio para mí saber que estás tú para sostener a Prudence.

—Por supuesto —convino Hatch—. Es deber sagrado de un hombre cuidar de las mujeres cuando llega el momento del dolor y la aflicción. Ellas son más débiles por naturaleza, y más sensibles para estas cosas. La dulzura y la pureza de sus mentes es lo que las hace tan perfectamente aptas para el papel de madres y para el cuidado de los pequeños, cosas por las que debemos dar gracias a Dios. Recuerdo cuántas veces me habló en este sentido el querido obispo Worlingham cuando yo era joven.

No miraba a ninguno de los presentes, sino a un lejano lugar de su memoria.

—Nunca dejaré de estar agradecido por el tiempo de mi juventud que pasé

con él. —Una punzada de dolor cruzó su rostro—. La negativa de mi padre a que yo ingresara en la Iglesia la compensó la tutela que sobre mí dispensó aquel gran hombre, quien me encaminó por la senda del espíritu y el cristianismo verdadero.

Miró a su mujer.

—Tu abuelo, querida, fue lo más parecido a un santo que puede haber en este pobre mundo. Su falta nos resulta muy triste... muy triste en verdad. Él hubiera sabido cómo afrontar una pérdida como ésta, y también dirigirnos a cada uno de nosotros las palabras precisas para explicarnos la sabiduría divina y hacernos sentir en paz con la desgracia.

—Sí, sí —dijo Clitheridge de forma inoportuna.

Hatch miró a Lindsay.

—Un adelantado a vuestro tiempo, señor, para infortunio vuestro. El obispo Augustus Worlingham fue una personalidad notable, un caballero cristiano, benefactor de multitud de hombres y mujeres, tanto material como espiritualmente. Su influencia ha sido incalculable. —Se inclinó hacia adelante, con el rostro severo—. Es imposible saber cuántas personas siguen ahora el camino recto gracias a su paso por la tierra. Yo conozco decenas de ellas. —Miraba a Lindsay—. Si las señoritas Wycombe se dedicaron, las tres, a cuidar enfermos, fue por inspiración suya, y por él tomó los hábitos el señor Bartford y fundó una misión en África. Sería también imposible calibrar toda la felicidad doméstica resultante de sus consejos acerca de cuál es el lugar y cuáles los deberes de una mujer en el hogar. Y la bendición de su vida se extendió a una zona mucho más amplia que la de Highgate...

Lindsay le observaba perplejo, pero no le interrumpió. Tal vez era incapaz de encontrar una respuesta adecuada.

Shaw apretaba los dientes y miraba al techo.

La señora Hatch se mordía el labio y miraba con nerviosismo a Shaw.

Hatch lanzó una nueva acometida, con afán renovado.

—Sin duda habrá oído hablar del vitral que le estamos dedicando en la iglesia de St. Anne. Está ya diseñado y sólo necesitamos un poco más de dinero. Aparece representado el propio obispo como el profeta Jeremías, en actitud de enseñar a las gentes del Antiguo Testamento, con ángeles en los hombros.

Shaw apretó las mandíbulas. Parecía contenerse con dificultad.

—Sí, sí... lo he oído —dijo Lindsay como por salir del paso. Su turbación era evidente. Lanzó una fugaz mirada a Shaw, quien se agitaba como si apenas pudiera contener la energía reprimida en su interior—. Estoy seguro de que será un vitral de gran belleza, admirada por todos.

—Ésa no es la cuestión —repuso Hatch tajante—. No se trata de belleza, mi querido señor. Estamos hablando de la edificación de las almas. De la salvación de la vida a partir del pecado y la ignorancia, de recordar a los fieles cuál es el

viaje que estamos realizando y hacia qué fin converge. —Sacudió la cabeza como para abstraerse del firme bienestar material que le rodeaba—. El obispo Worlingham fue un hombre recto, con un gran conocimiento del orden que ocupan las cosas en el mundo y del lugar que ocupamos nosotros en los designios de Dios. Si permitimos que se pierda su influencia será a nuestra cuenta y riesgo. Ese vitral será un monumento a su persona, hacia el cual la gente elevará sus ojos cada domingo, y a través del cual la sagrada luz divina se derramará sobre todos.

—Pero hombre, por todos los santos, la luz se derramará desde cualquier ventana que pongan en la pared, sea como sea —saltó Shaw—. Y si quieres luz, seguro que te dará más si sales a tomar el fresco al camposanto de la iglesia.

—Hablabas en sentido figurado —replicó Hatch, sorprendido y con los ojos llenos de furia—. ¿Es que todo tienes que verlo desde un punto de vista tan prosaico? Deja al menos que en estos momentos de dolor tu alma se eleve a lo eterno. —Entornaba los ojos en actitud feroz, con los labios pálidos y voz temblorosa—. Por el amor de Dios, bastante es la desgracia.

La pasajera disputa amainó y el dolor reemplazó a la ira. Shaw permaneció inmóvil, tranquilo por vez primera desde que llegara Pitt.

—Sí... yo... —No conseguía dar con una expresión de disculpa—. Sí, es verdad. Ha venido la policía. Ha sido un incendio provocado.

—¿Cómo? —Hatch se quedó horrorizado. Se puso lívido y le flaquearon un poco las piernas.

Lindsay fue hacia él por si caía. Prudence retrocedió levantando los brazos, hasta que pareció asimilar de golpe el significado de las palabras de Shaw y su rostro se demudó también.

—¡Provocado! —exclamó la mujer—. ¿Quieres decir que alguien prendió el fuego de forma intencionada?

—En efecto.

—Pero entonces ha sido un... —tragó saliva, intentando mantener la compostura— un asesinato.

—Sí. —Shaw le puso la mano en el hombro—. Lo siento, querida. Pero por eso está aquí la policía.

Ambos, ella y Hatch, volvieron su atención por primera vez hacia Pitt, con una mezcla de intranquilidad y desagrado. Hatch irguió los hombros y, con cierta dificultad, se dirigió a Pitt, ignorando a Murdo.

—Señor, no hay nada que podamos decirle nosotros. Si es verdad que ha sido un hecho deliberado, busque entre los vagabundos. Entretanto, permita que soportemos nuestra pena en privado, en nombre de la humanidad.

Era tarde y Pitt estaba cansado y hambriento. Ya había tenido suficientes muestras de dolor e incomodidad por ese día. No tenía más preguntas que hacer. Había visto ya las pruebas periciales y las escasas conclusiones que ofrecían. No

había sido un acto cometido por ningún vagabundo. Había sido cuidadosamente planeado con intención de destruir. O de matar. La pregunta era: ¿quién? En cualquier caso, era muy probable que la respuesta estuviera en los corazones de las personas que conocían a Stephen y Clemency Shaw. Tal vez en el de alguien a quien ya había visto o cuyo nombre había oído mencionar.

—Sí, señor —convino con alivio—. Gracias por la atención dispensada. —Dirigió esta última fórmula a Shaw y Lindsay—. Les mantendré informados.

—¿Cómo? —Shaw frunció el entrecejo—. Oh sí, claro... Buenas noches... eh... inspector.

Pitt y Murdo se retiraron. Al cabo de unos minutos subían por la silenciosa calle a la luz de la linterna de Murdo, éste de regreso a la comisaría de Highgate, y Pitt en busca de una calesa que le condujera a casa.

—¿Qué opina usted? ¿Iban por la señora Shaw o por el doctor? —preguntó Murdo después de haber recorrido un par de centenares de metros y mientras el aire de la noche les rozaba el rostro con una caricia helada.

—Pudo ser por cualquiera de los dos. Pero si era por la señora Shaw, por lo que sabemos parece que sólo el señor Dalgetty y su esposa, además del buen doctor, sabían que estaba en casa.

—Supongo que puede haber mucha gente que tenga motivos para matar a un doctor —dijo Murdo pensativo—. Los médicos se enteran de muchos secretos de la gente.

—En efecto —acordó Pitt con un estremecimiento de frío y apretando un poco el paso—. Y caso de ser así, puede que el doctor sepa quién ha sido... Y que el asesino lo intente de nuevo.

Charlotte había planchado la mitad de la ropa blanca y tenía cansado el brazo. Había remendado también tres fundas de almohada y arreglado el mejor vestidito de Jemima. Acababa de dejar la labor en la cesta de la costura y de apartar ésta a un lugar no visible para quien entrara y dedicara a la habitación un vistazo tan somero como el que, en el mejor de los casos, solía echar Pitt al llegar a casa.

Eran ya casi las nueve y hacía rato que prestaba atención al menor ruido, a la espera de oír el portazo de entrada. Al final había decidido distraer la mente y se había sentado en el suelo a leer *Jane Eyre*, con total despreocupación por el decoro de su postura. Cuando Pitt llegó por fin, ella no se dio cuenta hasta que él ya había colgado el abrigo y la observaba desde el umbral de la puerta.

—¡Oh, Thomas! —Dejó el libro y se puso en pie liberándose del vuelo de la falda con dificultad—. Thomas, ¿dónde has estado? Tienes un olor terrible.

—Ha habido un incendio —contestó mientras le daba un ligero beso sin abrazarla para no mancharle el vestido de mugre y hollín.

Además del cansancio, Charlotte distinguió en su voz la vivencia de la tragedia.

—¿Un incendio? —preguntó sosteniéndole la mirada—. ¿Ha muerto alguien?

—Una mujer.

Levantó el rostro.

—¿Asesinato?

—Sí.

Ella vaciló un momento al ver su ropa arrugada y mugrienta, todavía húmeda por la llovizna de la tarde, y sobre todo ante la expresión de sus ojos.

—¿Quieres comer algo, o lavarte, o contármelo?

Él sonrió. Aquel candor le resultaba divertido, en especial después de haber asistido a las afectadas maneras de los Clitheridge y los Hatch.

—Quiero una taza de té, quitarme las botas y después un poco de agua caliente.

Ella comprendió que no quería hablar y se fue a la cocina, descalza, sin hacer

ruido al pisar el linóleo del pasillo y las fregadas tablas de madera del suelo. La cocina económica estaba caliente, como siempre, así que sólo tuvo que volver a colocar el cazo encima de la plancha. Luego cortó una rebanada de pan y la untó con mantequilla y mermelada.

Pitt la había seguido.

—¿Dónde ha sido?

—En Highgate.

Charlotte tuvo que rodearlo para llegar a las tazas.

—¿Highgate? Ésa no es tu zona.

—No, pero como estaban seguros de que ha sido un incendio provocado, la comisaría local nos mandó llamar. Era la casa de un médico. Él estaba fuera atendiendo a una llamada urgente, una mujer que se había puesto de parto antes de lo previsto, pero su mujer estaba en casa. En el último momento había anulado una cita en la ciudad. Murió carbonizada.

El agua del cazo estaba hirviendo. Charlotte calentó la tetera, añadió el té y lo dejó reposar. Pitt se sentó agradecido y ella ocupó una silla delante de él.

—¿Era joven? —preguntó.

—Unos cuarenta.

—¿Cómo se llamaba?

—Clemency Shaw.

—¿Y no puede haber sido un accidente? Hay multitud de causas fortuitas que pueden provocar un incendio: una vela que cae, una chispa que salta de una chimenea, un cigarro mal apagado. —Sirvió el té y le acercó una taza.

—¿Y que prenda a la vez y por separado en las cortinas de cuatro habitaciones diferentes de la planta baja, a medianoche? —Levantó la taza y tomó un sorbo, pero se quemó la lengua. Se apresuró a comer un bocado de pan con mermelada.

—Oh. —Charlotte se imaginó a sí misma despertando en mitad de la noche a causa del calor y el fragor de las llamas. Y lo horrible que debe de ser pensar que alguien ha provocado aquello deliberadamente, con la intención de que muera abrasada. La idea era tan espantosa que le pareció sentir un ligero mareo.

Pitt estaba demasiado cansado para advertirlo.

—Aún no sabemos si querían matar a la señora Shaw o a su marido. —Cogió la taza de té y lo probó de nuevo.

Charlotte comprendió que él ya había pensado en todo cuanto ella imaginaba ahora. En su mente debían de haberse formado las mismas imágenes, pero más vívidas. Él había visto los escombros calcinados y el humo que hacía escocer los ojos y la garganta.

—Por esta noche ya no puedes hacer nada más, Thomas. Ella ha dejado de sufrir, y tú no puedes acabar con el dolor del mundo —dijo con dulzura—.

Siempre hay alguien sufriendo en algún sitio y nosotros no podemos cargar con su pena. —Se puso de pie—. No sirve de nada. —Le acarició la mano—. Voy a calentar agua para que puedas lavarte. Luego vente a la cama. Ya llegará un nuevo día con su cuota de problemas.

Pitt se marchó tan pronto hubo desayunado y Charlotte se entregó a la rutina de las tareas domésticas. Mandó a los niños, Jemima y Daniel, a sus respectivas clases en la escuela situada en la misma calle, y Gracie, la doncella, empezó a quitar el polvo y a barrer. El trabajo más pesado, como fregar el suelo, sacudir las alfombras o acarrear el carbón para la cocinera, lo hacía la señora Hoare, que iba tres días a la semana.

Charlotte siguió con la plancha, y cuando acabó se puso a preparar pastelillos y el pan del día. Estaba en ello cuando oyó una imperiosa llamada en la puerta. Gracie fue a abrir. Volvió al cabo de unos segundos sin aliento, con su pequeño rostro radiante de emoción.

—Oh, señora, es *lady* Ashworth, quiero decir la señora Radley, que ha vuelto de su luna de miel... Se la ve estupenda y... muy feliz...

En efecto, Emily venía unos pasos tras ella, cargada con bonitos paquetes envueltos con papel y lazos y balanceando una gran falda de ruidoso tafetán verde. Llevaba el pelo ensortijado con aquellos finos rizos rubios que Charlotte le envidiaba desde que eran niñas, y el rosa de la piel le resplandecía por el sol y la dicha.

Lo dejó todo encima de la mesa de la cocina y abrazó a Charlotte con tanta fuerza que casi le hace perder el equilibrio.

—Oh, cuánto te he echado de menos —dijo con efusividad—. Es maravilloso estar de nuevo en casa. Tengo tantas cosas que contarte que no hubiera podido soportar no encontrarte en casa. Hacía siglos que no recibía carta tuya... Claro que no recibimos carta de nadie desde que salimos de Roma. Son tan aburridas las travesías por mar, a no ser que haya algún escándalo o alguna historia entre los pasajeros. Y no pasó nada de eso. Charlotte, ¿cómo hace la gente para pasarse la vida jugando al *bezique* y al bacará y contándose tonterías, fijándose en quién lleva el vestido más nuevo o el peinado más elegante? Casi me vuelven loca. —Se sentó en una silla.

Gracie se había quedado clavada en el sitio observando la escena con ojos exorbitados, mientras se le disparaba la imaginación y se figuraba transatlánticos llenos de aristócratas jugando a las cartas y vestidos con ropas maravillosas.

—¡Gracie! —Emily cogió el paquete más pequeño y se lo dio—. Te he traído un chal de Nápoles.

La chica se quedó abrumada. Miró a Emily como si ésta acabara de materializarse ante ella por arte de magia. La emoción le impedía hablar. Sus

pequeñas manos sujetaban el paquete con tanta fuerza que, de no ser un objeto de tela, hubiera podido romperse.

—¡Ábrelo! —dijo Emily.

Gracie recuperó el habla.

—¿Es para mí, señora? ¿Para mí?

—Claro que es para ti. Para que te lo pongas sobre los hombros cuando vayas al servicio religioso o cuando salgas de paseo, y si alguien te dice que es bonito le cuentas que te lo trajo de Nápoles una amiga.

—Oh... —Gracie deshizo el envoltorio con dedos temblorosos y cuando la pieza de seda azul, dorada y magenta cayó en un movimiento ondulante, dejó escapar un suspiro extasiado. De repente recordó sus obligaciones y salió disparada hacia el pasillo en busca de la escoba, sin soltar su tesoro.

Charlotte sonrió con una satisfacción que probablemente no sería superada por ninguno de los otros regalos de Emily, incluidos los de Jemima y Daniel.

—Ha sido muy considerado por tu parte —dijo con calma.

—Bobadas. —Emily se desentendió, un poco azorada ella misma. Había heredado de su primer marido una fortuna respetable y el chal le había costado una minucia. Esparció sobre la mesa los demás paquetes y buscó el de Charlotte —. Éste es para ti. Por favor, ábrelo. El resto son para Thomas y los niños. Y ahora cuéntame todo. ¿Qué has hecho desde la última carta que me escribiste? ¿Has participado en alguna aventura? ¿Has conocido a alguien interesante? ¿Algún escándalo? ¿Estás trabajando en algún caso?

Sin escuchar las preguntas de su hermana, Charlotte abrió el paquete con una ancha sonrisa, separando pulcramente los pliegues del papel, demasiado bonito para romperlo. Lo guardaría para usarlo en Navidad. Dentro había tres tiras de flores de seda hechas a mano, tan vivas y magníficas que se quedó boquiabierta. Con aquellas flores, el sombrero más corriente parecería el de una duquesa, y puestas en los pliegues de una falda, un simple vestido de tafetán quedaría convertido en un vestido de baile. Uno de los ramilletes tenía flores rosas en tonalidad pastel, otro era de vivos rojos y el tercero se componía de una gama de tornasolados color fuego.

—Oh, Emily. Eres fantástica. —Su mente pasaba revista a todas las cosas que podría hacer con aquellas flores, aparte del mero placer de contemplarlas, lo cual ya constituía un deleite en sí mismo caso de no poder disfrutar de ninguna otra utilidad—. ¡Oh, mil gracias! Son preciosas.

Emily estaba exultante de satisfacción.

—La próxima vez traeré las obras de arte de Florencia. Pero por ahora le he traído a Thomas una docena de pañuelos de seda. Con sus iniciales bordadas.

—Le encantarán —afirmó Charlotte—. Pero cuéntame cosas del viaje. Es decir, todo lo que no sea absolutamente privado. —No había pretendido preguntarle a Emily si era feliz, ni pensaba hacerlo. Casarse con Jack Radley

había sido una decisión audaz y muy personal. Él era un hombre sin dinero ni porvenir. Después del primer matrimonio con George Ashworth, quien poseía ambas cosas, título nobiliario aparte, era un cambio social radical. Había amado a George y había sentido profundamente su muerte. Pero Jack, cuya reputación era dudosa, había demostrado que su encanto no era ni remotamente tan superficial como había parecido en un principio. Había sido un amigo fiel, dotado de valor, tanto como de imaginación y sentido del humor, y estaba preparado para comprometerse en las causas que considerara justas.

—Pon agua a hervir —pidió Emily—. ¿Has hecho pasteles? —Olfateó—. Huele de maravilla.

Charlotte lo hizo y luego se sentó a escuchar.

Emily había escrito con regularidad, a excepción de las últimas semanas, pasadas en el mar, durante la larga travesía de Nápoles a Londres que se había extendido a lo largo de la parte final del verano. El navío se había detenido en numerosos puertos, pero ella no había enviado carta alguna, pues pensó que tal vez el correo no llegaría antes que ella misma. Se exhibía ahora en la descripción de Cerdeña, las islas Baleares, África del Norte, Gibraltar, Portugal, el norte de España y la costa atlántica de Francia.

Para Charlotte eran lugares mágicos que se encontraban a una distancia inconmensurable de Bloomsbury y las ajetreadas calles de Londres, de las tareas domésticas, de los niños, de las noticias relacionadas con su trabajo que Pitt traía a diario. Ella nunca vería aquellos lugares, y una parte de su ser lo lamentaba. Le hubiera gustado ver la luz refulgente de las paredes pintadas de colores, como aspirar el aire cargado de especias, perfume de frutas y polvo, sentir el calor meridional y escuchar los acentos dispares de las lenguas extranjeras. Todo aquello hubiera podido colmar su imaginación y enriquecer su memoria durante años. Pero de todas formas, ahora podía tenerlo en quintaesencia a través del relato de Emily, y sin los mareos de un viaje por mar, ni el cansancio y las incomodidades de las largas excursiones en coche, ni las deficientes condiciones sanitarias, ni la amplia variedad de insectos que Emily se complacía en describirle en sus más repulsivos detalles.

A través del relato de su hermana, la imagen que se perfilaba de Jack se iba haciendo más vívida y agradable y menos romántica, y Charlotte sintió que gran parte de la ansiedad que la había inquietado desaparecía.

—Ahora que estáis en casa, ¿vais a quedaros en la ciudad? —preguntó observando el rostro de Emily, coloreado por el viento y el sol pero con señales de cansancio alrededor de los ojos—. ¿O pensáis marcharos al campo? —Emily había heredado una gran casa con zonas ajardinadas, que administraba en nombre del hijo habido de su matrimonio con lord Ashworth.

—Oh, no —contestó Emily—. Al menos... —Hizo una mueca de disgusto—. No lo sé. Aún tenemos que acostumbrarnos a que no estamos en un viaje

planificado en que cada día teníamos algo nuevo que ver o hacer y cada noche un acontecimiento al que asistir. Ahora comienza la vida real. —Se miró las manos, pequeñas, fuertes y sin arrugas, que tenía apoyadas sobre la mesa—. Me asusta un poco la idea de que de pronto no sepamos qué decirnos el uno al otro... o no sepamos qué hacer para llenar el día. Va a ser muy diferente. Ya no habrá más crisis. —Aspiró por la nariz con bastante elegancia y miró a Charlotte a los ojos—. Antes de casarnos siempre había habido algún acontecimiento terrible que nos impulsaba a reaccionar... Primero la muerte de George y luego los crímenes de Hanover Close. —Arqueó sus rubias cejas en un mohín de esperanza—. Supongo que Thomas no tendrá ningún caso en el que podamos colaborar nosotras...

Charlotte se echó a reír, aun sabiendo que Emily hablaba en serio y que todos los casos en que ambas habían desempeñado un papel habían estado marcados por la tragedia y el peligro, aunque no habían estado exentos de una estimulante sensación de aventura.

—Se ha producido un caso terrible mientras estabais fuera.

—¡No me lo habías dicho! —exclamó Emily—. ¿Qué clase de caso? ¿Por qué no lo has mencionado en tus cartas?

—Porque no quería preocuparte mientras disfrutabais de vuestra luna de miel. Quería que todo fuera perfecto mientras admirabais las maravillas de París e Italia, sin necesidad de que perdieras el tiempo pensando en gente con la garganta degollada en medio de la niebla londinense —contestó Charlotte con sinceridad—. Pero ahora te lo contaré con mucho gusto si quieres.

—¡Pues claro que quiero! Pero primero ponme un poco más de té.

—Podemos comer algo —sugirió Charlotte—. Tengo fiambres y vianda adobada... ¿Te apetece?

—Sí, está bien... pero explícame mientras lo preparas —le pidió Emily, pero no se ofreció a ayudarla.

A las dos las habían educado con las miras puestas en un matrimonio con algún caballero de su misma posición social que les facilitara casa y servicio doméstico para las tareas del hogar y la cocina. Charlotte se había casado muy por debajo de sus posibilidades, con un policía, y había tenido que aprender a hacerse las cosas por ella misma. El primer matrimonio de Emily había sido igual de desnivelado, pero por encima de su posición, pues se había casado con un aristócrata de gran fortuna, y durante años no había pisado siquiera una cocina, a excepción de la de Charlotte. Y aunque sabía muy bien dar su aprobación o desaprobación a un menú, ya fuera para un hacendado rural, ya para la mismísima reina de Inglaterra, no tenía la menor idea, ni deseos de tenerla, de cómo prepararlo.

—¿Has ido a ver a tía abuela Vespasia? —preguntó Charlotte mientras trinchaba la carne.

Vespasia era en realidad la tía de George, por lo que no era familia directa de ellas, pero ambas habían llegado a quererla y admirarla más que a cualquier miembro de su propia familia. Había sido una de las mujeres más bellas de su generación. Ahora que tenía cerca de ochenta años y una posición económica y social aseguradas, podía permitirse no hacer caso de la opinión pública para comportarse como más le apeteciera y para sumarse a la causa que su conciencia le dictara o que fuera más acorde a sus simpatías. Vestía con una elegancia exquisita, y era capaz de seducir al primer ministro o al barrendero... o de petrificarlos a veinte pasos de distancia con una gélida mirada.

—No —repuso Emily—. Tenía intención de ir esta tarde. ¿Le explicaste a tía Vespasia lo de ese caso?

Charlotte sonrió con suficiencia.

—Oh, sí. Hasta se implicó en él. Me prestó su carruaje y su lacayo para el enfrentamiento final... —Dejó la frase en suspenso expresamente.

Emily arrugó la frente.

Charlotte volvió a llenar el cazo de agua y se volvió hacia la alacena en busca de los adobos. Hasta estuvo a punto de ponerse a tararear, pero se contuvo al pensar que ella no cantaba muy bien... y Emily sí.

Emily tamborileó con los dedos sobre la mesa recién fregada.

—Un miembro del Parlamento apareció amarrado a una farola en el puente de Westminster... —comenzó Charlotte, al principio con delectación, luego con un tono más respetuoso, hasta concluirla con horror y compasión. Al acabar el relato, habían terminado también de comer y ya era más de mediodía.

—¡Podían haberte matado! —la regañó Emily, aunque había lágrimas en sus ojos—. ¡Nunca más vuelvas a cometer una locura semejante! Supongo que cualquier cosa que yo pueda decirte ya te la habrá dicho Thomas. Confío en que te reprendiera como es debido por haber puesto tu vida en peligro.

—No fue necesario. Fui perfectamente consciente. ¿Ya estás lista para ir a ver a tía Vespasia?

—Desde luego. Pero tú no. Tendrás que quitarte ese vestido tan sencillo y ponerte algo más elegante.

Charlotte recordó por un instante las tareas domésticas, pero acabó por caer en la tentación.

—Bueno, si quieres que vaya... Me cambio en un momento. ¡Gracie! —Y salió en busca de la doncella para pedirle que les preparara el té a los niños cuando volvieran y limpiara la verdura para la cena.

Lady Vespasia Cumming-Gould vivía en una casa espaciosa y muy elegante. Abrió la puerta una doncella de uniforme almidonado, cofia y delantal con encajes. Reconoció a Charlotte y Emily de inmediato y las hizo entrar, sin dar

lugar a las habituales evasivas y demoras establecidas. La dama no puso en duda si debían ser recibidas. Vespasia no sólo se sentía orgullosa de las dos, sino que estaba además terriblemente aburrida de la cháchara de la vida social y las interminables nimiedades de la etiqueta.

Vespasia estaba sentada en su salita de descanso privada, someramente amueblada según los modelos estéticos al uso: nada de macizas mesas de roble, ni de sofás reciamente forrados, ni de ribetes en las cortinas. El lugar era una reminiscencia de una época más antigua, la del nacimiento de la propia Vespasia durante el imperio de Napoleón Bonaparte. Anterior por tanto a la batalla de Waterloo, cuando dominaban las líneas simplonas de la época del rey Jorge y la austeridad de una larga y desesperada lucha por la supervivencia. Un tío suyo había muerto en Trafalgar, en la armada de Nelson. Ahora el Duque de Hierro estaba muerto y Wellington no era más que un nombre en los libros de historia, e incluso aquellos que habían combatido en Crimea cuarenta años más tarde eran ya viejos.

Vespasia estaba sentada muy erguida en una silla Chippendale de respaldo duro. Llevaba un vestido gris que le llegaba hasta el cuello, adornado con encajes franceses, y cuatro collares de perlas que le colgaban casi hasta la cintura. No se molestó en fingir indiferencia. Sonrió con verdadero deleite.

—Emily, querida. Tienes un aspecto estupendo. Estoy encantada de que hayas venido. Cuéntame todo lo que te haya gustado. Lo fastidioso puedes omitirlo, seguro que son las mismas cosas que cuando yo estuve, así que es innecesario que tengamos que sufrirlas de nuevo. Charlotte, tú tendrás que escucharlo todo por segunda vez y hacer las preguntas pertinentes. Venid, sentaos.

Se dirigieron hacia ella, la besaron una detrás de otra y ocuparon los asientos que les indicó.

—Agatha —ordenó a la doncella—, tráenos té. Y sándwiches de pepino, por favor. Y que la cocinera prepare unos bollos recién hechos con mermelada de frambuesa y nata.

—Sí, *milady* —asintió Agatha.

—Hasta dentro de una hora y media —añadió Vespasia—. Tenemos muchas cosas que escuchar.

No era objeto de discusión si iban a quedarse tanto rato, ni si debía admitirse a cualquier otro eventual visitante. *Lady* Vespasia no estaba en casa para nadie más.

—Puedes comenzar —dijo Vespasia, con los ojos brillantes de expectación.

Al cabo de casi dos horas, la mesita del té estaba vacía y a Emily no se le ocurría ya qué más contar.

—¿Y qué pensáis hacer ahora? —se interesó Vespasia.

Emily miró la alfombra.

—No lo sé. Supongo que podría dedicarme a las obras de caridad. ¡O dirigir el comité local para la atención de mujeres descarriadas! —exclamó con una risita.

—Lo dudo —repuso Charlotte—. Has dejado de ser *lady* Ashworth. Tendrías que conformarte con ser un miembro ordinario.

Emily le hizo una mueca.

—No tengo la menor intención de ingresar, ni de una manera ni de la otra. No las mujeres descarriadas, sino por las mujeres miembros del comité. No las soporto. Busco algo más apropiado para mí, quiero hacer algo mejor que dedicarme a pontificar sobre la vida de los demás. Charlotte, no me has contestado nada concreto cuando te pregunté por el trabajo de Thomas.

—Es verdad. —Vespasia miró también a Charlotte con expectación—. ¿De qué se ocupa ahora? Confío en que no esté en Whitechapel. La prensa está siendo muy crítica con la policía. El año pasado todo eran loas y alabanzas, y toda la culpa se la llevaron las multitudes durante los disturbios de Trafalgar Square. Ahora han cambiado las tornas y hasta piden a voz en grito la dimisión de *sir* Charles Warren.

Emily se estremeció.

—Supongo que están asustados... Creo que yo también lo estaría si viviera en esa parte de la ciudad. Critican a todo el mundo... incluso a la reina. La gente dice que no aparece lo suficiente, y que el príncipe de Gales es ligero de cascos y gasta demasiado dinero. Y que el duque de Clarence, por supuesto, se comporta como un asno... Pero si su padre vive tanto como la reina, el pobre Clarence irá en silla de ruedas antes de llegar a sentarse en el trono.

—No me parece una excusa satisfactoria. —Los labios de Vespasia esbozaron una leve sonrisa y se dirigió de nuevo hacia Charlotte—. No nos has dicho si Thomas está trabajando en ese asunto de Whitechapel.

—No; está en Highgate. Pero sé muy poco acerca del caso. De hecho apenas acaba de empezar...

—No podría haber mejor lugar para que nos pongas al corriente —dijo Emily con entusiasmo renovado—. ¿De qué se trata?

Charlotte miró aquellos dos rostros expectantes y deseó poseer más información.

—Se trata de un incendio —respondió con tono sombrío—. Ha ardido una casa y una mujer ha muerto. Su marido estaba fuera atendiendo una urgencia; es médico. El ala del servicio fue la última en ser alcanzada por las llamas y los sirvientes tuvieron tiempo de ser rescatados.

—¿Eso es todo? —Emily parecía frustrada.

—Ya he dicho que el caso está en sus comienzos. Thomas llegó a casa apestando a humo y con la ropa llena de ceniza. Parecía exhausto y muy triste. La mujer tenía previsto salir aquella noche, pero anuló la cita en el último

momento.

—O sea que era el marido el que tenía que haber estado en casa —concluyó Vespasia—. Presumo que ha sido un incendio provocado, de lo contrario no hubieran llamado a Thomas. ¿Era el marido el objetivo? ¿O fue él quien provocó el fuego...?

—Sí, parece que él era el objetivo —acordó Charlotte—. Ni con la mejor voluntad del mundo soy capaz de ver una forma para... —sonrió— inmiscuirnos.

—¿Quién era ella? —preguntó Emily—. ¿Sabes algo?

—Nada de nada. Salvo que la gente habla bien de ella. Pero eso es habitual cuando se trata de personas fallecidas. Es lo que se espera, es casi una obligación.

—Menuda tontería —dijo Vespasia casi molesta—. Y no nos revela nada, ni a Thomas ni a nosotras, acerca de esa mujer... Sólo que sus amigos son gente convencional. ¿Cómo se llamaba?

—Clemency Shaw.

—¿Clemency Shaw? —repitió Vespasia, como si hubiera reconocido el nombre—. Me suena familiar. Si se trata de la persona que creo es... era una buena mujer. Su muerte es una tragedia. A menos que alguien prosiga su labor, habrá mucha gente que sufrirá.

—Thomas no mencionó ninguna labor. —Charlotte mostró interés—. A lo mejor es que no lo sabe. ¿De qué labor se trata?

Emily se inclinó en su silla, expectante.

—Puede que no se trate de la misma persona —advirtió Vespasia.

—Pero ¿y si lo es?

—En ese caso, había emprendido una ardua lucha en favor del cambio de ciertas leyes referentes a la propiedad de la vivienda en los barrios pobres —contestó Vespasia con seriedad. Su rostro expresaba algo que sabía por experiencia propia: la práctica imposibilidad de luchar contra ciertos intereses creados—. Hay muchas fincas, con espantosos problemas de hacinamiento y falta de condiciones higiénicas, que son propiedad de personas de gran riqueza y buena posición. Si la cuestión se diera a conocer, podría obligárseles a proporcionar ciertas condiciones mínimas.

—¿Y quién se ocupa de eso? —Emily, tan práctica como siempre.

—No puedo decirlo con exactitud —repuso Vespasia—. Pero si estás decidida a ir más lejos, deberíamos visitar a Somerset Carlisle. Él podría decírnoslo. —Aún no había concluido la frase cuando ya se había puesto en pie para marchar.

Charlotte le lanzó a Emily una mirada de regocijo y las dos se levantaron también.

—Excelente idea —convino Charlotte.

Emily vaciló un instante.

—¿No es una hora un poco intempestiva para visitas, tía Vespasia?

—Intempestiva del todo —coincidió Vespasia—. Por eso es perfecta para

nosotras. Será muy difícil que nos encontremos con otras visitas. —Y sin dar pie a nada más hizo sonar la campanilla para pedirle a la doncella que prepararan el carruaje de Emily.

Charlotte tuvo un momento de duda. No iba vestida de forma adecuada para visitar a un miembro del Parlamento. Para aquella clase de formalidades, solía pedirle prestado a Emily algún vestido largo, o incluso a tía Vespasia, y lo arreglaba convenientemente aplicando algún que otro alfiler en diversos puntos estratégicos. Pero había conocido a Somerset Carlisle hacía varios años, y siempre que lo había tratado había sido en relación con alguna causa noble y exaltada, cuando uno es joven y no se para a pensar en las sutilezas sociales. En cualquier caso, ni Emily ni Vespasia parecían dispuestas a aceptar la menor insinuación de protesta, así que si no se daba prisa en seguir las a buen seguro la dejarían atrás. ¡Y antes de perderse esa visita se hubiera presentado con su mismísimo delantal de cocina!

Somerset Carlisle estaba trabajando en su estudio, con algunos documentos. Su criado le habría negado la entrada a cualquiera que no hubiera sido Vespasia. Sin embargo, el sirviente tenía en gran estima cualquier suceso melodramático y sabía de las cruzadas llevadas a cabo por su señor en favor de una u otra causa, así como de la frecuente vinculación en las mismas de *lady* Vespasia Cumming-Gould. De hecho, era una eficaz aliada por la que sentía gran consideración.

Condujo pues a las tres damas hasta la puerta del estudio y anunció su presencia.

Somerset Carlisle no era joven, ni tampoco podía decirse que fuera un hombre de mediana edad. Posiblemente nunca lo sería. Parecía una de esas personas que pasan directamente de una edad indefinida a una vejez inquieta y activa. Estaba plétórico de nerviosa energía. Sus pobladas cejas y su fino y versátil rostro no parecían descansar nunca.

Su estudio era fiel reflejo de su carácter. Estaba atiborrado de libros de los más variados temas, lo cual se debía tanto a la naturaleza de su trabajo como a sus vastos intereses personales. Los pocos espacios libres en la pared estaban ocupados por pinturas y curiosidades de gran belleza, y seguramente de bastante valor. Las profundas ventanas estilo Jorge IV difundían una profusa luz y si era invierno, o cuando trabajaba de noche, podían encenderse las lámparas de gas que colgaban de las paredes y el techo. Delante del fuego, estirado encima de la mejor silla, había un gato durmiendo con beatífica despreocupación. Sobre el escritorio se apilaban los papeles en un orden inescrutable.

Somerset Carlisle dejó la pluma y se levantó a saludarlas con agrado. Al rodear el escritorio arrastró una pila de cartas que se precipitaron al suelo, pero no les hizo el menor caso. El gato ni se inmutó.

Cogió la inmaculada mano enguantada que le ofreció Vespasia.

—*Lady Cumming-Gould*. Encantado de verla. —La miró con una chispa de humor—. Sin duda hay alguna injusticia apremiante contra la que luchar, de lo contrario nunca hubiera venido sin avisar. *Lady Ashworth*, señora Pitt. Por favor, siéntense. Yo... —Buscó algún lugar cómodo que ofrecerles, pero no lo encontró. Cogió el gato con suavidad y lo depositó en la silla que había ocupado él, debajo del escritorio. El felino se estiró voluptuosamente y se acomodó.

Vespasia ocupó la silla en que había estado el gato y Charlotte y Emily se sentaron en las sillas de enfrente. Carlisle permaneció de pie. Ninguna de ellas se tomó la molestia de corregirle y decirle que ahora Emily era la señora de Jack Radley. Ya habría tiempo para eso.

Vespasia fue directa al asunto.

—Una mujer ha muerto en un incendio no fortuito. Se llamaba Clemency Shaw... —Guardó silencio al ver la turbación de Carlisle al oír aquel nombre—. ¿La conocías?

—Sí... Es decir, por su reputación —contestó en voz baja—. Sólo la había visto un par de veces. Era una mujer discreta, que aún no estaba segura de la mejor forma de conseguir los objetivos que se proponía y que no estaba acostumbrada a enfrentarse con las complejidades del derecho civil. Pero se entregaba a su causa con intensa dedicación y con una honradez admirable. Creo que se preocupaba por las reformas que deseaba más que por su propia dignidad o por la opinión de amigos y conocidos. De verdad lamento su muerte. ¿Sabe cómo sucedió? —La pregunta iba dirigida a Charlotte. Conocía a Pitt desde hacía muchos años, de hecho desde que él mismo se había visto involucrado en un extraño caso de asesinato.

—En un incendio provocado. Ella estaba en casa porque había anulado de improviso una cita en la ciudad, y su marido estaba fuera atendiendo una urgencia médica. De no haber sido así hubiera muerto él, no ella.

—Entonces su muerte ha sido accidental. —La afirmación era casi una pregunta.

—Alguien pudo haber estado vigilando y saber quién estaba en la casa. —Charlotte no quería abandonar la cuestión tan pronto—. ¿Cuáles eran esas reformas que pretendía? ¿Quién podía desear que fracasara?

Carlisle sonrió con amargura.

—Los que han invertido en bienes inmuebles en barrios pobres y obtienen rentas exorbitantes por alquilar habitaciones a familias enteras, o a dos y hasta a tres a la vez. —Hizo una mueca de disgusto—. O por destinar esos edificios a fábricas insalubres, o a tabernas de mala nota, o a burdeles, o incluso a fumaderos de opio. Negocios todos muy lucrativos. Se sorprendería si supiera algunas de las personas que hacen su fortuna de ese modo.

—¿Qué amenaza suponía la señora Shaw para esas personas? —preguntó

Vespasia—. ¿Qué se proponía hacer en concreto? O tal vez debiera decir cuáles eran las acciones mínimamente realistas que pensaba emprender...

—Quería modificar la legislación de modo que fuera fácil seguir la pista de los propietarios, ya que ahora se ocultan detrás de compañías y abogados y actúan prácticamente desde el anonimato.

—¿Y no sería mejor promulgar leyes que regularan el arrendamiento y la higiene? —razonó Emily.

Carlisle rio.

—Si se limitara la ocupación de los inmuebles, lo único que conseguiríamos sería sacar más gente a la calle. ¿Y cómo se controla eso?

—Oh...

—Por otra parte, nunca conseguiríamos que aprobaran una ley sobre higiene. —Endureció la voz—. Los que están en el poder tienden a pensar que los pobres tienen lo que se merecen, y que si se les mejorase las condiciones sanitarias, al cabo de un mes volverían al estado anterior. Para quienes viven en el lujo, lo más fácil es no alterar su tranquilidad de conciencia. Pero aunque aun así estuviéramos dispuestos a hacer algo, necesitaríamos millones de libras...

—Pero si cada uno de los propietarios, por su cuenta... —adujo Emily—. Deben de ser millonarios...

—El Parlamento nunca aprobaría una ley en ese sentido. —Sonrió, pero había rabia en sus ojos y tenía las manos crispadas—. No olvide quiénes les votan.

Emily calló de nuevo. Sólo había dos partidos políticos con opciones de formar gobierno y ninguno de ellos estaría dispuesto a apoyar abiertamente una ley como aquella. Las mujeres no tenían derecho a voto, y los pobres estaban muy mal organizados y peor instruidos. Las consecuencias eran más que obvias.

Carlisle soltó un breve gruñido que sonó casi como una risa.

—Por eso la señora Shaw intentaba eliminar las trabas legales, para que pudieran darse a conocer los nombres de los propietarios de ese tipo de inmuebles. Si los nombres salían a la luz pública, la presión social podría conseguir más que las propias leyes.

—Pero ¿es que la presión social no nace de la misma gente que puede votar? —preguntó Charlotte, pero al decirlo se dio cuenta de que no era así. Las mujeres no votaban, pero, por muy sutilmente que fuera, de una forma u otra ejercían su poder sobre la sociedad. Los hombres podían hacer cualquier cosa si actuaban con la suficiente discreción, podían dar rienda suelta incluso a ciertas aficiones que no se atreverían a confesar ni a sus allegados más íntimos. Pero tanto públicamente como en la paz de sus hogares, siempre deplorarían tal tipo de comportamientos, considerados atentatorios contra las bases de una sociedad civilizada.

Carlisle vio en el rostro de Charlotte que no necesitaba dar más explicaciones.

—Qué perspicaz por parte de la señora Shaw —comentó Vespasia—. Supongo que se granjearía algún que otro enemigo.

—Se encontró con algunos... recelos. Pero no creo que hubiera conseguido ningún éxito susceptible de generar una inquietud real.

—¿Lo habría obtenido, de haber vivido? —preguntó Charlotte. Lamentaba la muerte de Clemency Shaw no sólo por la conmiseración imparcial que despierta toda desgracia, sino porque ya no tendría la oportunidad de conocerla. Cuanto más oía hablar de ella, más tenía la impresión de que aquella mujer le habría gustado mucho.

Carlisle reflexionó unos segundos antes de contestar. No venía al caso hacer vanos cumplidos. Conocía lo suficiente el mundo de la política y el enorme poder de los intereses económicos, y había visto de cerca ya varias muertes violentas, como para no descartar la posibilidad de que a Clemency Shaw la hubieran asesinado para evitar que continuara con su cruzada, por muy poco probable que fuera que pudiera influir en la promulgación de una ley o en la opinión pública.

Charlotte, Emily y Vespasia esperaban en silencio.

—Sí —dijo por fin—. Era una mujer notable. Creía con pasión en lo que hacía, y a veces esa honestidad personal consigue convencer a la gente allí donde la lógica falla. No había hipocresía en ella, no... —Frunció ligeramente las cejas, como si buscara las palabras precisas para transmitir la impresión que le había causado una mujer a la que sólo había visto dos veces en su vida pero que lo había marcado de una forma indeleble—. No daba la sensación de que fuera una mujer que buscara una causa por la que luchar, o que quisiera dedicarse a las obras de caridad para ocupar el tiempo. No se trataba de nada que deseara para sí misma. Ponia el alma en la tarea de aliviar la situación de aquellos que viven en casas inmundas y hacinadas.

Vio la mueca de Vespasia, un gesto más de piedad que de desagrado.

—Odiaba a los señores de la miseria con un desprecio que te hacía sentir culpable por tener un techo bajo el que vivir. —Torció la expresión en una sonrisa que le dio más encanto a su torvo rostro—. Lamento mucho su muerte. —Miró a Charlotte—. Supongo que Thomas está en el caso y que por eso usted ha oído hablar de él.

—Sí.

—¿Y piensan inmiscuirse? —La observación iba dirigida a las tres.

Vespasia dio un leve respingo, pero no podía decir que estuviera en desacuerdo.

—Podías haber buscado una expresión más afortunada —dijo con un ligero alzamiento de hombros.

—Sí, pensamos intervenir en el caso —dijo Emily. A diferencia de Clemency Shaw, ella sí que estaba buscando algo que hacer—. Aún no sé cómo.

—Muy bien. Si puedo serles de alguna ayuda, por favor acudan a mí. Sentía

una gran admiración por Clemency Shaw. Me gustaría ver a su asesino pudriéndose en Coldbath Fields o en otro sitio similar.

—Le colgarán —dijo Vespasia con aspereza. Sabía que Carlisle no era partidario de la horca, ya que era una solución irreversible que no admitía vuelta atrás en caso de error. Tampoco es que a ella le convenciera, pero era una mujer realista por naturaleza.

Él la miró sin alterarse, pero no hizo comentario alguno. Ya habían discutido el tema con anterioridad y conocían sus respectivas opiniones. Tenían en común un gran cúmulo de vivencias: un buen número de tragedias presenciadas, algunos errores y la experiencia del dolor. El crimen era resultado muchas veces de una acción aislada, responsabilidad de una sola persona.

—Eso no es una razón para quedarnos sin hacer nada. —Charlotte se puso de pie—. Cuando sepa algo se lo diré.

—Sea prudente —le advirtió Carlisle, al tiempo que la precedía hacia la puerta, que sostuvo mientras salían: primero Vespasia, con la cabeza erguida, luego Emily pegada a ella y por último Charlotte. Le agarró del brazo al pasar—. Va a incomodar a personas muy poderosas que tienen grandes intereses en juego. Si ya han matado a Clemency, no se lo pensarán dos veces con usted.

—Seré prudente —dijo con convicción, aunque no tenía la menor idea de qué podía hacer que fuera de utilidad—. Sólo me propongo obtener información.

Él la miró con incredulidad, pues la conocía de anteriores casos, pero aflojó el apretón en el brazo de Charlotte y las acompañó a través de la puerta de entrada hasta la soleada calle, donde esperaba el carruaje de Emily.

Nada más ponerse los caballos en movimiento, Emily dijo:

—Descubriré todo lo que pueda acerca de la señora Shaw y su lucha en favor de leyes que revelasen la identidad de los propietarios de esos inmuebles. Estoy segura de tener conocidos que sabrán algo.

—Eres una mujer recién casada —la previno Vespasia—. Es posible que tu marido tenga otras expectativas para sus primeras semanas en el hogar después de la luna de miel.

—Ah... —Emily suspiró, pero fue sólo una duda momentánea en el torbellino de sus pensamientos—. Sí... bueno, será mejor que no utilice mi casa. Ya me las arreglaré. Charlotte, ya sé que tienes que ser discreta, pero entérate por Thomas de todo lo que puedas. Tenemos que reunir todos los datos posibles.

No se entretuvieron en casa de Vespasia, sino que se despidieron de ella y esperaron a que se apeara y subiese la escalinata de la puerta principal, que le abrió la doncella. Sumida aún en sus pensamientos, entró en la casa. Había luchado contra muchas injusticias sociales durante los largos años de su viudedad. Le gustaba el combate y estaba preparada para asumir los riesgos necesarios. Ya no le preocupaba demasiado la opinión de los demás si consideraba que su lucha era por una causa justa. Nada podía hacerle daño ya en realidad, a no ser la

desaparición de un amigo, o su desaprobación.

Pero ahora era Emily la que ocupaba sus pensamientos. Era mucho más vulnerable que ella, no sólo a los sentimientos de su nuevo esposo, quien podía desear un comportamiento más decoroso por su parte, sino también a las veleidades de la sociedad, deseosa siempre de novedades, de algo por lo que sorprenderse y de lo que chismorrear, pero que rechazaba cualquier cosa que amenazara la estabilidad de las confortables vidas de sus miembros.

Charlotte se despidió de Emily tras un breve abrazo y oyó cómo el carruaje se alejaba traqueteante mientras entraba en su casa. Olía a limpio y a calor hogareño. Los sonidos de la calle llegaban tan amortiguados que reinaba prácticamente el silencio. Se quedó quieta un momento. Oyó a Gracie canturreando en la cocina. Sintió una agradable sensación de seguridad y gratitud. Todo aquello era suyo. No tenía que compartirlo con nadie salvo con su propia familia. Nadie iba a subirle el alquiler, ni a amenazarla con el desalojo. Tenían agua caliente en la cocina, a la que no le faltaba el combustible, y había chimeneas en la sala de estar y en las habitaciones. Los colectores se llevaban las aguas residuales y disfrutaba de un bonito jardín con césped y flores.

La vida diaria era muy sencilla en un sitio como aquél, donde uno podía olvidarse de las innumerables personas que no tenían un lugar cálido y libre de inmundicias y olores en el que poder sentirse seguros, y lo bastante íntimo para sentirse dignos.

Clemency Shaw tenía que haber sido una mujer extraordinaria para haberse preocupado tanto por aquellos que tienen que vivir en casas comunales y en barrios míseros. En realidad, ya era notable que supiese de su existencia. La mayoría de las mujeres de buena familia sólo sabían lo que les contaban los demás, o como mucho lo que leían en aquellas páginas de los periódicos o semanarios consideradas convenientes. La propia Charlotte no tenía la menor idea de todo aquello hasta que Pitt le enseñó el mundo marginal que se extendía más allá del que ella conocía. Y al principio le había odiado por eso.

Luego había sentido rabia. Había una ironía terrible en el hecho de que Clemency Shaw hubiese muerto en el incendio de su casa. Fuera quien fuera el responsable, Charlotte se proponía descubrirle, y también exponer a la luz pública sus sórdidos y ruines móviles. Si la vida de Clemency Shaw no había conseguido atraer la atención pública hacia quienes se aprovechan de los barrios pobres, Charlotte iba a hacer cuanto estuviera en su mano para que su muerte sí lo consiguiese.

En Emily anidaba un propósito similar, pero le movían razones diferentes y

abordaba el asunto desde una óptica distinta. Entró en el vestíbulo de su espaciosa y elegante casa envuelta en un revuelo de faldas y enaguas. Colgó el sombrero, se arregló el peinado para que le diese un encanto más informal, con los rizos cayéndole por el cuello y las mejillas, y compuso una expresión de ternura con un toque de pena.

Su marido estaba en casa, lo que dedujo al ver al sirviente que le había abierto la puerta. Si Jack hubiera estado fuera, Arthur habría estado con él.

Abrió las puertas del saloncito e hizo una entrada melodramática.

Él estaba sentado junto al fuego, con una bandeja para el té encima de la mesita baja y los pies sobre un escabel. Los bollitos ya se habían acabado y en el plato sólo quedaba un cerco de mantequilla.

Sonrió con afecto al oírla y se levantó cortés. Pero al ver la expresión de su rostro, su placer se mudó en inquietud.

—Emily... ¿algo anda mal? ¿Le ha pasado algo a Charlotte? ¿Está enferma? ¿Es Thomas...?

—No... no. —Se lanzó a los brazos que él le ofrecía y apoyó la cabeza en su hombro, en parte para que no le viera los ojos. No estaba del todo segura de hasta dónde podría engañar con éxito a Jack. Él se le parecía demasiado. También era una persona que había sobrevivido a su propio encanto y atractivo, por lo que era consciente de los trucos que encerraba tal condición y sabía manejarse frente a ellos. Y si estaba insegura era también porque aún estaba muy enamorada de él, lo cual no dejaba de ser placentero. Pero ahora tenía que darle una explicación antes de que se alarmara de verdad—. No, Charlotte está perfectamente bien. Pero Thomas está trabajando en un caso que a ella le preocupa... y creo que a mí me pasa lo mismo. Han matado a una mujer en un incendio provocado... Era una mujer muy buena y valerosa que luchaba por sacar a la luz una injusticia social. Tía abuela Vespasia está también muy afectada. —Ahora ya podía dejar a un lado los subterfugios y mirarle a los ojos—. Jack, creo que deberíamos colaborar...

Él le acarició el cabello con suavidad, la besó y, con las cejas arqueadas y el esbozo de una sonrisa, la miró a los ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué podríamos ayudar nosotros?

Ella cambió rápidamente de táctica. Por la vía melodramática no iba a conseguir nada. Le devolvió la sonrisa.

—No estoy segura... —Se mordió el labio—. ¿Qué opinas tú?

—¿De qué injusticia se trata? —preguntó con prevención. Conocía a Emily mejor de lo que ella creía.

—De propietarios de inmuebles situados en los barrios más pobres, que cobran alquileres exorbitantes por viviendas ruinosas y hacinadas... Clemency Shaw quería que tuvieran que dar la cara ante la opinión pública impidiendo que pudieran escudarse en el anonimato como ahora, pues se esconden detrás de

recaudadores de rentas, de abogados, etcétera.

Él guardó silencio tanto rato que ella empezó a preguntarse si la había oído.

—¿Jack?

—Sí —dijo él por fin—. Sí, está bien... pero lo haremos juntos. No puedes actuar sola, Emily. Es posible que haya gente muy poderosa que se sienta amenazada... hay millones de libras en juego... Te sorprendería saber cuántas fortunas hay invertidas en St. Giles y Devil's Acre... y la miseria que campea en esos lugares.

Ella esbozó una leve sonrisa. Aquel pensamiento era inquietante. Pasaron por su mente los rostros de algunas personas que había conocido durante su matrimonio con George. Entonces las había aceptado sin más, en ningún momento había pensado de qué forma obtenían sus ingresos. Había personas que, sencillamente, tenían dinero, era un estado de cosas que había existido siempre. Pero ahora no resultaba tan inocente, lo que no era una constatación agradable.

Jack la sostenía todavía entre sus brazos. Le pasó con dulzura un dedo por la frente para apartarle un mechón.

—¿De verdad estás dispuesta a seguir adelante?

Estaba sorprendida por la claridad con que él había leído sus pensamientos, y en las punzadas de culpabilidad y temor que éstos le habían suscitado.

—Desde luego. —Permaneció inmóvil. Era en extremo placentero sentirse en sus brazos—. Ya no hay posibilidad de volverse atrás. ¿Qué le diría a tía abuela Vespasia, o a Charlotte? Y aún más importante, ¿qué podría decirme a mí misma?

Él sonrió más abiertamente y la besó, con dulzura al principio y luego con pasión.

Cuando volviera a pensar en aquel asunto, había algo que solucionar, algo importante y concreto. Pero por ahora había otras cosas mejores de las que ocuparse.

Puesto que Pitt no pertenecía a la comisaría de Highgate, sino a Bow Street, tenía que informar del suceso a su superior jerárquico, un hombre al que respetaba tanto por su profesionalidad como por su naturalidad y llaneza. Y es que Drummond era caballero por nacimiento, lo que significaba que tenía suficientes medios económicos para no tener que preocuparse por ganarse la vida, ni se sentía en la necesidad de tener que justificar la posición que ocupaba.

Saludó a Pitt con satisfacción y con una expresión de interés en su enjuto rostro.

—¿Y bien?—preguntó, de pie detrás de su escritorio.

Tiempo atrás, Drummond le había ofrecido a Pitt una promoción considerable. Éste la había rechazado porque, aunque el dinero le hubiera venido a las mil maravillas, no habría soportado permanecer detrás de un escritorio dando órdenes, mientras otros llevaban a cabo la investigación. Quería ver a las personas, observar los rostros, oír las inflexiones de voz, los gestos y movimientos del cuerpo. La gente era lo que le proporcionaba el mayor placer y el mayor dolor, y lo que constituía la realidad de su trabajo. Limitarse a dar instrucciones y trajar informes de otros le habría privado de la oportunidad de ejercitar sus verdaderas aptitudes. Rechazar aquella promoción había sido tanto decisión suya como de Charlotte, quien le conocía lo suficiente para comprender qué era lo que constituía su felicidad. Había sido por parte de ella uno de esos actos de generosidad tácita que hacían más hondo el sentimiento de compartir la vida juntos y que a él le hacían pensar que a su mujer todavía le movía el amor a la hora de afianzar sus compromisos mutuos.

Drummond esperaba una respuesta.

—Provocado —respondió Pitt—. He analizado las pruebas materiales, o lo que queda de ellas, y no parece haber duda. El cadáver ha quedado en unas condiciones que no puede decirnos mucho, pero, por los restos de la casa, los bomberos dicen que el fuego se inició en cuatro puntos diferentes. Quienquiera que lo hiciera, estaba decidido a llevar a cabo su propósito.

Drummond frunció la frente en un gesto de contrariedad.

—¿Dice que es una mujer...?

—Se trata de la señora de la casa, Clemency Shaw.

Y le explicó lo que habían averiguado a través de las pesquisas realizadas en el vecindario, así como aquello de lo que le había informado la policía de Highgate, incluido el resultado de la investigación habitual llevada a cabo entre la pequeña aglomeración de mirones congregados en el patio trasero de la casa tras los primeros instantes de alarma y conmoción. ¿No podía haber habido, entre todas aquellas personas que mostraban su solidaridad y deseos de colaborar, alguna que sintiera una emoción ambigua ante la apoteosis de las llamas y el enorme poder destructivo del fuego? Los pirómanos no permanecen en el lugar de los hechos. Pero sí lo hacen muchas veces en su lugar personas ofuscadas por algo muy próximo a la locura.

Drummond se reacomodó en su asiento detrás del escritorio y le indicó a Pitt que se sentara en la cómoda butaca de piel al otro lado del mismo. Era una agradable estancia, bien iluminada y aireada gracias a un amplio ventanal. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, salvo la zona junto a la chimenea. El escritorio, de roble pulido, era tan elegante como funcional.

—¿El objetivo era el marido? —Drummond fue directo al grano—. ¿Qué sabe de él?

Pitt se recostó en el respaldo y cruzó las piernas.

—Es médico, un hombre inteligente y que sabe expresarse. Parece franco y abierto, aunque aún no he comprobado su reputación profesional.

—¿A usted qué le ha parecido personalmente? —Drummond le miró ladeando un poco la cabeza.

Pitt sonrió.

—Me ha caído bien, pero he conocido personas que me causaron buena impresión y que habían cometido asesinatos, ya fuera por encontrarse en situaciones desesperadas o por sentirse amenazados o humillados. Qué fácil sería si pudiéramos decidir acerca de cómo son las personas por la primera impresión que nos causan. Por el contrario, yo al menos me veo constantemente obligado a ir cambiando de opinión según la situación y violentar mis sentimientos, pues a medida que voy descubriendo nuevos datos o explicaciones, la simpatía y la antipatía hacia una misma persona se reparten en proporciones muy variables. Es un trabajo muy duro. —Sonrió abiertamente.

Drummond suspiró y miró al techo con fingida exasperación.

—¡Le estoy pidiendo una simple opinión, Pitt!

—En ese caso, diría que el doctor es un excelente candidato a ser la víctima de un asesinato. Podría pensar en decenas de motivos por los que alguien quisiera silenciar a un médico, y a éste en particular.

—¿Se refiere a un secreto profesional? —Drummond arqueó las cejas—. Pero a los médicos siempre se les ha hecho confidencias. ¿O es que piensa en

algo descubierto inadvertidamente y no sujeto por tanto a ningún tipo de código ético? ¿Por ejemplo...?

—Hay muchas posibilidades. —Pitt se encogió de hombros y dijo al azar—. Una enfermedad contagiosa de la cual estuviera obligado a informar a las autoridades: peste, fiebre amarilla...

—Absurdo. ¿Fiebre amarilla en Highgate? Y si así hubiera sido, lo habría notificado de inmediato. Quizá una enfermedad venérea, como la sífilis, pero es improbable. ¿Y una enfermedad mental? Algunos hombres estarían dispuestos a matar para evitar que una cosa así fuera del dominio público, o incluso para ocultarlo a su familia más próxima, o hasta a su futura familia, caso de mediar un matrimonio ventajoso. Indague en esa dirección, Pitt.

—Lo haré.

Drummond se estaba interesando por el asunto. Se arrellanó en el asiento, descansó los codos en los posabrazos y juntó la punta de los dedos.

—Puede que se enterara del nacimiento de un bebé ilegítimo, o de un aborto. ¡A lo mejor lo practicó él, incluso!

—¿Por qué esperar hasta ahora, en ese caso? —razonó Pitt—. Y si acababa de practicarlo, tenía que haber sido entre las pacientes que visitó el último día. Pero en cualquier caso, ¿por qué iban a matarle por ello? Si era ilegal, era más improbable que hablara o informara el médico que la propia mujer. Él tenía más que perder.

—Sí, pero ¿y el marido de la mujer, o el padre?

Pitt sacudió la cabeza.

—Improbable. Si el marido o el padre no estaban al corriente de la situación de antemano, entonces ellos serían las personas a las que ella trataría de ocultárselo con mayor desesperación. Pero si aun así uno de ellos se hubiera enterado de algún modo, o ella se lo hubiera dicho, entonces la peor forma de tratar el problema con discreción sería asesinar al doctor y obligar a la policía a meter las narices en sus asuntos.

—Vamos, Pitt —dijo Drummond con cierta rudeza—. Usted sabe que las personas cuando son presa de la violencia de las emociones no razonan con tanta fineza. Si lo hicieran no se cometerían ni la mitad de los crímenes fruto de una acción impulsiva; probablemente ni las tres cuartas partes. Una ira invencible, o el miedo, o simplemente la ofuscación y el deseo de arremeter contra alguien y buscar culpables al propio dolor y al sufrimiento... Todo eso no se piensa: se siente.

—De acuerdo —concedió Pitt, sabedor de que su superior tenía razón—. Pero sigo pensando que hay otros motivos más verosímiles. Shaw es hombre de convicciones apasionadas. Le creo muy capaz de actuar de acuerdo con ellas y dejar que el diablo cargue con las consecuencias...

—Le ha caído realmente bien —repuso Drummond con una sonrisa irónica,

recordando tal vez alguna herida inconfesada del pasado.

No obtuvo respuesta. En su lugar, Pitt expresó en voz alta el curso de sus pensamientos.

—Puede que supiera que se había cometido algún delito. Una muerte, quizá la de un enfermo terminal que sufría mucho...

—¿Un asesinato por compasión? —le interrumpió Drummond—. Es posible. Aunque también se me ocurre que podría tratarse de alguien que tuviera hacia él muy pocas simpatías y las ideas muy claras, alguien a quien tal vez ayudara a cometer un asesinato por razones menos altruistas: imagínese que el autor principal del crimen se hubiera puesto nervioso por miedo a que su cómplice cometiera un desliz, o lo que parece más acorde con la descripción de Shaw como un hombre apasionado y de carácter, que le chantajeara. Eso podría constituir un excelente móvil para un asesinato.

A Pitt le hubiera gustado descartar aquella idea, pero era lógica y negarlo hubiera sido ridículo.

Drummond le observaba con expectación.

—Tal vez —acordó Pitt, al tiempo que veía cómo los labios de Drummond se curvaban formando una leve sonrisa—. Aunque en mi opinión es más verosímil pensar que obtuviera la información como resultado simplemente del ejercicio de su profesión.

—¿Y qué me dice de un motivo personal? —preguntó Drummond—. ¿Cree que pudiera haber otra mujer? ¿O bien otro hombre enamorado de su esposa? ¿No dice que era él quien tenía que estar en casa?

—Sí. —Por la mente de Pitt cruzaron turbias posibilidades. Entre las más siniestras, el dinero de la familia Worlingham. O el encantador rostro de Flora Lutterworth, a cuyo padre no le gustaban sus frecuentes visitas en privado al doctor Shaw.

—Necesitará reunir información. —Drummond se levantó del escritorio y se acercó a la ventana con las manos en los bolsillos. Se volvió hacia Pitt—. Los posibles móviles son numerosos, tanto los que podrían explicar el asesinato de la mujer, que es lo que sucedió, como los del marido, que tal vez fue lo que intentaron. Puede que se enfrente a un trabajo largo y penoso. Sabe Dios qué otras iniquidades y dramas descubrirá, o qué harán para ocultarlos. Eso es lo que más detesto del trabajo de investigación: la cantidad de vidas que quedan deshechas a nuestro paso. —Hundió las manos en los bolsillos hasta el fondo—. ¿Por dónde empezará?

—Por la comisaría de Highgate —repuso Pitt mientras se levantaba también—. Shaw es el forense local...

—No lo había mencionado.

Pitt sonrió.

—Eso hace un poco más verosímil la opción de que no fuese cómplice, ¿no es

así?

—Concedido. Pero no se haga ilusiones. ¿Y luego?

—Iré al hospital local para conocer la opinión de sus colegas acerca de él.

—No sacará gran cosa. —Drummond se encogió de hombros—. Se cubren unos a otros invariablemente. Dan por sentado que cualquiera de ellos puede cometer un error y cierran filas sin fisuras.

—Tal vez pueda leer algo entre líneas. —Pitt sabía a qué se refería Drummond, pero siempre podía ser interesante percibir el tono con que se pronunciaba una frase, o una falsa ponderación, o una excesiva amabilidad que delataba la existencia de intenciones o emociones ocultas, o de conflictos, juicios o viejos deseos reprimidos—. Luego iré a ver a su personal de servicio. Podrían tener pruebas directas, aunque eso sería mucho esperar. Pero también puede que hayan visto u oído algo que revelara una mentira, una incoherencia, un acto encubierto, o que hayan advertido la presencia de alguien fuera de lugar. —Al decirlo pensó en todas las flaquezas ajenas que había descubierto en el pasado, en las futilidades y las insignificantes rencillas que habían tenido poco o nada que ver con el crimen, pero que habían sido motivo de la ruptura de viejas relaciones, así como del nacimiento de otras nuevas, o que simplemente habían lastimado, confundido o hecho cambiar a las personas. Recordaba ocasiones en que había aborrecido el mero intrusismo que implica toda investigación. Pero la alternativa era peor.

—Manténgame al corriente, Pitt. —Drummond le observaba, adivinando tal vez sus pensamientos—. Quiero estar informado.

—Sí, señor, así lo haré.

Drummond sonrió ante aquel formalismo inhabitual y despidió a Pitt con un asentimiento de la cabeza.

El inspector abandonó el despacho, bajó las escaleras hasta la planta baja y salió a Bow Street, donde montó en una calesa rumbo a Highgate. Se acomodó en el fondo del asiento y estiró las piernas todo lo que pudo. Dejarse llevar sobre ruedas sin pensar en el coste del viaje —ya que pagaba la policía— era una sensación muy placentera.

El coche le llevó a través del dédalo de calles cada vez más lejos del río. Cruzó High Holborn hacia Grey's Inn Road y siguió hacia el norte a través de Bloomsbury y Kentish Town, hasta Highgate.

Una vez en la comisaría, se encontró con que Murdo le esperaba con impaciencia, pues había inspeccionado los informes policiales de los últimos dos años y separado aquéllos en que Shaw había desempeñado un papel relevante. Permanecía de pie en mitad de una estancia sin alfombra y amueblada únicamente con una mesa de madera y tres sillas. Llevaba el pelo revuelto y el uniforme desabrochado por el cuello. Era lo bastante celoso de su trabajo como para desempeñarlo con eficiencia, y la verdad era que el caso le motivaba en lo

más hondo, pero tenía presente que cuando todo hubiera concluido Pitt volvería a Bow Street. Él se quedaría en Highgate, donde reanudaría la labor cotidiana en compañía de sus compañeros en la comisaría, tan sensibles en aquellos momentos a la presencia entre ellos de un elemento extraño, y tan agraviados por el hecho de que hubiera sido considerado necesario.

—Ahí los tiene, señor —dijo en cuanto Pitt hubo traspuesto la puerta—. La relación que hay entre todos estos antecedentes y nuestro caso puede resumirse en nada. Tampoco hay nada significativo en los casos en que tuvo que intervenir tras una alteración del orden público. —Señaló con el dedo uno de los montones—. Éstos son. Gente que acaba con la nariz sangrando o una costilla rota, un carruaje que le lesiona un pie a una persona y luego ésta se enzarza en una pelea con el cochero... No me parece que nadie pudiera tener motivos para matarle por ello, salvo un loco.

—A mí tampoco me lo parece —acordó Pitt—. Y no creo que tengamos que vérnoslas con un loco. El incendio estuvo demasiado bien perpetrado. Se inició en las cortinas de cuatro habitaciones que permanecían cerradas habitualmente después de que el señor y la señora se hubieran ido a la cama, por lo que si hubiera pasado un sirviente comprobando las puertas o una doncella hubiera ido a buscar una taza de té para alguien, no habrían visto nada en los corredores ni en los descansillos. Y como las habitaciones en que prendió el fuego estaban alejadas de las dependencias del servicio, ningún criado que se hubiera quedado levantado hasta tarde habría visto las ventanas. No, Murdo. Me parece que el hombre del queroseno y las cerillas está bastante cuerdo.

Murdo se estremeció.

—Es algo terrible, señor Pitt. La persona que lo hizo debía estar dominada por emociones incontrolables.

—Y dudo que podamos encontrarla en esta pila de informes. —Pitt puso la mano sobre el montón mayor que le había seleccionado Murdo—. A menos que se tratara de alguna muerte sobre la que Shaw supiera algo extraño. Por cierto, ¿ha hecho ya averiguaciones en torno al fallecimiento de Theophilus Worlingham?

—Oh, sí, señor —dijo Murdo con afán. Era obvio que se trataba de una tarea que había realizado a conciencia y de la que estaba deseoso de dar cuentas.

Pitt arqueó las cejas expectante.

Murdo se aplicó a su narración y Pitt se sentó detrás del escritorio con las piernas cruzadas.

—Fue una muerte muy repentina —comenzó Murdo, siempre de pie e inclinando un poco los hombros—. Había sido siempre un hombre de una gran energía física y una salud excelente, lo que podríamos llamar un «cristiano robusto», creo... —Se ruborizó un poco al darse cuenta de su propia audacia por haber utilizado un término como aquél para referirse a un superior, y porque era

una expresión que sólo había oído un par de veces—. Se ve que su vigor era motivo de especial orgullo para él —añadió a modo de explicación, pues de pronto temió que tal vez Pitt no hubiera oído nunca aquella expresión.

Pitt asintió y disimuló una sonrisa.

Murdo se tranquilizó.

—Cuando cayó enfermo todos lo tomaron por un resfriado. Nadie le dio importancia, y por lo visto al propio señor Worlingham sólo le irritaba el hecho de no ser más fuerte que el común de los mortales. El doctor Shaw fue a visitarle y le prescribió que inhalara preparados aromáticos para reducir la congestión, así como una dieta ligera, cosa que a él no le gustó nada. También le ordenó que guardara cama... y que dejara los cigarros, lo que también le contrarió. No le dijo nada de aplicarse cataplasmas de mostaza... —Murdo dio un respingo sorprendido de sí mismo—. Bueno, eso era lo que mi madre nos ponía a nosotros. El caso es que no mejoró, y que no obstante Shaw no volvió a visitarle. Tres días más tarde, su hija Clemency, la que ahora ha muerto asesinada, fue a verle y le encontró muerto en su estudio, que está en la planta baja de la casa, con las puertas cristaleras abiertas. El cuerpo estaba tumbado en el suelo, encima de la alfombra, y según el agente de policía que atendió el aviso, tenía una expresión de horror.

—¿Por qué llamaron a la policía? —Al fin y al cabo sólo parecía una tragedia familiar como tantas otras. La muerte de una persona no podía considerarse una rareza.

Murdo no necesitó mirar sus notas.

—Oh... pues por la expresión de horror del rostro, por las puertas cristaleras abiertas, y porque en la casa había bastante dinero, incluidas veinte libras en vales del tesoro que retenía en la mano. ¡No pudieron ni desasirle los dedos! —concluyó Murdo triunfante y con el rostro encarnado, en espera de la reacción de Pitt.

—Qué cosa tan extraordinaria —concedió éste con generosidad—. ¿Y fue Clemency Shaw quien lo encontró?

—¡Sí, señor!

—¿Echó alguien en falta dinero?

—No, señor, y eso es lo más curioso. El señor Worlingham había sacado del banco siete mil cuatrocientas treinta y ocho libras. —El rostro de Murdo palideció ante la idea de semejante fortuna. A él le hubiera bastado para comprarse una casa y vivir acomodadamente durante muchos años, si es que alguna vez tenía que volver a ganar un solo penique—. ¡El dinero estaba intacto! Estaba en bonos del Tesoro en el cajón del escritorio, que ni siquiera estaba cerrado. Es difícil encontrar una explicación, señor.

—Sí lo es —dijo Pitt con énfasis—. Sólo cabe pensar que tuviera intención de realizar una compra importante en metálico, o saldar una deuda enorme, y que

no quería hacerlo a través de un medio más habitual, como una letra de cambio. Pero el porqué... no tengo la menor idea.

—¿Cree usted que su hija lo sabía, señor...? Quiero decir la señora Shaw.

—Es probable. Pero Theophilus hace por lo menos dos años que murió, ¿no?

El sentimiento de triunfo de Murdo se desvaneció.

—Sí, señor. Dos años y tres meses.

—¿Y qué causa figura en el certificado de defunción?

—Un ataque de apoplejía.

—¿Quién lo firmó?

—Shaw no. —Murdo movió la cabeza—. Él fue quien acudió, como es natural, ya que Theophilus era su suegro y fue su mujer quien lo encontró. Pero precisamente por eso llamó a otro médico para que confirmara su dictamen y firmara el certificado.

—Qué puntilloso —ironizó Pitt—. Creo que dejó en el testamento una gran suma de dinero. La cantidad retirada del banco era sólo una pequeña parte de toda su fortuna. Eso es otra cosa que debería averiguar, el grado y disposición precisos de la fortuna de Worlingham.

—Sí señor, lo haré de inmediato.

Pitt levantó la mano.

—¿Qué me dice de los demás casos en que intervino Shaw? ¿Sabe algo de alguno?

—Por experiencia directa, sólo de tres, señor. Y en ninguno de ellos hubo nada fuera de lo normal. Uno fue el caso del viejo señor Freemantle, que se puso un poco piripi en la cena de gala de Navidad oficiada por el alcalde y tuvo una disputa con el señor Tiplady, a quien empujó por las escaleras del Red Lion. —Trató de mantener una expresión respetuosa, sin conseguirlo.

—Ah... —Pitt dejó escapar un suspiro de satisfacción—. Y Shaw fue avisado para que le atendiera de las heridas...

—Sí, señor. El señor Freemantle se cayó también por su propio impulso y tuvo que ser atendido en su casa. Yo creo que de haberse tratado de una persona menos importante habría pasado la noche en el cuartelillo. El señor Tiplady tenía algunas magulladuras y una herida en la cabeza por la que sangraba mucho. Nos dio un buen susto. Estaba más blanco que un fantasma. ¡Pero al menos sirvió para quitarle la cogorza! ¡Se le pasó antes que si le hubieran arrojado un cubo de agua por encima! —Los labios se le curvaron en una sonrisa de satisfacción. Pero enseguida hizo memoria y adoptó un aire más sombrío—. Al día siguiente se presentó aquí con un humor de perros. Entró gritando y quejándose y echándole la culpa al doctor Shaw del dolor de cabeza que tenía. Decía que no le habían curado como era debido, pero yo creo que en realidad estaba furioso de que todos le hubieran visto haciendo el ridículo en las escaleras del ayuntamiento. El doctor Shaw le dijo que la próxima vez rebajara su bebida con más agua.

Pitt dio por zanjado el asunto. Un hombre no mata a un médico porque éste le haya hablado con franqueza de sus excesos y de las consecuencias bochornosas de los mismos.

—¿Y los otros casos?

—Uno es el del señor Parkinson, es decir Obadiah Parkinson, que fue asaltado una noche en Swan's Lane. Queda junto al cementerio —añadió por si Pitt no lo sabía—. Le golpearon con dureza y el agente que lo encontró llamó al doctor Shaw, pero no hay nada especial. El doctor se limitó a hacerle un reconocimiento, dijo que tenía una leve conmoción cerebral y le acompañó a casa en su propio coche. El señor Parkinson le quedó muy agradecido.

Pitt dejó a un lado los dos expedientes y cogió el tercero.

—La muerte del chico de los Armitage —dijo Murdo—. Ése sí fue un caso muy triste. Un caballo de tiro se asustó y se desbocó. El joven Albert murió en el acto. Muy triste de verdad. Era un buen chico, y no tendría más de catorce años.

Pitt le dio las gracias a Murdo y le mandó a que continuara su investigación en torno al dinero de Worlingham. Luego se puso a leer el resto de expedientes que tenía encima del escritorio. Eran todos casos similares, algunos trágicos, otros con algún elemento cómico, en que la vanidad queda en entredicho por las debilidades de la carne. Tal vez detrás de algunos de los informes que daban fe de magulladuras y huesos rotos podían rastrearse signos de violencia doméstica. Hasta era posible que algunas autopsias que dictaminaban una neumonía o un fallo cardíaco ocultasen alguna causa más turbia, consecuencia de un acto violento. Pero no había nada que lo indicara. Si Shaw había visto algo raro, no había dejado constancia de ello. En total había siete muertes, y ni siquiera después de leer aquellos informes dos o tres veces pudo Pitt descubrir nada sospechoso.

Los dejó por fin y, tras informar de sus intenciones al sargento de guardia, salió al frío aire de la tarde y caminó con paso enérgico hasta la clínica de St. Paneras. Tras un breve vistazo al otro lado de la calle al hospital infantil, subió por las escaleras de la entrada principal. Estaba ya dentro cuando se alisó la chaqueta, se limpió las botas frotándoselas contra la parte posterior de la pernera de los pantalones y se pasó de un bolsillo a otro una cuerda, un trozo de cera, varias monedas, unos pedazos de papel y el pañuelo de seda de Emily para equilibrar un poco los bultos de los costados. Sus dedos se demoraron en el contacto de la exquisita textura del pañuelo un segundo más de lo necesario. Luego se ajustó la corbata y se mesó el cabello, que le quedó aún más desordenado. Entonces se dirigió al despacho del director y llamó a la puerta.

La abrió un hombre joven rubio de cara alargada.

—¿Sí? —dijo.

Pitt se sacó una tarjeta de visita, una extravagancia que le proporcionaba siempre cierto placer.

—Inspector Thomas Pitt, comisaría de Bow Street —leyó el joven con inquietud—. Alabado sea Dios, ¿qué viene usted a buscar aquí? Todo está en orden, se lo aseguro, en perfecto orden. —No tenía la menor intención de dejarlo pasar. Permanecieron ambos de pie en el umbral.

—No me cabe ninguna duda —le tranquilizó Pitt—. He venido para hacer algunas preguntas confidenciales acerca de un doctor que trabajaba aquí...

—Todos los médicos que trabajan aquí son personas excelentes. —La protesta fue instantánea—. Si se ha cometido algún error...

—Ninguno que yo sepa —le interrumpió Pitt. Drummond tenía razón; iba a ser muy difícil sacar otra cosa que no fuera una recelosa defensa mutua—. Ha sufrido un serio atentado contra su vida. —Eso era cierto, básicamente, aunque no en el sentido que parecía implicar—. Su colaboración podría servirnos de ayuda para descubrir al responsable.

—¿Un atentado contra su vida? Oh, Dios mío, qué monstruosidad. Nadie de los que trabajamos aquí podría imaginar algo semejante. Nosotros nos dedicamos a salvar vidas. —El joven se tiró nervioso de la corbata, que al parecer estaba a punto de estrangularle.

—A veces también sufren fracasos —señaló Pitt.

—Bueno... claro. No podemos hacer milagros. Pero le aseguro que...

—Ya —le cortó Pitt—. ¿Puedo hablar con el director?

El hombre se mostró ofendido.

—¡Si no hay más remedio! Pero le aseguro que no tenemos noticia de un atentado como el que usted dice, de lo contrario hubiéramos avisado a la policía. El director es un hombre muy ocupado... muy ocupado.

—Estoy impresionado. De todos modos, si el culpable consigue llevar a cabo su amenaza y mata al doctor en cuestión, entonces su director estará todavía más ocupado, pues habrá un médico menos para hacer el trabajo... —Dejó que su argumento se apagara poco a poco mientras el hombre pasaba del rubor del enojo al blanco del pánico.

De todas formas, el acuciado director, un hombre de aspecto triston con largos bigotes y pelo en franco retroceso, no pudo decirle a Pitt nada nuevo. Era más agradable de lo que esperaba Pitt. No demostraba conciencia alguna de su propia importancia, sino sólo de la magnitud de la tarea a que se enfrentaba en su lucha con enfermedades contra las que no había curación, entre ellas la ignorancia que se imponía a los pequeños avances de la alfabetización, la falta de condiciones higiénicas, inevitable allí donde escasea el agua limpia y vive un excesivo número de personas, sin instalaciones sanitarias adecuadas y muchas veces sin una salida de alcantarillado. En esos lugares donde las ratas pululan a su antojo no son infrecuentes los desbordamientos de los canales de drenaje. Si el consorte de la reina, viviendo en su propio palacio, podía morir de un tifus contraído a causa del deficiente sistema de alcantarillado, qué batallas no

quedarían aún por librar en las casas de la gente corriente, o en las de los pobres, y no digamos ya en las de los míseros barrios de los más desposeídos, las llamadas casas de la miseria.

Condujo a Pitt a su pequeño y desordenado despacho. La ventana era muy pequeña y dos lámparas de gas producían un débil sonido sibilante. Invitó a Pitt a sentarse.

—Lo siento —dijo con pesar—. Shaw es un muy buen médico, dotado de un talento innato. Yo le he visto quedarse sentado a la cabecera de un hombre enfermo todo un día y toda la noche. Y le he visto llorar al perder a una madre con su hijo. —Una sonrisa se dibujó en su chupado rostro—. Y le he visto dar una buena reprimenda a un viejo engreído por hacerle perder el tiempo. —Suspiró—. Y más aún, a un hombre que podía dar a sus hijos leche y fruta y no lo hacía. Los pobres chiquillos mendigos padecían raquitismo. Nunca había visto a un hombre tan furioso como a Shaw aquel día. —Hizo una profunda inspiración y se reclinó en la silla. Miró a Pitt con ojos penetrantes—. Me gusta la persona y lamento en grado sumo lo de su esposa. Supongo que por eso está usted aquí, porque piensa que el fuego iba destinado a él...

—Parece probable —repuso Pitt—. ¿Mantenia con sus colegas diferencias de opinión importantes, que usted sepa?

—¡Ja! —El director soltó una risa estentórea—. ¡Ja! Si es capaz de preguntar eso es que no conoce a Shaw. Desde luego que sí. Con todo el mundo: colegas, enfermeras, personal administrativo... conmigo. —Sus ojos se animaban con un regocijo sombrío—. Y sé en qué consistían... imagino que cualquiera que tenga oídos lo sabe. El doctor Shaw no conoce el significado de la palabra discreción, al menos en lo que respecta a su carácter. —Adoptó una postura más erguida, al tiempo que miraba a Pitt de forma más expresiva—. No me refiero a cuestiones médicas, claro. Por lo que respecta a las confidencias propias de la profesión, se cierra como una ostra. Nunca desveló un secreto ni siquiera cuando tuvo que contrastar su opinión con otro médico. Dudo que nunca haya dedicado un solo minuto a las habladurías. Pero saca un genio de mil demonios ante la injusticia o la mentira. —Encogió sus huesudos hombros—. No siempre tiene razón... pero cuando se da cuenta de que se ha equivocado suele rectificar, aunque no lo hace al instante.

—¿Despierta simpatías?

El director sonrió.

—No le ofenderé a usted con una mentira piadosa. A quienes cae bien, cae muy bien. Yo me cuento entre éstos. Pero hay ciertas personas a las que ha ofendido con una franqueza excesiva o una brusquedad innecesaria que pudo dificultar, interferir o debilitar su posición. —Su enjuto y afable rostro mostró una tolerancia ganada a base de años de combates y derrotas—. Hay muchas personas a las que no les gusta que les demuestren que están equivocadas y que

hay una manera mejor de hacer las cosas, sobre todo delante de otras personas. Y cuanto más tiempo y con más empeño se aferran a eso, tanto más en ridículo quedan cuando por fin se ven obligadas a ceder y reconocer su error. —Su sonrisa se ensanchó—. Y Shaw no es precisamente una persona con tacto a la hora de manejar las discusiones. Su inteligencia es muchas veces más rápida que su capacidad para percibir los sentimientos de los demás. Más de una vez le he visto reírse a expensas de alguien, y he comprendido a juzgar por la expresión del ofendido que un día lo pagaría caro. A pocos hombres les gusta ser objeto de burla. Antes prefieren que les ataquen de frente a que se les rían en la cara.

—¿Recuerda alguna persona especialmente ofendida?

—No tanto como para que le pegara fuego a su casa —replicó el director arqueando las cejas y mirándolo con candidez.

No había por qué andarse con rodeos con aquel hombre, así que Pitt no lo hizo.

—¿Los nombres de los más ofendidos? —preguntó—. Aunque sólo sea para eliminarlos desde el principio. La casa está destruida y la señora Shaw muerta. Alguien provocó el incendio.

Del rostro del director desapareció todo atisbo de humor. En su lugar surgió una expresión sombría.

—Fennady no le tragaba —repuso, al tiempo que se reclinaba hacia atrás e iniciaba el recuento de lo que obviamente era un catálogo. Pero en su voz se apreciaba un matiz más comprensivo que recriminatorio—. Discutían por cualquier causa: desde la situación de la monarquía al estado de las canalizaciones públicas, y todos los temas que pueda haber entre uno y otro. Y luego está Nimmons, un hombre mayor con ideas anticuadas que no tiene la menor intención de cambiar. Shaw le mostró algunas técnicas profesionales mejores, pero por desgracia lo hizo delante del paciente, quien no se lo pensó dos veces y cambió un médico por el otro, junto con su extensa familia.

—Poco tacto —convino Pitt.

—Es lo menos que se puede decir —suspiró el director—. Pero salvó la vida del hombre. Y también está Henshaw, un joven con la cabeza llena de ideas nuevas, que a Shaw tampoco le gustan. Dice que aún están por probar y que son demasiado arriesgadas. A veces es más testarudo que un ejército de mulas. Sacó a Henshaw de sus casillas, pero no creo que le guarde un rencor profundo por eso. Es todo lo que puedo decirle.

—Falta de tacto, falta de discreción con sus colegas... Y ¿qué me dice de sus pacientes? ¿Los trató alguna vez de forma incorrecta?

—¿Shaw? Es usted condenadamente explícito, pero supongo que tiene que serlo. No, que yo sepa. Pero es un hombre con encanto y vigor. No es imposible que alguna mujer imaginara más de lo que había.

Le interrumpió una impetuosa llamada a la puerta.

—Adelante —dijo mientras le dirigía a Pitt una fugaz mirada de disculpa.

El mismo joven rubio al que tan poco le había gustado la presencia de Pitt asomó la cabeza con idéntica expresión de desagrado.

—Está el señor Marchant, señor. —Ignoró a Pitt de forma ostentosa—. Del ayuntamiento —añadió por más señas.

—Dígale que me reuniré con él en unos minutos —repuso el director.

—Viene del ayuntamiento —repitió el joven—. Es importante... señor.

—Esto también —dijo el director sin inmutarse—. La vida de un hombre pende de un hilo. —Y sonrió con disgusto al darse cuenta del doble significado—. ¡Y cuanto más tiempo se quede ahí, Spooner, más tardaré en concluir esta entrevista y en ir a ver a Marchant! ¡Vaya de una vez a transmitirle el mensaje!

Spooner se retiró cariacontecido, dando un portazo tan fuerte como se lo permitió su atrevimiento.

El director se volvió hacia Pitt.

—Shaw... —le recordó el inspector.

—No resulta imposible que alguna paciente se enamorara de él —retomó el director—. Pasa a veces. Entre un médico y una paciente se establece una relación singular. Tan personal, y al mismo tiempo tan profesional y distante. No sería la primera vez que se le va de las manos a un médico, o que es malinterpretada por un marido, o por un padre. —Apretó los labios—. No es ningún secreto que a Alfred Lutterworth le parece que su hija tiene a Shaw en una estima demasiado alta, e insiste en arreglarlo él solo. No hablará con nadie acerca de lo que pueda haber entre ellos, ni de la posible enfermedad de ella. Es una joven hermosa en la que tiene depositadas grandes esperanzas. El viejo Lutterworth hizo su fortuna con el algodón. No sé si habrá alguien más que haya puesto sus ojos en ella. No vivo en Highgate.

—Gracias, señor —dijo Pitt con sinceridad—. Me ha concedido una gran parte de su tiempo y me ha servido de ayuda para eliminar al menos algunas posibilidades.

—No envidio su trabajo. Yo pensaba que el mío era duro, pero creo que el suyo lo es más. Que tenga un buen día.

Cuando Pitt salió del hospital, la tarde de otoño estaba oscura y las lámparas de gas encendidas. Era ya principios de octubre, y algunas hojas crujieron bajo sus pies mientras caminaba en dirección al cruce donde podía coger un coche de alquiler. El aire, límpido y frío, prometía heladas en una o dos semanas. Las estrellas brillaban con destellos lejanos en un cielo frío. A Highgate no llegaba la niebla del río, ni el humo de las fábricas ni de las hacinadas casas adosadas. Podía oler el viento procedente de los campos y oír el ladrido de un perro en la distancia. Un día se llevaría a Charlotte y a los niños a pasar una semana en el campo. Hacía tiempo que ella no salía de Bloomsbury. Le gustaría. Se puso a pensar cómo ir haciendo pequeños ahorros, cómo ir apartando pequeñas

cantidades de dinero para el proyecto, y en la expresión de su mujer cuando pudiera decirselo. De momento no le diría nada, hasta que fuera seguro.

Mientras andaba iba tan perdido en sus pensamientos que el primer coche que pasó continuó el ascenso de la colina antes de que él llegara a darse cuenta.

A la mañana siguiente volvió a Highgate para ver si Murdo había descubierto algo interesante, pero éste ya había salido para seguir con sus pesquisas y le había dejado unas breves notas al efecto. Pitt le dio las gracias al sargento de guardia, quien seguía sin perdonarle su intromisión en un asunto local que él consideraba podía resolverse con los medios de la comisaría. Pitt se dirigió de nuevo al hospital para hablar con el mayordomo de Shaw.

El hombre estaba recostado en la cama con cara ojerosa, fruto de la conmoción por la desgracia. Estaba sin afeitarse y llevaba el brazo izquierdo cubierto de vendajes. Tenía en la cara varios rasguños en carne viva y una costra empezaba a formarse. El doctor no necesitó decirle a Pitt que aquel hombre había sufrido quemaduras graves.

A pesar de que junto a la cama del herido había olor a sangre, ácido fénico, sudor y cloroformo, a Pitt le sobrevino el penetrante hedor a humo y ceniza húmeda, como si hiciera apenas unos minutos que acabara de volver de la casa en ruinas, por lo que se imaginó estar viendo los restos calcinados del cuerpo de Clemency Shaw sobre una camilla del depósito, apenas reconocibles como humanos. La rabia que sintió se tradujo en un nudo en el estómago y el pecho que le dificultó el habla y la respiración.

—¿El señor Burdin?

El mayordomo abrió los ojos y lo miró sin interés.

—Señor Burdin, soy el inspector Pitt, de la Policía Metropolitana. Estoy en Highgate para averiguar quién encendió el fuego que destruyó la casa del doctor Shaw... —No mencionó a Clemency. No sabía si se lo habían dicho. Hubiera sido causarle una conmoción cruel e innecesaria. Debía informarse con delicadeza, y debía hacerlo alguien que pudiera permanecer junto a él y quizá consolarlo si la noticia le afligía.

—No lo sé —dijo Burdin con voz ronca, con los pulmones aún abrasados por el humo—. No vi nada ni oí nada hasta que Jenny se puso a gritar. Jenny es la doncella. Su dormitorio es el más próximo al cuerpo principal de la casa.

—Ya imaginamos que no vio usted cómo se inició el fuego. —Pitt trataba de mostrarse tranquilizador—. Y contamos con que no sepa nada concreto. Pero quizá haya algo que, pensando un poco, pueda tener importancia... si lo sumamos a otros datos. ¿Puedo hacerle algunas preguntas? —La solicitud de permiso no era más que una mera cortesía, pues aquel hombre estaba bajo los efectos del dolor y de una fuerte conmoción.

—No faltaba más. —La voz de Burdin se extinguió en un gruñido—. Pero ya he estado pensando. Le he dado vueltas y más vueltas en la cabeza. —Frunció el rostro al redoblar el esfuerzo—. Pero no recuerdo nada especial... nada de nada. Todo estaba como siempre... —Comenzó a toser, mientras la áspera ropa le rozaba la carne viva.

Pitt se quedó un momento sin saber qué hacer. Sintió pánico al ver cómo se le enrojecía el rostro mientras hacía esfuerzos en busca de aire y las lágrimas le rodaban por las mejillas. Miró alrededor en busca de ayuda pero no había nadie. Entonces vio una jarra de agua sobre la mesita del rincón y llenó un vaso apresuradamente. Le pasó el brazo a Burdin por los hombros para ayudarlo a incorporarse y le llevó el vaso a los labios. Al primer sorbo se atragantó y se escupió el agua encima, pero por fin consiguió tragar un poco y refrescarse la garganta resaca. Una vez aliviado el dolor, se recostó extenuado. Hubiera sido cruel e inoportuno hacerle hablar otra vez. Pero había que hacer las preguntas.

—No hable —le dijo Pitt—. Vuelva hacia arriba la palma de la mano para decir que sí, y hacia abajo para decir que no.

Burdin esbozó una leve sonrisa y volvió la palma hacia arriba.

—Muy bien. ¿Recibió el doctor alguna llamada aquel día, aparte de sus compromisos profesionales?

Palma hacia arriba.

—¿Asuntos de negocios?

Palma hacia abajo.

—¿Asuntos personales?

Palma de lado.

—¿Familiares?

Palma hacia arriba.

—¿De las hermanas Worlingham?

Palma hacia abajo, con resolución.

—¿Del señor o la señora Hatch?

Palma hacia arriba.

—¿De la señora Hatch?

Palma hacia abajo.

—¿Del señor Hatch? ¿Hubo alguna pelea, una discusión en voz alta, palabras desagradables? —Si bien a Pitt no se le ocurría nada que pudiera convertir una diferencia de opinión en un asesinato.

Burdin se encogió ligeramente de hombros y puso la palma en posición vertical.

—No más de lo habitual —sugirió Pitt.

Burdin sonrió, pero volvió a encogerse de hombros. No lo sabía.

—¿Llamó alguien más?

Palma hacia arriba.

—¿Una persona de la vecindad?

Palma hacia arriba, y la elevó un poco.

—¿Un vecino muy próximo? ¿El señor Lindsay?

El rostro de Burdin se relajó en una sonrisa y dejó la palma hacia arriba.

—¿Alguien más que usted sepa?

Palma hacia abajo.

Pensó en preguntarle si había recibido alguna carta fuera de lo habitual o que pudiera revestir algún interés, pero ¿qué tipo de carta podía ser? ¿Cómo podía reconocerse sin abrirse?

—¿Aquel día el doctor Shaw le pareció nervioso o preocupado por algo?

La palma permaneció hacia abajo, inmóvil encima de la sobrecama, aunque indecisa.

Pitt lanzó una conjetura, basándose en lo que había observado acerca del temperamento de Shaw.

—¿Enojado? ¿Estaba enojado por algo?

Palma hacia arriba.

—Gracias, señor Burdin. Si recuerda alguna otra cosa, un comentario, una carta, alguna disposición fuera de lo ordinario, por favor anótelo y pida al personal del hospital que me avisen. Vendré de inmediato. Espero que se recupere muy pronto.

Burdin sonrió y cerró los ojos. El esfuerzo, por pequeño que hubiera sido, le había agotado.

Pitt se marchó. Él también estaba enojado por todo aquel dolor físico que veía y por la impotencia de no poder hacer nada. Le parecía además que no había averiguado nada útil. Se le antojaba probable que Shaw y Hatch discutieran con asiduidad, aunque sólo fuera por la gran diferencia de su forma de ser. Era casi seguro que cualquier tema debían considerarlo desde puntos de vista opuestos.

El estado de la cocinera de Shaw era menos preocupante, por lo que había abandonado el hospital y había cogido un coche de caballos para el breve trayecto, hasta Seven Sisters Road, donde estaba la casa de sus parientes cuya dirección le había dado Murdo a Pitt. Era una casa pequeña, limpia y muy humilde, tal y como esperaba. Le dejaron entrar con muchos reparos y sólo después de un buen rato de discusión.

Encontró a la cocinera sentada en la cama de la mejor habitación, envuelta en una manta, más por decoro ante la visita de un extraño que para prevenir un posible resfriado. Tenía quemaduras en un brazo y había perdido parte del cabello, lo que le daba un aspecto de ave mal desplumada que, de tratarse de una situación menos trágica, hubiera resultado de lo más cómico. Tanto es así que a Pitt le costó mantener una perfecta compostura.

—¿Señora Babbage? —Comenzó Pitt. A las cocineras se les reservaba el cortés tratamiento de «señora», estuvieran o no casadas.

Ella le miró alarmada y se llevó la mano a la boca para sofocar un grito.

—No pretendo hacerle ningún daño, señora Babbage...

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Yo no le conozco. —Irguió la cabeza, como si su sola presencia fuera una amenaza o supusiera algún tipo de peligro físico.

Pitt se apresuró a buscar asiento en una pequeña silla de dormitorio que tenía detrás y trató de parecer lo más inofensivo posible. Era evidente que la mujer seguía en un fuerte estado de *shock*, cuando menos emocional, por cuanto no parecía haber sufrido daños físicos graves.

—Soy el inspector Pitt —se presentó, evitando utilizar el término «policía». Sabía cuánto aborrecían los sirvientes respetables cualquier tipo de asociación con el mundo del crimen, aunque fuera tan nimia como la presencia de un policía—. Es mi deber hacer todo lo que esté en mi mano para descubrir cómo se produjo el incendio.

—¡En mi cocina seguro que no! —exclamó con tal exaltación que asustó a su sobrina, quien no pudo reprimir un gemido—. ¡No vaya a acusarme a mí o a Doris! Sé muy bien cómo se maneja una cocina económica. Nunca se me ha caído ni un pedazo de carbón, ni he querido jamás quemar una casa.

—Eso ya lo sabemos, señora Babbage —dijo Pitt con dulzura—. El fuego no se inició en la cocina.

Ella pareció calmarse un poco, aunque sus ojos seguían mirándole con recelo, al tiempo que retorció entre los dedos la punta de un pañuelo con tal ahínco que tenía la carne enrojecida. Le daba miedo confiarse a él, recelosa de caer en alguna trampa.

—Lo prendieron de forma intencionada, en las cortinas de cuatro habitaciones diferentes de la planta baja.

—Nadie haría una cosa así —dijo en un susurro, apretándose el pañuelo con más fuerza alrededor de los dedos—. ¿Por qué ha venido a verme a mí?

—Por si notó algo raro aquel día, o vio a algún desconocido merodeando por los alrededores...

Pitt no creía que hubiera sido un mendigo o un vagabundo. Lo habían perpetrado con demasiada minuciosidad, lo cual hacía pensar en un sentimiento intenso, ya fuera el odio, la codicia o el miedo. El pensamiento volvió a su mente con renovada fuerza: ¿qué era eso que sabía Stephen Shaw? ¿Y sobre quién?

—Yo no vi nada. —La mujer rompió a llorar. Se llevaba una y otra vez el pañuelo a los ojos, mientras insistía en su defensa—. Yo sólo me ocupo de mi trabajo. No hago preguntas ni escucho detrás de las puertas. Y no soy tan presuntuosa como para pensar cosas del señor o la señora...

—¡Por supuesto! —exclamó Pitt al instante—. Eso es muy encomiable. Supongo que hay cocineras que sí lo hacen.

—Ya lo creo.

—¿De veras? ¿Qué cosas, por ejemplo? —Se esforzaba por parecer

sorprendido—. Si usted fuera de esa clase de cocineras, ¿qué tipo de preguntas hubiera podido hacerse?

Ella se enderezó con dignidad y le miró por encima de su mano, envuelta en el pañuelo empapado en lágrimas.

—Bueno, si yo fuera de ésas, que no lo soy, podría haberme preguntado por qué dejamos marchar a una de las doncellas, cuando no había pasado nada con ella; o por qué ya no comíamos salmón como antes, ni nos llegaba a la cocina una buena pata de cerdo... O podía haberle preguntado a Burdin por qué hacía seis meses que no entraba en casa una caja de vino decente.

—Pero, naturalmente, usted nunca hizo esas preguntas —dijo Pitt con tono de sensatez, al tiempo que reprimía una sonrisa—. El doctor Shaw es muy afortunado de tener en su hogar una cocinera tan discreta.

—¡Oh, no sé si será capaz de volver a cocinar para él! —Se echó a sollozar de nuevo—. Jenny ha presentado su renuncia y en cuanto hayan llegado a un acuerdo se vuelve a Somerset, de donde es ella. Doris no es más que una chiquilla... no tendrá más de trece años. Y el pobre señor Burdin está tan mal que quién sabe si volverá a ser alguna vez el mismo de antes. No, y quiero irme a una casa respetable, tengo que cuidar de mis nervios.

No tenía sentido discutir con ella. Además, por el momento Shaw no tenía necesidad de criados: no había casa en la que pudieran vivir ni servir. Por otra parte, la mente de Pitt estaba ocupada en el interesante hecho de que los Shaw parecían haber reducido considerablemente su tren de vida en los últimos tiempos, hasta el punto de que la cocinera lo había advertido.

Se levantó, le deseó un pronto restablecimiento, le dio las gracias a su sobrina y se marchó.

A continuación fue a ver a Jenny y a Doris, quienes no habían sufrido más que algunas quemaduras superficiales. Estaban, eso sí, aquejadas de un fuerte susto y de la conmoción, así como de una considerable aflicción, pero no corrían el peligro de una recaída, como en el caso de Burdin.

Las encontró en la parroquia, al cuidado de Lally Clitheridge, a quien no necesitó explicar el motivo de la visita.

Pero a pesar de someterlas a un detenido interrogatorio no pudieron decirle nada de utilidad. No habían visto ningún extraño por los alrededores, y en la casa todo había funcionado como siempre. El día había transcurrido con toda normalidad hasta que se vieron obligadas a levantarse: Jenny por el olor a humo, que percibió mientras estaba acostada pensando en algún asunto cuyo recuerdo le hizo enrojecer y que prefirió no referir; y Doris tras despertarse por los gritos de Jenny.

Les dio las gracias y salió a la calle, donde ya oscurecía. Caminó con paso enérgico en dirección sur, hacia Woodsome Road, donde estaba la casa de la mujer que acudía a diario para hacer las labores más pesadas. La señora Colter

vivía en una casa pequeña, con las ventanas limpias y el escalón de entrada fregado de forma tan imaculada que procuró no pisarlo por respeto.

Abrió la puerta una mujerona de modales sencillos con grandes mejillas y un amplio busto. Llevaba un delantal tensamente atado alrededor de la cintura con el bolsillo repleto de pequeños utensilios. El pelo, recogido en un apresurado lazo detrás de la nuca, le caía en forma de cola por la espalda.

—¿Quién es usted? —dijo sorprendida, aunque sin mala voluntad—. No le conozco.

—¿La señora Colter? —Pitt se quitó su más bien gastado sombrero, que tenía el ala un poco doblada y a hacia arriba.

—Yo misma. ¿Quién es usted?

—Thomas Pitt, de la Policía Metropolitana...

—Oh... —Arqueó las cejas—. Viene por lo de la casa del pobre doctor Shaw, supongo. Qué desgracia tan terrible. La señora Shaw era una mujer muy buena. Lo siento mucho, de verdad. Pase. Me parece que tiene frío... ¿y hambre, tal vez?

Pitt se limpió las botas en el felpudo antes de pisar el pulido suelo de linóleo. Por un instante estuvo a punto de inclinarse y quitarse las botas, como habría hecho en su propia casa, pero le asaltó el aroma de un sabroso estofado, con el delicado aroma de las cebollas y la dulce fragancia de los nabos y las zanahorias frescas.

—Sí —dijo—. Está usted en lo cierto.

—Bueno, no sé si podré ayudarle. —Se volvió hacia el interior de la casa y él la siguió.

Permanecer sentado en una habitación en medio de aquel aroma y no comer iba a ser muy duro. La generosa figura de la mujer lo condujo hasta una pequeña y aseada cocina. Una enorme olla bullía a fuego lento en la parte trasera de la cocina económica y llenaba el aire de vapor y calor.

—Pero lo intentaré —añadió.

—Gracias. —Pitt se sentó en una silla, con la esperanza de que la mujer estuviera hablando del estofado, no de información.

—Dicen que ha sido provocado —dijo, mientras retiraba la tapadera de la olla y removía el contenido con una cuchara de madera—. Pero si me pregunta cómo puede alguien ponerse a hacer una cosa así, le aseguro que no lo sé.

—Ha dicho usted « cómo », señora Colter, y no « por qué » —observó Pitt al tiempo que hacía una profunda inhalación y soltaba el aire con un suspiro—. ¿Se le ocurre algún motivo?

—He puesto poca carne —dijo dubitativa—. No había más que un poco de falda de cordero.

—¿No tiene idea de por qué, señora Colter?

—Pues porque no tengo dinero para más, por qué va a ser —dijo mirándole

como si fuera un poco tonto, pero sin perder la amabilidad.

—Me refiero a por qué iba alguien a prender fuego a la casa del doctor y la señora Shaw.

—¿Quiere una razón? —Sostuvo la cuchara en el aire.

—Sí, por favor.

—Hay un montón de razones. —Se puso a fregar una pila de platos en un gran barreño—. Venganza, por ejemplo. Hay quien dice que podía haber atendido al señor Theophilus Worlingham mejor de lo que hizo. Aunque yo siempre creí que al señor Theophilus le iba a dar un ataque algún día y se iba a morir. Como así fue. Pero eso no quiere decir que todo el mundo piense lo mismo. —Le puso una escudilla delante y le dio una cuchara para que comiera. Era a base de patatas, cebolla, zanahorias y un poco de nabo, con algunos restos de carne desperdigados, pero estaba caliente y muy sabroso.

—Muchas gracias —dijo él aceptando la comida.

—No creo que aquello tuviera nada que ver con lo de ahora. —Descartó la idea—. El señor Lutterworth está que trina con el doctor Shaw. Es por su hija, la señorita Flora, que va a verle continuamente y siempre fuera de horas de visita. Pero a la señora Shaw no se la veía inquieta, así que supongo que no debía haber nada de lo que alguien habría podido pensar. Al menos nada importante. Para mí que el doctor Shaw y su esposa eran una pareja un poco independiente. Parecían llevarse bien, como buenos amigos, aunque a lo mejor no todo era tan bonito.

—Es usted muy observadora, señora Colter.

—¿Más sal?

—No, gracias, así está perfecto.

—Oh, no es verdad. —Sacudió la cabeza.

—Sí lo es. No falta ni sobra nada.

—No se necesita ser un lince para darse cuenta de cuándo dos personas están cansadas una de la otra, aunque se respeten, pero eso no quiere decir que se hayan encariñado de otra.

—¿Y el doctor y la señora Shaw se habían encariñado de otra?

—No que yo sepa. Pero la señora Shaw iba a la ciudad un día sí y otro también. A él le parecía bien y no le interesaba ni le preocupaba con quién iba ni a quién veía. Ni tampoco a ella parecía molestarle que la mujer del párroco fuera a su casa sin necesidad cada vez que el doctor Shaw le sonreía.

Esta vez Pitt no pudo evitar una amplia sonrisa e inclinó la cabeza hacia el plato para ocultarla en lo posible.

—¿En serio? —dijo después de engullir otra cucharada—. ¿Usted cree que el doctor Shaw se daba cuenta de eso?

—Pero qué dice. Qué va. Ese hombre es más ciego que un murciélago para apreciar ese tipo de sentimientos en los demás. Pero la señora Shaw sí se daba cuenta y yo creo que sentía algo de lástima por ella. El reverendo es más bien un

pobre infeliz. Es un buen hombre. Pero no es hombre comparado con el doctor. Qué le vamos a hacer —suspiró—, así son las cosas, ¿no le parece? —Vio la escudilla vacía y le dijo—: ¿Quiere más?

Pitt pensó en la familia que ella tendría por alimentar y apartó el platillo.

—No, gracias, señora Colter. Suficiente para engañar la necesidad. Un guiso muy sabroso.

Ella se ruborizó un poco. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos y se sintió complacida y violenta a la vez.

—No es nada fuera de lo común. —Se volvió para remover el contenido de la olla.

—No lo será para usted, en todo caso. —Se levantó de la mesa y empujó la silla para volver a dejarla en su sitio, algo que no se hubiera preocupado de hacer en su propia casa—. Le estoy muy agradecido. ¿Se le ocurre alguna otra cosa que pudiera estar relacionada con el incendio?

Ella se encogió de hombros.

—Siempre está lo del dinero de los Worlingham, supongo. Pero no veo cómo podría encajar. No parece que al doctor le preocupen tanto esas cosas, y además no tuvieron hijos, pobrecillos.

—Gracias, señora Colter. Me ha sido de gran ayuda.

—No sé por qué. Cualquier tontorrón habría podido decirle lo mismo que yo, pero si a usted le sirve, me doy por satisfecha. Espero que atrape a quien lo hizo. —Sorbió ruidosamente por las narices y se volvió para remover la olla una vez más—. Era una mujer estupenda y me da mucha pena que haya muerto... y además de una forma tan horrible.

—Lo atraparé, señora Colter —dijo de un modo impulsivo.

Pero cuando se vio de nuevo en el camino, en medio del desapacible aire de la noche, deseó haber sido más reservado. No tenía la más remota idea de quién podía haberse acercado a la casa, haber roto los cristales de las ventanas, vertido queroseno en las cortinas y desatado el fatal incendio.

Por la mañana volvió a Highgate nada más levantarse y estuvo dándole vueltas al caso durante todo el largo trayecto. Le había contado a Charlotte los progresos realizados (negativos) porque ella se lo había preguntado. Se había tomado un interés por el caso mucho mayor de lo que él habría esperado, ya que de momento no había implicado un gran drama humano del tipo que solía despertar sus emociones. Ella no le había ofrecido mayor explicación, salvo que le daba mucha pena la muerte de aquella mujer. Era una forma espantosa de morir.

Él la había tranquilizado diciéndole que con toda probabilidad Clemency Shaw había sucumbido al humo mucho antes de ser alcanzada por las llamas. Incluso era posible que no hubiera llegado a despertarse.

Eso la había reconfortado, y como él ya le había dicho que los progresos eran mínimos, no había insistido más. En lugar de ello, había centrado la atención en los quehaceres diarios y se había puesto a darle una andanada de instrucciones a Gracie, quien la había escuchado, con las cejas arqueadas y expresión fascinada.

Pitt mandó detener el carruaje delante de la vivienda de Amos Lindsay, pagó al cochero y se dirigió a la puerta principal. La abrió el mismo criado moreno de la primera vez y Pitt preguntó por el doctor Shaw.

—El doctor Shaw ha salido a ver a un enfermo... señor.

—¿Está el señor Lindsay en casa?

—Si tiene la amabilidad de pasar, iré a preguntarle si puede recibirle. —El criado se hizo a un lado—. ¿A quién debo anunciar?

¿Era verdad que no le recordaba, o lo hacía por tratarle con superioridad?

—Inspector Thomas Pitt, de la Policía Metropolitana —respondió Pitt con cierta acritud.

—Por supuesto. —El criado hizo una inclinación tan vaga que sólo fue perceptible por el ligero movimiento de su reluciente cabeza—. ¿Tendrá la bondad de esperar aquí? Vuelvo sin tardanza.

Pitt tuvo tiempo de contemplar de nuevo el recibidor con toda su exótica mezcla de recuerdos y objetos artísticos. No había pinturas, nada relacionado con la cultura europea. Las figuras eran todas de madera o de marfil y estaban talladas siguiendo unas formas insólitas que parecían fuera de contexto en la tradicional concepción de la estancia, a través de cuyas cuadradas ventanas artesonadas se filtraba la tenue luz de una mañana de octubre. Las lanzas hubieran debido estar en manos de piel oscura, y las máscaras en movimiento, en lugar de estar clavadas en una tan inglesa madera de roble. Pitt pensó en cuán inimaginablemente diferente debía ser la vida que había llevado Amos Lindsay en países tan extraños a la mentalidad de Highgate. ¿Qué habría visto y qué habría hecho? ¿A quién habría conocido? ¿Habría vivido experiencias que le hicieron abrazar los puntos de vista políticos que tanto aborrecía Pascoe?

Sus elucubraciones se vieron interrumpidas por la reaparición del criado, quien le dedicó una mirada desaprobatoria.

—El señor Lindsay le recibirá en su estudio, si quiere seguirme. —Esta vez omitió el « señor».

En el estudio, Amos Lindsay estaba de pie, de espaldas a un vivo fuego. No parecía disgustado de volver a ver a Pitt.

—Entre —dijo ignorando al criado, quien se retiró sin hacer ruido—. ¿Qué puedo hacer por usted? Shaw ha salido. No sé por cuánto tiempo, no conozco el alcance de la enfermedad del paciente. ¿De qué más puedo informarle? Me gustaría saber algo. Todo esto es muy triste.

Pitt pensó en el vestíbulo y las reliquias que contenía.

—Usted debe de haber tenido experiencia directa con la violencia en algún

momento de su vida. —Era más una observación que una pregunta. Se acordaba de Zenobia Gunne, la amiga de la tía abuela Vespasia, que también había recorrido África y navegado por ríos inexplorados y vivido en poblados recónditos cuyos habitantes nunca había visto ningún europeo.

Lindsay le miraba con perplejidad.

—Sí, en efecto —acordó—. Pero nunca se convirtió en algo trivial para mí, ni llegué a insensibilizarme ante una muerte violenta. Cuando uno vive en otro país, señor Pitt, no importa lo extraño que pueda parecer todo al principio, el caso es que tras un corto período sus gentes se convierten en compatriotas, y sus penas y sus risas te afectan humanamente. Todo cuanto nos diferencia en el mundo no es más que una sombra, si lo comparamos con lo que nos asemeja. Y para decirle la verdad, me he sentido más próximo a un hombre negro bailando bajo la luna, sin otra vestimenta que sus pinturas, o a una mujer oriental consolando a su hijo asustado, de lo que lo he estado nunca respecto a Josiah Hatch cuando pontifica acerca del lugar de las mujeres en el mundo y de que es voluntad de Dios que den a luz con dolor. —Hizo una mueca que la notable volubilidad de sus rasgos convirtió en un gesto grotesco—. ¡Y de que un médico cristiano no debe interferir sus designios, ya que es el castigo de Eva y todo lo demás! Está bien, está bien, ya sé que aquí él está en mayoría. —Miró a Pitt con unos ojos azules como el cielo, aunque semiocultos por los párpados, como si aún se viera obligado a entornarlos para protegerse del sol tropical.

Pitt sonrió. Le pareció muy probable que él hubiera pensado lo mismo, caso de haber estado alguna vez fuera de Inglaterra.

—¿No conoció a una mujer llamada Zenobia Gunne en alguno de sus viajes por...? —No necesitó concluir la frase al ver la sorpresa de Lindsay.

—¡Nobby Gunne! ¡Pues claro que la conozco! La conocí en un poblado ashanti en... en el sesenta y nueve. ¡Una mujer formidable! Pero ¿cómo es que la conoce? —El júbilo se esfumó de su rostro y se mudó en alarma—. ¡Santo Dios! ¿No le habrá pasado algo...?

—¡No, no! La conocí por un familiar de mi cuñada. Hace sólo unos meses disfrutaba de una salud excelente, y de un humor similar.

—¡Gracias a Dios! —Lindsay le indicó que se sentara—. Y dígame, ¿qué podemos hacer con Stephen Shaw, pobre hombre? Está en una situación muy triste. —Atizó el fuego con vigor y se sentó en la otra silla—. Estaba muy unido a Clemency, ¿comprende? No es que hubiera entre ellos una gran pasión. Si la hubo, había pasado hacía tiempo. Pero le gustaba, le gustaba mucho. Y no hay muchos hombres que puedan decir que les gusta su esposa. Era una mujer de rara inteligencia, ¿sabe? —Arqueó las cejas y sus pequeños ojos vivarachos escrutaron a Pitt.

Pitt pensó en Charlotte. El rostro de su mujer ocupó toda su mente y se sintió abrumado al darse cuenta de lo mucho que le gustaba. La amistad era en su caso

tan valiosa como el amor. Tal vez fuera un preciado don, algo que había nacido del tiempo y la continuidad de las cosas compartidas, de las pequeñas bromas cómplices, de la ayuda mutua prestada en los momentos de angustia o tristeza, de la comprensión de las debilidades y de la fuerza del otro y de la atención prestada a ambas.

Pero en el caso de Stephen Shaw, si la pasión se había extinguido y él era un hombre apasionado, ¿no se habría encendido entonces en otro lugar? Pero entonces, la amistad, por muy profunda que fuera, ¿habría podido sobrevivir a un sentimiento tan tumultuoso? Quería creer que sí. Por instinto, Shaw le había caído bien.

Pero a la otra mujer en cuestión, quienquiera que fuera, no le habría gustado someterse a una restricción así. Más bien la habrían atormentado los celos. Y el hecho de que a Shaw aún le atrajera su mujer y la admirara podía haber hecho estallar un estado emocional tan frágil... con resultado de asesinato.

Lindsay le miraba fijamente, en espera de una respuesta más concreta que la meditabunda expresión de su rostro.

—En efecto —dijo Pitt mientras alzaba la vista de nuevo—. En su situación actual, sería natural que le resultase muy duro tener que pensar en quién podía sentir hacia él una enemistad tan fuerte o quién podía tener tanto que ganar con su muerte o con la de su esposa. Pero puesto que usted lo conoce bien, tal vez pueda facilitarme alguna sugerencia, por desagradable que sea. Así al menos podríamos excluir a algunas personas... —Dejó la frase en el aire, con la esperanza de que no fuera necesario ser más explícito.

Lindsay era lo bastante inteligente para no necesitar más insinuaciones. Sus ojos se paseaban por los objetos del estudio. Tal vez pensaba en tierras lejanas, en gentes diferentes con pasiones similares, menos acicaladas y disimuladas por las máscaras de la civilización.

—No hay duda de que Stephen se ha granjeado algunos enemigos —dijo con calma—. Eso es algo que suele pasarle a la gente que tiene firmes convicciones, y más si saben defenderlas con tanta elocuencia como es su caso. Me temo que tiene muy poca paciencia con los necios y menos aún con los hipócritas... ejemplos de los cuales nuestra sociedad proporciona un gran número. —Sacudió la cabeza. Un pedazo de carbón se desprendió en medio del fuego con un torrente de chispas—. A veces, cuanto más sofisticados nos creemos más tontos nos volvemos, y cuanta más gente ociosa hay sin otra cosa en que ocuparse que dictar normas de conducta para los demás, más hipocresía se genera en torno a quien las sigue y quien no.

Pitt imaginó una sociedad salvaje viviendo a pleno sol en las vastas planicies que había visto en algunas pinturas, con sus cabañas de paja, los tambores sonando y un calor sofocante. Una cultura que no había cambiado desde que existía la memoria histórica. ¿Qué había hecho Lindsay en un lugar así, cómo

había vivido? ¿Se había casado con una mujer africana? ¿La había amado? ¿Qué le había traído de regreso a Highgate, al extrarradio londinense en el corazón del Imperio, con sus guantes blancos, los carruajes, las tarjetas de visita grabadas, las lámparas de gas, las doncellas con delantales almidonados, las pequeñas y ancianas damas, los retratos de obispos, las vidrieras de colores... y los crímenes?

—¿A quién pudo haber ofendido en particular? —Miró a Lindsay.

Lindsay mostró de pronto su semblante más risueño.

—Santo cielo, amigo mío... a cualquiera. Celeste y Angeline piensan que no se ocupó de Theophilus con la debida atención, y que si lo hubiera hecho ese viejo loco seguiría vivo...

—¿Usted también lo cree?

Lindsay arqueó las cejas.

—Sabe Dios. Lo dudo. ¿Qué puede uno hacer ante un ataque de apoplejía? No podía quedarse a su lado las veinticuatro horas del día.

—¿Quién más?

—Alfred Lutterworth cree que Flora está enamorada de él... cosa que bien pudiera ser. Entra y sale de casa muy a menudo, y se ve con Stephen en privado fuera de las horas de visita. Ella tal vez imagina que los demás no lo saben, pero es seguro que sí. Lutterworth cree que la está seduciendo por dinero, y es que él tiene mucho.

La leve sonrisa que apareció en su rostro hizo pensar a Pitt que la idea de que Shaw hubiera matado a su esposa porque ésta se interponía en un matrimonio ventajoso no le había pasado por la cabeza. Su rostro de hombre maduro, tan marcado por unas arrugas que reflejaban cada uno de los registros de su expresividad, mostraba ahora conmiseración y la sombra de un sentimiento de desprecio sin crueldad, aunque desprovisto también de cualquier clase de temor.

—Y por supuesto Lally Clitheridge está horrorizada de sus opiniones —continuó Lindsay, sonriendo más abiertamente—. Y fascinada por su vitalismo. Es diez veces más hombre de lo que su pobre Hector pueda ser o llegar a ser nunca. Prudence Hatch está encariñada de él pero al mismo tiempo le inspira temor, por alguna razón que no he descubierto. Josiah no lo traga por un montón de razones inherentes a su temperamento tanto como al de Stephen. Quinton Pascoe, que vende tan bellos y románticos libros, y los analiza, y los mima de forma tan sincera, opina que Stephen es un iconoclasta irresponsable porque da su apoyo a John Dalgetty y sus vanguardistas puntos de vista en literatura, o al menos apoya la libertad con que los expresa, sin importarle a quién pueda ofender.

—¿Ofenden a alguien? —preguntó Pitt por curiosidad personal, además de por la importancia que pudiera tener para el caso. Sin duda no había desacuerdo literario tan poderoso que pudiera llevar al asesinato. Podía dar lugar a

enemistades, al desprecio incluso, pero sólo un loco podía matar por una cuestión de gustos literarios.

—En grado sumo. —Lindsay percibió el escepticismo de Pitt y sus ojos reflejaron un atisbo de ironía—. Tiene que comprender a Pascoe y a Dalgetty. Los ideales, la expresión del pensamiento y el arte de la creación y la comunicación son su vida. Para ambos. —Se encogió de hombros—. Pero sólo puedo decirle quién podía tener sentimientos de odio pasajeros respecto a Stephen, no quién pienso que hubiera podido llegar al extremo de incendiar su casa con intención de matarlo. Si conociera a alguien a quien juzgara capaz de tal cosa, habría ido a comisaría y yo mismo a decirselo.

Pitt convino en ello con una mueca. Estaba a punto de reanudar el interrogatorio cuando reapareció el criado para anunciar al señor Dalgetty. Lindsay miró a Pitt con expresión divertida y asintió.

Al cabo de un momento entró John Dalgetty, quien obviamente creía que Lindsay estaba solo. Se lanzó de inmediato a un entusiasta discurso. Era moreno, de mediana estatura, con una frente alta y casi vertical, ojos hermosos y una rauda mata de pelo que comenzaba a menguar un poco. Iba vestido de forma muy informal, con una corbata negra muy suelta que por la mañana, al ponérsela, debió haber formado un arco perfecto, pero que ahora era un mero embrollo de tela. La chaqueta, demasiado larga, le caía suelta y producía un efecto general de desaliño.

—¡Brillante! —Abrió los brazos—. Justo lo que Highgate necesita... ¡lo que todo Londres necesita! Supone una sacudida contra alguna de esas anquilosadas ideas, hace pensar a la gente. Eso es lo que importa, ¿no es así?, liberarse de la rigidez, de la ortodoxia que momifica las facultades de la inventiva. —Fruunció el entrecejo y se inclinó hacia adelante en su vehemencia—. El hombre posee el poder de la mente, pero hay que liberarla de los grilletes del miedo. Les horroriza lo nuevo, se estremecen ante la perspectiva de cometer un error. ¿Qué importan unos pocos errores? —Alzó los hombros—. ¿Y si al final descubrimos y damos nombre a una nueva verdad? Cobardes... en eso nos estamos convirtiendo a marchas forzadas. Una nación de cobardes intelectuales. Demasiado timoratos para emprender una aventura hacia las regiones desconocidas del pensamiento y del conocimiento. —Señaló con el brazo una lanza ashanti colgada en una pared—. ¿Qué habría sido de nuestro Imperio si a todos nuestros navegantes y exploradores les hubiera dado tanto miedo lo nuevo que no se hubieran atrevido a circunnavegar la Tierra, ni a adentrarse en los oscuros continentes de África y la India? —Señaló con la mano el suelo—. ¡Aquí, en Inglaterra! ¡Aquí nos habríamos quedado sin movernos! Y el mundo —móvió la mano con teatralidad— pertenecería a los franceses, o a los españoles, o Dios sabe a quién. Pero ahora estamos dejándoles todas las aventuras del pensamiento a los alemanes, y a todos los demás, sólo porque nos da miedo pisar algún que otro pie delicado.

¿Has visto a Pascoe? ¡Está que echa espuma a causa de tu monografía sobre los errores de la propiedad privada de los medios de producción! ¡Cuando es de lo más brillante! Llena de ideas y conceptos nuevos acerca de la comunidad de bienes y del reparto equitativo de la riqueza. La analizaré todo lo extensamente que... ¡oh! —Advirtió de repente la presencia de Pitt y su rostro, después del asombro inicial, se llenó de curiosidad—. Le pido me disculpe, señor, no sabía que el señor Lindsay estuviera acompañado. John Dalgetty. —Hizo una leve inclinación—. Vendedor de libros raros y crítico literario. Y, espero, difusor de ideas.

—Thomas Pitt. Inspector de policía y, espero, descubridor de la verdad, o al menos de una parte de ella... Nunca llegamos a saberlo todo, pero a veces basta con saber aquello que sirva a la justicia.

—Dios me asista. —Dalgetty profirió una risotada en la que había tanto de nerviosismo como de sentido del humor—. Un policía con un sentido del lenguaje extraordinario. ¿Pretende divertirse a mi costa, señor?

—En absoluto. La verdad completa de un crimen, de sus causas y efectos, está muy lejos de nuestro alcance. Pero, si actuamos con diligencia y la suerte nos acompaña, podemos descubrir quién lo ha cometido, y al menos una porción del motivo.

—Oh... ah... sí, claro. Qué desgracia. —Dalgetty frunció sus negras cejas y sacudió la cabeza ligeramente—. Una gran mujer. Yo no la conocía mucho, siempre parecía estar muy ocupada con sus asuntos, obras de caridad y todas esas cosas. Pero tenía una reputación excelente. —Dedicó a Pitt una mirada medio desafiante—. Nunca oí a nadie hablar mal de ella. Era una gran amiga de mi mujer, siempre estaban charlando juntas. Una trágica pérdida. Desearía poder ayudarle, pero no sé nada, no sé nada en absoluto.

Pitt estaba dispuesto a creerle, pero le hizo algunas preguntas por si podía descubrir algún dato más en medio de su entusiasmo y sus opiniones valorativas. No fue así y, al cabo de quince minutos después de haberse marchado Dalgetty, en medio de nuevas alabanzas a la monografía, llegó el propio Stephen Shaw, envuelto en un torbellino de energía, abriendo las puertas de golpe. Pero Pitt se fijó en las sombras bajo los ojos y en el rictus tenso alrededor de la boca.

—Buenas tardes, doctor Shaw —saludó con calma—. Lamento esta nueva intromisión, pero tengo algunas preguntas que hacerle.

—Por supuesto. Aunque ya le he dicho todo lo que sé.

—Alguien incendió su casa deliberadamente, doctor Shaw —le recordó Pitt. Shaw hizo un gesto de desagrado.

—Lo sé. Si tuviera la más remota idea de quién lo hizo, ¿no cree que ya se lo hubiera dicho?

—¿Qué puede decirme de sus pacientes? ¿Ha atendido a alguien con motivo de alguna enfermedad que hubiera deseado ocultar...?

—Por el amor de Dios, ¿qué está diciendo? —Shaw lo miró fijamente con ojos desorbitados—. ¡Si hubiera tratado a alguien de alguna enfermedad contagiosa habría informado de ello, le gustase o no al paciente! ¡Y en caso de enfermedad mental, lo habría ingresado en un centro!

—¿Y en caso de sífilis?

Shaw se quedó inmóvil, con los brazos en el aire.

—*Touché* —dijo con parsimonia—. Es contagiosa y al mismo tiempo acaba causando demencia. Probablemente habría guardado silencio. Desde luego no lo hubiera hecho público. —Una sombra de ironía cruzó por su rostro—. No se contagia con un apretón de manos, ni por compartir una copa de vino, y la demencia que acarrea no es ocultable, ni tampoco provoca un furor homicida.

—¿Ha tratado algún caso?

—Si así fuera, no rompería ahora la confidencialidad debida a un paciente. —Shaw le devolvió una mirada desafiante y al mismo tiempo inocente—. Ni tampoco hablaría con usted acerca de cualquier otra confidencia médica, fuera de la naturaleza que fuera.

—Entonces vamos a necesitar un tiempo considerable en descubrir quién mató a su mujer, doctor Shaw. —Pitt lo miraba de forma inexpresiva—. Pero yo no voy a dejar de intentarlo, por muchas cosas que tenga que remover para encontrar la verdad. Aparte del hecho de que se trata de mi trabajo... cuanto más oigo hablar de ella, más convencido estoy de que es merecedora del esfuerzo.

Shaw palideció y se le tensaron los músculos del cuello. Apretó los labios como si hubiera sufrido un repentino dolor, pero guardó silencio.

Pitt sabía que le estaba haciendo daño, cosa que detestaba, pero rendirse ahora empeoraría las cosas de cara al futuro.

—Y si como parece probable no era su esposa el objetivo, sino usted, entonces es muy posible que el asesino, o la asesina, lo intente de nuevo. Doy por sentado que ya había pensado usted en ello.

El rostro de Shaw estaba blanco como el papel.

—Lo he pensado, señor Pitt —dijo con calma—. Pero no puedo romper mi código deontológico tan fácilmente... aun teniendo alguna certeza. No creo que vaya a salvarme por traicionar a mis pacientes... En cualquier caso no es algo que esté en venta. Lo que quiera saber tendrá que averiguarlo por otros medios.

Pitt no se sorprendió. Era lo que esperaba de un hombre como Shaw, y a pesar de la frustración, se hubiera sentido decepcionado si hubiera obtenido más de él.

Observó el rostro de Lindsay, sonrosado por el reflejo de la luz del fuego, y vio en él un profundo afecto junto con cierta satisfacción socarrona. Él también se habría sentido defraudado si Shaw se hubiera mostrado más dispuesto a hablar.

—En ese caso será mejor que continúe por mis propios medios —aceptó Pitt,

irguiéndose un poco—. Buenos días, señor Lindsay, y gracias por su accesibilidad. Buenos días, doctor Shaw.

—Buenos días, señor —repuso Lindsay con una cortesía inusual.

Shaw permaneció en silencio junto a los estantes de libros.

El criado lo acompañó hasta la calle, donde brillaba un tenue y dorado sol otoñal y el viento levantaba las hojas secas del camino. Tardó más de media hora en encontrar un coche que lo llevara de regreso a la ciudad.

A Charlotte no es que le gustara el ómnibus público, pero alquilar un coche de caballos desde Bloomsbury hasta casa de su madre en Cater Street era una extravagancia injustificada. Y de haber contado con algún dinero extra para gastar, había cosas mucho mejores en que hacerlo. Por la cabeza le rondaba un vestido nuevo en el que lucir las flores de seda de Emily. Desde luego, tampoco era que con el dinero de un trayecto en coche pudiera comprarse ni una manga de eso que tenía en mente, pero podía ser un comienzo. Y con Emily de nuevo en casa, podía surgir la ocasión de llevar tal clase de vestido.

Mientras la oportunidad llegaba, subió al ómnibus, le dio el billete al conductor y se apretujó entre una mujerona que resollaba como un fuelle y un hombrecillo bajito cuya melancólica y ensimismada mirada se perdía en la distancia y parecía anunciar que se pasaría irremediamente de parada, a no ser que viajase hasta el final de la línea.

—Disculpen. —Charlotte buscó acomodo con decisión y ambos se vieron obligados a hacerle un sitio en el banco, la mujerona con un crujido de corsé y frufrú de tafetán, y el hombrecillo en silencio.

Se bajó al cabo de poco y recorrió a pie en medio de un suave viento de tormenta los doscientos metros de calle hasta la casa en que había nacido y crecido, y donde siete años atrás había conocido a Pitt y escandalizado a los vecinos casándose con él. Su madre, que desde que ella tenía diecisiete años había estado buscándole marido infructuosamente, había aceptado la unión de forma más condescendiente de lo que Charlotte había imaginado posible. ¿Y no exenta tal vez de cierto alivio? Pues aunque Caroline Ellison era tan tradicional, ambiciosa para sus hijas y sensible a la opinión de sus iguales como la que más, también era verdad que amaba a sus hijas, y al final se dio cuenta de que la felicidad de éstas podía hallarse en destinos que ella jamás hubiera considerado siquiera tolerables.

Y aún ahora que era capaz de sentir un afecto considerable hacia Thomas Pitt, seguía prefiriendo no explicarles a todos sus conocidos a qué se dedicaba su yerno. Su suegra, por otro lado, nunca había dejado de considerar la unión un

desastre social, ni dejaba pasar la ocasión de decirlo.

Charlotte subió las escaleras y llamó a la campanilla. Apenas tuvo tiempo de dar un paso atrás cuando la puerta ya se había abierto y Maddock, el mayordomo, la hizo pasar.

—Buenas tardes, señorita Charlotte. Qué agradable verla por aquí. La señora Ellison estará encantada. Se encuentra en la salita de estar y por ahora no tiene más visitas. ¿Puedo llevarme su abrigo?

—Buenas tardes, Maddock. Sí, por favor. ¿Están todos bien?

—Muy bien, gracias —contestó de forma maquinal. No era cuestión de responder que la cocinera tenía reuma en las rodillas, o que la doncella había cogido un resfriado y la ayudante de cocina se había torcido el tobillo bajando a la carbonera. Aquellos problemas del servicio no eran asunto para una dama, y él nunca había llegado a comprender que Charlotte ya no era una «dama» en el sentido en que lo era mientras había vivido en aquella casa.

En la amplia salita de descanso familiar, Caroline estaba sentada perdiendo el tiempo con una pieza de bordado, con la mente ausente de la labor, mientras la abuela la contemplaba con irritación y trataba de pensar en alguna observación punzante que hacerle. Cuando ella era una niña, las labores de bordado se hacían con meticuloso cuidado. Si una tenía la desgracia de ser viuda, sin un marido al que complacer, ésa era una pena que había que sobrellevar con dignidad y algo de gracia, pero no por ello dejaba de hacer las cosas con la atención debida.

—Si sigues así te pincharás un dedo y mancharás la tela de sangre —dijo en el instante en que se abría la puerta y era anunciada Charlotte—. Y entonces no servirá para nada.

—Tampoco va a servir de mucho en cualquier caso —replicó Caroline. Sólo entonces se dio cuenta de que había alguien más—. ¡Charlotte! —Dejó caer al suelo la labor entera, agujas, tela, soporte e hilos, y se puso de pie encantada—. Querida, me alegra verte. Tienes un aspecto estupendo. ¿Cómo están los niños?

—Con una salud excelente, mamá. —Charlotte abrazó a su madre—. ¿Y tú? —Se volvió hacia su abuela—. ¿Abuelita? ¿Cómo estás? —Era consciente del catálogo de quejas que vendría a continuación, pero el varapalo sería menor si se adelantaba a preguntarlo que si no lo hacía.

—Sufro mucho —contestó la anciana mirando a Charlotte de arriba abajo con ojos escrutadores. Aspiró ruidosamente. Era una mujer pequeña y recia con una nariz puntiaguda que en su juventud había sido considerada aristocrática, al menos por aquellas personas con mejor disposición hacia ella—. Estoy coja, y sorda, pero si vinieras a visitarnos más a menudo no tendrías necesidad de preguntarlo para saberlo.

—Ya lo sé, abuelita —repuso Charlotte, decidida a ser agradable—. Lo he preguntado sólo para que supieras que me importa.

—Claro, claro —refunfuñó la anciana—. Bueno, siéntate y cuéntanos algo

interesante. Yo también estoy aburrida. Aunque lo estoy desde que tu abuelo murió... incluso desde antes. El estar aburridas es atributo de las mujeres de buena cuna. Tu madre también se aburre, aunque no ha aprendido a resignarse como yo. No ha sabido desarrollar el talento necesario. Hace unas labores pésimas. Yo ya no veo lo suficiente como para hacer bordado, pero cuando lo hacía me quedaba perfecto.

—Tomarás un poco de té. —Caroline sonrió. Aquellas conversaciones formaban parte de su vida desde hacía veinte años y las aceptaba de buen grado. La verdad era que rara vez se aburría. Tras enviudar, y una vez superado el primer momento de aflicción, había encontrado nuevas y más interesantes ocupaciones. Había descubierto que era libre para leer los periódicos enteramente por primera vez en su vida. Había aprendido un poco sobre política y asuntos de actualidad, sobre los temas sociales objeto de debate, e incluso se había unido a colectivos que hablaban de todo tipo de cosas. Aquella tarde no sabía muy bien qué hacer porque había decidido pasar el tiempo en casa con la anciana dama, y hasta la llegada de Charlotte no habían recibido ninguna visita.

—Sí, por favor —aceptó Charlotte, al tiempo que se acomodaba en su silla favorita.

Caroline llamó a la doncella y le ordenó que trajera té, sándwiches, pastelillos y bollos con mermelada. Luego se dispuso a escuchar las nuevas que pudiera traer Charlotte y a hablarle acerca de cierto grupo filosófico que frecuentaba desde hacía poco.

La doncella trajo el té y lo sirvió.

—Habrás visto a Emily, sin duda. —La abuela pronunció la frase como una sentencia, al tiempo que hacía un altivo gesto de desaprobación—. En mis tiempos una viuda no se volvía a casar cuando el cuerpo de su pobre marido aún se enfriaba en la tumba. Se consideraba una muestra de apresuramiento indecorosa. Indecorosa en grado sumo. Y no es que lo haya hecho para mejorar. Qué muchacha tan estúpida. Eso aún habría podido entenderlo. Pero ¡Jack Radley! ¡Alguien puede decirme quiénes son esos Radley?

Charlotte pasó por alto el asunto. Confiaba en que Jack Radley se encargaría de adular a la vieja dama y que ésta se derretiría como la mantequilla en una tostada caliente. No valía la pena, sencillamente, discutir de eso en aquel momento. Y por supuesto, cualquier cosa que Emily le hubiera traído de Europa la habría criticado, pero a la vez se habría sentido encantada con ello, y lo hubiera demostrado sin la menor turbación.

Consciente de la capacidad de autodomínio de Charlotte, la vieja dama giró el cuello y miró a su nieta por encima de sus anteojos.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas estos días, señorita? ¿Sigues entrometiéndote en los asuntos de tu marido? Si hay algo que sea una vulgaridad inexcusable es la curiosidad acerca de las tragedias domésticas de los demás. Ya te dije en su

momento que de ahí no puede salir nada bueno. —Volvió a aspirar ruidosamente con despecho y se arrellanó en su asiento—. ¡Detective, vaya por Dios!

—No estoy involucrada en el actual caso de Thomas, abuelita. —Charlotte cogió otro sándwich de pepino y se lo comió con fruición. Estaban realmente deliciosos: finos como obleas, y suaves y crujientes.

—Muy bonito —dijo la anciana con satisfacción—. Comes demasiado. Eso no es propio de una dama. Has perdido todas las formas refinadas que siempre tuviste. ¡Y la culpa es tuya, Caroline! Nunca debiste permitir que esto sucediera. ¡Si hubiera sido hija mía, nunca habría consentido que se casara por debajo de su posición!

Hacía mucho que Caroline había dejado de defenderse de observaciones como aquélla. Además, no tenía ganas de pelearse, por mucho que la provocaran. En realidad, le daba cierta satisfacción mirar a los brillantes ojillos de su suegra, devolverle una dulce sonrisa y ver su irritación.

—Por desgracia no tengo tus dotes —dijo con amabilidad—. A Emily supe manejarla mejor, pero Charlotte pudo conmigo.

La vieja dama estaba derrotada.

—¡Ja! —dijo a falta de mejor respuesta.

Charlotte disimuló su sonrisa y tomó otro sorbo de té.

—¿De modo que has dejado de entrometerte? —La vieja dama no cejó—. ¡Emily se sentirá decepcionada!

Charlotte bebió otro sorbo de té.

—Sólo debe de tener casos de rateros y ladronzuelos, imagino —insistió la abuelita—. ¿Qué? ¿Le han degradado?

Charlotte no tuvo más remedio que intervenir.

—No. Ahora tiene un caso de incendio y asesinato. Una mujer muy respetable murió en un incendio provocado en Highgate. De hecho, era nieta de un obispo —añadió con un desagradable acentillo triunfal.

La vieja dama la miró con recelo.

—¿Qué obispo? Me parece muy raro.

—El obispo Worlingham —replicó Charlotte.

—¿Worlingham? ¿Augustus Worlingham? —La vieja dama arqueó las cejas con interés. Se inclinó en su silla y golpeó el suelo con su negro bastón—. ¡Responde, chiquilla! ¿Augustus Worlingham?

—Supongo que sí. —Charlotte no recordaba que Pitt hubiera mencionado el nombre de pila del obispo—. No creo que haya dos.

—¡No seas impertinente! —Pero la vieja dama estaba demasiado entusiasmada para ir más allá de una crítica superficial—. Yo conocía a sus hijas, Celeste y Angeline. Así que todavía viven en Highgate. Bueno, ¿por qué no? Es una buena zona. Debería ir a transmitirles mis condolencias.

—¡No puedes hacerlo! —Caroline se sobresaltó—. Nunca habías hablado de

ellas... ¡Debe de hacer años que no vas a verlas!

—¿Acaso ése es motivo para no ir a consolarlas en su desgracia? —inquirió la vieja dama con las cejas arqueadas, en demanda de sensatez en una casa de insensatos—. Pienso ir esta misma tarde. Aún es temprano. Podéis acompañarme, si gustáis. —Hizo ademán de ponerse en pie—. Siempre que estéis dispuestas a no demostrar una curiosidad vulgar. —Y apartó de un empujón la mesita del té, antes de salir de la salita sin molestarse en mirar atrás para ver la reacción provocada por sus observaciones.

Charlotte miró a su madre, sin decidirse a dar su parecer. La idea de conocer a personas tan allegadas a Clemency Shaw la seducía.

Caroline suspiró. Su expresión de incredulidad dio paso a un leve interés.

—Ah... —Inspiró y exhaló poco a poco—. Creo que no debemos dejar que vaya sola, ¿no crees? No sé qué podría decirles. —Se mordió el labio para disimular una sonrisa.

—Tienes razón —convino Charlotte mientras se levantaba y cogía su bolso de malla, dispuesta a la marcha.

El largo trayecto hasta Highgate discurrió en casi completo silencio. Charlotte hizo un intento por pedirle a la vieja dama que las informara acerca de su relación con las hermanas Worlingham, y sobre cualquier otra consideración respecto de su situación actual, pero la respuesta fue escasa y en un tono que la disuadió de seguir preguntando.

—No eran ni mejor ni peor que la mayoría —dijo la vieja dama, como si la pregunta hubiera sido superflua—. Nunca oí de ningún escándalo a sus expensas... lo que significa que o bien eran virtuosas, o bien no tuvieron la ocasión de cometer una falta. A fin de cuentas eran las hijas de un obispo.

—No preguntaba por escándalos. —Charlotte se irritó—. Sólo quería saber qué clase de personas son.

—Son personas afligidas. Por eso voy a verlas. Me parece que no vienes más que por mera curiosidad, que es un aspecto del carácter del peor gusto. Espero que no me pongas en evidencia cuando estemos allí.

Charlotte apretó los labios ante un comentario tan afrentoso. Sabía muy bien que la vieja dama no visitaba a los Worlingham desde hacía treinta años, y que a buen seguro tampoco lo habría hecho ahora si la muerte de Clemency no hubiera estado rodeada de tan extrañas circunstancias. Por una vez no se le ocurrió una réplica punzante y permaneció en silencio el resto del camino.

La casa de los Worlingham en Fitzroy Park, Highgate, era imponente desde el exterior. Daba un aspecto de gran solidez, con las puertas y ventanas artesonadas, y de gran amplitud, suficiente para alojar a una familia numerosa y el correspondiente personal de servicio.

El interior, como comprobaron tras ser admitidas por una doncella de rigidez marmórea, era aún más opulento, si bien parte del mobiliario era austero. Charlotte, pertrechada detrás de su madre y su abuela, tuvo la oportunidad de observar el entorno con detenimiento. El vestíbulo era de una amplitud inusual, con revestimientos de madera de roble, y una serie de retratos de personajes de diversas épocas, aunque debajo de los mismos no figuraba ninguna placa con sus nombres. Charlotte tuvo la fugaz sospecha de que tal vez no fueran antepasados de los Worlingham, sino que quizá estaban allí para impresionar al visitante. En el lugar de honor, en el principal punto de luz, estaba colocado el retrato más grande, que representaba a un caballero de cierta edad ataviado con un traje corriente. Su amplio rostro era sonrosado y el cabello plateado le dejaba al descubierto una amplia frente inclinada y se le rizaba sobre las orejas, lo que formaba una aureola casi luminosa alrededor de su cabeza. Bajo las pobladas cejas asomaban unos ojos azules y la barbilla era ancha. Pero su rasgo más característico era la bondadosa y confiada sonrisa de sus labios. Bajo aquel retrato sí figuraba una placa: « Obispo Augustus T. Worlingham » .

Entraron en una salita y la doncella fue a preguntar si podrían ser recibidas y la abuela se sentó con tirantez en una silla, mientras observaba todo con ojo crítico. Las pinturas de la salita eran lúgubres paisajes y muestrarios de punto enmarcados con leyendas tales como: « Vanidad de vanidades, todo es vanidad » , en punto de cruz; « Una mujer buena es más valiosa que el rubí » , enmarcado en madera; y « Dios lo ve todo » , con hilo sobre fondo satinado.

Caroline hizo una mueca.

Charlotte se imaginó a las dos hermanas de pequeñas, sentadas en silencio un sábado por la tarde, cosiendo aquellas frases con todo esmero, aplicadas a una tarea que aborrecían y preguntándose cuánto faltaba para la hora del té, en que papá les leería las Escrituras. Contestarían a sus preguntas con la debida sumisión y, después de rezar las oraciones, podrían irse a la cama.

La anciana se aclaró la garganta y miró con desagrado un receptáculo de cristal lleno de pájaros disecados y posados en ramas.

Los tapetes sobre la cabecera de los respaldos estaban bordados con hilo marrón, todo ello un poco apergaminado.

La doncella volvió para anunciar que las señoritas Worlingham estarían encantadas de recibir las, de modo que la siguieron de vuelta a través del vestíbulo, hasta una cavernosa sala de estar con cinco arañas en el techo, de las cuales sólo dos estaban encendidas. Sobre el suelo de madera había varias alfombras orientales de diferentes formas y diseños. Una parte de ellas estaba desgastada por el paso de la puerta al sofá y a las sillas, así como una zona justo delante del fuego, como si alguien hubiera tenido la costumbre de permanecer allí largos ratos de pie. Con una extraña mezcla de irritación y pesar vino a la memoria de Charlotte la imagen de su padre de pie delante del fuego en invierno,

lo cual constituía su costumbre para calentarse, sin tener presente el hecho de que con ello privaba del calor a los demás. El difunto obispo Worlingham tenía, no había duda, la misma costumbre. Y sus hijas seguro que no habían alzado sus protestas, como tampoco debía de haberlo hecho su mujer. Aquella imagen le trajo un vívido recuerdo de su juventud en compañía de sus padres y hermana, con toda la ingenuidad y la seguridad propias de una época que parecía garantizarlas. Miró a Caroline, pero ésta observaba a su vez a la abuelita mientras abordaba a la mayor de las señoritas Worlingham.

—Mi querida señorita Worlingham, cuánto lo he sentido al enterarme de su desgracia. He venido a expresarle en persona mi pesar, no me conformaba con escribirle una simple nota. Deben de estar muy apenadas.

Celeste Worlingham, una mujer que se acercaba a los sesenta años, de rasgos muy marcados, ojos marrón oscuro y un rostro que en su juventud debió ser más distinguido que bonito, parecía algo confundida. Las señales de las emociones vividas eran palpables en la tirantez de las líneas junto a la boca y en la rigidez del porte del cuello, si bien seguía manteniendo una admirable compostura que le impediría exteriorizar manifestaciones de dolor inapropiadas, al menos en público. Y aquella visita la consideraba una aparición en público. Era obvio que no recordaba la menor relación con sus visitantes, pero una vida guiada siempre por los buenos modales sabía dejar esos detalles en un segundo plano.

—Es muy amable de su parte, señora Ellison. Angeline y yo estamos muy afligidas, como es natural, pero como buenas cristianas hemos aprendido a sobrellevar una pérdida así con fortaleza y fe.

—Naturalmente —convino la anciana—. Quisiera presentarle a mi nuera, la señora Caroline Ellison, y a mi nieta, la señora Pitt.

Intercambiaron las cortesías de rigor y la vieja dama fijó los ojos en Celeste, para pasar enseguida a Angeline, una mujer más joven y con el cabello más rubio, de suaves rasgos y expresión sumisa. La anciana se balanceó sobre sus pies y plantó sonoramente el bastón en la alfombra apoyándose en él.

—Por favor siéntese, señora Ellison —dijo Angeline al instante—. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio? ¿Una tisana, tal vez?

—Muy amable —aceptó la abuela con presteza, mientras le daba a Caroline un tirón de la falda para que se viera obligada a sentarse también en el amplio sofá rojo que tenía detrás—. Tan atentas como siempre —añadió la anciana.

Angeline hizo tintinear la campanilla de mano con energía. Enseguida apareció la doncella. Pidió una tisana, pero cambió de idea y le dijo que trajera té para todas.

La abuela se arrellanó en su asiento, dejó el bastón entre su voluminosa falda y la de Caroline y, casi con incomprensible retraso, mudó su rostro de satisfacción por una expresión más conveniente de consternación.

—Imagino que su querido hermano supondrá un gran apoyo para ustedes, lo

mismo que ustedes para él, claro —dijo con tono afectado—. Debe de estar desconsolado. Es en momentos así cuando los miembros de una familia deben darse su apoyo mutuo.

—Eso es exactamente lo que solía decir nuestro padre, el obispo —convino Angeline inclinándose un poco hacia adelante, lo que hizo que se marcara una larga arruga a la altura de su generoso busto—. Era un hombre excepcional. La familia es la fuerza de la nación, solía decir. Y una mujer obediente y virtuosa es el corazón de la familia. Y eso era nuestra querida Clemency.

—El pobre Theophilus murió —dijo Celeste con un matiz de aspereza—. Me sorprende que no se enterara. Salió en el *Times*.

Por un instante la abuela se quedó confundida. No habría servido de nada decir que no leía las necrológicas, nadie la hubiera creído. Los nacimientos, fallecimientos, enlaces matrimoniales y el calendario de la temporada era lo único que leían las damas. El resto era, en su mayor parte, sensacionalista, sospechoso y, en cualquier caso, inconveniente.

—Lo siento —murmuró Caroline a su pesar—. ¿Cuándo sucedió?

—Hace dos años —contestó Celeste con un ligero estremecimiento—. Fue algo repentino, una auténtica conmoción.

Caroline miró a su suegra.

—Debió de ser cuando estuviste enferma y no queríamos afligirte. Supongo que cuando te recuperaste olvidamos que no te lo habíamos dicho.

La abuela no hizo mención de sentirse agradecida por el rescate. Charlotte no pudo por menos de sentir admiración hacia su madre. Ella hubiera dejado a la vieja dama en la estacada.

—Ésa es la explicación obvia —convino la anciana, al tiempo que miraba fijamente a Celeste, desafiándola a no creerla.

Un destello de respeto, junto con algo de ironía, cruzó por el inteligente rostro de Celeste.

—No hay duda.

—Fue algo de verdad repentino. —Angeline no se había dado cuenta de nada —. Me temo que nos sentimos inclinadas a culpar al pobre Stephen..., es decir, al doctor Shaw. Es nuestro sobrino político, ¿saben? La verdad es que yo no hice más que repetir que no le había dispensado a Theophilus los cuidados necesarios. Ahora me siento avergonzada. El pobre está pasando una desgracia, y en circunstancias terribles.

—Un incendio. —La abuela meneó la cabeza—. ¿Cómo puede haber sucedido una cosa semejante? ¿Alguna criada negligente? Siempre digo que las criadas ya no son como antes... Son descuidadas, impertinentes, y no ponen atención en los detalles. Es algo terrible. No sé dónde vamos a ir a parar. Supongo que no tendrían ese invento nuevo, la luz eléctrica, ¿verdad? A mí no me inspira ninguna confianza. No es bueno jugar con las fuerzas de la naturaleza.

—Oh, claro que no —se apresuró a decir Angeline—. Usaban luz de gas, como nosotras. —Miró la araña de luz. Luego adoptó un aire melancólico y un tanto confuso—. Aunque el otro día vi un anuncio de un corsé eléctrico y me pregunté qué tal debía ir. —Miró a Charlotte esperanzada.

Charlotte no tenía la menor idea. Había estado pensando en Theophilus y su repentina muerte.

—Lo siento, señorita Worlingham, no lo he visto. Suena de lo más incómodo...

—Y no digamos peligroso —espetó la vieja dama. No sólo desaprobaba la electricidad, sino que desaprobaba aún más que la interrumpieran en lo que ella consideraba su conversación—. Además de absurdo —añadió—. En nuestro tiempo nos bastaba con la firme columna de una cama y los robustos brazos de una doncella, y eso que teníamos una cintura que un hombre podía rodear con una sola mano... al menos como posibilidad teórica. —Se volvió de nuevo hacia Celeste—. Todo un favor del cielo que su marido no muriera también —dijo con un semblante hierático en el que no permitió que apareciera el menor temblor ni el más pequeño sonrojo—. ¿Cómo sucedió?

Caroline cerró los ojos y la anciana le propinó un subrepticio bastonazo para evitar que interviniera.

Charlotte dejó escapar un suspiro.

Celeste parecía pillada de improviso.

—Había salido por una urgencia —respondió Angeline con total candor—. Una mujer a la que se le adelantó el parto. Es un buen hombre, en muchos aspectos, a pesar de... —Enmudeció tan bruscamente como había empezado a hablar, mientras un ligero rubor le teñía las mejillas—. Oh, Dios mío, ruego me disculpen. No se debe hablar mal de los demás, nuestro padre siempre nos lo decía. ¡Fue un hombre maravilloso! —Suspiró y sonrió, mientras su mirada se perdía en la bruma de sus pensamientos—. Fue todo un privilegio haber vivido en la misma casa con él y haberlo servido, haber podido cuidar de él, y velar por que tuviera toda la atención que un hombre debe tener.

Charlotte contempló aquella rechoncha y blanca figura con su benévolo rostro, apenas un borroso reflejo del de su hermana, aunque más suave y desde luego más vulnerable. Hubo de haber tenido pretendientes de joven. A buen seguro habría preferido aceptar alguno de ellos antes que pasarse la vida atendiendo a las necesidades de su padre. Si le hubieran dado la oportunidad. Había padres que conservaban a sus hijas en casa como criadas permanentes, sin otra retribución que la imprescindible para su manutención, y sin posibilidad de presentar la dimisión ante la carencia de otros medios de subsistencia. Siempre solícitas, siempre obedientes, siempre cariñosas, pero a la vez siempre acumulando odio en su interior, como es propio de todo prisionero. Hasta que era demasiado tarde para marcharse, aun cuando la muerte del opresor les abría por

fin las puertas.

¿Era Angeline Worlingham una de aquellas mujeres? De hecho, ¿no lo serían las dos?

—Como el hermano de ustedes. —No había quien detuviera a la vieja dama, con sus ojillos redondos y brillantes. Se enderezó en su asiento—. Otro hombre excelente. Una tragedia que muriera tan joven. ¿Cuál fue la causa?

—¡Mamá! —Caroline estaba horrorizada—. De verdad, me parece que deberíamos... ¡Oh! —Notó el seco golpe del bastón de la vieja dama.

—¿Te ha dado hipo? —le preguntó ésta con dulzura—. Toma un poco más de té. —Se volvió hacia Celeste—. Nos hablaba acerca del fallecimiento del pobre Theophilus. ¡Qué desgracia tan irreparable!

—No sabemos cuál fue la causa —dijo Celeste con un escalofrío—. Al parecer, algún tipo de ataque apoplético, pero no estamos seguras.

—Fue la pobre Clemency la que lo encontró —añadió Angeline—. Ésa fue otra de las causas por las que yo responsabilicé a Stephen. A veces es demasiado liberal con sus ideas. Espera demasiado de las mujeres.

—Todos los hombres esperan demasiado de las mujeres —sentenció la abuela.

Angeline enrojeció y miró el suelo. También Celeste parecía incómoda.

Caroline volvió a acudir en ayuda de su madre.

—Ha sido una expresión mal escogida —la disculpó—. Seguramente lo que usted quería decir es que no era lógico esperar que Clemency supiera lo que tenía que hacer al descubrir la muerte de su padre, más teniendo en cuenta que fue tan inesperada.

—Oh... eso es. —Angeline se sobrepuso con un suspiro de alivio—. Llevaba unos días enfermo, pero ninguno de nosotros lo consideró nada serio. Stephen no le prestó mucha atención. Claro que —frunció las cejas y bajó el tono hasta hacerlo confidencial— no tenían una relación tan estrecha como podía haberse esperado, a pesar de ser suegro y yerno. Theophilus desaprobaba ciertas ideas de Stephen.

—Todos las desaprobamos —repuso Celeste con aspereza—. Pero eran ideas sobre temas sociales y teológicos, no sobre medicina. Stephen es un médico muy competente. Todo el mundo lo dice.

—La verdad es que tiene muchos pacientes —añadió Angeline con ardor, mientras sus regordetes dedos jugueteaban con un rosario—. La joven señorita Lutterworth no acudiría a ningún otro médico.

—Pues a mí no me parece que Flora Lutterworth vaya a mejor —dijo Celeste con aire sombrío—. Va a consultarle a la menor indisposición. Yo particularmente creo que, sea cual sea esa enfermedad que padece, no tendría tantos malestares si Stephen tuviera una verruga en la punta de la nariz o bizqueara de un ojo.

—Nadie sabe qué tiene —susurró Angeline—. A mí me parece más sana que una mula. Claro que son una familia de *nouveaux riches* —añadió a modo de explicación, dirigiéndose a Caroline y a Charlotte—. En realidad son de clase trabajadora, por mucho dinero que tengan. Alfred Lutterworth hizo su fortuna con las fábricas de algodón que puso en Lancashire. Vino aquí cuando las vendió. Intenta dárselas de caballero, pero todo el mundo lo sabe, claro.

Charlotte se sintió irritada de forma algo ilógica, pues al fin y al cabo había crecido en aquel mundo y debió haber una época en que ella misma pensara de forma similar.

—¿Todo el mundo sabe qué? —inquirió.

—Qué va a ser, pues que es un comerciante enriquecido —dijo Angeline sorprendida—. Es evidente, querida. Ha educado a su hija para que hable como una señorita, pero la lengua no lo es todo, ¿no?

—Desde luego que no —convino Charlotte—. Hay muchas mujeres que hablan como señoritas y que son cualquier otra cosa menos eso.

Angeline no captó doble intención alguna y se arrellanó en su asiento con aire satisfecho, con un gesto de componerse la falda.

—¿Más té? —preguntó al tiempo que levantaba la tetera de plata.

Las interrumpió la entrada de la doncella, quien volvía para anunciar la visita del párroco y la señora Clitheridge.

Celeste miró a la anciana y comprendió que ésta no tenía la menor intención de marcharse.

—Por favor, hazles pasar —pidió Celeste arqueando una de sus pobladas cejas. No se molestó en mirar a Angeline: estaba claro que no compartían el mismo sentido del humor, tenían sensibilidades muy diferentes—. Y trae más té.

Hector Clitheridge era corpulento y algo fofo. Su rostro permitía suponer que había sido apuesto en su juventud, pero ahora estaba estropeado por una ansiedad y un nerviosismo constantes que le habían dejado profundas marcas en las mejillas y habían despojado sus ojos de toda afabilidad y franqueza. Se adelantó para expresar una vez más sus condolencias, pero se quedó parado al encontrarse con tres mujeres a las que no conocía.

Su mujer, por otra parte, era muy natural. Seguramente en su juventud no había tenido mayores encantos que la frescura de su rostro y un espléndido cabello. Pero llevaba la espalda siempre erguida, y tenía expresión serena y maneras afables. Hablaba en un tono inusualmente bajo y agradable.

—Mi querida Celeste... Angeline. Sé que ya les hemos expresado nuestras condolencias y ofrecido nuestros servicios, pero el vicario consideraba que debía venir una vez más, aunque sólo fuera para que sepan que cuentan con nosotros de verdad. A veces la gente dice estas cosas por mera costumbre. Hay personas que rehúen a quienes han sufrido una desgracia, cosa muy poco cristiana.

—Exactamente —convino su marido con alivio—. Si hay algo que podamos

hacer por ustedes... —Miraba alternativamente a una y otra, como esperando una sugerencia por parte de alguna de ellas.

Celeste los presentó a las visitas y todos intercambiaron saludos.

—Qué amable por su parte —dijo Clitheridge sonriendo a la anciana. Sus manos trataban de arreglar con torpeza su corbata mal anudada, pero no hacía sino dejarla peor—. No hay duda de que es un gesto de sincera amistad, el venir en tiempo de dolor. ¿Hace mucho que conoce a las señoritas Worlingham? No recuerdo haberla visto antes aquí.

—Cuarenta años —respondió la vieja dama con presteza.

—Santo cielo, qué maravilla. Deben tenerse un cariño extraordinario.

—Sí, y hacía treinta que no la veíamos. —Celeste había acabado por perder la paciencia. Por su expresión se notaba que la anciana la divertía, pero que los movimientos de manos y la superficial cháchara del vicario la irritaban de veras—. Ha sido muy amable por su parte venir justamente ahora que hemos sufrido tan triste pérdida.

Charlotte apreció el sarcasmo y en su duro e inteligente rostro pudo ver que no la habían convencido ninguno de los motivos ni excusas que le habían dado.

La anciana aspiró por la nariz afectando indignación.

—Ya le he dicho que no leí lo de la muerte del pobre Theophilus. De haberlo hecho puede estar segura que habría venido entonces. Es lo menos que una puede hacer.

—Y con ocasión de la muerte de papá también, no me cabe duda —dijo Celeste con una leve sonrisa—. Salvo que no lo leyera tampoco...

—Oh, Celeste, no seas ridícula. —Angeline abrió unos ojos desorbitados—. Todo el mundo se enteró del fallecimiento de papá. Era un obispo, caramba, y de los más distinguidos. ¡Lo respetaba todo el mundo!

Caroline hizo un intento por salvar a la abuela.

—Creo que quizá cuando alguien fallece con la misión cumplida no produce el mismo tipo de dolor que cuando se quiebra la vida de una persona joven.

La anciana giró el cuerpo y la miró, y Caroline se ruborizó levemente.

El vicario se balanceaba de una pierna a otra. Abrió la boca para decir algo, pero advirtió que se trataba de una disputa familiar y se retrajo al instante.

Charlotte intervino por fin.

—Yo he venido porque había oído hablar del magnífico trabajo realizado por la señora Shaw en pro de mejorar la calidad de la vivienda de los pobres —dijo—. Algunos amigos míos la tenían en la más alta estima y consideran que se trata de una sensible pérdida para toda la comunidad. Era una mujer extraordinaria.

Se produjo un silencio absoluto. El vicario carraspeó con nerviosismo. Angeline soltó un pequeño gemido, que se apresuró a sofocar llevándose el pañuelo a la boca. La abuelita se dio la vuelta en su asiento con un frufú de tafetán y miró a Charlotte.

—Perdón, ¿cómo dice? —exclamó Celeste con voz ronca.

Charlotte notó cómo le subía la sangre a las mejillas y tuvo la vaga sensación de perder pie. Era obvio que el trabajo de Clemency era totalmente desconocido para su familia, así como para el vicario. Pero ya no podía dar marcha atrás. Lo único que podía hacer era seguir adelante y esperar que todo resultara bien.

—Digo que era una mujer extraordinaria —repitió con una sonrisa forzada—. Sus esfuerzos por mejorar las condiciones de vida de los pobres suscitaban una gran admiración.

—Me temo que sus suposiciones están basadas en alguna equivocación, señora... eh... Pitt —repuso Celeste una vez recobrado el aplomo—. Clemency no estaba comprometida con ninguna causa de esa naturaleza. Cumplía con sus deberes corrientes, lo mismo que cualquier buena cristiana. Repartía la sopa a los pobres del vecindario y les preparaba conservas y ese tipo de cosas, lo mismo que hacemos todas. Nadie destaca más en ese aspecto que Angeline. Siempre está ocupada con algún quehacer de ese género. De hecho, yo formo parte de varios comités de ayuda a las jóvenes que se ven en... eh... circunstancias difíciles y han perdido la reputación. Debe confundir a Clemency con alguna otra persona...

—Desde luego —añadió Angeline.

—Pues parece un trabajo muy virtuoso —probó la señora Clitheridge—. Y valiente.

—Y totalmente inapropiado, querida. —El vicario sacudió la cabeza—. Estoy seguro de que Clemency no se hubiera dedicado nunca a una cosa así.

—Y yo también. —Celeste, con sus pobladas cejas ligeramente arqueadas, cerró la cuestión con una fría mirada a Charlotte—. En cualquier caso, ha sido una atención por su parte venir a vernos. Estoy segura de que su error tiene una noble explicación.

—Muy noble —afirmó Charlotte—. Quienes me han informado son la hija de un duque y un miembro del Parlamento.

Celeste se quedó desconcertada.

—¿De veras? Está usted muy bien relacionada...

—Gracias. —Charlotte hizo una inclinación de la cabeza como si aceptara un cumplido.

—Debe de haber otra dama con el mismo nombre —sugirió el vicario con tiento—. Aunque parezca un poco inverosímil, ¿qué otra explicación puede haber?

—Así es, querido. —Su mujer le tocó el brazo para dar su aprobación—. Parece obvio. Está claro que eso es lo que ha sucedido.

—En resumen, todo esto parece bastante secundario. —La abuela reivindicó su papel principal en la conversación—. Mi relación con la familia, desde nuestra juventud, es con ustedes dos. Me gustaría presentar mis respetos en el funeral,

por lo que agradecería que me informaran cuándo va a ser.

—Oh, desde luego —repuso el vicario sin dar tiempo a que lo hiciera ninguna de las hermanas—. Es muy amable por su parte. Sí... se celebrará en St. Anne, el próximo jueves a las dos de la tarde.

—Gracias. —La abuela se había vuelto de pronto de lo más amable.

Volvió a abrirse la puerta y la doncella anunció al señor y la señora Hatch. A continuación entró una mujer de estatura similar a la de Angeline y con un parecido considerable. La nariz era un poco más pronunciada y los ojos no habían perdido su brillo, ni el cabello tampoco. Se apreciaba que pertenecía a una generación más joven, aunque había algo en su porte que las asemejaba. Llevaba además el mismo luto riguroso.

Su marido, que la seguía a un paso, era de mediana estatura y mostraba expresión grave. A Charlotte le recordó los retratos de joven de Gladstone, el gran primer ministro liberal. Había la misma firme determinación en su fija mirada, la misma expresión de rectitud y confianza en sus propias convicciones. Sus patillas no eran tan frondosas ni su nariz de tan grandes proporciones, pero la impresión de parecido era notoria.

—Mi querida Prudence. —Celeste saludó a la señora Hatch con los brazos abiertos.

—Tía Celeste. —Prudence fue hacia ella y ambas se besaron ligeramente. Luego se volvió hacia su tía Angeline, a quien besó abrazándola más estrechamente y consolándola unos segundos.

Josiah se mostró más formal, pero expresó sus condolencias con sinceridad. De hecho se le veía muy afligido: estaba pálido y tenía las comisuras de los labios hundidas.

—Todo lo que está pasando es muy triste —dijo sin mirar a nadie en particular—. No se ve otra cosa que corrupción y decadencia por todas partes. Los jóvenes están desorientados, ya no saben qué ni a quién admirar, las mujeres están más desprotegidas que nunca... —Su voz expresaba abatimiento—. No hay más que ver los incalificables sucesos de Whitechapel. Qué brutalidad... qué temible bestialidad. Una verdadera muestra del caos de los tiempos que corren, tiempos de anarquía: la reina encerrada en Osborne sin preocuparse de sus súbditos, el príncipe de Gales malgastando tiempo y dinero en el juego y la vida disipada, y no digamos nada del duque de Clarence. —Seguía sin mirar a nadie y parecía tener la mente absorta en su visión interior. Permanecía inmóvil, pero desprendía una gran fuerza, una sensación de poder latente—. No hacen más que propagarse las ideas más burdas y descabelladas y somos testigos de una tragedia tras otra. El declive empezó con la muerte de nuestro querido obispo. Qué terrible pérdida. —Por un momento una sombra de angustia cruzó por su rostro, como si hubiera vislumbrado el final de una era dorada y todo lo que hubiera de venir después no pudiera ser otra cosa que tinieblas y desolación. Sus

manos, grandes, huesudas y poderosas, estaban agarrotadas—. Y no hay nadie de una estatura moral similar a la suya que haya tomado el relevo como portador de la luz divina.

—Theophilus... —intentó decir Angeline, pero guardó silencio ante el desprecio con que el hombre la miró.

—También fue un hombre bueno —dijo Prudence.

—Por supuesto que lo fue —acordó su marido—. Pero no llegó a la altura de su padre, ni con mucho. No era más que un pigmeo, en comparación. —Su rostro denotaba una extraña mezcla de dolor y menosprecio, que se fue convirtiendo en una apasionada expresión, casi visionaria—. ¡El obispo fue un santo! Tenía una sabiduría que no puede compararse a la de ninguno de nosotros. Comprendía cuál debía ser el orden de las cosas, tenía el don de ver en los designios divinos y cómo debíamos vivir. —Sonrió—. Cuántas veces le oí dar sus consejos a hombres y mujeres. Siempre tenía una palabra sabia para elevarte moral y espiritualmente.

Angeline emitió un leve suspiro y alargó la mano en busca de su pañuelo de batista con encajes.

—Hombres, sed rectos —reanudó él—. Sed honestos en todos vuestros actos, dirigid vuestras familias, instruid a vuestras mujeres y a vuestros hijos en las enseñanzas de Dios. Mujeres, sed obedientes y virtuosas, sed diligentes en vuestros quehaceres y éstos serán vuestra corona en el cielo.

Charlotte se revolvió incómoda en su asiento. La fuerza de las emociones de aquel hombre era tan evidente que ella no podía ignorarla, pero el sentimiento que la impulsaba era el de rebatirle.

—Amad a vuestros hijos y enseñadles con el ejemplo —prosiguió Hatch, sin prestar atención a Charlotte, ni a ninguno de los demás—. Sed castas... Y sobre todo, sed devotas y fieles a vuestra familia. En ello radica vuestra felicidad y la del mundo.

—Amén —dijo Angeline con una dulce sonrisa y la vista hacia lo alto, como si esperase percibir la presencia de su padre en las alturas—. Gracias, Josiah, una vez más nos has recordado una de las razones y los propósitos de la vida. No sé qué haríamos sin ti. No quisiera tener en poca consideración a Theophilus, pero más de una vez he pensado que tú eres el verdadero heredero espiritual de papá.

El rubor adornó las mejillas de Hatch y por un momento parecieron asomar lágrimas a sus ojos.

—Gracias, querida Angeline. Ningún hombre podría desear mejor cumplido. Te juro que estoy haciendo todo lo que está en mi mano para merecerlo.

Ella le sonrió alborozada.

—¿Y el vitral? —dijo Celeste con calma y con el rostro también sonriente, al tiempo que sus ojos reflejaban cierto placer—. ¿Cómo va el asunto?

—Muy bien —contestó él después de aspirar ruidosamente por la nariz y

sacudir la cabeza—. Bien de verdad. Es de lo más gratificante ver cómo todo el mundo en Highgate, y en muchos otros lugares, desea que se le recuerde y están colaborando desinteresadamente. Se dan cuenta de que estamos viviendo una época turbulenta, caracterizada por las dudas y por las incautas filosofías que se presentan como portadoras de una mayor libertad. Si no mostramos con toda claridad cuál es el camino correcto, el camino de Dios, muchas almas perecerán, y arrastrarán con ellas otras almas inocentes.

—Cuánta razón tienes, Josiah —apuntó Celeste.

—Ya lo creo —asintió Angeline—. Vaya si la tienes.

—Y ese vitral constituirá un influjo poderoso. —Nadie iba a detenerle su discurso, ni siquiera con beneplácitos—. La gente lo contemplará y recordará qué gran hombre fue el obispo Worlingham, y venerará sus enseñanzas. Ello será uno de los logros de mi vida: perpetuar su nombre y sus buenas obras.

—Todos estamos en deuda contigo —dijo Angeline con efusión—. La obra de papá no morirá en tanto tú vivas.

—Te estamos de verdad muy agradecidas —coincidió Celeste—. Estoy segura de que Theophilus hubiera dicho lo mismo.

—Qué pérdida tan terrible —dijo Clitheridge fuera de lugar, con las mejillas subidas de tono.

Su mujer le puso la mano en el brazo y se lo apretó con firmeza inesperada.

En el rostro de Josiah Hatch se reflejó una expresión de turbación. Apretó los labios y parpadeó varias veces. Parecía sentir una mezcla de envidia y desaprobación repentinas.

—Yo... yo... habría esperado que Theophilus hubiera emprendido él mismo un proyecto como éste —dijo arqueando las cejas—. A veces tengo la tentación de pensar, y realmente no puedo evitarlo, que Theophilus nunca se dio cuenta de lo extraordinario que fue su padre. Quizá estaba demasiado cerca de él para apreciar hasta qué punto sus pensamientos e ideales estaban por encima de los de los demás, y hasta dónde llegaba su profunda sensibilidad.

No parecía que nadie tuviera nada que añadir a aquello, por lo que siguieron unos segundos de incómodo silencio.

—¡Ejem! —Carraspeó el vicario—. Si me disculpan, nosotros debemos ir a visitar a la señora Hardy. Qué suceso tan triste, qué difícil es saber qué decir para que sirva de consuelo. Buenos días, señoras. —Se inclinó en dirección a las visitantes—. Buenos días, Josiah. Vamos, Eulalia. —Y cogiendo a su mujer por el brazo salió de forma un tanto apresurada al pasillo. Poco después oyeron cerrarse la puerta principal.

—Qué hombre tan amable... qué amable —dijo Angeline casi como si estuviera pronunciando un conjuro—. Y Lally también, claro. Es un apoyo para él... y para todos.

Charlotte pensó que sin ella el vicario habría sido incapaz de hacerse

comprender, pero se abstuvo de decirlo.

—Predica unos sermones muy buenos —dijo Celeste—. Es muy instruido, ¿saben? No se le trasluce en la conversación, pero quizá sea mejor así. No hay por qué abrumar a la gente con más doctrina de la que pueden entender: ni consuela ni enseña.

—Nada más cierto —reconoció Prudence—. De hecho, debo admitir que a veces no sé de qué está hablando. Pero Josiah me asegura que todo lo que dice es muy sensato. ¿Verdad, querido?

—Así es —respondió él, asintiendo levemente con la cabeza, aunque sin entusiasmo—. Siempre está dispuesto a aclarar lo que han dicho los doctores en teología, cuyas obras cita con frecuencia. Y lo hace siempre con precisión, pues me he tomado la libertad de comprobarlo. —Lanzó una breve mirada a las tres visitantes—. Tengo una buena biblioteca, ¿saben? Y me he preocupado por ir actualizándola con cuantas publicaciones sirvan para iluminar y abrir la mente.

—Muy loable. —La abuela se sentía frustrada por aquel largo y forzoso silencio—. Imagino que Theophilus heredaría la biblioteca del obispo.

—No —la corrigió Celeste—. La heredé yo.

—Celeste le transcribía a papá todos sus sermones y notas —explicó Angeline—. Y a Theophilus por supuesto no le interesaban los libros. —Lanzó una nerviosa mirada a Prudence—. Le gustaban más los cuadros. Tenía muchísimos cuadros y muy buenos, ¿saben?, la mayoría paisajes. Montones de vacas, ríos, árboles y todo eso. Muy plácido.

—Qué encantador —dijo Caroline, sin otro objeto que añadir algo a la conversación—. ¿Y son óleos o acuarelas?

—Acuarelas, creo. Tenía un gusto excelente, por lo que me han dicho. Su colección es muy valiosa.

Charlotte sintió curiosidad por saber si Clemency la habría heredado, o tal vez Prudence. Pero su familia ya se había puesto bastante en evidencia por aquel día. Y además no creía que el móvil del asesinato de Clemency, que todos habían tenido la delicadeza de no mencionar, fuera el dinero. Era más probable que tuviera que ver con las peligrosas y radicales reformas a las que con tanta pasión se había entregado... y al parecer con tanto secreto. ¿Por qué no se lo habría contado ni siquiera a sus tías o a su hermana? Era algo de lo que uno puede sentirse orgulloso, y mucho más con un historial de servicio a los demás como el de su padre.

Sus cavilaciones se vieron truncadas por la llegada de la doncella para anunciar al doctor Stephen Shaw.

Era un hombre de estatura no superior a la media y de constitución fuerte, aunque no gruesa. Pero lo que destacaba por encima de todo lo demás era la vitalidad de su rostro, que hacía que las demás personas de la habitación parecieran componer una gama de marrones y grises. Ni siquiera la tragedia

sufrida, que había dejado en él su huella en forma de sombras en torno a los ojos, lo había vaciado de su energía interior.

—Buenas tardes, tía Celeste, tía Angeline. —Su voz resonó con personalidad —. Josiah, Prudence. —A ella le dio un ligero beso en la mejilla, pero en el rostro de Hatch se reflejó un atisbo de irritación. Había un levisimo matiz de broma en los ojos de Shaw cuando éste se volvió hacia la anciana, Caroline y Charlotte.

—La señora Ellison —explicó Celeste para presentar a la abuela—. Era una amiga nuestra de hace unos cuarenta años. Ha venido para darnos sus condolencias.

—¿De veras? —Una leve sonrisa—. ¿Por el obispo, por Theophilus o por Clemency?

—Stephen... No deberías hablar con tanta ligereza de estas cosas —le reprochó Celeste—. Es de lo más inapropiado. Conseguirás que la gente se forme una idea equivocada.

Sin esperar a que le invitaran a hacerlo, tomó asiento en la silla más grande.

—Mi querida tía, no hay nada en el mundo que yo pueda hacer para evitar que la gente se forme ideas equivocadas, si es eso lo que quieren. —Se volvió hacia la abuela—. Muy considerado por su parte. Debe de tener muchas cosas que contar... para ponernos al día después de tanto tiempo.

A la abuela no se le escapó ni la doble intención ni la sorna de aquellas palabras, pero rehusó darse por enterada y omitió cualquier tipo de disculpa.

—Mi nuera, la señora Caroline Ellison —dijo con frialdad—. Y mi nieta, la señora Pitt.

—Encantado. —Shaw hizo una cortés inclinación en dirección a Caroline. Luego, al mirar a Charlotte, su semblante reflejó un marcado interés, como si hubiera visto en su rostro algo que le llamara la atención.

—Encantado, señora Pitt. No creo que sea usted también una antigua amistad de las hermanas Worlingham.

Hatch abrió la boca para intervenir, pero la pronta respuesta de Charlotte se lo impidió.

—No, la amistad data de hoy mismo. Claro está que la amplia reputación del obispo hacia de él un hombre admirado en todas partes.

—Escoge usted las palabras muy adecuadamente, señora Pitt. ¿Me equivoco si pienso que tampoco a él le conocía usted personalmente?

—Pues claro que no —saltó Hatch—. Nos dejó hace ya diez años... para nuestra desgracia.

—Lo que hemos de esperar es que no fuera para la suya. —Shaw sonrió a Charlotte dándole la espalda a su cuñado.

—¡Cómo te atreves! —Hatch estaba furioso. Tenía las mejillas rojas de ira. Permanecía aún de pie y miraba fijamente a Shaw—. Todos estamos más que hartos de oír tus irreverentes y sarcásticos comentarios. Te crees que esas

tortuosas apostillas de lo que tú te complaces en llamar sentido del humor te dan derecho a decir lo que te dé la gana... pero estás equivocado. Tus burlas van demasiado lejos. Tu actitud anima a la gente a tomarse a broma aquellas cosas que más deberían valorar, y a poner su ingenio a prueba con ellas. ¡El hecho de que seas incapaz de apreciar las virtudes del obispo Worlingham dice mucho más acerca de tu propia puerilidad que de la magnitud de su persona!

—Creo que estás siendo demasiado severo, Josiah —dijo su mujer conciliadora—. Stephen no pretendía insinuar nada con lo que ha dicho.

—Pues claro que lo pretendía. —No iba a ser tan fácil aplacar a Hatch—. Siempre está haciendo comentarios burlones que piensa que son divertidos. —Elevó el tono y miró a Celeste—. No se ha molestado en hacer ninguna aportación para el vitral. Y para colmo ha dado su apoyo al artículo revolucionario de ese miserable de Lindsay que pone en cuestión los fundamentos mismos de una sociedad decente.

—Eso no es así —dijo Shaw—. Lo único que hace es expresar ciertas ideas reformistas que abogan por una distribución más equitativa de la riqueza.

—¿Más equitativa que qué? —interpeló Hatch—. ¿Que nuestro sistema actual? Eso equivale a derrocar el gobierno... De hecho, a la revolución, como he dicho.

—Te equivocas. —Shaw estaba visiblemente molesto y se revolvió en su silla para mirar a Hatch—. Ellos creen en un cambio gradual, conseguido a través de la legislación, hacia un sistema estatal de propiedad de los medios de producción de tipo colectivista, con sistemas de control de los trabajadores, empleo para todos, apropiación de la plusvalía...

—No entiendo de qué estás hablando, Stephen —dijo Angeline.

—Ni yo —convino Celeste—. ¿Estás hablando tal vez de George Bernard Shaw y de esos espantosos Webb?

—¡De lo que está hablando es de anarquía y de la total transformación y la pérdida irreparable de todo lo que conoces! —replicó Hatch encolerizado.

Aquello no se limitaba a la reanudación de una vieja disputa familiar. Había en juego profundas cuestiones morales. Y al volver la vista hacia Shaw, Charlotte creyó ver también en los ojos de éste una firme pasión bajo su epidérmica frivolidad. Su personalidad estaba impregnada de un sentido del humor irónico que se traslucía en los rasgos de su rostro, pero aquello sólo era el ornato exterior de un espíritu apasionado.

—En estos tiempos que corren la gente puede hablar con total impunidad —dijo la abuela con fatalismo—. Cuando yo era joven, a los individuos como Bernard Shaw y el señor Webb los habrían metido en la cárcel antes de que hubieran podido manifestar semejantes ideas. Hoy, en cambio, todo el mundo habla de ellos. Y esa señora Webb, por supuesto, es una desahuciada de la buena sociedad.

—Cálmate —le pidió Caroline—. No empeores las cosas.

—Las cosas ya están bastante mal —repuso la vieja dama con un teatral susurro.

—Ay, señor. —Angeline se retorció las manos con nerviosismo mientras miraba a sus sobrinos políticos.

Charlotte intentó enderezar un poco la situación.

—Señor Hatch, ¿y no le parece a usted que cuando la gente lea las ideas que proponen esos panfletos, las someterán a su consideración y, si son de verdad malvadas o absurdas, las desecharán sin más? Al fin y al cabo, ¿no es mejor que sepan a qué se enfrentan y así puedan darse cuenta de lo repulsivas y peligrosas que pueden ser esas ideas, que si sólo las conocieran por lo que les cuentan los demás? La verdad sólo puede salir beneficiada de la comparación.

Hatch se quedó boquiabierto. El razonamiento de Charlotte era irrefutable, pero no podía reconocerlo si no quería quedarse sin argumentos frente a Shaw.

El silencio se prolongó unos segundos. Por la calle pasó un carruaje traqueteante que subía Highgate Hill. Del piso de arriba llegó la voz de una joven criada tarareando una canción, que calló al instante, presumiblemente después de recibir alguna reprimenda por su ligereza.

—Es usted muy joven, señora Pitt —dijo Hatch por fin—. Me temo que no se haya dado cuenta de lo débiles que son algunas personas, de la facilidad con que la codicia, la ignorancia y la envidia pueden llevarlas a adoptar valores que para quienes hemos tenido la suerte de ser educados en la moral son manifiestamente falsos. Por desgracia —lanzó una intensa y severa mirada a Shaw—, cada vez hay más personas que confunden la libertad con lo licencioso y que se conducen de una forma completamente irresponsable. Hay por aquí una persona de esta índole, se llama John Dalgetty y tiene una tienda de objetos varios en la que vende libros y panfletos, algunos de los cuales sirven a los más bajos instintos, mientras que otros sólo son útiles para excitar a las mentes más inconstantes a que cavilen asuntos que están muy por encima de sus posibilidades, cuestiones de filosofía disgregadoras tanto de los individuos como de la sociedad.

—A Josiah le gustaría ponerle a cada persona un censor que le dijera qué debe y qué no debe leer. —Shaw se volvió hacia Charlotte con las cejas arqueadas—. Nadie habría podido expresar una idea nueva, ni cuestionar una vieja, desde que Noé se posó en el monte Ararat. No habría habido inventores ni pensadores. No habría retos ni sueños, ni nada que sirviera para ampliar las fronteras del pensamiento. Nadie podría hacer nada que no hubiera sido hecho antes. Y desde luego no existiría el Imperio británico.

—Tonterías —dijo Charlotte con inconveniente franqueza, y palideció ante su osadía. La tía Vespasia podía expresarse con aquel candor, pero ella no tenía ni el estatus social ni la belleza para ello. En cualquier caso, ya era tarde para retirarlo—. Quiero decir que es imposible hacer que la gente no tenga pensamientos radicales, ni impedir que los expresen...

Shaw soltó una risa que, aun en medio de todos aquellos crespones y rostros lúgubres, sonó jubilosa.

—¿Cómo voy a discutir con usted? —No le era fácil controlar su regocijo. La estancia parecía iluminada por su presencia—. Usted misma es el mejor argumento de aquello que defiende. Es evidente que ni siquiera la presencia de Josiah es capaz de impedir que usted diga exactamente lo que piensa.

—Lo lamento —dijo, sin saber si debía sentirse molesta, avergonzada, o si echarse a reír con él. La abuela estaba ofendida, probablemente porque Charlotte era el centro de atención; Caroline estaba mortificada; y Angeline, Celeste y Prudence estaban atónitas. Josiah Hatch se debatía entre emociones tan intensas que no se atrevía a expresarlas en voz alta—. Ha sido una descortesía inexcusable por mi parte —añadió—. Sean cuales sean mis opiniones, nadie me las había pedido, y en modo alguno tenía que haberlas expresado con tanta exaltación.

—No tenía que haberlas expresado de ninguna manera —irrumpió la abuela, erguida en su silla y mirándola con severidad—. Siempre dije que tu matrimonio no iba a traerte nada bueno... Y el cielo es testigo de que ya eras bastante díscola sin necesidad de nadie más. Ahora eres un auténtico desastre. Nunca debí traerte.

A Charlotte le hubiera gustado responderle que era ella la que no tenía que haber venido, pero aquél no era el momento, y tal vez ningún otro.

Shaw acudió en ayuda de Charlotte.

—Por mi parte estoy encantado de que la haya traído, señora Ellison. Estoy harto de la educada pero insustancial conversación de la gente que quiere expresarte su comprensión pero que no hace más que repetir una y otra vez las mismas cosas, por el simple hecho de que no tiene nada más que decir. —Sonrió—. Las palabras no pueden nada en su caso, ni sirven para tender siquiera un puente entre quienes sufren y quienes no. Es un alivio poder hablar con una persona diferente.

De pronto el recuerdo de Somerset Carlisle y de la tristeza de su rostro surgió de forma tan nítida en la mente de Charlotte como si hubiera estado presente en la habitación.

—¿Podría hablar con usted en privado, doctor Shaw?

—¿Qué os parece! —murmuró Prudence asombrada.

—Bien... —Angeline movía las manos como si quisiera apartar algo.

—Charlotte —dijo Caroline con tono admonitorio.

En los labios de Shaw se dibujó la misma sonrisa divertida de siempre.

—Desde luego. Podemos ir a la biblioteca. —Miró a Celeste—. Dejando la puerta abierta —añadió mientras observaba el ceño fruncido de ella.

Celeste estuvo a punto de emitir una protesta, pero se abstuvo: una explicación en torno a lo que no hubiera pensado ni pretendido implicar habría sido peor que no decir nada. Miró a Shaw con intenso enojo.

Él sostuvo la puerta para que pasara Charlotte y luego, con la barbilla bien

alta, la siguió. Como ella no tenía la menor idea de hacia dónde dirigirse, dejó que la condujera hasta la biblioteca, que resultó tan impresionante y ostentosa como el vestíbulo, con anaqueles de libros con las cubiertas en piel marrón, burdeos y verde oscuro, todas ellas rematadas con letras de oro. En la pared libre de enfrente había inscripciones piadosas enmarcadas en caoba y un gran retrato de un alto dignatario eclesiástico sobre la repisa de la chimenea, esculpida en mármol y con cuatro pilares de cuarzo soportándola. Gran parte de la alfombra verde oscuro estaba ocupada por cuatro macizas butacas de piel que daban a toda la estancia una sensación claustrofóbica. Una gran estatua de bronce que representaba un león ornaba la única mesa. Las cortinas, semejantes a las de la salita, tenían anchos ribetes y estaban recogidas por gruesas cintas orladas que llegaban al suelo.

—No es una estancia donde uno pueda sentirse a sus anchas, ¿verdad? — Shaw la miró a los ojos—. Claro que nunca debió de ser ésa la intención. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. ¿Se siente impresionada?

—¿Debería? —Le devolvió la sonrisa.

—Oh, sin duda. ¿Pero usted lo está?

—Me siento impresionada por la cantidad de dinero que debió de poseer. — Lo dijo con franqueza, sin reparar en ello. Shaw era un hombre cuya sinceridad exigía reciprocidad—. Todos estos libros forrados en piel. El contenido de cada anaquel ha de valer por lo menos cien libras. Y el de toda la habitación podría mantener a una familia de clase media al menos durante dos años: comida, gas, indumentaria nueva para cada estación, carbón para calentar toda la casa, rosbif los domingos y ganso en Navidad, con doncella y todo.

—Sin duda así es, pero el buen obispo no lo veía desde ese punto de vista. Si los libros son la fuente del conocimiento, la exposición de los mismos es el símbolo de ese conocimiento. —Hizo un leve gesto con los hombros en señal de desagrado y se dirigió hasta la repisa de la chimenea. Al volver enderezó la estatuilla de bronce situada sobre la mesa.

—No se llevaban muy bien —dijo Charlotte con una leve sonrisa.

De nuevo él la miraba sin inmutarse. En cualquier otro hombre le hubiera parecido una mirada descarada, pero aquella actitud estaba de tal forma en consonancia con su naturaleza que sólo la más presumida de las mujeres habría podido interpretarla en tal sentido.

—Estaba en desacuerdo con él en casi todo. —Hizo un gesto con las manos—. Claro que no es lo que usted me preguntaba. No quisiera engañarla, debo disculparme. No, no nos llevábamos bien. Hay creencias que son fundamentales y que consolidan todo lo que un hombre es.

—O una mujer —precisó ella.

Esbozó una súbita sonrisa que iluminó su cara.

—Por supuesto. Una vez más debo disculparme. Se suele presuponer que las

mujeres ni siquiera piensan. Me sorprende su observación. Debe usted de frecuentar compañías de lo más insólitas. ¿Tiene usted algo que ver con el inspector Pitt que lleva la investigación del incendio?

Charlotte advirtió que Shaw no había dicho « la muerte de Clemency », ni le pasó por alto su ligera mueca de dolor junto con cierta vacilación. Debía disimular el sufrimiento, pero la segunda impresión mostraba una faceta de su personalidad que aún le gustaba más.

—Sí, es... mi esposo. —Era la primera vez que lo admitía al involucrarse en un caso. Las anteriores veces se había escudado en el anonimato para jugar con ventaja. Además, a las mujeres de los policías no se las recibía en sociedad, tal como sucedía, por ejemplo, con las mujeres de los comerciantes. El comercio estaba considerado algo vulgar, nunca se hablaba de asuntos de compraventa. De hecho, en los círculos más selectos no se aludía jamás a la necesidad de ganar dinero para vivir. Se presumía sin más que el dinero provenía de las tierras o de las inversiones. El trabajo era algo honrado y bueno para el alma, pero cuanto más ocio tuviera uno, más alto estatus poseía.

Se quedó en silencio unos instantes, lo que en él resultaba inusual.

—¿Es por eso que ha venido, para obtener más información sobre nosotros? ¡Y ha traído también a su madre y su abuela!

La única respuesta era la verdad. Cualquier otra alternativa, por mucho que hubiera intentado revestirla de sinceridad, a él le hubiera sonado a falsa y les hubiera degradado a ambos.

—Creo que lo que impulsó a venir a la abuela fue la curiosidad. Supongo que mamá la acompañó para que no fuera tan... embarazoso. —Ella le miraba de pie desde el otro lado de la mesa sobre la que se erguía el león rampante de bronce—. Y yo vine porque les oí decir a *lady* Vespasia Cumming-Gould y a Somerset Carlisle que la señora Shaw fue una persona extraordinaria que dedicó mucho tiempo a luchar contra el poder de los propietarios de casas suburbanas y que quería cambiar la legislación para que sus nombres fueran accesibles al conocimiento público.

Apenas un metro separaba a uno del otro. Charlotte era consciente de la atención exclusiva que él le dispensaba.

—El señor Carlisle dijo que se entregaba a su causa con una sincera pasión y generosidad total —continuó—. Que no le movía el deseo de notoriedad personal o de encontrar un entretenimiento en que ocuparse, sino que lo hacía simplemente porque era un problema que la preocupaba. Me pareció que la muerte de una mujer así no debía quedar sin resolver, así como tampoco debían quedar impunes las personas que pudieran haberla matado con el fin de evitar el escándalo que habría podido suscitarse de haberse sacado a la luz pública la miserable forma en que acumulan su riqueza. Pero sus tías me han dicho que ella nunca estuvo involucrada en ningún asunto de ese tipo, así que parece una

equivocación.

—No, no se trata de ninguna equivocación —dijo con voz serena, acercándose al fuego—. Optó por no contarle a nadie lo que estaba haciendo. Tenía sus motivos.

—Pero usted lo sabía...

—Sí, claro. Ella confiaba en mí. Hacía mucho tiempo que éramos... —dudó en busca de la palabra adecuada— amigos.

Charlotte se preguntó por qué habría utilizado aquella palabra. ¿Significaba que habían sido más que simples amigos? ¿O menos? ¿O ambas cosas?

Se volvió y la miró, sin molestarse en disimular el dolor que sentía ni la naturaleza del mismo. Charlotte pensó entonces que él había querido decir «amigos» y nada más.

—Era una mujer extraordinaria. —Usó las mismas palabras que Charlotte—. Yo la admiraba. Poseía una valentía fuera de lo común. No le daba miedo la verdad, era capaz de mirar de frente cosas que hubiesen aplastado a la mayoría de la gente. —Tomó aire y exhaló poco a poco—. Ha dejado un vacío enorme, un espacio de bondad que ya no ocupa nadie.

Charlotte deseó tocarle, poner su mano sobre él y transmitirle así su comprensión por el medio más sencillo e inmediato. Pero tal gesto habría sido demasiado atrevido, podría haberse interpretado como una intrusión en su intimidad, tratándose de un hombre y una mujer que se habían conocido hacía unos momentos. Lo único que podía hacer era permanecer donde estaba y repetir las mismas palabras que habría utilizado cualquiera.

—Lo siento, de verdad lo siento mucho.

Él se paseó por la estancia otra vez. No se molestó en darle las gracias, entre ellos sobraban aquellas trivialidades.

—Me gustaría que pudieran descubrir algo. —De forma maquinal, se puso a deshacer un mal pliegue que hacían las cortinas y luego se volvió una vez más hacia ella—. Si puedo ayudar en algo, dígamelo y lo haré.

—Se lo diré.

Una afectuosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias. Y ahora volvamos a ver si Josiah y las tías están ya totalmente escandalizadas... a menos, claro, que quiera preguntarme algo más.

—No, no, nada más. Sólo deseaba saber si mis suposiciones eran erróneas, o si había dos personas con un nombre tan inusual.

—Entonces podemos abandonar la seducción de la biblioteca del obispo —miró alrededor con una sonrisa lúgubre— y volver a los dominios de la salita de estar. Si quiere que le diga la verdad, señora Pitt, deberíamos haber mantenido esta conversación en el invernadero. Tienen uno magnífico, con emparrados de hierro colado, palmeras, helechos y tiestos de flores. Y así les habríamos dado mayor motivo de escándalo.

Ella sonrió.

—Disfruta escandalizándoles, ¿verdad?

Su expresión era una curiosa mezcla de impaciencia y compasión.

—Soy médico, señora Pitt, y veo cada día una gran cantidad de sufrimiento real. Me irrita el dolor innecesario impuesto por la hipocresía y las imaginaciones ociosas que no tienen nada mejor que hacer que especular con lo que no deben y crear dolor donde no debería haberlo. Sí, detesto las pretensiones idiotas e intento acabar con ellas siempre que puedo.

—Pero ¿qué conocen sus tías de su vida?

—Nada —admitió sonriendo con tristeza—. Ellas se criaron aquí. Ninguna de ellas ha abandonado nunca esta casa salvo para hacer visitas sociales o asistir a funciones recomendables y reuniones de caridad en las que nunca están delante las personas destinatarias de sus esfuerzos. El viejo obispo las retuvo aquí tras la muerte de su mujer: a Celeste para que le escribiera las cartas, para que le leyera, para que le buscara obras de referencia para sus sermones y discursos y para que le hiciera compañía cuando tenía ganas de hablar con alguien. También sabe tocar el piano, y lo hace de forma estridente cuando está enojada por algo, y bastante mal por cierto, pero él no podía decírselo. Al obispo le gustaba la música como idea, pero era indiferente a su práctica.

A pesar de estar junto a la puerta, su energía interior era tal que a duras penas podía contenerla.

—Angeline tomó bajo su cargo todas las necesidades domésticas de su padre. Ella era la que llevaba la casa, y se dedicaba a leer novelas románticas cuando nadie la veía. Nunca contrataron un ama de llaves. Él consideraba algo propio de una mujer el realizarse teniendo la casa siempre a punto para el hombre, haciendo de ella un remanso de paz y seguridad. —Movi6 las manos, tajante—. Mantenerlo libre de todos los males y la suciedad del mundo, con su vulgaridad y sus ambiciones: eso es lo que Angeline ha hecho toda su vida. Supongo que apenas se la puede culpar por no saber hacer nada más. Y aún soy demasiado duro. Ni su ignorancia ni la vacuidad que demuestra a veces son culpa suya.

—Debió de tener pretendientes... —dijo Charlotte.

Shaw soltó las cortinas de forma mecánica y se irguió para mirarla.

—Desde luego. Pero su padre los despedía con cajas destempladas y se aseguraba de que la llamada del deber ahogara todo lo demás.

Charlotte se hizo una composición en la que veía un mundo hecho de desencanto y minucias domésticas, de pasiones reprimidas y confusas sofocadas para siempre por medio de palabras piadosas y de la presión de la ignorancia, el miedo y la culpabilidad. El deber siempre vencía al final. Cualquier cosa que las hermanas Worlingham hicieran para tener la mente ocupada y justificar los áridos años de sus vidas era para tenerles lástima, no para añadir más razones a su culpa.

—Creo que yo tampoco habría tenido en gran estima al obispo —dijo Charlotte con una sonrisa tensa—. Aunque supongo que es como muchos otros. Sin duda no son las únicas hermanas que han empleado así sus vidas, con su padre o su madre. He conocido algunas.

—Y yo.

Tal vez la conversación habría proseguido de no haber aparecido Caroline y la abuela en la puerta de la salita y haberles visto al otro lado del vestíbulo.

—Ah, qué bien —dijo Caroline—. Ya estás preparada para marcharnos. Precisamente estábamos despidiéndonos de las señoritas Worlingham. El señor y la señora Hatch se han ido ya. —Miró a Shaw—. Quisiéramos expresarle también a usted nuestras condolencias, doctor Shaw, y pedirle que nos disculpara por la inoportunidad de habernos presentado en una reunión familiar. Ha sido usted muy amable. Vamos, Charlotte.

—Buenas tardes, doctor Shaw. —Charlotte alargó la mano y él se la sostuvo hasta que ella sintió el calor de la de él a través del guante.

—Gracias por haber venido, señora Pitt. Espero que volvamos a vernos. Que tenga un buen día.

—Tal vez debiera ir a decir adiós a... —Charlotte miró hacia la puerta de la salita.

—¡Nada de eso! —prorrumpió la anciana—. Ya hemos dicho nosotras todo lo que hacía falta. Es hora de irnos. —Y salió con marcialidad por la puerta principal, que un criado aguantaba abierta.

—¿Y bien? —inquirió la vieja dama una vez estuvieron en el carruaje.

—¿Perdón? —Charlotte fingió incompreensión.

—¿Qué le has preguntado a Shaw? ¿Y qué te ha contestado él, niña? No te hagas la tonta conmigo. Puede que seas un poco obstinada y que no te sobre precisamente sutileza, pero tampoco te falta entendimiento. ¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Que Clemency era exactamente la persona que yo creía. Pero que siempre prefirió que su trabajo en favor de los pobres fuera un asunto privado, al margen incluso de la familia. También me dijo que se sentirá muy agradecido si me entero de algo acerca de quién la mató.

—Ah, ¿sí? —dijo la anciana en tono dubitativo—. Pues se ha tomado un tiempo bastante largo para decir tan pocas cosas. No me extrañaría que lo hubiera hecho él mismo. Hay mucho dinero en juego en esa familia, ¿sabías?, y la parte de Theophilus, el único hijo varón, había pasado a sus hijas a partes iguales. Shaw es el único beneficiario de la herencia de Clemency. —Se arregló la falda con cuidado—. Y de acuerdo con Celeste, ni siquiera eso le basta. Le tiene el ojo puesto a esa jovencita, Flora Lutterworth, que no se comporta todo lo bien que debiera, siempre detrás de él para verle en privado sabe Dios cuántas veces al mes. Su padre está furioso. Tiene grandes ambiciones para ella, y desde

luego espera algo más que un médico viudo que la dobla en edad y que no cuenta con un patrimonio propio. Caroline, por favor, échate un poco más a la izquierda, que no me dejas sitio. Gracias. —Se acomodó por fin—. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que están peleados por ese motivo. Y yo diría que la señora Clitheridge ha hablado con ella en plan maternal. Eso forma parte de los deberes del vicario, el cuidar del bienestar moral de su rebaño.

—¿Qué te hace pensar eso?—preguntó Caroline con ceño.

—¡Por el amor de Dios, usa el entendimiento! —La anciana la miró con ojos fieros—. Ya oíste cómo decían que Lally Clitheridge y Flora Lutterworth habían tenido un pequeño y desagradable altercado, después del cual apenas se dirigían la palabra. Seguro que el motivo era él... cualquiera podría deducirlo sin necesidad de ser un detective. —Miró a Charlotte con un destello—. No... Tu amigo doctor tenía todas las razones del mundo para haberse deshecho de su esposa... y no hay duda de que así lo hizo. Recuerda mis palabras.

Charlotte estaba horrorizada ante la idea de que la abuelita asistiera al funeral de Clemency Shaw, pero por mucho que le diera vueltas, no se le ocurría cómo impedirselo. La siguiente vez que fue a visitarlas probó a sugerir que, en las trágicas circunstancias en que se encontraba la familia, tal vez lo mejor era dejar que llevaran el asunto en la más completa intimidad. La vieja dama despachó la idea sin más.

—No digas disparates, chiquilla. —Miró a Charlotte bajando los ojos, lo cual era toda una hazaña, teniendo en cuenta que era más baja que Charlotte, aun cuando estaban ambas sentadas. La conversación tenía lugar en la salita de estar, junto a la chimenea—. A veces me desespera tu falta de inteligencia —añadió para acabar de arreglarlo—. Hay ocasiones en que parece que no tengas ni pizca. Todo el mundo va a estar allí. ¿De verdad crees que la gente va a desaprovechar una ocasión así para cotillear de un desastre doméstico y hacer todo tipo de especulaciones desagradables? Es el momento adecuado para que tus amigos pongan una cara bien larga y le demuestren a todo el mundo que están contigo y te apoyan en la desgracia, y que te consideran inocente de lo ocurrido... de todo lo ocurrido.

Era un argumento tan ridículo que Charlotte no se molestó en replicar. No hubiera servido de nada, a no ser para trastornar el humor de la abuela, siempre dispuesto a agriarse.

Emily no fue, para su pesar. Y es que por mucho que le hubiese gustado asistir, debía reconocer que si lo hacía era por mera curiosidad, lo que le parecía poco decoroso. Cuanto más pensaba en Clemency Shaw, más decidida estaba a hacer todo lo que pudiera para que su obra tuviera continuidad y a que ello fuera el mejor tributo que pudiera rendirle. Y no iba a estropearlo por ceder a un capricho innecesario.

Lo que sí hizo fue prestarle a Charlotte un vestido negro. Era de la temporada anterior, claro, pero no por ello menos precioso. Era de terciopelo negro y estaba adornado con un diseño de hojas y helechos bordados en las solapas de la chaqueta y a lo largo del dobladillo de la falda. En la espalda figuraba cosido el

nombre del fabricante, *Maison Worth*, el más a la moda de Europa.

¡Bendita Emily!

Y también le dejó que llevara su carruaje, para que Charlotte no se viera en la disyuntiva de alquilar uno o de ir en ómnibus a Cater Street para reunirse con Caroline y la abuela.

Acababa de contarle a Pitt las últimas y escasas informaciones que tenía y las amplias aunque generales impresiones que le había suscitado su última visita.

Pitt estaba sentado en la butaca junto a la chimenea de la sala de estar, con los pies estirados sobre el guardafuego y mirando a través de los ojos entornados las llamas del hogar.

—Voy a ir al funeral —concluyó, en un tono que, a pesar de ser una aseveración, le dejaba a él potestad para manifestar un eventual desacuerdo, aunque no porque pensara de verdad que pudiera existir, sino por mera cuestión de diplomacia conyugal.

Él levantó la vista y la miró con unos ojos que a ella, a la luz del fuego, le parecieron brillantes. Aquella expresión de tolerancia apuntaba incluso hacia una curiosidad cómplice.

—En algunos aspectos, estaré en mejor posición que la tuya para poder observar —continuó Charlotte—. En realidad, para la mayor parte de los asistentes sólo seré una más en el funeral. Supondrán que estoy allí para llorar a la difunta, cosa que, cuanto más sé de Clemency Shaw, más cierta es. Recuerda que quienes te conocen pensarán en la policía y recordarán que ha sido un asesinato, y que están ante un suceso que supera con mucho lo meramente desagradable, pues es una verdadera tragedia.

—No necesitas convencerme de nada —dijo Pitt con una sonrisa, y Charlotte se dio cuenta de que se reía de ella.

Se arrellanó en el asiento y estiró el pie hasta tocar el de él con la punta de los dedos.

—Gracias.

—Ten cuidado. Recuérдалo: no es un funeral cualquiera. Se trata de un asesinato.

—Lo tendré en cuenta. Emily me deja su carruaje.

Él sonrió.

—No esperaba menos.

Charlotte no fue ni con mucho la primera en llegar. Al apearse con la ayuda del criado de Emily, vio a Josiah y Prudence Hatch delante de ella, mientras cruzaban la verja y se dirigían hacia la entrada de la rectoría. Los dos iban vestidos de negro, como cabía esperar, Josiah con el sombrero en la mano mientras el frío viento le encrespaba el cabello. Caminaban uno junto a otro,

mirando al frente y con la espalda muy erguida. A pesar de verles de espaldas, Charlotte hubiera dicho que habían tenido alguna disputa y que cada uno se había aislado con su propia ira.

Delante de ellos, Charlotte vio pasar por la puerta a Alfred Lutterworth, solo. O Flora no asistía, o venía acompañada por otra persona. A Charlotte el hecho le pareció inusual. Ya trataría de averiguar la causa, con toda la discreción posible.

En la puerta la recibió un coadjutor joven, de algo menos de treinta años, delgado, con unos rasgos más bien corrientes, pero con un interés y una preocupación en el rostro que Charlotte le tomó afecto al instante.

—Buenos días, señora. —Habla de forma pausada, pero sin el sonsonete reverencial que ella consideraba más una fachada que una expresión de sinceridad—. ¿Dónde desea sentarse? ¿Viene sola o espera a alguien más?

Charlotte estuvo a punto de decir que iba sola, pero resistió a la tentación.

—Espero a mi madre y mi abuela...

Él se dispuso a acompañarla.

—¿Entonces a lo mejor le parecerá bien ese banco de ahí a la derecha? ¿Conocía íntimamente a la señora Shaw? —La inocencia de sus modales y su expresión afligida impedían tomarse a mal aquella pregunta.

—No —respondió ella—. La conocía sólo de oídas, pero todo lo que dicen de ella no hace sino acrecentar mi admiración. —Vio su mirada de asombro y se apresuró a dar una explicación, que la sorprendió por lo pormenorizada—. Mi marido es el encargado de la investigación del incendio. El caso me fue interesando y me enteré por un miembro del Parlamento que la señora Shaw realizaba una gran labor contra la explotación de los pobres. Era muy modesta con respecto a su trabajo, pero demostraba una gran piedad y una enorme valentía. He venido para rendir mis respetos... —Calló al ver la turbación en el rostro del coadjutor. Parecía más presa de la aflicción que cualquiera de las tías de Clemency, o que su hermana, la tarde que Charlotte las había visitado, dos días antes.

Él dominó con dificultad sus sentimientos, aunque no se disculpó por ello, lo que hizo que a ella aún le gustara más. ¿Por qué tenía uno que disculparse por entristecerse en un funeral? La acompañó en silencio hasta el banco, la miró a los ojos de una forma significativa y se volvió hacia la entrada, con la cabeza alta.

Llegó justo a tiempo de recibir a Somerset Carlisle, que parecía algo cansado y demacrado, y a Vespasia, quien iba toda de negro con plumas de águila en el sombrero, ladeadas en un ángulo perfecto. El vestido que llevaba era de seda y baratea^[*], con un corte que ponderaba tanto su altura como la elegancia de su porte. Era asimétrico, tal como exigía la última moda. Llevaba un bastón de marfil con puño de plata, pero sin apoyarse en él. Habló brevemente al coadjutor, a quien explicó quién era pero no los motivos por los que asistía, y luego se separó de él con gran dignidad, se quitó unos impertinentes y se puso a

observar la nave de la iglesia. Tardó unos segundos en ver a Charlotte. Cogió a Somerset Carlisle del brazo y le ordenó que la acompañara al banco de Charlotte, lo que impidió que Caroline y la abuela se sentaran junto a ella cuando llegaron al cabo de un momento.

Charlotte no intentó dar mayor explicación. Se limitó a sonreír con dulzura y luego inclinó la cabeza en una actitud de plegaria, con el fin de disimular su sonrisa.

Al cabo de unos minutos volvió a levantar los ojos y vio justo en frente de ella la blanca cabeza de Amos Lindsay, y a Stephen Shaw sentado junto a él. Charlotte apenas podía imaginar el torbellino de emociones que debían acometerle al ver agitarse la figura de Hector Clitheridge aleteando como un pajarraco herido. Su mujer estaba sentada en la primera fila, con un bonito vestido negro, tratando de tranquilizarlo, alternando sonrisas con miradas convenientemente serias. En el órgano sonaba una música lenta, ya fuera porque el organista lo considerara el tempo adecuado a un funeral, ya porque no encontrara las notas con la suficiente solvencia. El resultado daba cierta sensación de inseguridad y falta de ritmo.

Los bancos iban llenándose. Quinton Pascoe recorrió el pasillo hasta encontrar un asiento lo más alejado posible de John Dalgetty y su mujer. Entre el bosque de variopintos sombreros negros y los adornos más variados, Charlotte no pudo ver ninguno que le pareciera el de Celeste o Angeline Worlingham.

El órgano cambió de forma abrupta y comenzó el servicio religioso. Clitheridge estaba muy nervioso. Su voz se ahogaba en falsetes una y otra vez. Se perdió dos veces en pasajes con los que sin duda estaba familiarizado y tuteó en su afán por repetirlos bien, con lo cual sólo logró hacer más patente su error. Charlotte, que sufría al verle, oyó a tía Vespasia suspirar con exasperación. Somerset Carlisle se cubrió el rostro con las manos, pero Charlotte no supo si estaría pensando en Clemency o en el vicario.

Charlotte se dio cuenta de que ella también perdía la atención. Era probablemente lo mejor que podía hacer. Clitheridge era insoportable y al coadjutor joven se le veía tan abrumado por una sincera piedad que le resultaba muy doloroso mirarle. Optó por dejar vagar la vista por las tracerías de piedra y las placas con los nombres de las personalidades hacia largo tiempo fallecidas, hasta que al final, recordando súbitamente la conversación en casa de los Worlingham, reparó en el famoso vitral donde se apreciaba ya casi completa la figura del difunto obispo representado como Jeremías, rodeado de otros patriarcas y rematado por un ángel. Reconoció al obispo con facilidad. El rostro no estaba bien definido, pero los espesos rizos de cabello blanco que parecían formar una aureola en el cristal eran exactamente como los del retrato que había visto en el vestíbulo de la casa familiar. Era un homenaje ciertamente hermoso que debía haber costado una suma considerable. No era de extrañar que Josiah

Hatch se sintiera tan orgulloso.

Por fin concluyó la parte formal de la ceremonia y oyó pronunciar, con alivio, el amén final. Los congregados se pusieron en pie para acompañar el féretro al pequeño cementerio de la iglesia, donde se agruparon en mitad del desapacible viento del oeste mientras se daba sepultura al cuerpo.

Charlotte tuvo un estremecimiento y se acercó un poco más a la tía Vespasia hasta quedar a unos centímetros tras ella. De este modo se protegía de unas rachas de viento que, de no haber estado el cielo tan despejado, a buen seguro habrían traído nieve. Se quedó contemplando la tumba abierta, al borde de la cual estaba Clitheridge, con la sotana al viento azotándole los tobillos. Su rostro reflejaba azoramiento y temor. A un par de metros estaba Alfred Lutterworth, bien plantado sobre sus robustas piernas sin reparar en el frío, con un semblante sombrío y reflexivo. A continuación, a unos pasos de distancia, Stephen Shaw aparecía imbuido de una impenetrable combinación de ira y dolor de la que resultaba una emoción tan profunda que nadie habría osado violar. Amos Lindsay permanecía junto a él en silencio.

Josiah Hatch se encargaba de dirigir a los portadores del féretro. Era acólito y estaba acostumbrado a esas responsabilidades. Su expresión era severa, pero cumplía con su cometido de forma meticulosa, sin omitir ni una palabra ni un movimiento ceremonioso. Lo hacía todo con una exactitud que honraba a la fallecida y preservaba la importancia de la letanía y la tradición de la Iglesia.

Clitheridge estaba visiblemente aliviado de que hubiera alguien más que se encargara de la ceremonia, aunque fuera de una manera un poco pomposa. Sólo el coadjutor joven parecía disconforme. Sus angulosos rasgos y su ancha boca reflejaban cierta impaciencia que no hacían sino aumentar su aparente dolor.

Charlotte había acertado de pleno. Había unas cincuenta personas, la mayoría hombres, entre las que, definitivamente, no se contaban Angeline ni Celeste Worlingham. Ni Flora Lutterworth.

—¿Por qué no habrán venido las Worlingham? —le susurró a tía Vespasia cuando ésta se volvió por fin, al borde de la congelación, y se encaminó hacia los carruajes para realizar el breve trayecto hasta el lugar donde debía celebrarse el banquete fúnebre. No había recibido una invitación expresa, pero tenía toda la intención de ir.

Pasaron junto a Pitt, de pie junto a la verja de entrada, tan discreto como si hubiera sido invisible. Podía haber pasado por uno de los portadores del féretro o por un empleado de la funeraria, de no ser porque llevaba los guantes desparejados, uno de los bolsillos del abrigo le abultaba de forma ostensible y llevaba botas de color marrón. Charlotte le dedicó una fugaz sonrisa al pasar y él le devolvió una mirada afectuosa, y luego continuó hacia el carruaje.

—Yo diría que porque al obispo no le parecería aconsejable —repuso Vespasia—. Hay mucha gente que piensa así. Es una completa estupidez, claro.

Las mujeres son tan fuertes como los hombres a la hora de enfrentarse con una tragedia y con las flaquezas de nuestra carne corruptible. En realidad, en muchos casos son más fuertes. Tiene que ser así, ¡de lo contrario ninguna de nosotras habríamos tenido más de un hijo ni se ocuparía jamás de los enfermos!

—Pero si el obispo está muerto —señaló Charlotte—. Y desde hace diez años.

—Querida, por lo que respecta a sus hijas, el obispo nunca morirá. Vivieron bajo su techo durante más de cuarenta años y obedecieron a todas y cada una de las normas de conducta que él establecía para ellas. Y estoy segura de que tenía opiniones muy precisas acerca de todo. Es de creer que no irán a romper ahora con la costumbre, mucho menos en un momento de aflicción, cuando más necesita uno agarrarse a lo que le es más familiar.

—Oh... —Charlotte no había pensado en ello, pero ahora acudieron a su mente recuerdos de otras familias en que se consideraba que un funeral era una prueba demasiado dura para una sensibilidad delicada. Los desmayos y desvanecimientos podían ser una perturbación para la solemnidad debida a los muertos—. ¿Y también por eso Flora Lutterworth tampoco está aquí? —Eso le parecía más dudoso, aunque no imposible. Alfred Lutterworth cuidaba mucho el protocolo, y todos esos escrúpulos podían ser considerados propios de personas de buena condición.

—Supongo que sí —repuso Vespasia con una leve sonrisa.

Habían llegado a los carruajes. Caroline y la abuela iban detrás de ellas. Charlotte miró por encima del hombro y vio a Caroline hablando con Josiah Hatch con expresión concentrada, mientras que la abuela la miraba a ella con ojos que echaban fuego.

—¿Quieres esperarlas? —le preguntó Vespasia arqueando sus plateadas cejas.

—¡Desde luego que no! —Charlotte movió el brazo con un gesto imperioso y el cochero de Emily puso en movimiento los caballos—. Ya llevan su propio equipaje. —Decir aquello le proporcionó un regocijo infantil—. Te seguiré a ti. Supongo que las hermanas Worlingham asistirán a un evento como el banquete fúnebre.

—Seguro que sí. —Vespasia sonreía sin disimulo—. Ése es justamente el evento social. Esto no ha sido más que el preámbulo necesario.

Y aceptó la mano que le ofrecía su criado y se apoyó en el peldaño para subir al carruaje, después de haberle dado una moneda de medio penique a un barrendero callejero, un chiquillo que no tendría más de diez u once años. El pequeño le dio las gracias y se fue con su escoba hacia otro montoncito de estiércol de caballo. La portezuela se cerró tras ella y al cabo de un momento el carruaje partió.

Charlotte hizo lo mismo.

Ambas se apearon delante de la imponente y ya familiar casa de los Worlingham, cuyas persianas estaban bajadas y los crespones negros ondeaban

en la puerta. En la carretera habían esparcido una gran cantidad de paja para amortiguar el estrépito de los caballos, algo muy poco respetuoso con los muertos, por lo que cuando el cochero se llevó el carruaje al punto de espera, las ruedas se deslizaron sin apenas ruido.

Dentro todo estaba preparado hasta el último detalle. El amplio comedor estaba festoneado con tal cantidad de crespones negros que parecía que por allí hubiera pasado una enorme araña a la que se le hubiera chamuscado la tela. Encima de la mesa, en un jarrón de porcelana, había un gran ramo de lirios blancos cuyo coste habría bastado para alimentar durante una semana a una familia entera. La mesa estaba dispuesta con magnificencia: carnes al horno, sándwiches, frutas y repostería, botellas de vino, con la conveniente cantidad de polvo de la bodega y las debidas etiquetas para satisfacer al más exigente catador. Algunos de los oportos eran muy añejos. El obispo debía de haberlos olvidado en la bodega en sus buenos años.

Celeste y Angeline estaban sentadas una junto a otra, vestidas ambas con bombasí negro. El vestido de Celeste estaba incrustado con cuentas azabache y por la parte de delante le caía una franja de terciopelo prendida del polisón. Le tiraba un poco a la altura del pecho. El vestido de Angeline estaba cubierto sobre los hombros con una gruesa mantilla de encaje negra, sujeta con un alfiler azabache de diminutas perlas que constituía un broche de luto muy tradicional. El dibujo del encaje se repetía a la altura del vientre y por debajo del polisón de bombasí. Sólo los más exigentes podían darse cuenta de que la disposición de los pliegues seguía la moda del año anterior. A la altura del pecho le quedaba aún más tirante. Charlotte supuso que era el mismo atuendo que habrían llevado en el funeral de Theophilus, y a lo mejor también en el del obispo. Un modisto avisgado podría haber hecho un buen negocio, aunque, observándolas bien, a las hermanas Worlingham, como a tanta gente de dinero, parecía gustarles el ahorro.

Celeste las saludó con solemnidad, igual que una duquesa recibiendo a sus visitas, con la espalda erguida, la cabeza ligeramente ladeada y repitiendo los nombres de cada persona como si tuvieran una importancia capital. Angeline sostenía un pañuelo de encaje con el que se frotaba la mejilla de vez en cuando, y se limitaba a repetir las últimas dos palabras de todas las frases que decía su hermana.

—Buenas tardes, señora Pitt. —Celeste movió la mano como consideración a una amistad más bien lejana y de rango no identificable.

—Señora Pitt —repitió Angeline con una titubeante sonrisa.

—Una gran atención por su parte el venir a expresar sus condolencias.

—Una gran atención. —Esta vez Angeline escogió las primeras palabras de la frase.

—*Lady* Vespasia Cumming-Gould. —Celeste se quedó perpleja—. Qué... qué generosidad de su parte el haber venido. Estoy segura de que nuestro difunto

padre se habría sentido muy emocionado.

—Muy emocionado —añadió Angeline con ardor.

—No habría habido motivo —repuso Vespasia con una fría sonrisa y mirada inalterable—. He venido exclusivamente por honrar a Clemency Shaw. Fue una mujer excepcional, que destacó por su valentía y su gran conciencia hacia el prójimo... una combinación nada habitual. Me siento muy afligida por su pérdida.

Celeste se había quedado sin habla. No sabía nada de Clemency que justificara tan extraordinarias alabanzas.

—¡Oh! —Angeline emitió una pequeña exclamación y apretó el pañuelo, que se llevó a la mejilla para enjugar una lágrima que había comenzado a caer por su sonrojada mejilla—. Pobre Clemency —susurró.

Vespasia no quiso entretenerse en más trivialidades que sólo hubieran sido penosas y se dirigió hacia el comedor. Somerset Carlisle, que entró a continuación, estaba tan habituado a expresarse con medias palabras de exquisita cortesía, que no tuvo problema en murmurar algo amable pero carente de sentido, y siguió a las dos mujeres.

En el comedor había unas treinta personas. Charlotte reconoció a algunas de su breve visita anterior a casa de los Worlingham. De otras, como había hecho en la iglesia, dedujo su identidad a partir de las descripciones de Pitt.

Se quedó mirando la mesa, fingiendo estar absorta en admirada contemplación, cuando entraron Caroline y la abuela. Ésta, ceñuda, blandía el bastón mientras caminaba con considerable peligro para todo aquel que se interpusiera. No es que deseara particularmente tener a Charlotte con ella, pero estaba furiosa por entrar a la cola. Era una falta al respeto que se le debía.

Era una estancia espaciosa y amueblada con buen gusto. Las ventanas eran grandes, con cortinajes ornamentados. Había un hogar de mármol oscuro, una alacena de roble, una mesa de servir y un aparador con un servicio de té Crown Derby —de tonos rojos, azules y dorados— dispuesto para ser admirado.

La mesa principal era de una elegancia exquisita. La cristalería tenía un escudo de armas grabado en un lateral de cada copa; la cubertería de plata, pulida de tal modo que reflejaba todas y cada una de las luces de la araña del techo, llevaba también grabado como monograma una ornamental «W» gótica; y la mantelería tenía bordados en blanco ambos motivos, blasón y monograma. Las bandejas del servicio de porcelana eran azules ribeteadas de oro de Minton; Charlotte reconoció el modelo por las pequeñas enseñanzas que solía dispensarle su madre, en los pasados días en que el papel que desempeñaba requería de tales conocimientos para ser considerada una mujer de buena condición.

—Nunca se dignaron sacar todo este servicio cuando ella vivía —le dijo Shaw casi al oído—. Claro que, Dios nos asista, nunca tuvimos a todo el vecindario sentado a la mesa.

—Muchas veces hacer algo que requiere un esfuerzo especial nos ayuda a sobrellevar el dolor —contestó Charlotte—. Aunque incurramos tal vez en un pequeño exceso. No todos tenemos los mismos recursos para superar las desgracias.

—Qué forma de pensar tan caritativa —dijo él con una mueca—. Si no la conociera, y no la hubiera oído expresarse con tan abrumadora franqueza, podría llegar a resultarme usted sospechosa de hipocresía.

—En tal caso incurriría en injusticia conmigo —repuso ella—. Mi forma de pensar se corresponde con lo que he dicho. Si hubiera deseado ser crítica, habría podido elegir entre varios tipos de comentarios, entre los que no se encuentra el que he hecho.

—¡Oh! —Arqueó sus rubias cejas—. ¿Y cuál habría elegido? —Sus ojos se iluminaron divertidos—. Caso de haber deseado ser crítica, claro está.

—Si deseo serlo, y todavía sigue usted interesado, se lo haré saber —replicó ella. Entonces, recordando que él era la persona más afligida de todas las presentes y que no quería parecerle descortés, ni siquiera en una conversación tan intrascendente, se acercó y le susurró: El vestido de Celeste le queda un poco tirante, se lo tenían que haber soltado un poco de la sisa. El caballero que he tomado por el señor Dalgetty necesita un corte de pelo, y la señora Hatch lleva los guantes desparejados, razón probable por la cual se ha quitado uno y lo lleva en la mano.

Él le respondió con una ancha sonrisa.

—¡Qué agudas dotes de observación! ¿Las ha adquirido por estar casada con un policía o son naturales?

—Creo que van con la condición de mujer. Cuando estaba soltera tenía tan pocas cosas que hacer que el observar a la gente ocupaba una parte muy importante del día. Es más entretenido que bordar o pintar malas acuarelas.

—Yo pensaba que las mujeres pasaban el tiempo cotilleando y haciendo obras de caridad —repuso él en voz baja con una ironía en los ojos que no enmascaraba su dolor, sino que contrastaba con el mismo hasta el punto de hacerle parecer un hombre lleno de vida e intensamente vulnerable.

—Y así es. Pero para ello hay que tener algo de lo que cotillear, si se trata de divertirse un poco. Y hacer obras de caridad es terrible, porque se hacen con una actitud tan condescendiente que sirven más para justificarse a sí misma que para beneficiar a nadie más. Tendría que estar muy desesperada para que ante la visita de una dama de la sociedad con una jarrita de miel en las manos no me entraran ganas de ponérsela por sombrero... cosa que por supuesto no me atrevería a hacer jamás. —Estaba exagerando, pero la sonrisa de él la recompensó con creces.

Antes de que él pudiera contestar, la atención de ambos se dirigió hacia Celeste, quien, apenas a unos pasos de ellos, seguía representando su papel de

gran duquesa. Alfred Lutterworth permanecía delante de ella con Flora a su lado. Celeste parecía haberles negado el saludo. Los había mirado a los ojos y les había hecho un gesto de que pasaran rápido, como si fueran sirvientes con quienes no hubiera que hablar. Las mejillas de Lutterworth se sonrojaron y por un momento Flora pareció que iba a echarse a llorar.

—¡Maldita mujer! —masculló Shaw, para añadir a continuación un calificativo procedente del mundo animal muy poco amable para el animal en cuestión. Sin excusarse ante Charlotte, se dirigió hacia el lugar de la escena.

—Buenas tardes, Lutterworth —dijo en voz alta—. Me alegro de verlo y aprecio su visita. Buenas tardes, señorita Lutterworth. Gracias por haber venido... en unas circunstancias que no son las mejores, salvo cuando existe verdadera amistad.

Flora sonrió insegura, pero percibió la franqueza con que la miraba Shaw y recobró la compostura.

—No hubiéramos podido dejar de venir, doctor Shaw. Lo sentimos mucho por usted.

Shaw hizo un gesto hacia Charlotte.

—¿Conocen a la señora Pitt? —Los presentó e intercambiaron los formalismos de rigor. La tensión desapareció, pero Celeste, que, al igual que todos los presentes en aquella mitad de la estancia, no había podido dejar de oír las saluciones, apretó los labios y puso cara estirada. Shaw no le hizo caso y prosiguió en voz alta una conversación intrascendente en la que reclutó a Charlotte como aliada, lo quisiera ella o no.

Al cabo de diez minutos tanto el grupo como la conversación habían cambiado. Caroline y la abuela se habían unido a ellos y Charlotte escuchaba a una mujer extraordinariamente bella, de unos cuarenta y tantos años, de magníficos ojos oscuros, que llevaba su brillante pelo recogido en un alto peinado a la última moda y un sombrero negro que dos años atrás hubiera sido una auténtica osadía. Su rostro estaba empezando a perder la lozanía de la juventud, pero seguía conservando la suficiente belleza para que varias personas la miraran más de una vez, aunque se tratara de una clase de belleza más propia de climas más cálidos que del que sufrían los ingleses... sobre todo los ingleses criados en los refinados jardines de Highgate. Había sido presentada como Maude Dalgetty y, cuanto más la oía hablar, más le gustaba a Charlotte. Parecía una mujer demasiado en paz consigo misma como para guardar ninguna clase de malicia hacia los demás y en sus comentarios no se apreciaba la menor puya de crueldad o frivolidad.

Charlotte se sorprendió al ver que Josiah Hatch se unía a ellos y le pareció, por la dulcificada expresión de su severo semblante, que la tenía en cierta estima. Miró a Charlotte con escaso interés, pero aun así no le pareció una mirada exenta de crítica. Era evidente que sospechaba que su presencia allí o bien obedecía a la

mera curiosidad, lo que consideraba intolerable, o a su amistad con Shaw, lo que se sentía inclinado a desaprobar. En cualquier caso, cuando se volvió hacia Maude Dalgetty la tirantez de su cuerpo se suavizó.

—Señora Dalgetty, cuánto me complace que haya podido venir. —Trató de encontrar algo más que añadir, tal vez algún comentario más personal, pero no lo logró.

—Cómo no, señor Hatch. —Ella le sonrió y Hatch se distendió aún más hasta el punto de esbozar una leve sonrisa—. Yo quería mucho a Clemency. Era una de las mujeres más buenas que he conocido.

Hatch palideció de nuevo.

—Desde luego —dijo de pasada, antes de aclararse la voz con un sonoro carraspeo—. Había muchas cosas por las que alabarla... era una mujer virtuosa, jamás deshonesto ni negligente con sus deberes, y siempre lo tomaba todo con buen talante. Es una gran tragedia que su vida haya sido... —Su rostro adoptó de nuevo un aspecto severo y lanzó una mirada por encima de la mesa en dirección a la rubia cabeza de Shaw, a quien se veía inclinarse un poco hacia una robusta mujer que llevaba un sombrero diminuto—. Que su vida haya sido malograda en tantos sentidos. Aún le quedaba mucho camino... —Dejó el comentario inconcluso, con la ambigüedad de si se refería a la longevidad de Shaw o a la de Clemency.

Maude Dalgetty optó por su propia interpretación.

—Sí lo es —convino con un gesto—. Pobre doctor Shaw. Debe ser terrible para él, pero no se me ocurre qué más podemos hacer por ayudarlo. Una se siente mal viendo el dolor y siendo incapaz de ofrecer ningún consuelo.

—Su compasión la honra. Pero no se entristezca demasiado por él. No lo merece. —Su cuerpo recuperó su rigidez habitual. Los hombros, bajo el abrigo, parecían querer romper las costuras—. Hay ciertos rasgos de su personalidad que sería inapropiado mencionar delante de usted, mi querida señora, pero le aseguro que hablo con conocimiento de causa. —Le tembló un poco la voz, aunque no quedó claro si por cansancio o por emoción—. Habla de la forma más ridiculizante y ofensiva de todo aquello que merece una mayor veneración en nuestra sociedad. Le aseguro que sería capaz de propagar las mayores calumnias sobre los mejores de nosotros, y por mencionarle a alguien, su marido. Debería prevenirle. —Dirigió a Maude una mirada significativa—. Como usted bien sabe, estoy en desacuerdo con todos los principios de su marido, por lo que respecta a sus publicaciones. Pero estoy con él en la defensa del buen nombre de una dama...

Maude Dalgetty arqueó sorprendida sus finas cejas.

—¡El buen nombre de una dama! Válgame Dios, ¿es que el doctor Shaw ha estado hablando mal de alguien? Me sorprende usted.

—Eso es porque no lo conoce. —Hatch iba enardecándose—. Y porque su

mente es demasiado bondadosa para imaginar maldad en las personas a menos que la demuestren delante de sus ojos. —Tenía las mejillas enrojecidas—. Pero yo he sabido ponerlo en el lugar que le corresponde, y su marido se ha sumado a mis palabras, y con la mayor elocuencia, si bien creo que con lo que yo le había dicho ya había sido suficiente.

—¿John? —La sorpresa le hizo elevar el tono—. Qué cosa tan extraña. Casi me hace pensar que era de mí de quien el doctor Shaw hablaba mal.

Hatch se sonrojó aún más y se le aceleró la respiración. Tenía los puños apretados.

Charlotte, que oía la conversación, estaba segura de que la mujer a la cual Hatch decía que Shaw había difamado era Maude Dalgetty. Deseó poder saber qué era lo que él había dicho de ella, y por qué.

Hatch se desplazó un poco y le dio la espalda a Charlotte. Como no quería llamar la atención con un interés desmedido, ésta aceptó la exclusión y se acercó a Lally Clitheridge y Celeste. Pero antes de que hubiera llegado hasta ellas, las dos mujeres se separaron y Lally abordó a Flora Lutterworth, con discreción pero sin rodeos.

—Es muy atento por tu parte que hayas venido, mi querida Flora. —Su tono era a la vez afectuoso y condescendiente, como una duquesa que hablara con su futura nuera—. Tienes un buen corazón adorable... una virtud encantadora en una joven, siempre que no la lleve hasta la indiscreción.

Flora abrió la boca para replicar, pero no encontró palabras para expresar sus sentimientos.

—Y eres modesta, también —prosiguió Lally—. Cómo me alegra ver que no discutes conmigo, querida. La indiscreción puede ser la ruina de una joven. Pero estoy segura de que tu padre ya te lo habrá dicho.

Flora se ruborizó. A Charlotte le pareció obvio que aún seguían peleados.

—Tienes que hacerle caso, ¿sabes? —Lally también se había dado cuenta y cogió el brazo de Flora, como para hacerle una confidencia—. Él sólo quiere lo mejor para ti. Eres muy joven e inexperta en sociedad y no conoces aún cómo se juzgan las personas unas a otras. Por una simple imprudencia que cometieras, todo el mundo te consideraría cualquier cosa menos una muchacha virtuosa... lo que arruinaría todas las excelentes expectativas que puede depararte el futuro. —Asintió con la cabeza levemente—. Espero que me hayas entendido, querida.

Flora seguía con la mirada fija en ella.

—No... creo que no la he entendido —dijo; su rostro denotaba tensión.

—Entonces tendré que explicártelo. El doctor Shaw es un hombre de gran encanto personal, pero a veces es demasiado franco en sus opiniones e imprudente a la hora de respetar los juicios de los demás. Eso son cosas aceptables en un hombre, sobre todo en un hombre que se dedica a una profesión liberal...

—Yo lo encuentro muy agradable. —Flora le defendía con ardor—. De él no he recibido otra cosa que amabilidad. Si usted no comparte sus opiniones, eso es asunto suyo, señora Clitheridge. Debería decirselo a él. Le ruego que no me involucre en ello.

—No me has entendido. —Lally estaba ahora molesta—. Lo que me preocupa es tu reputación, querida... que está en franca necesidad de enmienda.

—Entonces con quienes debería discutir es con aquellos que hablan mal de mí. Yo no he hecho nada que haya dado motivos para ello.

—¡Claro que no! Eso ya lo sé. No se trata de lo que hayas hecho o dejado de hacer, sino de tu indiscreción a la hora de salvar las apariencias. Sólo te prevengo en calidad de esposa de tu vicario. Para él es un tema difícil de hablar con una señorita, pero lo cierto es que está preocupado por tu bienestar.

—Entonces dele las gracias de mi parte. —Flora la miró con ojos destellantes y las mejillas sonrojadas—. Y dígame que ni mi cuerpo ni mi alma están en peligro. Y usted puede considerar que ha cumplido con su deber. —Y con una seca sonrisa inclinó la cabeza y se alejó, dejando a Lally en mitad de la estancia con una expresión de ira.

Charlotte se apresuró a apartarse, no fuera el caso que Lally se diera cuenta de que había estado escuchando. Al darse la vuelta se encontró con Vespasia, quien estaba esperando a que pudiera prestarle atención, con las cejas arqueadas en un gesto de curiosidad y una sonrisa irónica.

—¿Escuchando? —le susurró.

—Sí —reconoció Charlotte—. Interesantísimo. Flora Lutterworth y la mujer del vicario discutiendo a propósito del doctor Shaw.

—¿De veras? ¿Cuál de las dos está a favor y cuál en contra?

—Oh, las dos están a favor... muy a favor. Casi me da por pensar que ahí es donde está el problema.

La sonrisa de Vespasia se ensanchó, aunque no estaba exenta de lástima.

—Qué interesante, en verdad... y qué rematadamente inapropiado. Pobre señora Clitheridge, parece muy por encima del vicario. Apenas me sorprende que haya dirigido la vista a otra parte, aunque su virtud le prohíba ir más allá. —Cogió a Charlotte del brazo y la apartó de dos mujeres que había a su lado—. ¿Crees que hay algo más? No me parece probable que la esposa del vicario le haya prendido fuego a la casa por culpa de un amor no correspondido hacia el doctor... aunque tampoco es imposible, claro.

—También podría haber sido Flora Lutterworth, puestos a eso —opinó Charlotte—. Y a lo mejor no es por causa de un amor no correspondido. Flora heredará mucho dinero cuando muera su padre.

—¿Y tú crees que el dinero de los Worlingham puede ser insuficiente para el doctor Shaw y que le ha echado el ojo también al de los Lutterworth?

Charlotte recordó su conversación con Stephen Shaw, en la energía que

desprendía aquel hombre, en su facilidad para la ironía, en la honda impresión de honestidad personal que lo había inspirado. Era una idea difícil de aceptar. Y no quería pensar que Clemency Shaw hubiera malgastado su vida casada con un hombre así. Y sin duda lo habría sabido.

—No —dijo—. Yo creo que lo del incendio está relacionado con el trabajo de Clemency contra los propietarios de viviendas pobres. Pero Thomas piensa que el motivo se concentra aquí en Highgate y que la víctima perseguida era en realidad el doctor Shaw. Así que voy a observarlo todo para luego contárselo, tanto si le encuentro algún sentido como si no.

—Muy propio de ti. —Esta vez Vespasia ni siquiera trató de disimular su regocijo—. A lo mejor ha sido el propio Shaw el que mató a su esposa... Supongo que Thomas habrá pensado en ello, aunque tú no lo hayas hecho.

—¿Por qué no habría yo de haberlo pensado? —replicó Charlotte con viveza.

—Porque a ti también te gusta ese hombre, querida, y creo que el sentimiento es más que correspondido. Buenas tardes, doctor Shaw.

El médico había vuelto y estaba delante de ellas, cortés con Vespasia, pero con la atención puesta en Charlotte, que se notó las mejillas sonrojadas.

—*Lady* Cumming-Gould. —Hizo una educada inclinación—. Le agradezco que haya venido. Estoy seguro de que Clemency se hubiera sentido muy complacida. —Frunció el entrecejo, como si al pronunciar aquel nombre hubiera tocado una fibra sensible—. Es usted una de las pocas personas presentes que no ha venido movida por la curiosidad, por el afán de ser vista en sociedad, o por el simple deseo de no perderse la mejor comida servida por los Worlingham desde la muerte de Theophilus.

Amos Lindsay apareció de pronto junto a Shaw.

—De verdad, Stephen, a veces te haces muy poca justicia a ti mismo cuando expresas esas ideas. La gran mayoría de los que están aquí han venido por motivos más loables. —Sus palabras no iban tanto dirigidas a Shaw cuanto a excusarle ante Vespasia y Charlotte.

—No obstante podríamos comer un poco —propuso Shaw de forma no muy afortunada—. Señora Pitt, ¿puedo ofrecerle un poco de faisán en gelatina? Tiene un aspecto más bien repulsivo, pero me han asegurado que está delicioso.

—No, gracias —rehusó Charlotte—. No me apetece.

—Ruego me disculpe —dijo él con una sonrisa, y a ella se le pasó el enfado al instante. Le compadecía por su dolor, fuera cual fuera la naturaleza de su amor por Clemency. Era un momento de aflicción para él en el cual probablemente habría preferido estar solo que tener que presentarse ante una multitud de personas de emociones diversas, desde la condolencia familiar, como era el caso de Prudence, a la mera obligación social como en Alfred Lutterworth, o hasta la curiosidad más vulgar, tal como se reflejaba en los rostros de varios asistentes cuyos nombres Charlotte desconocía. Y hasta era posible que

alguno de aquellos rostros fuera el del asesino de Clemency.

—No hay de qué —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. Tiene usted motivo de sobra para considerarnos unos intrusos, y molestos además. Somos nosotros quienes deberíamos disculparnos.

Shaw alargó la mano como para tocarla, en un intento de buscar una comunicación más directa que las palabras. Pero en el último momento se abstuvo, si bien ella se sintió casi como si lo hubiera hecho, tan clara era la intención en sus ojos. Era un gesto tanto de gratitud como de solidaridad. Por un instante él no había estado solo.

—Es usted muy amable, señora Pitt —dijo—. *Lady Cumming-Gould*, ¿puedo ofrecerle algo, o tampoco usted tiene hambre?

Vespasia le dio su copa.

—Podría traerme otra copa de vino —respondió con gentileza—. Imagino que lleva en la bodega desde los tiempos del obispo. Es excelente.

—Con mucho gusto. —Cogió la copa y se alejó.

Al cabo de unos segundos ocuparon su lugar Celeste y Angeline, quienes seguían presidiendo la reunión como si fueran una duquesa y su dama de honor. Prudence Hatch cerraba la marcha, con la cara muy pálida y los ojos enrojecidos. Charlotte recordó con una aguda punzada de compasión que Clemency era su hermana. De haber sido Emily la que hubiera perecido en un incendio, no habría sido capaz de estar allí guardando ningún tipo de compostura. De hecho lo más probable es que se hubiera quedado en casa sin poder dejar de llorar, pues la idea de tener que mostrarse educada ante un montón de conocidos y no tan conocidos le habría resultado insoportable. Sonrió a Prudence con toda la amabilidad que era capaz de transmitir, pero encontró únicamente una mirada perdida y confusa. ¿Podía ser que la conmoción actuara como anestesia de una parte del dolor? La realidad iría apareciendo en los posteriores días de soledad, al despertar por la mañana y recordar.

Celeste en cambio estaba muy ocupada desempeñando su papel de hija del obispo y disponiendo el banquete fúnebre para que todo saliera como era preciso. La conversación debería ser elevada y conveniente para la ocasión. Maude Dalgetty había mencionado cierta novela romántica bastante vulgar, por lo que había que ponerla en su sitio.

—No me importa si los sirvientes leen ese tipo de noveluchas, siempre que cumplan con su trabajo de forma satisfactoria, claro está. Pero la verdad es que esos libros no tienen ningún mérito.

Por el rostro de Prudence, que estaba tras ella, cruzó una curiosa combinación de expresiones: alarma, azoramiento y al final una especie de oscura satisfacción.

—Y una dama de cierta categoría no necesita leerlas —continuó Celeste—. Son triviales y sólo despiertan las emociones más superficiales.

—Creo que eres demasiado crítica, Celeste —replicó Angeline—. No todas las novelas románticas son tan superficiales como dices. Hace poco yo misma... quiero decir que me han contado una novela titulada *El secreto de lady Pamela*, que parece muy emocionante y escrita con gran sensibilidad.

—¿Que tú qué? —Celeste arqueó las cejas con menosprecio.

—Algunas de esas novelas reflejan lo que sienten muchas personas... —comenzó Angeline, pero se detuvo ante la gélida mirada de su hermana.

—Estoy segura de que no conozco a ninguna mujer que sienta nada por el estilo. —Celeste no estaba dispuesta a dejar la cuestión—. Esas fantasías son una falsedad absoluta. —Se volvió hacia Maude, quien parecía ajena al encarnado rostro y los ojos desorbitados de Prudence—. Señora Dalgetty, estoy segura de que con su bagaje literario y los gustos de su marido, opinará usted como yo, ¿no es así? Chicas como Flora Lutterworth, por ejemplo... Claro que su posición en Highgate es muy reciente, viene de familia de comerciantes, pobre muchacha... Ella no tiene la culpa, por supuesto, pero nadie puede cambiarlo.

Maude Dalgetty cruzó la mirada de Celeste con candor.

—La verdad es que eso me hace recordar mi juventud, señorita Worlingham. Y por cierto que a mí me encantó *El secreto de lady Pamela*. Yo también la considero una novela muy bien escrita, sin pretensiones y de una sensibilidad considerable.

Prudence enrojeció y bajó la vista a la alfombra.

—Santo cielo —replicó Celeste con voz cortante—. Dios nos asista.

Shaw había vuelto con la copa de vino de Vespasia, quien la cogió con un gesto de asentimiento. Miró a las mujeres una por una y advirtió el rubor de Prudence.

—¿Te encuentras bien, Prudence? —preguntó con más solicitud que tacto.

—¡Ah! —Dio un nervioso respingo, miró alarmada su preocupado semblante y se puso aún más roja.

—¿Estás bien? —repitió él—. ¿Quieres ir a descansar, tumbarte un poco tal vez?

—No, no. Estoy perfectamente... oh... —Sorbió con fuerza por la nariz—. Oh, Dios mío...

Amos Lindsay se acercó por detrás, miró a Shaw y la cogió por el codo.

—Venga, querida —dijo con amabilidad—. A lo mejor le sentará bien un poco de aire fresco. Permítame ayudarla.

Y sin darle tiempo a replicar, la separó de la reunión y la acompañó fuera de la estancia a algún lugar de la casa más privado.

—Pobre mujer —dijo Angeline con dulzura—. Ella y Clemency se tenían mucho cariño.

—Todos sentíamos mucho cariño por ella —puntualizó Celeste, y por un momento pareció perderse también en algún lugar remoto, tal vez de su

memoria, y su rostro reflejó dolor y tristeza.

Charlotte se preguntó hasta qué punto sus actitudes de gobernanta y sus modales de agresiva condescendencia no serían sino su manera de superar no sólo la pérdida de una sobrina, sino también la falta de un afecto que no había encontrado a lo largo de los años. Seguramente había amado a su padre, en vida de éste; le había admirado, se había sentido agradecida con él por la amplia provisión de casa, vestidos, sirvientes, posición social. Pero quizá también lo había odiado por el alto coste de su deuda con él.

—Quiero decir toda la familia —añadió Celeste, mirando a Shaw con súbito desagrado—. Hay lazos de sangre que nadie más puede entender... sobre todo en una familia con una herencia como la nuestra. —Shaw frunció el entrecejo pero ella no le hizo caso—. Nunca olvido dar las gracias por todas las bendiciones que nos han sido concedidas, ni dejo de darme cuenta de la responsabilidad que comportan. Nuestro querido padre, el abuelo de Clemency, fue uno de los grandes hombres de este mundo. Creo que, aparte de los que somos de su sangre, sólo Josiah sabe apreciar de verdad lo extraordinario que fue.

—Tiene toda la razón —dijo Shaw con brusquedad—. Yo desde luego no he sabido, ni sé... Más bien creo que fue un hombre dogmático, despótico, sentencioso y por encima de todo un viejo hipócrita y egoísta...

—¡Cómo te atreves! —Celeste se enardeció, presa de una gran agitación. Las cuentas azabache del busto centelleaban a la luz de las arañas—. Si no te disculpas al instante, tendré que pedirte que abandones esta casa.

—Oh, Stephen, por favor. —Angeline se balanceaba nerviosa—. Has ido demasiado lejos, ¿sabes? Eso ha sido imperdonable. Papá fue un verdadero santo.

Charlotte se debatía por encontrar algo que decir, cualquier cosa que pudiera paliar esa situación penosa. Pensaba que bien podía ser que Shaw tuviera razón, pero ella no era quién para decirlo en aquel lugar, y menos en ese momento. Por mucho que pensara, no había manera de que se le ocurriera nada, hasta que tíá Vespasia acudió al rescate.

—Los santos son personas con las que no siempre es fácil convivir —dijo en medio del tenso silencio—. Sobre todo para quienes están obligados a aguantarlos todos los días. No es que quiera decir con eso que el difunto obispo Worlingham fuera necesariamente un santo —añadió mientras el rostro de Shaw se ensombrecía. Suspendió en el aire el gesto de la mano con elegancia y congeló su semblante lo suficiente para ahogar la protesta que asomaba a los labios del médico—. Pero no hay duda de que era un hombre de opiniones firmes, y esa clase de personas siempre levanta controversia, gracias a Dios. ¿Quién desearía una nación de corderos que balasen al unísono su conformidad con todo lo que se les dijera?

Shaw se aplacó y tanto Celeste como Angeline parecieron verse restituidas en su honor. Charlotte buscó algún tema inofensivo y alabó a Celeste la disposición

de los lirios sobre la mesa, en lugar de admitir que más bien recordaban a las flores que se ponen encima de un ataúd.

—Preciosas —repetió con voz fatua—. ¿Dónde consigue unas flores tan perfectas?

—Oh, las cultivamos nosotras —intervino Angeline, aliviada—. Tenemos un invernadero, ¿sabe? Requieren muchos cuidados... —Les explicó a todos el modo exacto en que las plantaban, las fertilizaban y las cuidaban.

Todos la escucharon con gratitud, por el respiro que suponía tras los desagradables momentos pasados.

Cuando Angeline se quedó por fin sin nada más que añadir, musitaron algo con educación y se alejaron, con el pretexto de haber visto a algún conocido. Charlotte se vio de nuevo en compañía de Maude Dalgetty y, cuando ésta fue a ver si Prudence se había repuesto, se quedó con John Dalgetty, quien le habló acerca del último artículo que había reseñado y que versaba sobre el tema de la libertad de expresión.

—Es uno de los principios sagrados del hombre civilizado, señora Pitt —dijo inclinándose hacia ella con expresión concentrada—. Lo que es una tragedia es que haya tantas personas bienintencionadas pero ignorantes y pusilánimes que nos tienen atados con las cadenas de ideas periclitadas. Como Quinton Pascoe, por ejemplo. —Hizo un ligero gesto con la cabeza en dirección a Pascoe—. Un buen hombre, a su manera, pero aterrorizado por cualquier pensamiento nuevo. —Agitó el brazo—. Cosa que carecería de importancia si se limitara a aplicársela a sí mismo, pero lo malo es que pretende aprisionar nuestras mentes en lo que él considera mejor para nosotros —añadió, indignado ante la mera idea.

Charlotte sintió una viva simpatía hacia él. Podía recordar su indignación cuando su padre le prohibió leer el periódico, como lo había hecho con todas sus hijas. Se había sentido como si todo el interés y las emociones del mundo hubieran pasado de largo junto a ella y la hubieran excluido. Había sobornado al mayordomo para que le pasara las páginas de política a espaldas de sus padres, y las devoraba: leía cada palabra y se imaginaba las personas y los sucesos narrados con minucioso detalle. Haberle privado de aquello habría sido como cerrar todas las ventanas de la casa y correr las cortinas.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo con entusiasmo—. El pensamiento no debe aprisionarse ni nadie debe decir a los demás que no deben creer en lo que han elegido.

—¡Cuánta razón tiene, señora Pitt! Por desgracia, no todo el mundo es capaz de ver las cosas como usted. Pascoe, y quienes son como él, se erigen a sí mismos en árbitros de lo que la gente debe y no debe saber. Él personalmente no es un hombre desagradable, al contrario, usted misma seguro que lo encontraría encantador, pero su arrogancia es infinita.

Pascoe debió de haber oído mencionar su nombre, por cuanto se abrió paso

entre dos hombres que discutían de finanzas y se encaró con Dalgetty, con ira en los ojos.

—No se trata de arrogancia, Dalgetty. —Su voz era baja pero encendida—. Se trata de sentido de la responsabilidad. El editar todo cuanto viene a parar a las manos de uno, sin reparar en lo que diga ni a quién pueda perjudicar, no es libertad, sino un abuso del arte de la publicación. En nada se diferencia de un loco que se pone en la esquina a vociferar todo lo que le pasa por la cabeza, sea verdad o sea mentira...

—¿Y quién puede juzgar qué es verdad y qué es mentira? —repuso Dalgetty—. ¿Tú? ¿Eres tú el juez último de aquello en lo que debe creer el mundo? ¿Quién eres tú para juzgar qué podemos esperar y a qué podemos aspirar? ¿Cómo te atreves? —Sus ojos refulgían ante lo que le parecía una monstruosidad: un simple ser humano poniendo límites a los sueños de toda la humanidad.

Pascoe estaba igualmente colérico, presa de la agitación por la rabia que sentía ante la obcecación de Dalgetty y su falta de voluntad para comprender su forma de pensar.

—¡Estás completamente equivocado! —exclamó—. No se trata de poner límites a las aspiraciones o los sueños, como sabes muy bien. Se trata de no crear pesadillas. —Agitó los brazos de forma tan impetuosa que golpeó el sombrero de plumas de una mujer que estaba al lado, incidente que pasó inadvertido para él—. Lo que no tienes ningún derecho a hacer es acabar con los sueños de los demás burlándote de ellos. Sí, eres tú el arrogante, no yo.

—¡Calla, pigmeo! —replicó Dalgetty—. ¡Mequetrefe! No haces más que decir estupideces que son el fiel reflejo de tu confuso cerebro. Es imposible forjar una idea nueva si no es a expensas de las viejas.

—¿Y qué pasa si esa nueva idea tuya es abominable y peligrosa? —preguntó Pascoe, sacudiendo la mano en el aire—. ¿Y no aporta nada a la felicidad o al conocimiento humano? ¿Eh? Petimetre. Como intelectual eres un niño de pecho, y un vándalo espiritual y moral. Eres...

A aquellas alturas sus acaloradas voces habían atraído la atención de todo el mundo. Las otras conversaciones habían cesado y Hector Clitheridge se abrió paso hacia ellos presa de la agitación, con la sotana ondulando y moviendo los brazos en el aire. Su rostro expresaba turbación y confusión.

—¡Señor Pascoe! ¡Por favor! —imploró—. ¡Caballeros! —Se volvió hacia Dalgetty—. Por favor, piensen en el pobre señor Shaw...

Eso era lo último que tenía que haber dicho. Aquel nombre actuó en Pascoe como si le hubiesen enseñado un paño rojo a un toro bravo.

—¡Y tan a punto que lo menciona! —dijo triunfante—. ¡Un ejemplo perfecto! Un hombre abocado a...

—¡Exacto! —Dalgetty movió las manos con frenesí—. Un hombre honesto que detesta la idolatría. Sobre todo el culto a lo mediocre, a lo indigno, a lo

carente de valor...

—¿Quién dice carente de valor? —Pascoe elevó la voz hasta un triunfal falsete—. ¿Es que te eriges a ti mismo como árbitro de lo que debe preservarse y lo que debe destruirse?

Dalgetty perdió por completo los estribos.

—¡Tú no eres más que un incompetente! —gritó con las mejillas enrojecidas—. ¡Una mula testaruda! Tú...

—¡Señor Dalgetty! —suplicaba Clitheridge en vano—. Señor...

Eulalia acudió al rescate, con una expresión de firme desaprobación. Por un instante, a Charlotte le recordó a una niñera implacable. A Dalgetty sólo le dedicó una fugaz mirada.

—Señor Pascoe —dijo con voz decidida y perfectamente controlada—, su comportamiento es vergonzoso. Estamos en un banquete fúnebre, ¿es que lo ha olvidado? No me parece que sea usted una persona privada del sentido de la corrección, ni que sea incapaz de darse cuenta del dolor que puede causar a personas inocentes, bastante maltratadas ya por las circunstancias.

La actitud de Pascoe se transformó. Se quedó cabizbajo y avergonzado. Pero Lally no tenía intención de ahorrarle ningún cachete moral.

—Imagine cómo debe sentirse la pobre Prudence. ¿Es que no basta con la tragedia que sufre?

—Oh, cuánto lo lamento. —Pascoe estaba escandalizado por su propia conducta. Era evidente que su arrepentimiento era sincero—. Me atormenta pensar que he sido tan irreflexivo. ¿Cómo podría disculparme?

—No puede. —Eulalia se mostraba inflexible—. Pero debería intentarlo al menos. —Se volvió hacia Dalgetty, cuya mirada reflejaba temor—. En cuanto a usted, desde luego, no esperaba que tuviera la menor sensibilidad hacia los sentimientos de los demás. La libertad es su dios, y a veces pienso que estaría dispuesto a sacrificar en sus altares a quienquiera que considerara preciso.

—Eso es injusto. —Parecía sinceramente apenado—. Totalmente injusto. Mi deseo es liberar, no herir... Yo sólo quiero hacer el bien.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas—. En ese caso ha fracasado de forma estrepitosa. Debería reconsiderar sus convicciones... y la conducta más acorde con ellas. Es usted un necio. —Después de haber pronunciado la más formidable invectiva de toda su vida y de ponerse roja como la grana, se la veía tan guapa como en su juventud. También estaba bastante alarmada por todo cuanto había osado decir: apenas si empezaba a tomar conciencia del hecho de que acababa de salvar a todos de una situación en extremo embarazosa. Se ruborizó más al ver todas las miradas centradas en ella y se apresuró a retirarse. Por una vez se revelaba ridículo el pretender que se había limitado a ayudar a su esposo, quien se había quedado con las manos inmóviles en el aire y la boca abierta, aunque intensamente aliviado, si bien también alarmado y algo resentido.

—Bravo, Lally —dijo Shaw—. Es usted extraordinaria. Nos ha dado a todos un merecido rapapolvo. —Hizo una ligera reverencia, con un gesto singularmente cortés, y se retiró junto a Charlotte.

Eulalia volvió a sonrojarse de forma ostensible, esta vez con evidente regocijo, aunque de una forma tan intensa e inhabitual que daba apuro verla.

—Vamos, vamos... —protestó Clitheridge. Nadie escuchó lo que iba a decir a continuación, si es que él mismo lo sabía, ya que Shaw lo interrumpió.

—Nos ha hecho sentir como si hubiéramos vuelto todos al jardín de infancia. A lo mejor es donde deberíamos estar. —Miró a Dalgetty y Pascoe con más ironía que enojo. Si les guardaba algún rencor por el hecho de que el funeral de Clemency se hubiera visto interrumpido por una escena como aquella, no había rastro de ello en su expresión. Charlotte llegó a pensar que a lo mejor hasta había supuesto cierto alivio para él, pues lo había distraído de la dolorosa realidad. Pero ahora parecía no darse cuenta de que podía prolongar la tensión y empeorar las cosas.

—Creo que hace mucho que todos lo abandonamos —dijo con viveza y cogiendo a Shaw por el brazo—. ¿No le parece, doctor Shaw? A veces es divertido reñir con los compañeros, pero éste es un lugar inapropiado para ello. Debemos ser lo bastante adultos para pensar en los demás, y en nosotros mismos. Estoy segura de que estará de acuerdo conmigo. —No estaba segura en absoluto, pero no pensaba darle la oportunidad de decirlo—. En una ocasión me habló del magnífico invernadero de las señoritas Worlingham y ahora he visto los lirios que adornan la mesa. Quizá tendría la bondad de enseñármelo ahora.

—Estaré encantado —dijo con entusiasmo—. No se me ocurriría nada mejor en este momento.

Le cogió la mano y la condujo al otro extremo de la estancia. Charlotte sólo se volvió una vez y fue para ver la mirada de furia y disgusto de Lally Clitheridge, tan intensa que su recuerdo la acompañó el resto del día, aun al regresar a su casa de Bloomsbury y contarle a Pitt los acontecimientos del día y la impresión que le habían dejado.

Pitt despertó en mitad de la noche al oír los imperiosos e insistentes golpes que, a través de la confusa espesura del sueño, acertó a comprender que procedían de la puerta de la calle. Se deslizó fuera de la cama, al tiempo que notaba cómo Charlotte despertaba también sobresaltada.

—La puerta —balbuceó mientras buscaba la ropa.

Quienquiera que golpease la puerta con tal saña e insistencia requería su presencia. Se puso los pantalones y los calcetines y recordó que las botas las tenía frente a la estufa de la cocina. Bajó las escaleras de forma ruidosa y apresurada, encendió la lámpara de gas del vestíbulo y abrió la puerta principal.

El frío del húmedo aire de la noche le hizo estremecer, pero eso no era nada comparado con la lividez del rostro de Murdo, quien sostenía una linterna que proyectaba su luz amarilla sobre los adoquines del pavimento y la neblina que lo rodeaba. Junto al bordillo distinguió la oscura silueta de una calesa, cuyo caballo humeaba y cuyo cochero estaba embutido en su abrigo.

Antes de que tuviera tiempo de preguntar nada, Murdo dijo con voz temblorosa:

—¡Hay otro incendio! —Olvidó el « señor » —. Se trata de la casa de Amos Lindsay.

—¿Es grave? —preguntó Pitt, aunque intuía la respuesta.

—Pavoroso. —Murdo tenía dificultad para conservar la compostura—. Nunca había visto nada parecido... Se nota el calor a cien metros de distancia y escuecen los ojos al mirarlo. Dios mío, ¿cómo puede alguien hacer una cosa así?

—Entre —dijo Pitt con premura. El aire de la noche era frío.

Murdo vaciló.

—Tengo las botas en la cocina. —Pitt se volvió y dejó que hiciese lo que quisiera. Oyó cerrarse la puerta y a Murdo caminar torpemente de puntillas tras él.

Una vez en la cocina, encendió la luz y se sentó en la silla. Cogió las botas y se las ató bien apretadas. Murdo se acercó a la estufa. Sus ojos se pasearon por la limpia madera de los muebles y la porcelana reluciente en el aparador, y

enseguida percibió el olor de la ropa secándose en la cuerda enganchada del techo. Las facciones de su joven rostro habían perdido parte de su desesperación.

Charlotte apareció en la puerta vestida con el camisón de dormir. Se había acercado sin que sus desnudos pies hicieran ruido sobre el linóleo.

Pitt le sonrió con una mueca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a Murdo y luego a su marido.

—Un incendio.

—¿Dónde?

—En casa de Amos Lindsay. Vuelve a la cama. Vas a coger frío.

Charlotte palideció. El pelo le caía sobre los hombros, con reflejos dorados donde le daba la luz de gas.

—¿Quién estaba en la casa? —le preguntó a Murdo.

—No lo sé, señora. No estamos seguros. Estaban intentando sacar a los sirvientes, pero el calor era terrible, se te chamuscaba el pelo de... —Se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando con una mujer y que probablemente no debía decir aquellas cosas.

—¿De qué? —preguntó ella.

Él se sintió abrumado por su torpeza. Miró con expresión de culpabilidad a Pitt, que ya estaba preparado para marchar.

—Las cejas, señora —contestó Murdo.

Ella se dio cuenta de que estaba demasiado conmocionado como para decir mentiras piadosas. Pitt le dio un rápido beso en la mejilla y la cogió por los hombros.

—Vuelve a la cama. Quedarte levantada para coger un resfriado no servirá de ayuda.

—Podrás decirme al menos si... —Entonces se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo. Enviar a alguien con un mensaje sólo para disipar sus temores, o para confirmarlos, habría sido una ridícula distracción en un momento en que había cosas más urgentes que hacer, y tal vez personas heridas o afligidas a las que socorrer—. Lo siento.

Él sonrió y luego se volvió y se marchó con Murdo.

—¿Qué hay de Shaw? —preguntó mientras ambos subían a la calesa y ésta se ponía en movimiento. Era evidente que resultaba innecesario decirle al cochero adónde iban. Al cabo de unos instantes, el caballo había pasado de un trote moderado a un galope ligero, y sus cascos golpeteaban los adoquines mientras la calesa se bamboleaba, lo que les hacía ir de un lado a otro e incluso entrechocar con cierta violencia.

—No lo sé, señor, ha sido imposible saberlo. El lugar es un infierno. No lo hemos visto... No es buena señal.

—¿Y Lindsay?

—Tampoco.

—Santo Dios, ¡qué barbaridad! —exclamó Pitt entre dientes, mientras la calea se ladeaba al doblar una esquina. Las ruedas quedaron unos instantes suspendidas en el aire y aterrizaron con rudeza en los adoquines con una sacudida que le hizo temblar.

El trayecto hasta Highgate se les hizo largo y pesado y ninguno de los dos volvió a hablar. No había nada que decir, ambos estaban absortos imaginando el horno hacia el que se dirigían a toda velocidad y recordando el carbonizado cuerpo de Clemency Shaw que hacía tan poco tiempo había sido el triste resultado de un desastre similar.

El resplandor del incendio se hizo visible tan pronto doblaron en la última esquina de Kentish Town Road en dirección a Highgate Road. En Highgate Rise el caballo se detuvo y el cochero bajó de un salto y abrió la portezuela.

—¡Hasta aquí puedo llevarles!

Pitt se apeó y recibió el impacto del calor.

Se vio envuelto en la confusión que rodeaba el incendio: un fragor difuso, un aire lleno de humo y hollín, un olor acre y abrasivo. El cielo aparecía rojo en su gama más incandescente. En el aire se sucedían estallidos que lanzaban regueros de chispas a decenas de metros de altura, para caer luego en forma de lánguidas cenizas. La calle estaba congestionada por los vehículos de bomberos. Los caballos se encabritaban y relinchaban, mientras los escombros caían a su alrededor. Los hombres trataban de tranquilizarlos en medio de la confusión. Habían llevado mangueras hasta las albercas de Highgate Ponds y se veían filas de hombres con cubos que se pasaban de mano en mano, aunque lo único que hacían era tratar de proteger las casas más próximas a la de Lindsay, que ya nada podía salvar. Cuando Pitt y Murdo aún estaban en mitad de la calzada, una sección del piso superior se vino abajo, las vigas se partieron y cayeron en rápida sucesión, y una enorme llamarada se elevó a más de quince metros. La ola de calor que produjo les hizo retroceder más lejos aún, a refugiarse tras las vallas de la calle.

Uno de los caballos de un carro de bomberos lanzó un lastimero relincho cuando el extremo de un madero le cayó sobre el lomo. Al cabo de unos segundos el olor a pelaje chamuscado llenó el aire colindante. El animal brincó, desbridándose de las manos del bombero que lo sujetaba. Un compañero de éste cogió un balde de agua y se lo lanzó por el lomo.

Pitt se abalanzó sobre el caballo y lo cogió por las riendas, echó su propio peso contra el cuerpo del animal y éste se detuvo con un estremecimiento. Murdo, quien se había criado en una granja, se quitó la chaqueta, la empapó en otro balde de agua y la extendió sobre el lomo del animal.

El jefe de bomberos se dirigía hacia Pitt, con el rostro convertido en una máscara por las manchas de hollín. Sólo los ojos, enrojecidos y desesperados, afloraban a través del tizne. Tenía las cejas quemadas y se le habían inflamado

varias contusiones. Llevaba el uniforme sucio y chamuscado, casi irreconocible a causa del agua, el calor y los escombros.

—¡Tenemos a todos los sirvientes! —gritó, lo que le provocó una convulsa tos. Les hizo gestos de que le siguieran hasta donde el calor y el hedor quedaban suavizados por el frescor de la noche, y el estrépito de las paredes al derrumbarse y de la madera al estallar eran menos ensordecedores. Estaba ojeroso y apesadumbrado, no sólo por la pena, sino por su propio fracaso—. Pero no hemos podido sacar a los dos caballeros. —Era innecesario añadir que no había esperanza. Nadie podía salir vivo de aquel infierno.

Era lo que Pitt esperaba, pero oírsele decir a alguien que llevaba años sintiendo a diario la misma esperanza y luchando contra la misma fatalidad le produjo una dolorosa sensación. Sólo en aquellos momentos se daba cuenta de la atracción que Shaw había ejercido sobre él, aun suponiendo que tal vez era el asesino de Clemency. Tal vez esto último sólo lo había aceptado su cerebro, en tanto que su intuición siempre se había negado a admitirlo. En cuanto a Amos Lindsay, nunca había sentido la menor sospecha hacia él, sólo cierto interés, y hasta un brote de afecto al saber que había conocido a Nobby Gunne. Ahora sólo le quedaba un intenso dolor por tanta destrucción. La ira vendría más tarde, cuando la herida fuese menos ominosa.

Se volvió hacia Murdo y vio el infortunio y la desolación reflejados en su demudado rostro. Era demasiado joven e inexperto para arrostrar el asesinato y la repentina y violenta pérdida que acarrearía. Pitt lo cogió del brazo.

—Vamos —le dijo—. No hemos podido evitar este incendio, pero tenemos que atrapar a ese hombre antes de que vuelva a actuar. A ese hombre o esa mujer, porque aún no lo sabemos.

Murdo seguía perplejo.

—¿Qué mujer podría hacer esto? —Señaló con la mano hacia atrás, pero no se volvió.

—Las mujeres son tan susceptibles a las pasiones y el odio como los hombres. Y a la violencia, si cuentan con los medios necesarios.

—Oh, no, señor... —comenzó Murdo de forma instintiva, dispuesto a replicar a partir de sus propios recuerdos personales. Las mujeres podían tener una lengua viperina, eso sí, y el oído siempre presto a cualquier chisme; a veces eran codiciosas, sin duda, y frías; y regañonas, mandonas y criticonas, y volubles, y hasta un poco difamadoras. Pero no eran capaces de actos de una naturaleza tan detestable...

Volvió al presente y su atención se centró en Pitt, quien le hablaba.

—Algunos de los asesinatos más sórdidos a los que he debido enfrentarme fueron cometidos por mujeres, Murdo. Y a algunas de ellas llegué a comprenderlas bastante bien, cuando supe los motivos que las habían inducido a ellos, y me hicieron sentir lástima. Sabemos tan poco de este caso... No

conocemos las verdaderas pasiones que subyacen...

—Sabemos que los Worlingham poseen mucho dinero, como también el viejo Lutterworth. —Murdo se esforzaba por hacer inventario—. Sabemos... sabemos que Pascoe y Dalgetty se odian, aunque de ahí a que tenga algo que ver con la muerte de la señora Shaw... —La voz se fue apagando, mientras buscaba algo más relevante—. Sabemos que Lindsay escribía ensayos en favor de la Fabian Society, aunque esto tampoco tiene nada que ver con la señora Shaw. Pero el doctor los aplaudía.

—Resulta difícil pensar que eso pueda inspirar pasiones capaces de encender una pira funeraria como ésta —dijo Pitt con amargura—. No, Murdo. No sabemos casi nada. Pero lo averiguaremos. —Se volvió hacia el jefe de bomberos, quien daba instrucciones a sus hombres con el fin de proteger las casas de las inmediaciones.

—¿Podría suponerse que ha sido provocado de la misma forma? —gritó Pitt.
El jefe de bomberos lo miró con semblante desolado.

—Podría. Se propagó muy deprisa. Recibimos el aviso de dos personas. Una de ellas lo había visto desde la calle, por la parte principal, la que da a la ciudad. La otra lo vio desde la parte que da a Holly Village, por detrás. Por tanto ya tenemos dos puntos de inicio, pero por la rapidez con que ha prendido yo diría que había más.

—Pero antes dijo que pudieron sacar a los sirvientes. ¿Cómo? ¿Por qué no consiguieron sacar a Lindsay y Shaw? ¿Es que sólo prendieron el cuerpo principal de la casa?

—Así parece. Aunque para cuando llegamos ya se había propagado a casi todas las dependencias. Uno de nuestros hombres ha sufrido quemaduras graves y otro se ha roto una pierna al intentar sacar a los sirvientes.

—¿Y dónde están ahora los sirvientes?

—No lo sé. Había un tipo con camión de dormir y sotana que iba de un lado a otro tratando de ayudar. Con buena intención, supongo, pero sólo estorbaba. Había una mujer con él, bastante más sensata. Otra pareja se habían quedado un poco apartados, mirando, pálidos como fantasmas. La mujer lloraba, pero al menos llevaban mantas... Y ahora si me lo permite, ya contestaré a sus preguntas mañana...

—¿Han podido salvar el caballo? —Pitt no supo por qué había preguntado aquello, como no fuera por algún lejano recuerdo de juventud relacionado con animales aterrorizados en algún incendio conservado en su memoria.

—¿El caballo? —El jefe de bomberos arrugó la frente—. ¿Qué caballo?

—El caballo del doctor... el que tiraba de su coche.

—¡Charlie! —llamó el jefe de bomberos a un hombre con el uniforme mugriento y empapado de agua que cojeaba a unos metros de donde estaban—. ¡Charlie!

—¿Señor? —Charlie se detuvo y se volvió hacia ellos. Tenía las cejas quemadas y los ojos enrojecidos y exhaustos.

—Tú que has estado en la parte de atrás, ¿habéis salvado el caballo?

—No había ningún caballo, señor. Miré en el establo expresamente. No puedo soportar ver morir abrasado un buen animal.

—Tenía que haberlo —insistió Pitt—. El doctor Shaw tenía un coche particular para las llamadas urgentes...

—Tampoco había ningún coche, señor. Cuando llegué el establo aún estaba en pie. No había coche ni caballo. O lo guardaban en otro sitio, o estaban fuera.

¿Fuera? ¿Sería posible que Shaw no estuviera en la casa, que una vez más hubiera escapado al fuego? ¿Y que en toda aquella pira espantosa sólo hubiera muerto Amos Lindsay?

¿Quién podía saberlo en aquellos momentos? ¿A quién podía preguntar? Miró alrededor en medio de la roja noche, en la que se oían aún el restallido de las chispas y el fragor de las llamas. En el extremo de la confusión de vehículos, caballos, baldes de agua, escaleras y hombres agotados y maltrechos pudo ver las dos negras figuras de Josiah y Prudence Hatch, envueltas en una misma aislada e íntima desolación. La figura de Clitheridge, sotana al viento, caminaba a grandes zancadas de un lado para otro, con el brazo extendido y una redoma en la mano. Lally estaba arrojando con una manta a una muchachita, una criada de la cocina, presa de tan violentas convulsiones que Pitt podía apreciarlas a través del humo y del tumulto. El criado de Lindsay con el pelo reluciente permanecía de pie, solo, estupefacto, igual que si hubiera estado dormido en posición vertical.

Pitt se dirigió hacia aquel extremo, cuando oyó el repiqueteo de unos cascos de caballo y miró calle arriba, hacia el centro de Highgate. No podía ser otro vehículo de bomberos, ya no tenía ningún objeto, y además no había oído el sonido de las campanas propio de esos carruajes.

Era un coche ligero, del que tiraba un caballo casi al galope y cuyas dos ruedas volaban temerarias sobre los adoquines. Pitt supo mucho antes de verlo que se trataba de Shaw y sintió un intenso alivio, al que siguieron nuevos pensamientos siniestros. Si Shaw estaba vivo, volvía a ser posible que él hubiera provocado los dos incendios, el primero para matar a Clemency y éste para acabar con Lindsay. ¿Por qué Lindsay? Quizá en los pocos días que había permanecido en casa de Lindsay, Shaw se había traicionado al pronunciar una palabra, una expresión imprudente, o incluso al guardar silencio en un momento en que debía haber hablado. Era un pensamiento infame, pero no podía descartarlo.

—¡Pitt! —Shaw casi se cae del estribo del coche al bajar, y ni siquiera se ocupó de atar las riendas, por lo que el caballo quedó suelto. Cogió a Pitt por el brazo, con tal impulso que casi le hizo perder el equilibrio—. ¡Pitt! Por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde está Amos? ¿Y el personal? —Tenía el rostro

demacrado por el horror.

Pitt lo sujetó para tratar de calmarle.

—Los sirvientes están bien, pero mucho me temo que a Lindsay no han podido salvarle. Lo siento.

—¡No! ¡Oh, no! —prorrumpió Shaw en un grito desgarrado, antes de abalanzarse hacia las llamas tropezando con cuantos encontraba a su paso y apartándoles.

Tras unos segundos de estupefacción, Pitt corrió tras él. En su carrera saltó por encima de una manguera y empujó a un bombero. Alcanzó a Shaw tan cerca del edificio que el calor era insoportable y el fragor de las llamas parecía engullirles. Lo derribó sin contemplaciones.

—¡No puede hacer nada! —gritó Pitt por encima del estruendo—. ¡Lo único que conseguirá es morir usted también!

Shaw tosió y se debatió por incorporarse.

—¡Amos está ahí dentro! —aulló—. Tengo que sacarle... —Y de pronto se quedó mirando las llamas como absorto. Parecía haberse dado cuenta por fin de que su esfuerzo era inútil, y cuando Pitt tiró de él para ponerle en pie, no opuso resistencia.

—Vuelva, o se quemará usted también —le dijo Pitt.

—¿Cómo? —Shaw seguía con la mirada fija en la violencia de las llamas. Estaban tan cerca que la piel le escocía y la incandescencia del fuego lo obligaba a cerrar los ojos, aunque él sólo parecía vagamente consciente de ello.

—¡Vuelva! —gritó Pitt cuando cayó una viga en medio de una explosión de chispas. Cogió a Shaw por los brazos y tiró de él como si fuese un animal asustado. Por un momento temió que Shaw fuera a desplomarse, pero al final le hizo caso, aunque tambaleándose.

Pitt intentó buscar una palabra de consuelo, pero ¿qué podía decir? Amos Lindsay, el único hombre que parecía haber entendido a Shaw, el amigo que había ido más allá de las palabras para llegar a la mente y sus intenciones, estaba muerto. Era la segunda terrible pérdida de Shaw en menos de dos semanas. Cualquier cosa que Pitt dijera sería vana y ofensiva y sólo demostraría incapacidad para comprender el dolor auténtico. Debía guardar silencio, pero eso le provocaba una sensación de impotencia e inutilidad.

Clitheridge se acercaba con indecisión hacia ellos, con una expresión de devoción y terror en la mirada. Resultaba evidente que no tenía idea de qué decir o hacer, salvo que estaba decidido a no retroceder ante su deber. En el último momento lo salvaron las circunstancias. El caballo del coche de Shaw se encabritó al caer junto a él unos escombros en llamas, que le hicieron retroceder nervioso.

Aquello al menos era algo que Clitheridge podía entender. Dejó a Shaw, por quien no podía hacer nada y cuya pena lo horrorizaba y azoraba, y se acercó al

caballo, al cual agarró por las riendas.

—¡So! Tranquila... tranquila... Bien, bonita. ¡Aguanta! —Y por una vez, milagrosamente, tuvo éxito. El animal se quedó quieto, estremeciéndose y pifando—. Tranquila —repitió aliviado. Acto seguido se lo llevó por la calle, lejos del fragor y el calor de las llamas y lejos también de Shaw.

—Los sirvientes... —Shaw habló por fin. Se volvió y se tambaleó un poco—. ¿Qué ha pasado con los sirvientes? ¿Dónde están? ¿Están heridos?

—No de gravedad. Se pondrán bien.

Clitheridge seguía ocupado con la yegua y el coche, pero Oliphant, el coadjutor, con el rostro resplandeciente por el fulgor de las llamas, se acercaba hacia ellos con su desgarrada figura embutida en un abrigo holgado. Se detuvo delante de los dos hombres y habló con voz serena.

—Doctor Shaw, me hospedo en casa de la señora Turner, calle arriba, en West Hill. Tiene algunas habitaciones disponibles y sería bienvenido si quisiera alojarse allí. Aquí no hay nada que hacer y yo creo que podría tomar una taza de té bien cargada, lavarse con agua caliente y dormir un poco. Eso le ayudaría a afrontar la jornada de mañana.

Shaw abrió la boca para rehusar, pero se dio cuenta de que Oliphant no se había contentado con decirle unas fáciles palabras de consuelo. Le había ofrecido ayuda práctica y le había recordado que, aparte del dolor y la conmoción, el día siguiente estaría cargado de deberes y cosas que hacer.

—Yo... —Hizo un esfuerzo por descender a los aspectos prácticos—. No tengo nada... Lo he perdido todo... otra vez...

—Entiendo —convino Oliphant—. Tengo un camisón de dormir que puedo prestarle con mucho gusto, y navaja de afeitar, jabón, ropa limpia... Todo lo que tengo es suyo.

Shaw trató de aferrarse al momento, como si algo pudiera aún recuperarse, como si quedara un horror por manifestarse que sólo se materializaría si se iba. Era como si aceptarlo lo convirtiera en verdadero. Pitt conocía aquel sentimiento irracional pero tan fuerte que lo mantenía a uno en la escena de la tragedia, pues abandonarla era reconocerla y permitir que fuera real.

—Los sirvientes —repitió Shaw—. ¿Y los sirvientes? ¿Dónde van a dormir? Tengo que... —Se volvió, frenético por encontrar algo en que ayudar, pero no vio nada.

Oliphant dijo:

—Mary y la señora Wiggins irán a casa del señor y la señora Hatch, mientras que Jones se quedará con el señor Clitheridge.

Shaw lo miró fijamente. Pasaron dos bomberos que arrastraban a un compañero exhausto.

—Por la mañana empezaremos a buscar otras casas donde puedan quedarse. —Oliphant extendió la mano—. Hay mucha gente que necesita personas buenas

y bien preparadas. No se preocupe por eso. Están asustados, pero no heridos. Necesitan dormir y la seguridad de que no se verán en la calle.

Shaw lo miraba incrédulo.

—Vamos —insistió Oliphant—. Aquí no puede hacer nada...

—¡Pero no puedo irme así como así! —protestó Shaw—. Mi amigo está en ese... —Contempló con impotencia las llamas, que ahora redoblaban su intensidad al hundirse la última estructura interior de madera, junto con la que se vino abajo el resto de tabiques. Buscaba palabras que pudieran expresar el tumulto de emociones que sentía, pero no las encontró. Había lágrimas en su rostro tiznado. Apretaba las manos con fuerza y se agitaba, como si aún tuviera deseos de actuar con arrebato pero no supiera en qué dirección ni de qué modo.

—Sí, puede marcharse —insistió Oliphant—. Ahí ya no queda nadie, pero en cambio mañana habrá gente que necesitará de usted... Gente enferma y asustada que confía en que usted esté con ellos y utilice su conocimiento para ayudarles.

Shaw lo miraba sin pestañear, mientras el horror de su rostro se iba tornando poco a poco en confusión. Hasta que al final, sin decir nada, lo siguió obediente con los hombros caídos y arrastrando los pies, dolorido y fatigado.

Pitt lo vio irse y sintió una atroz mezcla de emociones: piedad por la aflicción de Shaw y el dolor paralizante que sentía, rabia ante aquella espantosa sinrazón y una especie de ira por no saber a quién culpar por todo aquello, ni a quién proteger, ni a quién acosar hasta ver castigado. Era como una opresión en el pecho que buscaba romperse por algún lado en forma de una acción simple y definitiva, que sin embargo no existía.

El edificio estalló en chispas una vez más cuando se vino abajo otra pared. Los bomberos se gritaban unos a otros.

Por fin, los dejó y desanduvo el camino en busca de Murdo para comenzar la desoladora tarea de interrogar a los vecinos con el fin de averiguar si alguno de ellos había visto u oído algo antes del incendio: alguien que hubiera merodeado la casa de Lindsay, una luz, un movimiento...

Murdo estaba desconcertado por la confusión de sus propios sentimientos con respecto al cometido de acompañar a Pitt a casa de los Lutterworth. Una vez apartado del calor de las llamas, notó escozor en la cara. Los ojos le picaban y le lloraban a causa del humo, y en la mano se le estaba formando una ampolla grande y dolorosa en el punto donde le había alcanzado una carbonilla encendida. Pero el cuerpo lo sentía aterido. Embutido en el abrigo que le había conseguido Oliphant, temblaba y se encogía de frío.

Pensó en la oscura y enorme casa de los Lutterworth, en el esplendor de sus interiores, en las alfombras, los cuadros, las cortinas de terciopelo recogidas con cintas y desplegadas por el suelo como colas de vestidos de gala. Sólo había visto un lujo semejante en la otra casa, la de los Worlingham, pero ésta era mucho

más vieja y algunos objetos se veían gastados por el uso. La casa de los Lutterworth era nueva.

Pero mucho más vivo en su mente, hasta el punto de hacerle apretar las manos antes de darse cuenta de la ampolla, estaba el recuerdo de Flora Lutterworth con sus grandes ojos oscuros, tan directos, el orgulloso porte de su cabeza, con la barbilla alta. Se había fijado de forma especial en sus manos. Siempre se fijaba en las manos de la gente, y las de aquella muchacha eran las más bonitas que había visto nunca: esbeltas, de dedos finos y uñas perfectas. No eran carnosas y torpes como las de tantas señoritas distinguidas... Como las de las señoritas Worlingham, por ejemplo.

Cuanto más pensaba en Flora, más ligeros se movían sus pies sobre el pavimento y más se le encogía el estómago ante la perspectiva de que Pitt llamara a la puerta principal, cosa que haría hasta conseguir perturbar el descanso de la casa entera y hasta hacer que acudiera el criado, furioso y rebosante de desprecio, y así poder pisar sucios y mojados la alfombra limpia del recibidor, hasta que el propio Lutterworth se levantara y bajase a verles. Entonces Pitt le haría un montón de preguntas impertinentes que al final no tendrían ninguna utilidad y que en cualquier caso podrían haber esperado al día siguiente.

Estaban ya en el descansillo de la entrada cuando se decidió por fin a hablar.

—¿Y no sería mejor esperar hasta mañana? —dijo sin aliento.

Seguía tratando a Pitt con recelo. A veces sentía admiración hacia él, pero otras se dejaba llevar por antiguas lealtades, provincianas y profundamente enraizadas, y comprendía el resentimiento de sus colegas y su sensación de haber sido minusvalorados e ignorados. Pero la mayoría de las veces se entregaba ciegamente a sus ansias de solucionar el caso y no pensaba en nada más que en ayudar y contribuir a la investigación. Estaba empezando a valorar la paciencia de Pitt y sus dotes de observación de las personas. Algunas de sus conclusiones habían escapado a Murdo. No había tenido la menor noción de cómo se había enterado Pitt de las disputas entre Pascoe y Dalgetty... hasta que el inspector le había contado cómo la señora Pitt había asistido a la cena del funeral y le había transmitido a él todas sus impresiones. En aquel momento Pitt había dejado de desagradar a Murdo. Era imposible sentir antipatía por un hombre tan sincero a la hora de explicar sus deducciones. Le habría sido fácil darse aires de superioridad. Murdo conocía a unos cuantos que lo habrían hecho.

La respuesta de Pitt era innecesaria, por dos motivos: porque Murdo sabía perfectamente cuál iba a ser y porque la puerta principal se abrió nada más llamar. Alfred Lutterworth en persona apareció en el vestíbulo, vestido apresuradamente. Sólo el cuello sin corbata y el abrigo y los pantalones mal conjuntados delataban que estaba levantado de antes. Quizá había sido uno de los muchos que habían formado la multitud arremolinada alrededor del incendio:

ansiosos, curiosos, preocupados, algunos para ofrecer ayuda y otros para ver el trabajo de los bomberos hasta su aciago desenlace.

—La casa de Lindsay —dijo, más como afirmación que como pregunta—. Pobre diablo. Era un buen hombre. ¿Y Shaw? ¿Le han cazado esta vez?

—¿Cree usted que fue por Shaw, señor? —Pitt dio un paso hacia el interior de la casa y Murdo le siguió nervioso.

Lutterworth cerró la puerta tras ellos.

—¿Cree que soy tonto? ¿Por quién si no? Primero su casa, luego la de Lindsay. No se queden ahí. Entren, aunque no tengo nada que decirles. —El acento del norte se le marcaba por la emoción—. Si hubiera visto a alguien, no habría necesitado venir a verme. Yo habría ido a buscarle.

Pitt y Murdo le siguieron. La sala de estar estaba fría, el fuego apagado, pero Flora permanecía junto al hogar. También estaba vestida de calle. Llevaba un vestido gris de invierno y tenía el semblante pálido y el pelo recogido con un pañuelo de seda. Murdo se sintió muy incómodo, no sabía qué hacer con los pies ni dónde meter las manos.

—Buenas noches, inspector. —Miró a Pitt con cortesía y luego a Murdo con lo que a éste se le antojó una sonrisa—. Buenas noches, agente Murdo.

Le dio un vuelco el corazón. Se acordaba de su nombre. Le había sonreído, ¿verdad?

—Buenas noches, señorita Lutterworth. —Su voz, ronca, acabó en un agudo.

—¿Podemos ayudarles, inspector? —Ella se volvió hacia Pitt de nuevo—. ¿Alguien necesita... cobijio? —Sus ojos le rogaban que contestara a la pregunta que ella no había formulado.

Murdo tomó aire para responder, pero Pitt se le adelantó.

—Su padre piensa que el incendio fue provocado de manera intencionada, con el propósito de matar al doctor Shaw. —Pitt trató de observar su reacción.

La joven pareció sofocarse y Murdo, de haberse atrevido, de buena gana se habría precipitado para sostenerla por si se desmayaba. En aquel instante odió a Pitt por su brutalidad, y a Lutterworth por no haber protegido a su hija cuando era su deber.

Ella se mordió el labio para que dejara de temblarle y los ojos se le humedecieron. Se volvió de espaldas para disimularlo.

—No llores por él, hija —dijo Lutterworth—. No te hacía ningún bien, ni a su pobre mujer tampoco. Era un hombre codicioso que no tenía escrúpulos. Guárdate las lágrimas para el pobre Amos Lindsay. Él sí era un buen hombre, a su manera. Un poco brusco, pero hay cosas peores. No te lo tomes así. —Se volvió hacia Pitt—. Debería medir mejor sus palabras y elegir mejor el momento. ¡Es usted bastante torpe!

Murdo se moría de indecisión. ¿Debía ofrecerle a la chica su pañuelo? Por la mañana era un pañuelo limpio, pero ahora debía desprender un fuerte olor a

humo. Además, ¿no le parecería a ella un gesto impertinente, un exceso de familiaridad?

A la joven le temblaban los hombros y sollozaba silenciosamente. Ofrecía una imagen tan vulnerable como la de una niña.

Murdo no pudo soportarlo. Se sacó el pañuelo del bolsillo, tirando al suelo un manojo de llaves y un lápiz, y avanzó para dárselo. Había dejado de importarle lo que pensara Pitt, o qué estrategia detectivesca estuviera utilizando. Y sintió odio también hacia Shaw —lo que era una emoción nueva para él— por el hecho de que Flora llorara por él con tal compunción.

—No ha muerto, señorita —dijo torpemente—. Había salido a atender una llamada y ahora está muy alterado, pero ni siquiera está lastimado. El señor Oliphant, el coadjutor, se lo ha llevado para que se hospede con él esta noche. Por favor, no llore de ese modo...

Lutterworth contemplaba la escena con aire sombrío.

—Usted dijo que había muerto. —Se volvió hacia Pitt.

—No, señor Lutterworth. Usted lo dio por sobreentendido. Lamento tener que confirmarle que el señor Lindsay ha muerto. Pero el doctor Shaw está sano y salvo.

—¿Ha escapado otra vez? —Lutterworth miró a Flora con ceño y la boca tensa—. Apuesto a que ese granuja ha encendido él mismo la mecha.

Flora dio un respingo, con la cara surcada por las lágrimas y el pañuelo de Murdo estrujado entre los dedos. Sus ojos, desorbitados, miraban a su padre con furia.

—¿Cómo puedes decir algo tan terrible! ¡No tienes derecho a pensarlo siquiera! ¡Eres un insensato!

—Oh, claro, y tú sabes mucho sobre la sensatez, ¿verdad, chiquilla? —replicó Lutterworth. Tenía la voz alterada por la emoción—. Es muy sensato entrar y salir a todas horas a escondidas para ir a verle, pensando que yo no me entero. Por el amor de Dios, ¡pero si lo sabe medio Highgate! Y la gente habla de ello a la hora del té, como si fueras una vulgar fulana...

Murdo soltó una exclamación sofocada, como si la palabra le hubiera golpeado en el estómago. Habría encajado mejor una paliza de un ladrón o de un borracho antes que oír aquel término referido a Flora. De habérselo dicho otro hombre, lo habría derribado de un puñetazo. Pero no podía hacer nada.

—¡Y lo peor es que no sería capaz de llamarles mentirosos! —Lutterworth se consumía de impotencia. Cualquiera salvo Murdo habría sentido lástima de él—. Santo Dios, si tu madre viviese no dejaría de llorar sólo de verte. Es la primera vez desde que murió que no lamento que no esté aquí conmigo, la primera vez...

Flora lo miró y se irguió aún más. Tomó aire para defenderse, con las mejillas encarnadas y los ojos chispeantes. Pero de pronto su semblante adquirió una expresión de desolación y guardó silencio.

—¿No dices nada? —bramó él—. ¿No tienes una excusa siquiera? No... Qué hombre tan estupendo. Si yo lo conociese como tú, ¿verdad?

—Eres injusto conmigo, papá —dijo ella muy rígida—. Y también contigo. Siento que pienses tan mal de mí, pero puedes creer lo que quieras.

—No te hagas la engreída ni la dura conmigo, muchachita. —El rostro de Lutterworth se debatía entre la ira y el dolor. Si ella lo hubiera observado con mayor detenimiento, habría podido apreciar el orgullo que sentía él al mirarla, y las esperanzas frustradas. Pero las palabras que utilizaba no eran las más afortunadas—. Soy tu padre, no un tonto que va detrás de ti. No eres tan mayor como para que no pueda mandarte a tu habitación, si es preciso. Y pienso aceptar al primero que venga a pedir tu mano, aunque a ti no te agrade. ¿Me oyes, chiquilla?

Ella temblaba.

—Estoy segura de que todo el mundo en esta casa te está oyendo, papá, incluida la criada que duerme en el ático... —Lutterworth enrojeció de ira—. Pero si alguien me hace el honor de cortejarme —continuó antes de que él pudiera replicar—, te aseguro que pediré tu aprobación. Pero si le quiero, me casaré con él te guste o no. —Se volvió hacia Murdo y le dio las gracias por haberle informado de que el doctor Shaw estaba sano y salvo. Luego, sin soltar el pañuelo, salió de la habitación, y todos oyeron sus pasos al cruzar el vestíbulo y subir por la escalera.

Lutterworth estaba demasiado abrumado y confuso como para pedirles disculpas o buscar una excusa por aquella escena.

—No puedo decirles nada que no sepan por ustedes mismos —dijo con brusquedad—. Al oír la alarma salí a la calle a ver qué pasaba, lo mismo que la mitad del vecindario, pero antes de eso no vi ni oí nada. Ahora me voy a la cama, así que será mejor que sigan con sus asuntos. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —respondieron los policías, antes de dirigirse a la puerta.

No fue aquélla la única disputa que presenciaron a lo largo de la noche.

Pascoe estaba demasiado afligido para recibirles y su sirviente no quiso molestarlo. Así que se dirigieron en silencio, y con pocas esperanzas de averiguar nada útil, a casa de los Hatch para interrogar a la doncella de Lindsay, a la que encontraron envuelta en varias mantas y presa de tan violentas convulsiones que era incapaz de sostener una taza. No pudo decirles nada salvo que se había despertado al oír las campanillas de los bomberos y que se había sentido tan aterrorizada que no había sabido qué hacer. Un bombero había subido hasta la ventana y la había sacado de la habitación, llevado por el tejado de la casa y hecho descender por una escalera hasta el jardín, donde la habían rociado con

una manguera, de forma accidental, por supuesto.

Al llegar a aquel punto los dientes le castañeteaban y Pitt tuvo que aceptar que era difícil que aquella muchacha supiera nada de utilidad, y que en cualquier caso estaba lejos de ser capaz de decírselo. Ni siquiera la posibilidad de obtener algún indicio sobre quién había quemado dos casas hasta los cimientos, con sus ocupantes dentro, lo espoleó a insistir.

Una vez se la llevaron a la cama, Pitt se volvió hacia Josiah Hatch, que estaba ojeroso y con la mirada ausente a punto de ensimismarse. Tal vez el verse obligado a responder a preguntas sobre hechos concretos no supusiera la tortura que pudiera parecer en principio. Ello lo sacaría del azoramiento ante tanta destrucción y, a juzgar por el tic de los ojos y la boca, del miedo a la maldad que de forma tan palpable les rodeaba.

—¿A qué hora se fue a dormir esta noche, señor Hatch?

—¿Eh? —Hatch volvió al presente con dificultad—. Oh... tarde... No miré el reloj. Estuve reflexionando acerca de algo que leí.

—Te oí subir las escaleras hacia las dos menos cuarto —intervino Prudence con tiento, mirando a su marido y luego a Pitt.

Aquél volvió hacia ella un rostro inexpresivo.

—¿Te desperté? Lo siento, era lo último que pretendía.

—¡Oh, no, querido! Estaba despierta porque había tenido que levantarme por uno de los niños. Elizabeth tuvo una pesadilla. Aún no me había vuelto a dormir, nada más.

—¿Está bien ahora?

El rostro de Prudence se distendió en una imperceptible sonrisa.

—Claro que sí. Sólo fue un mal sueño. A los niños les sucede bastante a menudo. Lo único que necesitaba era que la tranquilizaran un poco.

—¿Y no podía haberlo hecho uno de los chicos más mayores sin tener que levantarte tú? —Hatch frunció el entrecejo, como si considerara un asunto muy importante—. ¡Nan tiene quince años! Dentro de pocos años podría ser madre ella misma.

—Hay un abismo entre tener quince años y tener veinte, Josiah. Yo me acuerdo de cuando tenía quince años. —La imperceptible sonrisa volvió a su rostro, dulce y triste—. No sabía nada y creía saberlo todo. Había aspectos de la vida, mundos enteros de experiencia, de los que no tenía la más remota noción.

Pitt se preguntó cuáles serían en concreto aquellas experiencias cuya ignorancia reconocía Prudence. Tal vez se refería al matrimonio, a la responsabilidad una vez enfriada la pasión, a la obediencia, y quizá al hecho de tener hijos... Podía tratarse de cosas mundanas, sin relación con el hogar, de tragedias que quizá le hubiera tocado presenciar e incluso participar.

Hatch no parecía saber a qué se refería. Arrugó la frente en un gesto de incompreensión y se volvió de nuevo hacia Pitt.

—No vi nada relevante. —Contestó a la pregunta antes de que se la formularan—. Estaba en mi estudio leyendo un texto de san Agustín. —Se le tensaron los músculos de la mandíbula y le embargó algún tipo de ensoñación—. Las palabras de los hombres que han buscado a Dios en otras épocas constituyen una valiosa guía para nosotros... y un gran consuelo. En el mundo siempre ha existido la maldad, y existirá en tanto la débil alma del hombre siga estando tan acosada por las tentaciones. —Volvió a mirar a Pitt—. Pero me temo que no puedo servirle de ayuda. Mi mente y mis sentidos estaban absortos en la contemplación y el estudio.

—Qué terrible —dijo Prudence a nadie en particular— que estuvieras despierto en tu estudio leyendo acerca del conflicto entre el bien el mal. —Se estremeció y se rodeó con los brazos—. Y que a sólo unos cientos de metros de aquí hubiera alguien provocando un incendio que iba a matar al pobre señor Lindsay... y que sólo por un golpe de suerte no ha matado también al pobre Stephen.

—En Highgate hay fuerzas del mal muy poderosas. —Se quedó de nuevo con la mirada fija, como si pudiera ver el diseño de las mismas en el espacio entre la maceta con los crisantemos dorados y el dechado bordado colgado en la pared con las palabras del salmo XXIII—. La iniquidad se ha enseñoreado y ha sido invitada a morar entre nosotros —añadió.

—¿Usted sabe quién la ha invitado, señor Hatch? —Era sin duda una pregunta fútil, pero Pitt se sintió impulsado a hacerla. Murdo, tras él, silencioso hasta el momento, comenzó a balancearse incómodo.

Hatch miró sorprendido alrededor.

—Dios le perdone y le dé la paz, pero Lindsay lo había hecho. Difundió turbias ideas acerca de la revolución y la anarquía, trató de subvertir el orden del mundo. Vaticinó el advenimiento de no sé qué nueva sociedad en la cual quedaría suprimida la propiedad privada y en la que a los hombres no se les recompensará ya por sus méritos y esfuerzos, sino que se les dará una igual retribución. Ello acabaría con la seguridad en uno mismo, la diligencia, la industriiosidad y el sentido de la responsabilidad. En una palabra, con todas las virtudes que han engrandecido el Imperio y han hecho de nuestra nación la envidia de todo el orbe cristiano. —Hizo una mueca de ira y al mismo tiempo de dolor—. Y John Dalgetty publicó tales ideas, para deshonra suya, pero no es más que un pobre loco lanzado a una persecución perpetua de lo que él considera justicia y de una especie de libertad de espíritu que se ha convertido en lo más importante para él, hasta el punto de consumirle el sano juicio. Y en su frenesí ha engañado a muchos.

Guardó silencio un momento y miró a Pitt.

—El pobre Pascoe ha hecho lo imposible por disuadirle, y luego ha intentado frenarle a través de la opinión pública e incluso de la ley. Pero él no es más que

un grano de arena contra la marea de curiosidad y desobediencia que domina a la humanidad, así como la pasión por lo nuevo... Siempre en busca de novedad. —Se le notaba el cuerpo agarrotado por la tensión—. ¡Novedades al precio que sea! Nuevas ciencias, un nuevo orden social, un arte nuevo... somos insaciables. En el mismo minuto en que encontramos una cosa, ya estamos deseando dejarla a un lado y buscar otra nueva. Rendimos culto a la libertad como si fuera un bien infinito. Pero nadie puede escapar a la moralidad... El gran engaño de esta concepción es pensar que uno es libre de las consecuencias de los propios actos. —Agitó la mano—. Eso es lo que esconde todo ese loco anhelo por lo nuevo y por la irresponsabilidad. Desde el comienzo de los tiempos somos una especie que ansia el conocimiento prohibido, dispuesta siempre a comer el fruto del pecado y la muerte. Dios ordenó a nuestros primeros padres que se abstuvieran, pero no lo hicieron. ¿Qué puede hacer el pobre Quinton Pascoe?

Su rostro se tensó en una dolorosa expresión de derrota.

—Y Stephen, en su arrogancia, ha dado su apoyo a Dalgetty y se burla de Pascoe y sus intentos por protegernos de las crudas expresiones de ideas que, en el mejor de los casos, no pueden hacer otra cosa que herir o asustar a las personas... y en el peor de los casos, depravarlas. Burlarse de la verdad, de todas las aspiraciones pasadas del hombre por el bien más alto, es una de las más terribles armas del Maligno. Y, Dios le asista, Stephen se ha mostrado siempre más que dispuesto a servirse de ella.

—Josiah, creo que estás siendo demasiado duro —le reprochó Prudence—. Sé que a veces Stephen habla de forma poco sensata, pero no hay crueldad en sus palabras...

Se volvió hacia ella con gesto severo.

—Conoces muy mal a ese hombre, querida. Sólo ves su lado más favorable. Eso te honra, y yo no pretendo que sea de otro modo, pero debes escuchar un consejo: le he oído decir cosas que yo jamás repetiré delante de ti, cosas tan crueles como degradantes. Siente un gran desprecio por algunas de las virtudes que tú más admiras.

—Oh, Josiah, ¿estás seguro? Quizá le has malinterpretado. A veces se complace en un sentido del humor bastante desafortunado, pero...

—¡Nada de eso! —exclamó categórico—. Soy perfectamente capaz de discernir cuándo intenta ser divertido y cuándo piensa de verdad lo que dice, por mucha frivolidad con que lo encubra. La esencia de la burla, Prudence, es hacer que las buenas personas se rían de lo que, de otro modo, se habrían tomado en serio y habrían amado: hacer que la pureza moral, el trabajo, la esperanza y la fe en los demás les parezcan cosas ridículas, cosas dignas de ser tomadas a broma y de las que uno puede reírse.

Prudence abrió la boca para refutar a su esposo, pero debió venirle a la mente alguna otra circunstancia, algún hecho hasta aquel momento secundario

que le hizo ruborizarse y bajar la vista. Pitt sintió su turbación con tanta intensidad como si ella le hubiera tocado, pero no tenía la menor idea de su causa. La mujer deseaba defender a Shaw, pero ¿por qué? ¿Por afecto? ¿Por mera compasión al creer su sufrimiento sincero? ¿O por algún otro motivo? Y ¿qué la había refrenado?

—Lamento que no podamos ayudarles —dijo Hatch, y su voz no podía disimular el agotamiento ni sus ojos la conmoción vivida. Estaba a punto de desmoronarse. Eran casi las cuatro de la mañana.

Pitt se rindió.

—Gracias por su atención y amabilidad. No le entretendremos más. Buenas noches, señor. Señora Hatch.

Fuera hacía una noche oscura y el viento silbaba en la negrura y levantaba destellos incandescentes de las ruinas de la casa de Amos Lindsay. La calle aún estaba llena de vehículos antiincendios y los bomberos paseaban los caballos arriba y abajo para que no cogieran frío.

—Vuélvase a casa —le dijo Pitt a Murdo; sus huellas quedaban marcadas en el hielo del pavimento—. Vaya a dormir un poco. Nos veremos a las diez en la comisaría.

—Sí, señor. ¿Piensa que pudo hacerlo el propio Shaw, señor? ¿Para encubrir el asesinato de su mujer?

Pitt miró el semblante chamuscado y desolado de Murdo. Sabía lo que estaba pensando.

—¿Por Flora Lutterworth? Es posible. Es una joven muy guapa y algún día tendrá mucho dinero. Pero dudo que Flora tenga nada que ver con los incendios. Ahora vaya a casa a dormir... y cúrese esa mano. Si esa ampolla le revienta, sabe Dios qué infección puede pillar. Buenas noches, Murdo.

—Buenas noches, señor. —Murdo se fue a toda prisa por la carretera, en dirección a Highgate.

Pitt tardó casi media hora en encontrar un coche de alquiler. Y al final lo consiguió sólo porque un noctámbulo se había negado a pagar el trayecto y el cochero estaba fuera del carruaje gritándole. Refunfuñó y exigió que Pitt le abonara un plus, pero como Bloomsbury le iba más o menos de camino, sopesó cansancio frente a beneficio y acabó por ceder a este último.

Charlotte bajó presurosa por las escaleras casi sin dar tiempo a que Pitt cerrara la puerta, con una mantilla sobre los hombros y sin zapatillas. Se le quedó mirando, en espera de una respuesta.

—Amos Lindsay ha muerto —dijo él mientras se quitaba las botas y movía los congelados dedos dentro de los calcetines, que tendría que poner a secar en la cocina—. Shaw no estaba, otra vez le habían llamado para una urgencia. Volvió

al poco de que llegáramos nosotros. Los sirvientes están bien.

Ella permaneció vacilante mientras asimilaba la noticia. Luego acabó de bajar los últimos escalones y le rodeó el cuello con los brazos, apoyando la cabeza en su hombro. No había necesidad de hablar en aquellos momentos. Sólo podía pensar en el alivio que sentía, y en el frío que tenía Pitt, y lo sucio y cansado que estaba. Quería consolarlo y aliviarlo del horror, hacer que entrara otra vez en calor y que durmiera.

—La cama está caliente —dijo por fin.

—Estoy lleno de hollín y apesto a humo —dijo él acariciándole el cabello.

—Ya lavaré las sábanas —arguyó ella sin moverse.

—Tendrás que dejarlas mucho rato en remojo.

—Ya lo sé. ¿A qué hora tienes que volver?

—A las diez.

—Entonces no te quedas aquí temblando de frío. —Se apartó y lo cogió de la mano.

Él la siguió en silencio al piso de arriba. En cuanto se hubo despojado de la ropa cayó con una sensación de gratitud en las cálidas sábanas y acercó a Charlotte a su lado. Al cabo de unos minutos se había dormido.

Pitt durmió hasta tarde y cuando despertó Charlotte ya se había levantado. Se vistió a toda prisa y bajó en busca de agua caliente para afeitarse en cinco minutos y compartir la mesa del desayuno con sus hijos. Aquél era un raro placer, ya que casi siempre él se había ido para cuando ellos desayunaban.

—Buenos días, Jemima —dijo con afectado formalismo—. Buenos días, Daniel.

—Buenos días, papá —contestaron ellos mientras él se sentaba.

Daniel tenía una cara dulce, con rasgos aún poco definidos. Sus dientes estaban bien alineados y formados. Tenía los oscuros rizos de Pitt, a diferencia de Jemima, dos años mayor, que tenía el mismo color castaño rojizo de su madre, aunque se tenía que coger el pelo con trapos toda la noche si quería llevarlo rizado.

—Cómete los cereales —le ordenó Jemima mientras ella se llevaba una cucharada a la boca. Le gustaba meterse en las cosas de su hermano, mandarle, pero a la vez era sobreprotectora con él. Y rara vez dejaba de hablar—. ¡Te enfriarás en el colegio si no comes!

Pitt disimuló una sonrisa, preguntándose de dónde habría sacado aquella idea.

Daniel obedeció. En sus cuatro años de vida había aprendido que, a la larga, obedecer era más fácil que discutir. Además, su carácter no era pendenciero ni intransigente, salvo en asuntos de importancia, como a quién le habían puesto más pudín, o que el coche de bomberos de juguete era suyo y no de ella, y que como él era el chico podría salir a pasear fuera. Y el aro también era suyo, y el palo para hacerlo rodar...

Ella estaba de acuerdo con la mayor parte de esas cosas, salvo respecto a salir fuera de casa: ella era mayor, y más alta, así que era lógico que fuera ella la que tuviera permiso.

—¿Estás trabajando en un caso muy importante, papá? —preguntó Jemima con los ojos muy abiertos. Se sentía muy orgullosa de su padre. Todo lo que él hacía era importante.

Él le sonrió. A veces se parecía mucho a Charlotte a su edad: la misma boquita de líneas suaves, la misma barbilla obstinada y los mismos ojos inquisitivos.

—Sí. En Highgate.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó ella. No sabía demasiado bien qué significaba que alguien hubiera «muerto», pero había oído aquella palabra muchas veces y ella, Charlotte y Daniel habían enterrado algunos pajaritos muertos en el jardín. Pero no podía recordar todo lo que su madre le había contado, salvo que era algo normal y que tenía que ver con el cielo.

Pitt miró a Charlotte por encima de la cabecita de Jemima. Su mujer asintió.

—Sí.

—¿Y vas a resolverlo?

—Eso espero.

—Yo también quiero ser detective cuando sea mayor —dijo tomando otra cucharada de cereales—. Y también resolveré casos.

—Y yo también —terció Daniel.

Charlotte le puso a Pitt otro plato de leche con cereales y continuaron en animada conversación hasta que él tuvo que marcharse. Les dio un beso a los niños y Charlotte, y se calzó las botas, que su esposa había entrado por la mañana para que se le calentaran, y se marchó por fin.

Hacía una de esas desapacibles mañanas de otoño en que el aire frío provoca comezón en la nariz, pero el cielo es azul y el crujido de la escarcha bajo los pies produce un sonido nítido y placentero.

En primer lugar se dirigió a Bow Street para informar a Micah Drummond acerca de los últimos sucesos.

—¿Otro incendio? —Drummond frunció la frente, de pie junto a la ventana de su despacho, mientras miraba la sucesión de tejados hasta el río. El sol matinal desprendía destellos grises y plateados. La bruma estaba relegada a la misma superficie del agua—. ¿Y Shaw ha vuelto a escapar con vida? —Se volvió y miró a Pitt—. Eso da que pensar.

—Él estaba muy afectado. —El recuerdo de la noche anterior le produjo un agudo sentimiento de piedad.

—Supongo que la policía de Highgate estará buscando entre todos los

pirómanos conocidos de la zona, sus métodos, su conducta habitual, etcétera... ¿Han indagado entre los curiosos, por si se tratara de un maniaco que disfruta viendo incendios?

—Meticulosamente —dijo Pitt con tristeza.

—Pero usted piensa que se trata de un crimen premeditado... —Drummond lo observó.

—Así lo creo.

—Tengo que apremiarle un poco para que lo resuelva cuanto antes. —Drummond había vuelto a su escritorio y sus largos dedos jugueteaban con el cortapapeles de empuñadura de cobre—. Le necesitamos aquí. Han detenido a media docena de tipos en relación con ese asunto de Whitechapel. ¿Supongo que habrá leído los periódicos?

—He visto la carta del señor Lusk —dijo Pitt con aire grave—. Con el riñón humano incluido, y presuntamente enviada «desde el infierno». Dan ganas de pensar que es cierto. Alguien que sea capaz de asesinar y mutilar personas de forma tan reiterada debe de vivir en el infierno, y llevarlo con él.

—Lamentaciones aparte —dijo Drummond muy serio—, la gente está empezando a dar señales de pánico. Whitechapel está desierto en cuanto oscurece, la gente pide la dimisión del comisario, los periódicos se entregan cada vez más al sensacionalismo. Una mujer murió de un infarto con la última edición en las manos. —Drummond suspiró con expresión de infortunio y los ojos clavados en los de Pitt—. ¿Sabe una cosa? En los *music halls* no se hacen chistes alusivos al tema. Normalmente la gente hace broma con aquello que más les asusta, es una forma de espantar los miedos. Pero este caso es demasiado atroz.

—¿De verdad? —Curiosamente, aquella circunstancia le resultó a Pitt más reveladora que todos los carteles y la prensa sensacionalista. Era un indicio de la profundidad del miedo entre la gente común. Esbozó una sonrisa ladeada—. No creo que últimamente hayan tenido mucho tiempo para ir a los *music halls*.

Drummond aceptó la chanza.

—Haga todo lo que pueda con ese asunto de Highgate, Pitt, y manténgame informado.

—Sí, señor.

Esta vez en lugar de parar una calesa, Pitt caminó a paso ligero hasta la estación del Embankment y cogió un tren. Se apeó en la estación de Highgate Road y apartó los pocos peniques de diferencia para el cumpleaños de Charlotte. Por algo se empieza. Subió Highgate Rise hasta la comisaría.

Fue recibido con un saludo que dejaba ver una tácita prevención.

—Buenos días, señor. —Los rostros mostraban gravedad y resentimiento, pero también cierta satisfacción.

—Buenos días —repuso—. ¿Han descubierto algo?

—Sí, señor. Hemos dado con un pirómano que ya ha hecho lo mismo antes. No mató a nadie, pero eso en mi opinión fue más producto de la suerte que de otra cosa. El método era similar: queroseno. Actuaba en Kentish Town, a un paso de aquí. Supongo que habrá decidido venir más al norte.

Pitt, perplejo, trató de disimular su expresión de incredulidad.

—¿Lo han arrestado?

—Todavía no, pero lo haremos. Sabemos cómo se llama y dónde vive. Sólo es cuestión de tiempo. —El agente sonrió y miró a Pitt a los ojos—. No parece que necesitéramos que nos enviaran un oficial de alta graduación de Bow Street para que nos ayudara. Lo hemos resuelto nosotros solitos: no hay como el trabajo policial hecho por personal que conozca su zona. Tal vez sería mejor que se marchara a echar una mano en Whitechapel... Por lo que parece ese Jack el Destripador tiene a toda la ciudad bajo el terror.

—Podrían hacer fotografías de los ojos de las mujeres muertas —añadió otro agente de forma poco servicial—. Dicen que lo último que ve una persona antes de morir se queda grabado en el fondo de los ojos. Si es que puede conseguirse ver. Claro que no estamos hablando de cadáveres dignos de consideración... pobres mujeres.

—Ni tampoco hemos encontrado aquí todavía un asesino digno de consideración —añadió Pitt, que recordó la conveniencia de no perder las formas. Aún debería trabajar algún tiempo con aquellos hombres—. ¿Supongo que ya habrán investigado al propietario de la otra finca que quemó ese pirómano? Podría ser un caso de fraude para cobrar el seguro.

El oficial se ruborizó y mintió:

—Sí, señor, hoy estamos investigando eso.

—Contaba con ello. —Pitt le sostuvo la mirada sin pestañear—. A veces los pirómanos actúan movidos por razones de otra índole que la de ver las llamas y experimentar la sensación de poder que les produce. Entretanto seguiré considerando otras posibilidades. ¿Dónde está Murdo?

—En la sala de servicio, señor.

—Gracias.

Pitt encontró a Murdo esperándolo justo al otro lado de la puerta de la sala de servicio. Tenía aspecto cansado. La mano lastimada, envuelta en un vendaje, colgaba rígida a lo largo del cuerpo. Aún parecía dudar entre concederle sus simpatías a Pitt o permanecer resentido. No había olvidado la forma en que había tratado a Flora Lutterworth, ni su propia incapacidad para evitarlo. Todas estas emociones se reflejaban en su rostro, lo que le hizo recordar a Pitt lo joven que era.

—¿Hay algo nuevo, aparte de ese pirómano? —preguntó.

—No, señor. Sólo que el jefe de bomberos dice que todo ha sido igual que con

el otro... aunque imagino que eso usted y a lo suponía.

—¿Queroseno?

—Sí, señor, con toda probabilidad. Se inició al menos en tres puntos diferentes.

—Bueno, vayamos a ver si Pascoe está en condiciones de hablar esta mañana.

—Sí, señor.

Quinton Pascoe estaba sentado junto a un crepitante fuego en su salita de estar, pero seguía ofreciendo un aspecto aterido, posiblemente por el cansancio. Tenía círculos oscuros bajo los ojos. Parecía envejecido con respecto a la última vez que le había visto Pitt, y, a pesar de su fornido cuerpo, también menos robusto.

—Entre, inspector. Agente —dijo sin levantarse—. Siento no haberles podido recibir anoche, pero tampoco habría podido decirles nada. Tomé un poco de láudano... Me sentía muy afectado por el cariz que están tomando los acontecimientos y quería descansar bien. —Miró expectante a Pitt, buscando su comprensión—. Cuánta maldad desatada —dijo meneando la cabeza—. Me siento cada vez más perdido. Todo esto me trae a la mente el final de la tabla redonda del rey Arturo, cuando los caballeros se fueron uno a uno en busca del Grial y el honor y el compañerismo comenzaron a resquebrajarse. La lealtad acabó por romperse. Con el fin de la caballería murió cierto tipo de nobleza y valor: el idealismo que cree en la virtud verdadera y está dispuesto a luchar hasta la muerte por preservarla, y que cuenta con el privilegio de la batalla como única recompensa.

Murdo se había quedado estupefacto.

Pitt recordó la *Morte d'Arthur* y los *Idylls of the King*^[1], y pensó que tal vez vislumbraba un retazo de lo que Pascoe quería decir.

—¿Estaba apesadumbrado por la muerte de la señora Shaw, o quizá por otras preocupaciones? Se ha referido usted a la maldad en un sentido muy general...

—Ese hecho ha sido algo atroz. —El rostro de Pascoe aparecía demudado, como si estuviera en un estado de confusión y los acontecimientos le sobrepasaran—. Pero hay también otras cosas. —Movié ligeramente la cabeza—. Sé que siempre vuelvo a John Dalgetty, pero es que esa actitud suya de ridiculizar los viejos valores con vistas a la construcción de una nueva... —Miró a Pitt—. No condeno todas las ideas nuevas, por supuesto. Pero muchas cosas que él defiende son destructivas.

Pitt no dijo nada, sabedor de que no había respuesta posible.

Pascoe arqueó las cejas.

—Pone en cuestión todos y cada uno de los fundamentos que hemos tardado siglos en construir. Siembra la duda sobre el origen mismo del hombre y de Dios.

Les hace creer a los jóvenes que son invulnerables a la maldad de los falsos ideales, del cinismo más corrosivo y de la irresponsabilidad... despojándolos al mismo tiempo de la armadura de la fe. Quieren derribar y cambiar las cosas sin pensarlas antes. Creen que pueden tenerlo todo sin trabajar por ello. —Se mordió el labio y frunció las cejas—. ¿Qué podemos hacer, señor Pitt? He estado despierto por la noche dándole vueltas y ahora sé menos que cuando empecé.

Se puso en pie y caminó hacia la ventana. Luego se dio la vuelta y regresó al punto de partida.

—He ido a verle, por supuesto, le he suplicado que retuviera algunas de las publicaciones que vende, que no alabara algunas de las obras que reseña, en especial las que hacen referencia a esa filosofía política de la Fabian Society. Pero ha sido en vano. —Agitó las manos—. Lo único que es capaz de decir es que la información es sagrada y que los hombres tienen derecho a oír y juzgar por sí mismos. Y de forma similar, que todo el mundo es libre para expresar las ideas que le plazcan, sean verdaderas o falsas, buenas o malas, creativas o destructivas. Nada de lo que yo le diga puede disuadirle. Y Shaw, claro, no hace sino animarlo con su facilidad para ridiculizarlo todo, sobre todo cuando es a expensas de los demás.

Murdo no estaba acostumbrado a oír hablar de las ideas con aquel apasionamiento. Se balanceaba incómodo de una pierna a otra.

—El problema —prosiguió Pascoe con ardor— es que la gente no siempre sabe cuándo bromea. Tomemos este terrible asunto de Lindsay. Estoy conmocionado por su muerte, no tenía nada contra él en sentido personal, compéndame, pero creo que cometió un gravísimo error al escribir aquella monografía. Hay gente muy tonta, ¿sabe? —Buscó los ojos de Pitt—, que cree en esas absurdas ideas acerca de un orden político nuevo que promete hacer justicia arrebatando la propiedad privada y dando a todos lo mismo, sin importar lo inteligentes o eficientes que sean. Supongo que no habrá leído a ese irlandés miserable, ese George Bernard Shaw, ¿verdad? Escribe para dividir a la gente, como si tratara de excitar la rivalidad y favorecer la insatisfacción de las personas. Habla por un lado de gente que no tiene qué comer, y por el otro de gente que tiene mucha comida. Eso sí, es un apasionado de la libertad de expresión. —Soltó una risa aguda—. ¿Cómo no iba a serlo, si lo que quiere es poder decir lo que le venga en gana? Y Lindsay le hacía las reseñas de sus obras.

Calló de repente.

—Lo siento. No sé nada que pueda servirles de ayuda, ni tampoco quiero hablar mal de nadie con este tipo de cuestiones en juego, mucho menos de los muertos. Dormí hasta que me despertaron las campanillas de los bomberos y la casa del pobre Lindsay era una hoguera.

Pitt y Murdo se marcharon. Sumidos cada uno en sus pensamientos, salieron al gélido viento de la calle. Durante el camino hasta la infructuosa visita a los

Clitheridge no se dijeron nada. El criado de Lindsay no pudo decirles nada acerca de cómo se había originado el fuego, sólo que se despertó cuando el olor a humo penetró en el ala del servicio, en la parte trasera de la casa, y que para entonces el cuerpo principal de la vivienda ardía de forma violenta, por lo que sus intentos por rescatar a su señor fueron inútiles. Al abrir la puerta de comunicación se había encontrado con una pared de llamas. A pesar de su posición encogida en la butaca de los Clitheridge, su rostro era mudo testimonio de sus celosos esfuerzos. Tenía la piel enrojecida y llena de ampollas, y las manos, de las que no se podía valer, vendadas con gasa.

—Esta mañana temprano vino el doctor Shaw para ponerle bálsamo y vendárselas —dijo Lally con admiración en los ojos—. No sé de dónde saca la fuerza, después de esta nueva tragedia. Aparte del horror del hecho mismo, estaba muy unido a Amos Lindsay, ¿sabe? Creo que es el hombre más fuerte que conozco.

Mientras ella hablaba, Pitt percibió una fugaz expresión de derrota en el rostro de Clitheridge e imaginó un mundo de frustración, de carencias nimias y de temor ante las toscas emociones de los demás, que debía ser lo que le había tocado en suerte al vicario en esta vida. No era un hombre en quien la pasión emergiera con facilidad. Más bien habitaban en él emociones de combustión lenta y sentimientos confusos y reprimidos, y un exceso de reflexión e inseguridad. En aquel momento sintió una abrumadora compasión por él. Y al ver el rostro anhelante y autocrítico de Lally, sintió lo mismo con respecto a ella. Era evidente que se sentía atraída por Shaw a pesar de sí misma, lo cual trataba de explicar en términos aceptables en los que expresaba la admiración por sus virtudes. Esto último le aportaba un conocimiento mucho más profundo y marcaba una considerable diferencia.

Se marcharon sin haberse enterado de nada que pareciera de utilidad, salvo de la dirección de Oliphant, donde se encontraron con que Shaw había salido a atender una llamada.

En el Red Lion comieron un bistec picante y pudín de riñones con tocino crujiente, acompañado de verdura, y luego un buen trozo de tarta de frutas con un vaso de sidra.

Murdo se recostó en la silla, ahíto, pero Pitt se levantó de la mesa.

—Las señoritas Worlingham. Por cierto, ¿se sabe quién dio el aviso a los bomberos? Hasta ahora ninguna de las personas con las que hemos hablado parecen haberlo visto hasta que los vehículos habían llegado ya, a excepción del criado de Lindsay, quien estaba demasiado ocupado tratando de rescatarlo.

—Sí se sabe, señor. Un individuo de Holly Village había salido de casa, estaba en Holloway. —Se ruborizó ligeramente mientras buscaba la palabra adecuada—. Había acudido a un... encuentro. Vio el resplandor y le vino a la cabeza el primer incendio, así que se dio cuenta de lo que era y llamó a los bomberos. —

Siguió de mala gana a Pitt otra vez al frío viento—. Señor, ¿qué espera que puedan decirle las señoritas Worlingham?

—No lo sé. Algo relacionado con Shaw y Clemency, tal vez, o con la muerte de Theophilus.

—¿Cree que Theophilus fue asesinado? —Murdo impostó la voz y titubeó en su enérgico paso al ocurrírsele aquella idea—. ¿Cree que pudo matarlo Shaw para que su mujer heredara antes? ¿Y que luego mató a su esposa? Eso es espantoso. Pero ¿y Lindsay? ¿Por qué mataría a Lindsay entonces? ¿Qué beneficio iba a obtener de ello? No puede haberlo hecho porque sí, sin motivo alguno. —La mera idea le causó un estremecimiento.

—Lo dudo —repuso Pitt, apretando el paso para entrar en calor y arropándose la bufanda alrededor del cuello. Hacía un frío que presagiaba nieve—. Pero hay que tener en cuenta que estubo en casa de Lindsay varios días. Y Lindsay no era ningún tonto. Si Shaw hubiera cometido algún error, si se hubiera delatado a sí mismo por culpa de una palabra de más o un silencio sospechoso, Lindsay lo habría advertido y habría comprendido su significado. Tal vez no habría dicho nada en el momento, pero Shaw, consciente de su culpabilidad y temeroso de ser descubierto, podría haberse asustado al observar el menor detalle y haber actuado de inmediato para protegerse.

Murdo se encogió de hombros y tensó el rostro a medida que su mente asimilaba el horror de aquella idea. Tenía un lastimoso aspecto de congelado, a pesar de los colores que le habían subido al rostro.

—¿Cree que fue así, señor?

—No lo sé, pero es posible. No podemos pasarlo por alto.

—Es una brutalidad.

—Quemar personas es una brutalidad. —Pitt apretó los dientes contra el viento que les azotaba—. No estamos buscando a una persona moderada ni remilgada... sea hombre o mujer.

Murdo apartó la vista. Se negaba a mirar a Pitt a los ojos o incluso pensar en lo que le decía siempre que aludía a la posibilidad de que el autor de aquellos crímenes fuera una mujer.

—Tiene que haber otros motivos —insistió con terquedad—. Shaw es médico. Debe haber tratado todo tipo de enfermedades, o haber visto muertes que otras personas quisieran ocultar... o si no la muerte, si el modo en que se hubiera producido. ¿Y si hubiera sido otro el asesino de Theophilus Worlingham?

—¿Quién?

—La señora Shaw. Para cobrar la herencia.

—¿Para después incendiar su propia casa y morir abrasada? ¿Y Lindsay?

A Murdo le costó morderse la lengua para no dar una respuesta airada. Pitt era su superior y no se atrevía a ser abiertamente rudo, pero necesitaba desahogar la desazón que lo embargaba. Cada vez que Pitt mencionaba el tema

del móvil, el rostro de Flora se le aparecía en la cabeza, rojo de ira, encantador, lleno de pasión en defensa de Shaw.

La voz de Pitt se abrió paso entre sus pensamientos.

—Pero tiene razón. Hay una extensa zona de motivos que aún no hemos empezado a destapar. Dios sabe qué oscuros o terribles secretos se ocultan. Tenemos que hacer que Shaw nos los diga.

Habían llegado casi a la residencia de los Worlingham y no volvieron a hablar hasta que estuvieron en la salita de visitas junto al fuego. Angeline estaba sentada muy erguida en la gran butaca y Celeste permanecía de pie tras ella.

—Le aseguro que no sé qué decirle, señor Pitt —dijo Celeste con calma.

Parecía haber envejecido desde la última vez que la había visto. Se percibían señales de tensión alrededor de los ojos y la boca y llevaba el pelo recogido en la nuca con un estilo más severo y menos favorecedor. Pero resaltaba la fuerza de su rostro. Angeline, por su parte, aparecía pálida y con el rostro algo hinchado. Las líneas de su mentón, más suaves, estaban algo caídas y mostraban su irresolución. En las comisuras de sus ojos se veían signos de haber llorado y parecía lo bastante temblorosa como para echarse a llorar de nuevo.

—Estábamos durmiendo —añadió Angeline—. ¡Es horrible! ¿Qué nos está pasando? ¿Quién puede estar haciendo algo así?

—Quizá si pudiéramos saber por qué, sabríamos también quién. —Pitt las llevaba hacia el tema que él deseaba.

—¿Por qué? —Parpadeó Angeline—. ¡No sabemos por qué!

—Tal vez sí lo saben, señorita Worlingham, pero no son conscientes. Hay dinero de por medio, cuestiones de herencia...

—¿Nuestro dinero? —Celeste pronunció la palabra sin advertirlo.

—El dinero de su hermano Theophilus, para ser exactos —la corrigió Pitt—. Pero bueno, sí, el dinero de ustedes los Worlingham. Sé que puede parecerles una intromisión, pero es preciso que sepamos algunos detalles. ¿Podría decirnos todo lo que recuerde acerca de la muerte de su hermano, señorita Worlingham? —Paseó la mirada de una a otra para asegurarse de que comprendieran que la pregunta incluía a ambas.

—Fue de repente. —Los rasgos de Celeste se endurecieron y su boca formó una línea fina y severa—. Me temo que estoy de acuerdo con Angeline: Stephen no lo atendió del modo que habríamos deseado. Theophilus gozaba de una salud excelente.

—Si usted lo hubiera conocido —intervino Angeline—, se habría sorprendido tanto como nosotras. Era como un... —Trató de formarse una imagen mental de su hermano—. Era tan vigoroso. —Sonrió con lágrimas en los ojos—. Tenía tanta vitalidad. Siempre sabía qué había que hacer. Tenía decisión, ¿sabe usted?, era un líder natural, como papá. Creía en la salud mental y en los beneficios del ejercicio físico para el cuerpo... en el caso de los hombres, claro, no en el de las

mujeres. Theophilus tenía siempre la respuesta acertada para todo y sabía qué era lo que cada cual debía creer. No llegó a la altura de papá, claro, pero aun así no recuerdo que se equivocara jamás en un asunto de importancia. —Sorbí ruidosamente por la nariz y cogió un retal de tela a modo de pañuelo—. Siempre tuvimos dudas sobre la forma en que murió, ahora se puede decir también. No fue algo natural, desde luego.

—¿Cuál fue la causa de su muerte, señorita Worlingham?

—Stephen dijo que fue un ataque de apoplejía —respondió Celeste con frialdad—. Pero sólo tenemos su palabra, claro.

—¿Quién lo encontró? —insistió Pitt, aunque ya lo sabía.

—Clemency. —Celeste arqueó las cejas—. ¿Cree posible que Stephen lo matara y que al darse cuenta de que Clemency lo sabía, la matara a ella también? ¿Y luego al pobre señor Lindsay? Santo cielo. —Se estremeció—. Cuánta maldad, qué monstruosidad. No volverá a entrar nunca más en esta casa... ¡No volverá a poner los pies ni en el escalón de la entrada!

—Claro que no, querida. —Angeline sorbió—. El señor Pitt lo arrestará y lo meterán en la cárcel.

—Lo colgarán —la corrigió Celeste con aire inflexible.

—Oh, querida. —Angeline estaba horrorizada—. Es espantoso... gracias a Dios papá no vive para verlo. Que un miembro de nuestra familia acabe en la horca... —Se echó a sollozar, con el cuerpo encogido por el miedo y la tristeza.

—¡Stephen Shaw no pertenece a esta familia! —espetó Celeste—. No es un Worlingham ni lo será jamás. Para desgracia suya, fue Clemency la que se casó con él y la que se convirtió en una Shaw... Él no es de los nuestros.

—De todas formas, sigue siendo espantoso. Nunca habíamos sentido la vergüenza tan cerca, ni siquiera por matrimonio —protestó Angeline—. El nombre de Worlingham había sido siempre sinónimo de honor y dignidad. Imagínate lo que habría sentido papá de haber visto su nombre mancillado por el menor deshonor. Nunca hizo nada que mereciera reprobación. Y ahora su hijo ha sido asesinado, y su nieta, cuyo marido será colgado de la horca... Se habría muerto de vergüenza.

Pitt la dejaba continuar, pues sentía curiosidad por comprobar con cuánta facilidad y hasta qué punto aceptaban ambas la culpabilidad de Shaw. Ahora debía hacerles comprender que sólo se trataba de una entre varias posibilidades.

—No es necesario que se aflija antes de tiempo, señorita Worlingham. Es muy posible que la muerte de su hermano se debiera a un ataque de apoplejía, tal como dijo el doctor Shaw. Aún no tenemos ninguna prueba de que éste sea culpable de nada. Puede que este asunto no tenga nada que ver con un problema de dinero. Es muy posible que Shaw se diera cuenta de que había atendido un caso clínico relacionado con algún crimen, o que había tratado de alguna enfermedad a un paciente dispuesto a matar con tal de mantenerla en secreto.

Angeline levantó la vista con un gesto brusco.

—¿Se refiere a alguna enfermedad mental? ¿Alguien que está loco y que Stephen lo sabe? Entonces ¿por qué no lo dice? Tendría que estar encerrado en Bedlam, con los demás lunáticos. No debería permitir que anduviese suelto...

Pitt abrió la boca para explicarle que la persona en cuestión sólo creía que Shaw lo sabía. Pero entonces reparó en la expresión de histeria de su rostro, y en la tensa mirada de Celeste, y decidió que sería una pérdida de tiempo.

—Sólo se trata de una posibilidad —dijo—. Otra es que se produjera una muerte no natural y que el doctor Shaw lo supiera o lo sospechara. Hay muchos otros motivos, tal vez alguno que ni siquiera se nos ha ocurrido.

—Me asusta usted —dijo Angeline en voz baja y temblorosa—. Estoy muy confundida. ¿Ha matado Stephen a alguien o no?

—Nadie lo sabe —contestó Celeste—. Es trabajo de la policía averiguarlo.

Pitt les hizo algunas preguntas más relacionadas directa o indirectamente con Shaw o con Theophilus, pero no le aportaron ninguna información suplementaria.

Al salir a la calle, había clareado y el viento era aún más frío. Pitt y Murdo caminaron en silencio hasta la casa de huéspedes en que se alojaba Oliphant. Encontraron por fin a Shaw sentado junto al fuego del salón principal, escribiendo notas en un escritorio de persiana redonda. Parecía cansado, tenía los ojos rodeados de sendos cercos oscuros y la piel pálida, con un aspecto que recordaba la textura del papel. Había tristeza en la forma en que dejaba caer los hombros, y la energía nerviosa que lo caracterizaba se había transformado en tensión, reflejada en la agitación de las manos.

—No tiene objeto que me pregunte a quién he atendido, ni de qué dolencia —dijo con brusquedad tan pronto vio a Pitt—. Por mucho que yo pudiera conocer la existencia de una enfermedad que pudiera impulsar a alguien a matarme, ello no podría ser motivo para que alguien quisiera hacerle daño al pobre Amos. Claro que, en ese supuesto, habría muerto porque yo estaba en su casa. —Se le quebró la voz—. Primero Clemency... y ahora Amos. Sí, supongo que tienen razón. Si de verdad supiera quién es haría algo al respecto... Tal vez no se lo diría a ustedes, pero algo haría.

Pitt se sentó en la silla más próxima a él sin que se la hubiera ofrecido; Murdo permaneció con discreción junto a la puerta.

—Piense, doctor Shaw —dijo mientras lo observaba y se odiaba a sí mismo por la necesidad de tener que recordarle su papel en la tragedia—. Por favor, piense en algo de lo que usted y Amos Lindsay hablaran mientras estuvo alojado en su casa. Es posible que tuviera usted conocimiento de algún hecho que, de haber comprendido su significación, le habría revelado quién provocó el primer incendio.

Shaw levantó la vista con una chispa de interés por primera vez desde que los policías habían entrado en la estancia.

—¿Y usted piensa que Amos Lindsay sí lo comprendió... y que el asesino lo sabía?

—Es posible —repuso Pitt con cautela—. Le conocía usted bien, ¿no es así? ¿Era el tipo de hombre que habría sido capaz de actuar por su cuenta, para conseguir pruebas quizá?

De repente los ojos de Shaw rebosaron de lágrimas y se volvió de espaldas, antes de decir con voz emocionada:

—Sí... lo era. Y Dios es testigo de que no tengo la menor idea de a quién vio ni dónde fue durante el tiempo que yo estuve allí. Estaba tan abocado a mi dolor y mi ira que no vi nada ni pregunté nada.

—Por favor, piense bien en ello, doctor Shaw. —Pitt se puso en pie, movido más por la piedad y el deseo de no entrometerse en su aflicción, que por el tipo de curiosidad impersonal que le dictaba su profesión—. Y si recuerda cualquier cosa, dígamela a mí... a nadie más.

—Así lo haré. —Shaw parecía de nuevo sumido en sus propios pensamientos, como si Pitt y Murdo se hubieran marchado ya.

Una vez en el exterior, bajo el pálido sol de la tarde, coloreado ya con los reflejos moribundos de la luz otoñal, Murdo miró a Pitt con los ojos entrecerrados por el frío.

—¿Cree que eso es lo que pasó, señor: que el señor Lindsay averiguó quién era el criminal y se aventuró en busca de pruebas?

—Sabe Dios. Fuera lo que fuera lo que vio, ya no contamos con ello.

Murdo meneó la cabeza y, con las manos metidas en los bolsillos, recorrieron juntos el camino de vuelta hacia la comisaría de Highgate.

La muerte de Lindsay en el segundo incendio había afligido profundamente a Charlotte. La noticia de que Shaw había escapado había sido un lenitivo sobre el temor del primer momento, pero bajo aquella capa de consuelo se abría paso un sentimiento doloroso por la muerte de un hombre por el que había experimentado simpatía en el escaso tiempo en que lo había conocido. No le había pasado por alto la buena mano con que sabía tratar la difícil personalidad de Shaw. Quizá él había sido la única persona que había comprendido el dolor de su amigo por la pérdida de Clemency, aumentado por la atormentadora conciencia de que era muy posible que ella hubiera muerto en su lugar, y que alguna enemistad que él se había granjeado, que había incitado o inducido de algún modo, era la causante de aquella desgracia.

Y ahora Amos Lindsay también se había marchado para siempre, abrasado hasta quedar irreconocible.

¿Cómo debía sentirse Shaw aquella mañana? ¿Apesadumbrado? ¿Confuso? ¿Culpable por el hecho de que de nuevo otra persona hubiera sufrido una muerte a él destinada? ¿Asustado de que tal vez aquél no fuera aún el fin? ¿Habría más incendios, más muertes antes de que le llegara el turno? ¿Encontraría sospechoso a todo aquél a quien mirara? ¿Seguiría buscando en sus recuerdos para tratar de adivinar qué secreto por él conocido era tan funesto que hubiera alguien dispuesto a matar para mantenerlo oculto? ¿O tal vez lo sabía ya, pero la ética profesional lo obligaba a guardarlo a cualquier precio?

Mientras todas aquellas preguntas se agolpaban en su mente, Charlotte sentía la necesidad de emprender alguna acción. Deshizo las camas y tiró sábanas y fundas de almohadas escaleras abajo, junto con los camisones de dormir de toda la familia y las toallas. Luego bajó por las escaleras, recogió toda la ropa en los brazos y la llevó al cuarto de lavar, junto a la cocina, donde llenó dos cubos de agua, echó jabón en uno de ellos, pasó la ropa por el escurridor y comenzó la colada. Mientras lavaba uno de sus vestidos más viejos, con las mangas remangadas y un delantal alrededor de la cintura, dejó que su mente volviera otra vez al problema.

A pesar de todos los posibles motivos para matar a Shaw, incluidos el dinero, el amor, el odio y la venganza (si es que de verdad alguien le creía culpable de negligencia médica, fuera Theophilus Worlingham o cualquier otro), sus pensamientos siempre volvían a Clemency y su lucha contra los especuladores inmobiliarios.

Estaba con los brazos llenos de espuma hasta los codos, el delantal empapado y el pelo despeinado, cuando sonó la campanilla de la puerta. «El chico del pescado, —pensó—. Ya irá Gracie».

Al cabo de un momento, Gracie volvía corriendo por el pasillo. Se asomó a la puerta de la cocina, sin aliento, con los ojos desorbitados por la sorpresa, el respeto y el espanto.

—¡Lady Vespasia Cumming-Gould! —chilló—. ¡Está aquí mismo, detrás de mí, señora! No he podido retenerla en la sala de estar, señora, ¡no ha querido!

Y en efecto, Vespasia venía pisándole los talones a Gracie, elegante y muy tiesa en su vestido color azul oscuro con bordados plateados en las solapas y un bastón con empuñadura de plata. Por aquella época rara vez iba sin él. Sus ojos se pasearon por la cocina, por la mesa recién fregada, la cocina económica, las filas de porcelana blanca y azul de la alacena, la loza barnizada en marrón y crema, los cubos del cuarto de la colada, y finalmente se detuvieron en Charlotte, con su aspecto de mujer de la limpieza.

Charlotte se quedó de piedra. Gracie hacía unos segundos que estaba paralizada, desde que Vespasia había pasado junto a ella.

Vespasia observó con curiosidad el escurridor de rodillos.

—¿Qué demonios es este armatoste? —preguntó con las cejas arqueadas—. A buen seguro perteneció en el pasado a la Inquisición española.

—Un escurridor para la ropa —repuso Charlotte, echándose el pelo hacia atrás—. Se mete la ropa a través de los rodillos y sale escurrida de jabón y agua.

—Es todo un alivio saberlo. —Vespasia se sentó a la mesa, mientras se arreglaba los dobleces de la falda de forma maquina. Volvió a mirar el escurridor—. Muy recomendable. Bien, ¿qué piensas hacer con respecto a ese segundo incendio de Highgate? Porque supongo que harás algo... Sea cual sea la causa que lo haya motivado, no altera el hecho de que Clemency Shaw está muerta, y confirma la explicación de que fue asesinada por error en lugar de su marido.

Charlotte se secó las manos y acudió a la mesa, dejando para mejor ocasión las sábanas que seguían remojándose en el barreño.

—Yo no estoy tan segura de que así fuera. ¿Te apetece una taza de té?

—Gracias. ¿Qué te hace pensar otra cosa? ¿Por qué iban a matar ahora al pobre Amos Lindsay, si no en un intento de deshacerse de Shaw con más éxito que la primera vez?

Charlotte miró a Gracie, quien por fin fue a buscar la tetera.

—Tal vez temieran que Shaw acabaría por adivinar quiénes eran —sugirió mientras se sentaba frente a Vespasia—. Debía disponer de toda la información, si sabía cómo ensamblarla y ver el conjunto. Después de todo, él sabía lo que hacía Clemency. Puede que ella dejara documentación escrita y que él la viera. Es posible incluso que ésa fuera la razón por la que eligieran el fuego, para destruir no sólo a Clemency sino también todas las pruebas que ella hubiera reunido.

Vespasia se sentó un poco más erguida.

—Vaya, no había pensado en eso. Será una tontería, pues para ella, pobre muchacha, no hay ninguna diferencia, pero preferiría que no hubiera muerto por sus actividades. Pero si Shaw sabe quién lo ha hecho, ¿por qué no lo dice? Es probable que no lo haya descubierto todavía, y desde luego es seguro que no tiene pruebas. ¿No pensarás que pueda tener alguna connivencia con los culpables?

—No...

Detrás de Charlotte, Gracie, bastante nerviosa, calentaba la tetera e iba contando cucharadas de té. Nunca antes había preparado nada para alguien tan importante como la tía abuela Vespasia. Quería hacerlo con toda exactitud y corrección, por mucho que no supiera qué era lo exacto y lo correcto. Y no se perdía detalle de cuanto se decía. Los casos de Pitt, al igual que las ocasionales intervenciones de Charlotte, la horrorizaban tanto como la enorgullecían.

—Supongo que Thomas ya habrá considerado cualquier posibilidad que nosotras podamos pensar —continuó Vespasia—. De modo que sería infructuoso seguir por ese camino...

Gracie sirvió el té. La taza traqueteó y derramó parte de su contenido al elevarla con sus temblorosas manos y hacerle una media reverencia a Vespasia.

—Gracias. —Vespasia la acogió con gentileza. No solía dar las gracias a los sirvientes, pero estaba claro que la situación no era habitual. Aquella chiquilla estaba impresionada y nerviosa.

Gracie, ruborizada, se retiró para hacerse cargo de la colada en el punto en que la había dejado Charlotte. Vespasia secó el platillo con la servilleta que le tendió Charlotte.

Ésta tomó una súbita decisión.

—Quiero averiguar todo lo que pueda acerca del trabajo de Clemency, con qué personas trataba, qué pasos dio desde el comienzo para que su actividad llegara a ser tan preocupante. En algún punto del recorrido tendré que cruzarme con el pirómano, quienquiera que sea.

Vespasia tomó un sorbo de té.

—¿Y cómo piensas lograr sobrevivir para compartir tus hallazgos con nosotros?

—No haciendo la menor mención de las reformas —replicó Charlotte, cuyo

plan estaba en una fase ciertamente embrionaria—. Empezaré por la parroquia local... —Su mente regresó a la época de juventud, cuando con sus hermanas había seguido obediente la senda de Caroline y se habían dedicado a las obras de caridad: visitar enfermos y ancianos, repartir sopa y conservas, ofrecer buenas palabras. Era algo que formaba parte de la vida de una dama. Con toda probabilidad Clemency había hecho lo mismo, hasta que había abierto los ojos a un dolor más profundo y no había apartado la vista con complacencia o resignación, sino que se había replanteado toda su vida y había comenzado la lucha.

Vespasia la observaba con perspicacia.

—¿Te imaginas que será suficiente con salvaguardarte tú?

—Si el culpable piensa matar a todas las mujeres que se dediquen a visitar a los pobres de la parroquia, necesitará un fuego mayor que el gran incendio de Londres —repuso Charlotte con decisión—. Además —añadió con mayor sentido práctico—, permaneceré alejada de la clase de personas que detentan la propiedad de esas viviendas. Simplemente quiero empezar por donde Clemency empezó. Mucho antes de que pudiera descubrir algo por cuyo secreto alguien fuera capaz de matar, buscaría la ayuda de otras personas, de ti y de Emily... y de Thomas, claro. —Y entonces reparó en que a lo mejor estaba siendo presuntuosa. Vespasia no había manifestado ningún deseo de involucrarse en un asunto así. Charlotte la miraba ansiosa.

Vespasia bebió un sorbo de té. Por encima del borde de la taza, sus ojos aparecían brillantes.

—Emily y yo tenemos nuestros propios planes —dijo mientras dejaba la taza en el platillo y miraba a Gracie, que estrujaba con timidez la ropa mojada sobre la tabla de lavar—. Si te parece más aconsejable no ir sola, deja a los niños con tu madre unos días y llévate a la doncella contigo.

Gracie se detuvo en mitad de un movimiento, con la espalda encorvada y las manos en el aire, tras soltar la ropa en el fregadero. Dejó escapar un suspiro de pura excitación. Iba a hacer de detective... ¡en compañía de la señora! ¡Aquello prometía ser la mayor aventura de su vida!

Charlotte no daba crédito a sus oídos.

—¿Gracie?

—¿Y por qué no? —repuso Vespasia—. Parecería de lo más natural. Podría dejarte mi carruaje de repuesto y a Percival para conducirlo. No vale la pena intentarlo si no es en las mejores condiciones posibles. Es un asunto por el que siento un interés personal. Mi admiración por Clemency Shaw es considerable. De modo que me tendrás informada de lo que vayas descubriendo, si es que hay algo de lo que informar. Por supuesto, también tendrás que decírselo a Thomas. No tengo la menor intención de permitir que todo este asunto quede zanjado dando todo el mundo por supuesto que la víctima perseguida era Stephen Shaw y

se despache la muerte de Clemency como un trágico error. ¡Oh! —Su semblante adquirió de pronto una expresión sombría al comprender—. ¿Crees que ésa sea la causa de que Lindsay haya sido asesinado? ¿Para que todos creamos que la muerte de Clemency fue un error? ¡Qué fría premeditación!

—Lo averiguaré —dijo Charlotte con un ligero estremecimiento—. En cuanto Percival llegue con el carruaje, llevaré a los niños a casa de mamá y empezaremos.

—Reúne todo lo que vayan a necesitar —ordenó Vespasia—. Y yo me los llevaré a mi regreso. No tengo nada que hacer hasta esta noche, cuando se levante la sesión del Parlamento.

Charlotte se puso en pie.

—¿Te refieres a Somerset Carlisle?

—Exactamente. Si tenemos que luchar contra los especuladores inmobiliarios, necesitamos saber el estado actual de la legislación y hasta dónde podemos llevar razonablemente nuestras pretensiones de éxito. Podemos suponer que Clemency debió hacer lo mismo, en gran parte, y que descubriera algún punto débil. Necesitamos saber cuál es.

Gracie frotaba con tanta fuerza que la tabla traqueteaba en el barreño.

—¡Deja eso ahora, chiquilla! —ordenó Vespasia—. ¡No me dejas casi ni pensar! Pasa esa ropa ya por ese armatoste y tiéndela. Estoy segura de que está más que limpia. ¡Por el amor de Dios, pero si sólo son sábanas! Cuando hayas acabado, ve a arreglarte y a ponerte el abrigo, y un sombrero. Tu señora necesita que la acompañes a Highgate.

—¡Sí, señora! —Gracie recogió el montón de ropa mojada, poniéndose de puntillas para que se escurriera, la metió luego en un barreño de agua limpia, quitó el tapón y comenzó a pasarla entre los rodillos del escurridor, con el rostro fruncido con fiereza por la emoción.

Vespasia parecía no haberse dado cuenta de que acababa de dar una serie de instrucciones a la sirvienta de otra persona. Cuanto le había dicho le parecía de sentido común, así que no vio ninguna necesidad de justificarlo.

—Ve arriba a la habitación donde guardáis las cosas de los niños y coge todo lo necesario —dijo a Charlotte casi en el mismo tono—. Para varios días. No querrás angustiarte pensando en ellos mientras estés investigando el misterio.

Charlotte obedeció con una sonrisa apenas esbozada. No se sentía enojada por recibir órdenes. Lo que le había dicho Vespasia era lo que hubiera tenido que hacer de todos modos, y la familiaridad con que se lo había mandado era más que nada una muestra de afecto, y el acuerdo tácito de que ambas estaban involucradas en el mismo asunto y deseaban llevarlo a buen fin.

Arriba encontró a Jemima haciendo caligrafía con gran solemnidad. Había superado ya la etapa en que dibujaba las letras con todo cuidado y ahora las escribía más segura de estar formando palabras y de su significado. En cuanto a

sumar y restar, no estaba ni con mucho tan orgullosa.

Daniel estaba en pleno esfuerzo de aprendizaje y Jemima le ofrecía su ayuda con afectada superioridad, explicándole qué era lo que debía hacer exactamente y por qué. Él recibía los consejos con paciencia y de buen talante e intentaba imitar la caligrafía redondeada de su hermana, al tiempo que disimulaba tras un gesto de concentración tanto su ignorancia como su admiración. Puede llegar a ser muy difícil tener cuatro años y contar con una hermana dos años mayor.

—Os quedaréis unos días con la abuelita —les informó Charlotte con una amplia sonrisa—. Lo pasaréis muy bien. Podéis llevaros los cuadernos, pero no hace falta que trabajéis más de una o dos horas por las mañanas. Ya explicaré yo por qué no vais al colegio. Si os portáis bien, la abuelita os llevará a dar un paseo por el zoo en el coche de caballos.

Obtuvo su cooperación inmediata.

—Os llevará tía abuela Vespasia, en cuanto preparemos vuestras cosas. Es una dama muy importante; tenéis que hacer todo lo que ella os diga.

—¿Quién es esa tía abuela? —preguntó Daniel, con el rostro fruncido tratando de recordar—. Yo sólo me acuerdo de tía Emily.

—Es la tía de tía Emily —simplificó Charlotte, para evitar nombrar a George, a quien Jemima al menos era capaz de recordar. Aún no entendía lo que era la muerte, salvo en relación con pequeños animales, pero sí comprendía lo que era no ver más a alguien.

Daniel pareció satisfecho con la respuesta y Charlotte metió en una bolsa todo cuanto pudieran necesitar. Una vez cerrada, se aseguró de que los pequeños estaban limpios, que iban bien arropados en sus abrigos, que llevaban los guantes bien sujetos a los puños de las mangas, los zapatos abrochados, el pelo peinado y la bufanda atada. Luego los bajó donde esperaba Vespasia, sentada todavía en la silla de la cocina.

Los niños la saludaron con formalidad. Daniel, más vergonzoso, se había quedado un paso por detrás de Jemima. Pero cuando vieron que la dama sacaba sus impertinentes para observarlos, se quedaron tan fascinados que olvidaron su timidez. A Charlotte se le disipó cualquier duda al verles subir al carruaje, con la ayuda del criado, y partir.

Gracie estaba tan nerviosa que apenas podía sostener el peine mientras se arreglaba el cabello. Se le resbalaron los dedos y se hizo un nudo con las cuerdecillas del gorro, que probablemente debería cortar para quitárselo. Pero ¿qué importaba? ¿Se iba con su señora a hacer de detectives! Tenía una idea muy poco precisa de aquello, pero no le cabía duda de que era algo maravillosamente interesante e importante. Podría conocer secretos y hacer descubrimientos relacionados con asuntos de tal magnitud que había personas dispuestas a asesinar

por ellos. Y era posible que hasta fuera peligroso.

Por supuesto, ella se quedaría siempre un par de pasos por detrás y hablaría sólo cuando se lo pidiesen. Pero observaría y escucharía todo el tiempo, y no perdería detalle de todo cuanto se dijera o hiciera, ni siquiera de la cara que pusiera todo el mundo. A lo mejor advertía algo de vital importancia que todos pasaran por alto.

Habían pasado un par de horas cuando Charlotte y Gracie descendían del carruaje de repuesto. Percival las ayudó a apearse, para mayor placer de Gracie. Nunca había viajado en un carruaje de verdad, y mucho menos la había ayudado a bajar otro sirviente. Recorrieron el camino hacia la iglesia de St. Anne, con la esperanza de encontrar allí a alguien que pudiera orientarlas en asuntos de asistencia parroquial, para afrontar a partir de ahí la indagación acerca del interés de Clemency Shaw en el problema de la vivienda de los pobres.

Charlotte había dedicado largo tiempo a reflexionar sobre el asunto. No quería mostrar sus intenciones, por lo que había sido preciso pergeñar una historia creíble. Había estado debatiéndose sin éxito hasta que Gracie, mordiéndose el labio y pidiendo disculpas por su osadía, había sugerido la idea de preguntar por una pariente necesitada de recurrir al auxilio de la parroquia tras haber enviudado y por la que estaban angustiadas pues apenas tenían noticias.

A Charlotte le pareció tan poco verosímil que hasta en Hector Clitheridge habría levantado sospechas, pero entonces Gracie le dijo que su tía Bertha se había visto hacía poco en circunstancias similares y que ella no tenía noticias desde hacía dos semanas. Charlotte comprendió entonces cuáles eran sus intenciones.

—La verdad es que mi tía Bertha no vive en Highgate, claro —dijo Gracie—. Vive en Clerkenwell... pero eso ellos no lo saben.

Tras dirigirse a la parroquia y no encontrar a nadie, se trasladaron a la misma iglesia de St. Anne, donde encontraron a Lally Clitheridge arreglando las flores en la sacristía. Se volvió al oír el ruido de la puerta al abrirse, con una expresión de bienvenida en el rostro. Entonces reconoció a Charlotte y se le heló la sonrisa. Se quedó inmóvil con un ramo de margaritas en la mano.

—Buenas tardes, señora Pitt. ¿Busca a alguien?

—Esperaba que usted pudiera ayudarme, si tuviera la amabilidad —repuso Charlotte, con un afecto forzado que no encajaba con la expresión recelosa de Lally.

—¿De veras? —Lally miró a Gracie, que había entrado tras ella, con un ligero arqueado de cejas—. ¿La señorita viene con usted?

—Es Gracie, mi doncella. —Charlotte se dio cuenta de que sonaba algo pomposo, pero no había otra respuesta razonable.

—¡Santo cielo! —Lally enarcó las cejas—. ¿No se encuentra bien?

—Me encuentro muy bien, gracias. —Se estaba convirtiendo en una ardua tarea el mantener un tono amistoso. Sintió ganas de decirle que no tenía por qué darle cuenta de lo que hacía, pero ello habría dado al traste con sus propósitos. Necesitaba al menos una aliada, si no podía ser una amiga—. Hemos venido por Gracie —mantuvo el tono educado con esfuerzo—. Acaba de enterarse de que su tío ha muerto y que ha dejado a su tía en una situación muy difícil, con toda probabilidad al amparo de la parroquia. Tal vez usted tuviera la amabilidad de decirme qué damas de la vecindad se dedican con más ahínco a las obras de caridad y pudieran darme razón de ella.

Lally se debatía entre la antipatía que sentía por Charlotte y la compasión que le inspiraba Gracie, quien la miraba con cierta beligerancia, aunque Lally parecía entender que era a causa de su turbación.

—¿No conoces su dirección? —Miró a Gracie, como si Charlotte no hubiera estado presente. Era una pregunta muy comprometida.

La mente de Gracie pensó con celeridad.

—Conocía dónde vivían, señora. Pero me temo que como el pobre tío Albert se ha ido tan de repente, y no tenía casi nada que dejarle, se habrán quedado en la calle. No tenían dónde ir, salvo la parroquia.

La expresión de Lally se suavizó.

—No se ha dado sepultura a ningún Albert en esta parroquia, chiquilla. Por lo menos en más de un año. Y créeme que tomo nota de todos los funerales que hay. Es mi deber de cristiana, y mi deseo. ¿Estás segura de que está aquí en Highgate?

Gracie no miraba a Charlotte, pero tenía aguda conciencia de su presencia apenas a un metro de ella.

—Oh, sí señora —replicó muy seria—. Estoy segura de que eso fue lo que dijeron. A lo mejor si usted pudiera decirnos los nombres de las otras damas que ayudan a los necesitados, podríamos preguntarles si ellas lo saben. —Sonrió con expresión suplicante, haciendo un esfuerzo por recordar el propósito que la había llevado hasta allí. Era, después de todo, la mayor muestra de lealtad que podía ofrecer. Aquello debía ser además una de las exigencias del trabajo detectivesco: enterarse de los hechos que la gente era reacia a confesar.

Lally se dio por vencida, aun a su pesar. Ignorando en todo momento a Charlotte, dirigió su respuesta a Gracie.

—Desde luego. La señora Hatch tal vez podría ayudarte, o la señora Dalgetty, o la señora Simpson, la señora Braithwaite o la señorita Crombie. ¿Quieres sus direcciones?

—Oh, sí señora, si tuviera usted la bondad.

—Desde luego. —Lally rebuscó en su bolso un trozo de papel, pero no encontró con qué escribir.

Charlotte sacó un lápiz y se lo entregó. Ella lo cogió en silencio, escribió y

luego le dio el papel a Gracie, quien lo cogió sin mirar a Charlotte. Le dio las gracias a Lally e hizo una ligera reverencia.

—Es muy amable de su parte, señora.

—En absoluto —dijo Lally. Entonces su expresión se tornó de nuevo sombría y miró a Charlotte—. Buenos días, señora Pitt. Espero que tenga éxito. —Le devolvió el lápiz—. Y ahora, si quiere disculparme, tengo que acabar de arreglar varios jarrones de flores y hacer algunas visitas. —Dicho lo cual les dio la espalda y se puso a insertar con furia margaritas en la retícula situada al efecto en la boca del jarrón, disponiéndolas en variados ángulos.

Charlotte y Gracie salieron, con la vista baja hasta que estuvieron fuera. En aquel momento Gracie le tendió el papel a Charlotte con una sonrisa triunfal.

Charlotte lo leyó.

—Lo has hecho como una auténtica experta, Gracie —le dijo—. ¡No habría podido arreglármelas sin ti!

Gracie se ruborizó de placer.

—¿Qué pone, señora? Soy incapaz de leer esa letra.

Charlotte miró aquella curvada y poco elegante caligrafía.

—Es exactamente lo que queríamos —repuso—. Los nombres y direcciones de algunas mujeres que pueden saber por dónde comenzó Clemency su labor. Empezaremos ahora mismo por Maude Dalgetty. Su estilo me gustó bastante en el funeral. Creo que es una mujer sensible de espíritu generoso. Era amiga de Clemency, así que espero que esté dispuesta a ayudarnos.

Y así resultó. Maude Dalgetty era una mujer sensible y la encontraron en buena disposición de ayudar. Las recibió en una salita soleada llena de macetas con rosas tardías. La estancia era elegante y proporcionada y estaba amueblada con distinción, aunque muchos muebles tenían aspecto de usados. Había hendiduras y pequeñas abolladuras en algunas orlas de las lámparas y las cintas de las cortinas se veían algo desgastadas. En la araña del techo faltaban algunas lágrimas de cristal. Pero el calor de la habitación era incuestionable. Los libros estaban usados, había uno abierto en una mesita arrimada a la pared. Había también un cesto de costura con labores de zurcido y bordado visibles a medio terminar. La pintura que había sobre la repisa de la chimenea, realizada haría unos diez o doce años, era un retrato de la propia Maude, sentada en un jardín en un día de verano, con la luz bañándola. Era innegable que había sido toda una belleza, que conservaba en su mayor parte e incluso algo más proporcionada.

Junto al fuego dormían hechos un ovillo dos gatos entrelazados.

—¿En qué podría ayudarles? —dijo Maude en cuanto hubieron entrado. No prestaba menos atención a Gracie que a Charlotte—. ¿Les apetecería una taza de té?

Era demasiado temprano para aceptar aquella invitación, pero Charlotte apreció la sinceridad con que había sido ofrecida y como tenía sed y no había comido nada, e imaginó que Gracie estaba en la misma situación, aceptó.

Maude dio las instrucciones correspondientes a la doncella y volvió a preguntarles en qué podía ayudarles.

Charlotte dudó. Sentada en aquella acogedora habitación y observando el inteligente rostro de Maude, no sabía si no sería mejor arriesgarse a decir la verdad en lugar de una mentira, por plausible que fuera. Pero entonces pensó en la muerte de Clemency, y en la de Lindsay que en tan breve espacio de tiempo la había seguido, y cambió de idea. Dondequiera que estuviera el meollo del crimen, sus tentáculos era muy probable que llegaran hasta allí. Una palabra imprudente, aunque fuera dicha por una persona inocente, podía desencadenar más violencia. Una de las consecuencias más tristes de un asesinato era la pérdida de la confianza. Uno acababa por ver la traición por todas partes y por sospechar la mentira en cualquier respuesta. En cualquier palabra dicha con enojo o descuido se intuía la codicia o el odio, y en cualquier comentario receloso, una envidia disimulada.

—Una tía de Gracie que vive en esta localidad ha envidado —explicó—. Teme que se halle en una situación de precariedad, tal vez hasta el extremo de verse en la calle.

El rostro de Maude mostró preocupación, pero no interrumpió a Charlotte.

—Si hubiera recurrido al auxilio parroquial, tal vez usted sabría qué ha sido de ella. —Charlotte trató de infundir en su voz la perentoriedad que habría tenido en caso de haber sido verdad. Vio la compasión reflejada en los ojos de Maude y se odió a sí misma por su hipocresía. Se apresuró a proseguir para ocultarlo—. Y si usted no, quizá lo sepa alguna otra persona. Tengo entendido que la difunta señora Shaw se preocupaba mucho por este tipo de casos. —El rubor le subió a las mejillas. Aquél era el género de mentira que más despreciaba.

Maude apretó los labios y pestañeó para controlar el evidente dolor que desencajó su semblante.

—Ya lo creo que se preocupaba —dijo con amabilidad—. Pero si hubiera llevado alguna clase de anotación acerca de las personas a las que ayudaba, habría quedado destruida al arder la casa. —Se volvió hacia Gracie, por cuanto era de su tía de quien se estaba hablando—. La única otra persona que tal vez sepa algo es Matthew Oliphant, el coadjutor. Ella confiaba mucho en él, quien le daba consejo, y posiblemente ayuda. Ella hablaba muy poco de su labor, pero sé que con el tiempo se había ido dedicando a ella con más entrega. La mayor parte de su actividad no la llevaba a cabo en la parroquia, ¿saben? No puedo asegurarles que hubiera tenido conocimiento de cualquier caso de la localidad. Tal vez pudiera ayudarles mejor la señora Hatch, o quizá la señora Wetherell.

La doncella regresó con el té y unos sándwiches deliciosos, hechos a base de

pan finísimo y de tomate cortado en trocitos. Durante unos minutos Charlotte se olvidó del objeto de su visita y se entregó a disfrutar del refrigerio. Gracie, que además de no probarlo jamás había visto siquiera nada tan fino, estaba absolutamente maravillada.

Era primera hora de la tarde y se estaba nublando cuando Percival detuvo el carruaje junto a la casa de huéspedes donde vivía Matthew Oliphant. Ayudó a bajar a Charlotte y luego a Gracie, y las vio alejarse por el camino hasta llamar a la puerta de la casa antes de volver al asiento del coche y prepararse para la espera.

Una doncella les informó que el señor Oliphant estaba en la sala de estar y que les recibiría sin duda, por cuanto parecía recibir a todo el mundo.

Se dirigieron pues a la sala de estar, una estancia impersonal amueblada con extremo conservadurismo, en la que se veían butacas con antimacasares, un retrato de la reina sobre la chimenea y otro de Gladstone en la pared opuesta, varios dechados con textos religiosos, tres pájaros disecados entre cristales, varios pomos de flores secas, una comadreja disecada en una jaula y dos aspidistras. A Charlotte todo aquello le hizo pensar en el tipo de cosas que quedan en un lugar cuando todo el mundo se ha llevado lo que le gustaba. Era incapaz de imaginar qué persona hubiera podido elegir voluntariamente aquellos objetos. Matthew Oliphant seguro que no, con su expresión irónica e imaginativa, que en ese momento se levantaba de la silla para saludarlas tras dejar la Biblia abierta sobre la mesa. Ni tampoco Stephen Shaw, ocupado escribiendo en el escritorio de persiana junto a la ventana. También él se levantó al ver a Charlotte, con un gesto de sorpresa y satisfacción.

—Señora Pitt, qué agradable verla. —Fue hacia ella con la mano extendida. Miró fugazmente a Gracie, quien permanecía apartada a cierta distancia, atacada de timidez ahora que habían pasado a tratar con caballeros.

—Buenas tardes, doctor Shaw —contestó Charlotte, y se apresuró a disimular su contrariedad. ¿Cómo iba a interrogar al coadjutor con Shaw delante? Iba a tener que cambiar todo su plan de acción—. Ésta es Gracie, mi doncella... —No se le ocurrió qué explicación dar a su presencia, así que no dio ninguna—. Buenas tardes, señor Oliphant.

—Buenas tardes, señora Pitt. Tal vez... tal vez desee estar a solas con el doctor. En ese caso puedo pedirles que me disculpen. Mi habitación no está fría, puedo continuar la lectura allí.

A juzgar por la temperatura del pasillo, Charlotte adivinó que aquello no era más que una ficción.

—Nada de eso, señor Oliphant. Quédese por favor. Ésta es su casa y no me perdonaría haberle apartado del fuego.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Pitt? —preguntó Shaw frunciendo el entrecejo—. Espero que esté usted tan bien como su aspecto sugiere. Y lo mismo le deseo a su doncella.

—Estamos las dos bien, gracias. Nuestra visita no tiene nada que ver con su profesión, doctor Shaw. —No tenía objeto continuar con la historia del tío de Gracie. Él se daría cuenta de inmediato y se burlaría de ambas, no sólo por la mentira en sí, sino por lo torpemente urdida—. No he venido por mí. —Lo miró a los ojos y se sintió desconcertada por la penetrante inteligencia que denotaban, y por la forma directa de sostener su mirada. Hizo una profunda inspiración y se lanzó—. Me he decidido a proseguir la labor a la que estaba entregada su difunta esposa en relación a las viviendas de la gente pobre y sus condiciones de habitabilidad. Me gustaría saber por dónde empezó ella para poder comenzar desde el mismo lugar.

Durante un minuto hubo el más completo silencio. Matthew Oliphant permanecía junto al fuego con la Biblia en la mano, con los nudillos blancos por la tensión, el semblante pálido, y luego enrojecido. Gracie se quedó petrificada. La expresión de Shaw se mudó del asombro a la incredulidad, y a la suspicacia.

—¿Por qué? —dijo con recelo—. Si siente usted la pasión de trabajar en favor de los pobres o los desposeídos, ¿por qué no lo hace con los de su vecindad? —Su voz rozaba el sarcasmo—. Seguro que los habrá. Londres es un hervidero de pobres. ¿Es que vive usted en una zona tan selecta que tiene que venir a Highgate para encontrar gente necesitada?

Charlotte fue incapaz de encontrar respuesta.

—No es preciso que sea tan rudo, doctor Shaw. —Sin darse cuenta imitó el tono de tía Vespasia. Por un momento pensó con espanto que debía sonar ridícula. Entonces miró al doctor Shaw y vio el súbito rubor de vergüenza que afluyó a sus mejillas.

—Le pido disculpas, señora Pitt. Tiene usted razón. Por favor, debe perdonarme. —No mencionó siquiera su estado de duelo ni la pérdida de su amigo. Como excusa, habría sido fácil y por debajo de su altura.

Ella le sonrió con todo el afecto y simpatía que sentía por él. Además de lo mucho que le gustaba.

—Asunto olvidado. —Desechó el episodio con su particular encanto—. ¿Puede ayudarme? Se lo agradecería mucho. Me gustaría participar yo también en la cruzada que llevaba a cabo su esposa, y conseguir el apoyo de otras personas si pudiera. Sería una tontería no aprovechar todo lo que ella consiguió. Se granjeó una gran admiración por su labor.

Despacio y en silencio, Matthew Oliphant volvió a sentarse, abrió la Biblia y la dejó del revés.

—¿De veras? —Shaw frunció el entrecejo con gesto concentrado—. No veo el beneficio que pudiera usted sacar. Trabajaba sola, por lo que sé. Lo que es

seguro es que no lo hacía con las damas de la parroquia, ni con el vicario. — Suspiró—. ¡Claro que el viejo Clitheridge, pobre, no sé si sería capaz de romper con sus propias fuerzas ni una hoja de papel! —La miró con gravedad, pero con una especie de admiración risueña en los ojos que la desconcertó un poco.

Por la mente de Charlotte cruzaron un par o tres de pensamientos absurdos, que se apresuró a desdenar con rubor en las mejillas.

—De todos modos me gustaría intentarlo —insistió ella.

—Señora Pitt —dijo él con amabilidad—, no puedo decirle casi nada, sólo que Clemency se preocupaba mucho por ciertas reformas legales. De hecho me parece que le preocupaba más que cualquier otra cosa en este mundo. —Palideció ligeramente—. Pero si, como sospecho, lo que usted desea es descubrir quién incendió mi casa, no conseguirá nada por ese camino. Era yo el objetivo de aquel incendio, lo mismo que el del que causó la muerte del pobre Amos.

Charlotte sentía a la vez una profunda pena por él y una frustración repentina. La habían descubierto a la primera.

—¿De veras? —Arqueó las cejas—. ¡Qué arrogante por su parte! ¿Presupone usted que era la única persona importante en ambos casos y que sólo usted es capaz de suscitar la suficiente pasión o miedo para que alguien pueda desear su muerte?

Había ido demasiado lejos, lo que provocó una explosión de genio.

—Clemency era una de las mejores mujeres de este mundo. Si la hubiera conocido, no necesitaría que yo se lo dijera. —Tenía los hombros tensos y encogidos—. No hizo nada en toda su vida como para levantar el tipo de locura enfermiza requerida para quemar casas y poner en peligro las vidas de sus ocupantes. Por el amor de Dios, si es que quiere inmiscuirse, ¡al menos sea eficiente!

—¡Eso intento! Pero usted está empeñado en ponerme obstáculos. Casi estoy tentada de pensar que no quiere que se resuelva el caso. No quiere ayudar. No quiere contarle nada a la policía. Se encierra en sus confidencias como si fueran secretos de estado. ¿Qué se imagina que vamos a hacer con ellas, sino atrapar a un asesino?

Shaw dio un respingo y se puso rígido.

—No conozco secreto alguno que pueda servir para atrapar a nadie, salvo a algún que otro pobre diablo que preferiría mantener sus enfermedades ocultas antes que difundirlas por todo el vecindario para que cualquier entrometido se ponga a hablar y hacer especulaciones. Santo Dios, ¿es que no cree que quiero que atrapen al asesino, quienquiera que sea? Ha matado a mi mujer y a mi mejor amigo... y puede que yo sea el próximo.

—No se lo crea tanto —repuso ella, pues de repente se había evaporado su rabia y se sentía culpable por haber sido tan implacable. Ahora no sabía cómo salir de la situación que ella misma había creado—. A menos que sepa usted

quién es, como al parecer lo sabía el pobre señor Lindsay, es probable que su vida no corra el menor peligro.

De pronto Shaw cogió un cenicero y lo arrojó a un rincón de la estancia, donde se hizo añicos. Luego salió dando un portazo.

Gracie seguía aún inmóvil con los ojos como platos.

Oliphant levantó la vista de la Biblia y se dio cuenta por fin de que estaba del revés. Se apresuró a cerrarla y se puso en pie.

—Señora Pitt —dijo con suavidad—. Yo sé por dónde empezó la señora Shaw, y también algunos de los lugares a los que la llevó su labor. Si lo desea, la acompañaré.

Charlotte miró su rostro de rasgos marcados y agradables y el dolor sosegado que desprendía, y se sintió avergonzada por su estrepitosa intromisión.

—Gracias, señor Oliphant, le estaría muy agradecida.

Percival los llevó. Estaba un buen trecho más allá del término de Highgate, hacia Upper Holloway. Se detuvieron en un callejón estrecho y se apearon del carruaje, que dejaron una vez más a la espera. Charlotte miró alrededor. Las casas estaban adosadas y, a juzgar por su anchura, contaban con una habitación en el piso de arriba y otra en la planta baja, aunque quizá había más en la parte de atrás, fuera de la vista. Las puertas estaban todas cerradas, con los escalones de piedra blanca bien fregados. No tenía una apariencia mucho más pobre que la calle en que ella y Pitt vivieron de recién casados.

—Venga. —Oliphant avanzó y casi de inmediato giró por una calleja que Charlotte no había advertido.

Percibieron una atmósfera húmeda y malsana, al tiempo que una ráfaga de aire gélido les sopló en el rostro llevándoles el fétido olor de las conducciones y las aguas residuales.

Charlotte tosió y cogió un pañuelo, mientras Gracie se llevaba la mano a la cara, pero no dudaron en seguirlo hasta que encontró y cruzó un pequeño y húmedo patio, desde el otro lado del cual las advirtió que saltaran por encima de las alcantarillas abiertas. En el extremo del patio llamó a una puerta descascarillada y esperó.

Al cabo de unos minutos abrió una chica de unos quince años con una tez gris macilento y el pelo reluciente de suciedad. Tenía los ojos enrojecidos y habló con un tono desafiante en el que se apreciaba un matiz de temor.

—¿Eh? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Está la señora Bradley en casa? —preguntó Oliphant con calma a la vez que se abría un poco el abrigo para dejar ver su cuello de clérigo.

La cara de la muchacha se distendió.

—Sí, mamá está en la cama. Se ha puesto enferma otra vez. Ayer vino el

médico y le dio algunas medicinas, pero no le han hecho nada.

—¿Puedo entrar a verla?—preguntó Oliphant.

—Sí, supongo. Pero no la despierte si está durmiendo.

—No lo haré —le prometió, y dejó la puerta abierta para que entraran Charlotte y Gracie.

Dentro de la pequeña habitación hacía frío. El papel de la pared rezumaba humedad y estaba manchado de moho, y el aire tenía un olor agrio. No había grifos ni conducciones, y un cubo en un rincón cubierto con una tapa improvisada servía a las necesidades de la naturaleza. Unas desvencijadas escaleras llevaban al piso de arriba a través de una abertura en el techo. Oliphant pasó el primero y previno a Charlotte y Gracie de que esperaran a subir por turnos, por si las escaleras no resistían el peso de las dos juntas.

Charlotte emergió a una habitación con dos camas de madera, ambas cubiertas de mantas. En una yacía una mujer que a primera vista aparentaba la edad de la madre de Charlotte. Tenía la cara escuálida, la piel marchita y apergaminada y los ojos tan hundidos que los pómulos daban al rostro aspecto de calavera.

Al acercarse, Charlotte vio que el pelo abundante y la piel del cuello que sobresalía del camión remendado eran los de una mujer que no tendría más de treinta años. En su delgada mano sostenía un pañuelo manchado de sangre.

Los tres permanecieron un minuto en silencio con la mirada fija en la mujer dormida, dominados por un sentimiento de piedad impotente y silencioso.

Cuando estuvieron de nuevo en el piso de abajo, Charlotte se volvió hacia Oliphant y la niña.

—¡Tenemos que hacer algo! ¿Quién es el propietario de este... de este establo ruinoso? Si no sirve ni para guardar caballos, ¿cómo es que viven mujeres en él? Habría que denunciarlo. ¿Quién cobra el alquiler?

La muchacha estaba blanca como el papel.

—¡No lo haga, por favor, señorita! Por favor se lo ruego, no nos haga eso. Mi mamá se morirá si la echa usted a la calle... y Alice, Becky y yo tendremos que ir al hospicio. Por favor, no lo haga. No hemos hecho nada malo, de verdad que no. Pagamos el alquiler, se lo juro.

—No quiero echaros. —Charlotte estaba horrorizada—. Quiero obligar al propietario a adecentar este lugar para que puedan vivir personas.

La muchacha la miró con incredulidad.

—¿Qué quiere decir? Si armamos follón nos echarán. Hay mucha gente que desearía vivir aquí... y tendríamos que buscar otro sitio que podría ser peor. ¡Por favor, señorita, no lo haga!

—¿Peor? —dijo Charlotte—. Pero tiene que acondicionar esto, tiene que ponerlo en condiciones para poder vivir. Deberían tener agua, al menos, y canalizaciones de desagüe. No es de extrañar que tu madre esté enferma...

—Se recuperará, déjela dormir un poco, ya verá. Estamos muy bien, señorita. Déjenos tranquilas.

—Pero sí...

—Eso le pasó a Bessie Jones. Se quejó y ahora está viviendo en St. Giles, y no tiene más que un rincón de habitación para ella. Déjenos, por favor señorita.

Su miedo era tan palpable que Charlotte no pudo hacer otra cosa que prometerle que no diría nada y jurarlo delante de Matthew Oliphant. Se marchó temblando y con una creciente sensación de náusea en el estómago. Y con un intenso sentimiento de ira.

—Mañana la acompañaré a St. Giles —dijo Oliphant una vez estuvieron en la calle principal—. Si es que quiere ir.

—Quiero ir. —Charlotte no vaciló. Si lo hubiera hecho tal vez habría perdido su determinación—. ¿Había venido ya con Clemency? —preguntó con voz más sosegada mientras trataba de imaginar el itinerario que estaba repitiendo y pensaba en el desasosiego de Clemency al ver escenas como aquélla—. Supongo que se conmovió mucho.

Él se volvió hacia ella, con el rostro inesperadamente iluminado por un recuerdo que a pesar de toda su sordidez guardaba alguna belleza para él, que de tal modo brillaba en su mente y lo animaba que por un momento pareció olvidarse del frío y la inmundicia de la calle.

—Sí... vinimos aquí —respondió con dulzura—. Y también fuimos a St. Giles, y de allí hacia el este, a Mile End y Whitechapel... —Acariciaba las palabras como si hubiera estado hablando de las ruinas de Isfahán, o de la ruta dorada de Samarkanda.

Charlotte dudó un breve instante antes de lanzar la siguiente pregunta, sin saber lo que de pronto se le hizo evidente.

—¿Y sabría decirme cuál fue el último lugar que visitó?

—Si lo supiera, señora Pitt, me habría ofrecido a acompañarla —dijo él con gravedad y una pizca de rubor en las mejillas—. Sólo sé la dirección que tomé, ya que no estuve con ella cuando encontró a Bessie Jones. Sólo sé que la encontré, pues me lo dijo luego. Ojalá Dios hubiese querido que yo hubiera estado. —Luchaba por dominar su angustia, cosa que casi consiguió—. Tal vez habría podido salvarla. —Se le quebró la voz, que acabó ronca y casi inaudible.

Charlotte no podía discutirlo, aunque tal vez para entonces Clemency y sus acciones habían asustado ya a aquellos señores y propietarios, cuya codicia había acabado por destruirla.

Oliphant se volvió, en un esfuerzo por dominarse.

—Pero si desea ir, yo intentaré llevarla... hasta allí donde usted sienta peligro. Si damos con el lugar preciso, entonces... —Guardó silencio. La conclusión no era necesaria.

—¿Usted no tiene miedo? —preguntó Charlotte, no por desafiarlo sino porque

estaba segura de que no lo tenía. Había sentimientos que lo atormentaban hasta el punto de sentirse desnudo, pero el miedo no se contaba entre ellos: sentía ira, piedad, indignación, desamparo, pero no miedo.

Se volvió de nuevo hacia ella, con un rostro por un momento casi hermoso por el reflejo de su humanidad.

—Usted desea continuar la labor de Clemency, señora Pitt... y me parece que tal vez algo más que eso: quiere saber quién la mató y desvelarlo a la luz pública. Pues yo también.

Ella no contestó, no era necesario. Vislumbró ligeramente lo mucho que aquel hombre se había encariñado con Clemency. Jamás lo diría, ella era una mujer casada, mayor que él y de un estrato social superior. Era imposible cualquier cosa que no fuera mera amistad. Pero eso no había alterado sus sentimientos, ni menguado su dolor por la pérdida.

Charlotte le sonrió con educación, como si no se hubiera dado cuenta de nada, y le dio las gracias por su ayuda. Ella y Gracie le estaban muy agradecidas.

Por supuesto le explicó a Pitt lo que estaba haciendo, y con qué objeto. Podía haberlo evitado si Vespasia no se hubiera llevado a los niños a casa de Caroline, pero tenía que explicar la ausencia de los pequeños y no estaba de humor para engaños.

Lo que no le dijo fue cómo era el lugar al que iba a ir, por cuanto nada de lo que ella había conocido hasta entonces habría podido decirle dónde iba a llevarla su misión durante los dos días siguientes.

Ella, Oliphant y Gracie fueron conducidos por Percival de calle en calle, cada vez más estrechas, oscuras y sucias, tras la pista del ocaso de la infortunada Bessie Jones. Gracie resultó de inestimable ayuda, por cuanto ya había visto antes aquellos lugares y comprendía la desesperación que hacía que hombres y mujeres aceptaran aquella clase de vida antes que perder su frágil abrigo, por pobre que fuera, y verse en la calle, donde acabarían hacinados en los portales, temblando de frío y expuestos a las inclemencias del tiempo y los actos de violencia.

Por fin, en la tarde del tercer día, encontraron a Bessie Jones, del mismo modo que Clemency Shaw hiciera antes que ellos. El encuentro tuvo lugar en el corazón de Mile End, cerca de Whitechapel Road. Parecía haber una inusual cantidad de policías por la zona.

Bessie estaba acurrucada en el rincón de una habitación de no más de tres por cinco metros, ocupada por tres familias, una en cada rincón. Había en total unas dieciséis personas, incluidos dos bebés de pecho que lloraban sin cesar. Arrimada

contra una de las paredes había una panzuda estufa que apenas desprendía calor. Había algunos cubos para hacer las necesidades, pero no había colector alguno donde vaciarlos, ni los cubos ni ningún otro tipo de desperdicio, salvo un sumidero taponado en el patio cuyo hedor llenaba el aire y contaminaba las ropas, el pelo y la piel. No había agua corriente. Para lavar, cocinar o beber, tenía que traerse el agua en un cubo desde una bomba situada a trescientos metros calle arriba.

No había más mobiliario que una desvencijada silla de madera. Las personas dormían bajo los pedazos de harapos o de mantas que podían reunir para calentarse. Hombres, mujeres y niños no tenían otra cosa que poner entre sus cuerpos y las tablas del suelo más que harapos y estopa, y los despojos de la industria textil que no servían ni para fabricar trapos para la limpieza.

Por encima del llanto de los niños y de la sonora respiración de un anciano que dormía bajo la ventana rota cuyo marco no era más que una pieza suelta de linóleo, se oían los chillidos y los correteos de las ratas. Del piso de abajo llegaban los estridentes sonidos de una taberna y los gritos que proferían los borrachos cuando se peleaban, blasfemaban o entonaban retazos de canciones soeces. Dos mujeres yacían inconscientes en la cuneta mientras un marinero hacía sus necesidades junto a una pared.

Por debajo del nivel de la calle, en sótanos mal iluminados, cien mujeres y chicas se sentaban codo con codo en el interior de una fábrica de explotación para coser camisas a cambio de unos peniques al día. Aun así, aquello era mejor que la fábrica de cerillas con su fósforo tóxico.

Encima de la fábrica, un burdel se preparaba para el comercio nocturno. A veinte metros de distancia se veían filas de hombres sentados en bancos, con las mentes a la deriva por efecto de los dulces sueños del opio.

Bessie Jones estaba agotada, exhausta por una lucha estéril, aunque contenta al menos de estar protegida de la lluvia y de tener una estufa junto a la que acurrucarse por la noche y dos rebanadas de pan para comer.

Charlotte vació su bolso pero se dio cuenta de que era una acción torpe y fútil; el dinero le quemaba en la mano.

Hasta ese momento había seguido el mismo camino emprendido por Clemency Shaw y había sentido todo lo que ésta debió sentir, pero no había encontrado pista alguna que apuntara hacia quién podía haberla matado, si bien el móvil se le antojaba bastante obvio. Si se hacía pública la identidad de los propietarios de lugares como aquél, habría algunos a los que les traería sin cuidado, aquellos que no tuvieran una reputación o una posición social que perder. Pero a buen seguro habría otros que obtenían su dinero de un sufrimiento tan hondo como aquél y que estarían dispuestos a hacer lo que fuera con tal de mantenerlo en secreto y llamarlo por cualquier otro nombre. Decir que alguien poseía propiedades hacía pensar en haciendas en los condados de la campiña, o en tierras de labranza, o en ricas tierras productoras de pastos, vacas y madera...

pero nunca en la miseria, el crimen y la enfermedad que Charlotte y Gracie habían visto en aquellos pocos días.

Al llegar a casa se despojó de toda la ropa, camisa interior y enaguas incluidas, la puso en remojo para lavar y le dijo a Gracie que hiciera lo mismo. Era incapaz de imaginar un jabón que pudiera eliminar el olor de inmundicia —que permanecería siempre aunque sólo fuera en el recuerdo—, pero al menos el mero acto de hervirla y frotarla ayudaría.

—¿Qué piensa hacer ahora, señora? —preguntó Gracie con los ojos muy abiertos y la voz ronca. Tampoco ella había visto nunca tanta inmundicia.

—Vamos a averiguar quiénes son los propietarios de esos abominables lugares —repuso Charlotte con ceño.

—Y que uno de ellos fue quien mató a la señorita Clemency —añadió Gracie quitándose la ropa y abrigándose con un viejo vestido de Charlotte. La cintura le venía por las caderas y la falda le arrastraba por el suelo. Tenía tal aspecto de niña que a Charlotte la asaltó un sentimiento de culpabilidad por haberla involucrado en tan espantosa aventura.

—Así lo creo. ¿Tienes miedo?

—Sí, señora. —El pequeño y delgado rostro de Gracie se ensombreció—. Pero no pienso abandonar ahora. Quiero ayudarla, y nadie podrá impedírmelo. Y tampoco dejaré que vaya sola a esos sitios.

Charlotte le dio un fuerte abrazo, que la pilló tan por sorpresa que se ruborizó intensamente.

—No podría ir sin ti —dijo Charlotte con franqueza.

Mientras Charlotte y Gracie seguían los pasos de Clemency Shaw, Jack Radley fue a visitar a uno de sus amigos de peor reputación de sus tiempos de jugador, de cuando aún no conocía a Emily, para persuadirle de lo interesante y provechoso que podía resultar darse una vuelta por algunos de los peores barrios de casas de alquiler de Londres. Anton le manifestó en un primer momento sus dudas acerca del interés de tal actividad, pero cuando Jack le prometió su cortacigarros de plata, comprendió lo provechoso del asunto, por lo que accedió a acompañarlo.

Jack prohibió a Emily que fuera con ellos. Por primera vez desde el comienzo de su relación no admitió ningún género de réplica.

—No debes venir —dijo con una sonrisa encantadora pero mirada firme.

—Pero... —empezó a protestar devolviéndole la sonrisa y esperando que se ablandara para tratar de contraatacar. Para su sorpresa, no encontró ninguna fisura—. Pero... —repitió.

—No debes venir, Emily. —No había el menor parpadeo en sus ojos ni el más ligero rictus en su boca—. Si obtuviéramos algún resultado y tú estuvieras en medio, sería muy peligroso. Recuerda la razón por la que hacemos esto, y no empieces a discutir. Sería una pérdida de tiempo, porque digas lo que digas no vas a venir. —Inhaló hondo.

—Está bien —aceptó Emily con toda la buena voluntad de que fue capaz—. Si eso deseas.

—Es más que un deseo, cariño —dijo con un primer atisbo de sonrisa—. Es una orden.

Cuando él y Anton se hubieron marchado, dejándola en lo alto de los escalones de la entrada, se sintió completamente traicionada. Después, cuando lo pensó con más calma, se dio cuenta de que Jack lo había hecho para protegerla tanto de las incomodidades de la visita como de la tristeza que le habría causado todo aquello que habría visto de forma inevitable. Se sintió complacida entonces ante la preocupación mostrada por su esposo. Si bien era verdad que no le gustaba que le negaran algo o le llevaran la contraria, tampoco le gustaba saberse por encima de los deseos de su esposo. Hacer siempre lo que a una le da la gana puede llegar a resultar muy poco gratificante.

Con toda una tarde ociosa por delante y la mente convertida en un hervidero de preguntas, ordenó que le prepararan el carruaje de repuesto. Tras una cuidadosa elección, se puso un vestido nuevo del salón Worth de París, de un azul oscuro que le resaltaba el color del cabello y con profusos bordados en la parte delantera y los dobladillos, y salió para visitar a cierta dama cuya riqueza e intereses familiares eran mayores que sus escrúpulos. Esto lo sabía por amigos de la alta sociedad a los que conoció en el pasado, en lugares donde la nobleza de cuna y el dinero se tenían más en cuenta que los afectos personales o cualquier forma de respeto.

Emily se apeó del coche y subió los escalones del domicilio de Park Lane. Al abrirse la puerta, presentó su tarjeta de visita y aguantó firme mientras la leía una ligeramente desconcertada doncella. Era una de las tarjetas anteriores a su reciente matrimonio y en la que todavía se leía: « Vizcondesa de Ashworth », cosa bastante más impresionante que « Sra. de Jack Radley » .

Lo normal era que una dama dejara su tarjeta de modo que la señora de la casa le devolviera a ella la suya con el fin de fijar un encuentro en el futuro, pero era evidente que Emily no tenía intención de marcharse. La doncella se veía en la obligación de elegir entre pedirle que se fuera o invitarla a entrar. El título que figuraba en la tarjeta de presentación no le dejó lugar a la duda.

—Entre por favor, *milady*. Iré a ver si *lady* Priscilla puede recibirla.

Emily aceptó con cortesía y, con la cabeza en alto, atravesó el gran vestíbulo

atiborrado de retratos familiares y en el que había incluso una armadura sobre un pequeño pedestal de madera. Se acomodó en la salita de las visitas, delante del fuego, hasta que volvió la doncella y la acompañó arriba, al tocador del primer piso, la habitación de entrevistas especialmente diseñada para las damas.

Era una estancia decorada con exquisitez al estilo oriental, que tan popular se había hecho en los últimos tiempos. Estaba repleta de objetos chinos de todo tipo: cajas lacadas, un biombo de seda bordada, pinturas paisajísticas en las que aparecían montañas flotantes entre brumas y saltos de agua y unas figuras diminutas como puntitos negros que viajaban por caminos interminables. Había un aparador con anaqueles de cristal que contenía por lo menos veinte figuras de jade y marfil y dos abanicos tallados en marfil que parecía blanco encaje que se hubiera convertido en piedra.

Lady Priscilla tendría unos cincuenta años. Era delgada y llevaba el pelo de un color negro tan oscuro que sólo sus más fieles amigas podían creer que era natural. Vestía un vestido de tonos magenta y rosa, también con encajes, pero distribuidos de forma perfectamente simétrica. Comprendió su error tan pronto vio a Emily.

—¡*Lady* Ashworth! —exclamó con una sorpresa de cortesía—. Qué encantador por su parte venir a verme... y qué inesperado.

Emily sabía muy bien que aquélla quería decir «qué falta de educación venir sin avisar como es debido», pero había ido con un propósito práctico que no tenía intención de poner en peligro con impulsivas palabras.

—Deseaba encontrarla sola —repuso Emily con una ligera inclinación de la cabeza—. Necesito pedir cierto consejo confidencial, y se me ocurrió que nadie en Londres podría dármelo mejor que usted.

—¡Qué amable! ¡Cómo me halaga! —exclamó *lady* Priscilla con una expresión en que la vanidad no superaba la curiosidad—. ¿Qué puede haber que yo sepa y que usted no sepa tan bien como yo? —Sonrió—. Un pequeño escándalo, tal vez... Pero en ese caso seguro que no habría venido expresamente por eso a estas horas del día.

—No me desagrada la idea. —Emily se sentó en la silla que le indicaban—. Pero no estoy aquí por eso. Lo que busco es consejo, en ciertos asuntos en los que tengo ahora la libertad de ser dueña de mí misma... —Lo dejó en el aire, mientras veía cómo el incisivo rostro de Priscilla adquiría una expresión de sumo interés.

—¿Dueña de usted misma? Claro, me enteré del fallecimiento de lord Ashworth... —Compuso una expresión de apropiada solicitud—. Querida, qué desgracia. Cuánto lo lamento.

—Bueno, ahora ya ha pasado el tiempo. —Emily descartó la cuestión de un manotazo—. Me he vuelto a casar, ¿sabe?

—Pero su tarjeta de presentación...

—Oh... ¿Es que le di una de las viejas? Pero qué descuidada soy. Tengo que disculparme. Cada vez estoy más corta de vista.

Priscilla tuvo en la punta de la lengua decir « un par de gafitas no le vendrían mal», pero no quiso ser demasiado ofensiva por si perdía la oportunidad de enterarse del motivo de la consulta de Emily. ¿Cómo podría luego contarle si no?

—No tiene importancia —musitó.

Emily sonrió algo confusa.

—Es usted muy generosa.

—¿En qué puedo ayudarla?—se ofreció Priscilla con toda intención.

—Bien... —Emily se reclinó en su asiento. Aquello hubiera podido resultar de lo más entretenido, pero no debía perder de vista la razón que la había llevado allí. La muerte de Clemency Shaw era un asunto lo bastante serio como para aplacar cualquier expansión de frivolidad—. Tengo cierta suma de dinero a mi disposición y me gustaría invertirla de manera beneficiosa, a ser posible en algo al mismo tiempo seguro y razonablemente discreto.

—Oh... —Priscilla exhaló despacio, mostrando que comprendía la situación con un ligero gesto—. ¿Le gustaría que le reportase algún beneficio al que no tuviera acceso su familia...? ¿Y está casada en segundas nupcias?

—Sí. —Emily pensó en Jack y le pidió disculpas en silencio—. De ahí la necesidad de la más absoluta... discreción.

—Secretismo total —la tranquilizó Priscilla con los ojos brillantes—. Yo puedo aconsejarla muy bien. Ha acudido en verdad a la persona adecuada.

—Lo sabía —dijo Emily con voz triunfante, porque estaba a punto de descubrir aquello que buscaba exactamente—. Sabía que era usted la persona más indicada. ¿Qué podría hacer con mi dinero? Se trata de una suma bastante sustanciosa, ¿comprende?

—Propiedades inmobiliarias —replicó Priscilla sin titubear.

Emily adoptó una expresión de decepción.

—¿Propiedades inmobiliarias? Pero entonces cualquiera podría averiguar lo que poseo con exactitud y los beneficios que me reporta... ¡que es precisamente lo que quiero evitar!

—Oh, querida... ¡no sea ingenua! —Priscilla movió las manos descartando la idea—. No me refiero a residencias domésticas en Primrose Hill. Estoy hablando de dos o tres bloques de inmuebles viejos en Mile End o en Wapping, o en St. Giles.

—¿Wapping? —dijo Emily con estudiada incredulidad—. ¿Qué valor iba a sacarle a casas como las que hay en esos sitios?

—Podría sacarle una verdadera fortuna. Póngalas en manos de un buen gestor de negocios, que se preocuparía de arrendarlas de forma beneficiosa y de que se cobrara el alquiler todas las semanas o todos los meses, y vería doblado su desembolso en un abrir y cerrar de ojos.

Emily frunció el entrecejo.

—¿De verdad? ¿Cómo iba a conseguir alquilar lugares como éstos para que den un beneficio tan alto? En esos barrios sólo vive gente muy pobre, ¿no? No podrían pagar un alquiler tan alto como el que a mí me gustaría pedir.

—Oh, ya lo creo que podrían —le aseguró Priscilla—. Si los hay en número suficiente, el negocio será de lo más rentable. Se lo prometo.

—¿En número suficiente?

—Pues claro. Si usted no hace preguntas acerca de lo que haga la gente que allí se instale, ni del beneficio que pueden ellos sacar a su vez, lo que puede hacer es alquilar cada una de las habitaciones del inmueble a una docena de personas, quienes las realquilarán y así sucesivamente. Siempre encuentran a alguien que paga más, créame.

—No estoy segura de que me guste que alguien pueda relacionarme con sitios como éstos —objetó Emily—. ¿No es algo un poco...?

—¡Ja! ¿Quién podría relacionarla? Ésa es la razón por la que tiene que actuar a través de un gestor financiero, y de un representante legal, y de sus empleados, y de un recaudador de alquileres, etcétera. Nadie sabrá nunca que es usted la propietaria, salvo su propio hombre de negocios, quien desde luego nunca se lo dirá a nadie. Ése es precisamente su trabajo.

—¿Está segura? —Emily la miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Hay más gente que hace esto?

—Por supuesto. Decenas de personas.

—¿Quién, por ejemplo?

—Querida, no sea tan indiscreta. Conseguiré hacerse muy impopular si va por ahí haciendo ese tipo de preguntas. Son personas que están protegidas, al igual que usted lo estará. Se lo prometo, nadie lo sabrá.

—El único problema es que... —Emily se encogió de hombros con exageración y abrió unos ojos inocentes—. La verdad... la gente no lo entendería. ¿No hay nada ilegal en todo esto, supongo?

—Pues claro que no. Aparte de que nadie tiene el menor deseo de infringir la ley —Priscilla sonrió—, hay personas muy respetables con posiciones que conservar... Así que sería también una tontería. —Desplegó sus elegantes manos con las palmas hacia arriba, razón por la cual sus anillos quedaron por un momento ocultos a la vista—. Además, no hay ninguna necesidad de preocuparse. No hay ninguna ley que prohíba hacer lo que le sugiero. Y créame, querida, los beneficios son muy sustanciosos.

—¿Se corre algún tipo de riesgo? —preguntó Emily—. Quiero decir que no habrá gente por ahí exigiendo reformas y cosas de ese tipo, ¿no? Si fuera así uno podría acabar perdiéndolo todo... o quedando expuesta a la ignominia pública...

—Nada de eso —dijo Priscilla sonriendo—. No sé de qué reformadores habrá oído hablar, pero no tienen la más remota posibilidad de conseguir llevar a

la práctica ningún cambio real... al menos en las zonas de las que yo le hablo. Se construirán casas nuevas en muchos sitios, en ciudades industriales, pero eso no afectará a las propiedades de que estamos tratando. Barrios de pobres los habrá siempre, querida, y también personas que no tengan ningún otro sitio donde vivir.

Emily sintió un repentino acceso de repulsión. Miró al suelo para disimular su reacción y rebuscó un pañuelo en el bolso de malla. Luego se sonó con fuerza, y con menos delicadeza de lo que cabe esperar en una dama. Entonces compuso un semblante lo bastante natural como para enfrentarse de nuevo a los ojos de Priscilla y hacer pasar por ansiedad su expresión de aversión.

—Sí, creo que era justamente en los barrios pobres donde estaban actuando los reformadores.

El desprecio en el rostro de Priscilla era más que manifiesto.

—Sus temores son infundados, Emily. —El uso de su nombre de pila añadía un matiz de condescendencia a las palabras de Priscilla—. Hay personas muy poderosas involucradas. No sólo no tendría mucho sentido tratar de arruinarlas, sino que además sería extremadamente peligroso. Nada podrá causarle más que, a lo sumo, una pequeña inconveniencia, se lo prometo, que se solucionará sin necesidad de que usted llegue siquiera a enterarse, no digamos ya a intervenir personalmente.

Emily se recostó en la silla y esbozó una sonrisa forzada, aunque a ella le pareció que se limitaba a enseñar los dientes. Sostuvo la mirada de Priscilla sin pestañear, a pesar de que la embargaba un aborrecimiento infinito.

—Me ha dicho exactamente lo que quería saber. Y estoy segura de que es usted totalmente fiable y que conoce a la perfección aquello con lo que trata. No dude que volveremos a vernos en relación con este asunto, o al menos volverá a oír hablar de mí. Muchas gracias por dedicarme parte de su tiempo.

Priscilla sonrió mientras Emily se ponía de pie.

—Siempre me hace feliz el poder asesorar a una amiga. Cuando haya puesto en orden sus cosas y se decida a invertir, vuelva y la pondré en contacto con la persona que mejor podrá ayudarla, y con absoluta discreción.

No se hizo mención alguna del dinero, pero Emily sabía muy bien que estaba sobreentendido, y también estaba segura de que la propia Priscilla contaba con recibir un porcentaje por sus servicios.

—Por supuesto. —Emily hizo una ligera inclinación con la cabeza—. Ha sido usted muy generosa. No lo olvidaré.

Salió de la casa al frío aire de la calle, y hasta el estiércol del pavimento le pareció que suavizaba el ambiente, por comparación al lugar del que se marchaba.

—Llévame a casa —le dijo al cochero mientras éste la ayudaba a subir al carruaje—. Enseguida.

Cuando Jack regresó cansado, con el rostro macilento, ella estaba esperándolo. Ambos se sentían huraños, y con una ira similar.

Se detuvo en el vestíbulo, donde ella había acudido para recibirlo. Al oír sus pasos sobre las baldosas negras y blancas a ella aún se le aceleraba el corazón, y el sonido de su voz al pedirle al criado que le cogiera el abrigo la hizo sonreír. Ella lo miró buscando sus oscuros ojos grises en los que destacaban unas rizadas pestañas que la habían maravillado —y que le había envidiado— la primera vez que lo había visto. A ella le había parecido un hombre demasiado consciente de su propio encanto. Ahora que lo conocía mejor, seguía encontrándolo igual de atractivo, pero conocía además al hombre que había bajo aquella apariencia y le gustaba mucho. Era un amigo excelente y ella sabía el valor de esa cualidad.

—¿Ha sido muy horrible? —No perdió el tiempo con preguntas tontas como «¿cómo estás?». Eso podía verlo en su rostro: estaba exhausto y moralmente herido y guardaba un rencor similar al suyo. Se sentía igual de impotente para cambiar o castigar a los culpables o para socorrer a las víctimas.

—Más de lo que podría expresar con palabras —replicó—. Tendré suerte si puedo desprenderme del olor de la ropa o del regusto de la garganta. No creo que nunca pueda borrar por completo la imagen de tanta miseria. Veo los rostros de esas pobres gentes cada vez que cierro los ojos, como si estuvieran pintados en el interior de mis párpados. —Paseó la mirada a través del enorme vestíbulo de suelo embaldosado, paredes revestidas de roble, pulcra escalinata que ascendía a un descansillo con barandilla, cuadros, jarrones llenos de flores de hasta casi un metro de altura, grandes muebles tallados de madera reluciente y el paragüero con cinco bastones de empuñadura de plata.

Emily sabía en lo que estaba pensando. Por su mente habían pasado aquellas mismas ideas más de una vez. Pero aquélla era la casa de George, la herencia de los Ashworth, y pertenecía por tanto a su hijo Edward. A ella sólo le pertenecía en fideicomiso hasta que su hijo alcanzara la mayoría de edad. Jack también lo sabía, pero a pesar de todo ambos experimentaban cierto sentimiento de culpa por disfrutar de un lujo de una forma tan fácil como si hubiera sido suyo, cosa que en la práctica era.

—Ven a sentarte a la salita —le dijo con dulzura—. Albert puede prepararte un baño. Cuéntame lo que has visto.

La cogió del brazo y la acompañó, mientras con voz pausada y grave le describía el lugar al que Anton lo había llevado. No empleó muchas palabras, no quería ni abrumarla a ella, ni revivir el horror y la piedad sin esperanza que había experimentado durante la visita, ni quería volver a sentir la misma amargura. Le explicó que había visto inmuebles atestados de ratas y piojos cuyas paredes exudaban humedad y manchas enmohecidas, con los sumideros y las conducciones sin tapar y llenos de desperdicios. Había muchas habitaciones que estaban ocupadas por quince o veinte personas, de todas las edades y de ambos

sexos, sin ningún tipo de intimidad ni higiene, sin agua ni colectores. Algunos de los tejados y las ventanas estaban tan maltrechos que entraba el agua de la lluvia, pero cada semana pasaban puntualmente a recaudar el alquiler. Algunas personas desesperadas realquilaban los únicos y escasos metros cuadrados de que disponían, con el fin de poder cumplir sus propios pagos.

Se abstuvo de describir las condiciones de las fábricas de explotación de los trabajadores, en las que mujeres y niños trabajaban en sótanos a la luz de gas o de las velas y sin ventilación, dieciocho horas al día, cosiendo camisas, guantes o vestidos para personas que vivían en otro mundo.

No entró en detalles acerca de los burdeles y las tabernas de mala reputación, ni de las angostas y fétidas habitaciones en las que los hombres encontraban el olvido que les proporcionaba el opio. Se limitó a constatar su existencia. Para cuando él había dicho lo que necesitaba decir y había compartido la carga de lo que había visto, para sentir la comprensión de Emily, quien le mostró su angustia por las mismas cosas, su misma conciencia de la humillación y la impotencia, Albert había entrado dos veces para decir que el agua del baño se le estaba enfriando, así que al final entró una tercera vez para informarle que tenía preparado un baño fresco.

Por la noche, estaban en la cama a punto de dormirse, cuando ella le contó por fin lo que había hecho, dónde había estado y las cosas de que se había enterado.

Vespasia planteó sus preguntas a Somerset Carlisle una vez concluidos los trámites parlamentarios del día. Eran más de las once de una noche fría y brumosa cuando la dama estaba por fin de vuelta en casa. Se sentía cansada, pero demasiado preocupada para conciliar el sueño. Algunos de sus pensamientos se centraban en los problemas de los que había tratado con él, pero buena parte de su ansiedad era a causa de Charlotte. No dejaba de sentirse un poco culpable, al menos por la sugerencia de haberle ofrecido a Percival y el carruaje y la prontitud con que ella se había llevado a los niños a casa de Caroline Ellison, lo que había permitido a Charlotte embarcarse en una aventura que podía resultar peligrosa. En aquellos momentos sólo había pensado en Clemency Shaw y en la terrible injusticia de su muerte. Por una vez había permitido que la ira triunfara sobre el sentido común y había enviado a la mujer por la que más afecto sentía a una situación de grave riesgo. Era verdad: sentía por Charlotte un cariño superior a nadie más, ahora que su propia hija había muerto. Y más aún: le gustaba. Disfrutaba de su compañía, de su sentido del humor, de su valor. No sólo había cometido una imprudencia, sino también una irresponsabilidad; ni siquiera había consultado a Thomas, quien era el que más derecho tenía a saber.

Pero no formaba parte de su forma de ser el perder el tiempo con cosas que no podía resolver. Tendría que sobrellevarlo y aceptar su parte de culpa, si la había. No tenía objeto ponerse a escribir a Thomas o ir a hablar con él. Ya se lo diría Charlotte, o no, como quisiera. Y ya le impediría él continuar o no, según lo que fuera capaz. La intervención de Vespasia no serviría ya para enmendar el error.

Pero le costó dormirse.

La noche siguiente se encontraron para cenar en casa de Vespasia, con el fin de comparar sus progresos en las averiguaciones, pero sobre todo para escuchar la exposición de Somerset Carlisle acerca de la situación de la ley contra la que debían luchar y, a ser posible, cambiar.

Emily y Jack llegaron pronto. Emily iba vestida con menos sofisticación de lo que recordaba Vespasia desde que abandonara el luto por George. Jack tenía aspecto cansado. En su siempre bello rostro se veían marcados surcos que aumentaban la seriedad de unos ojos exentos de ironía. Se mostraba cortés por costumbre, pero hasta los cumplidos habituales faltaban en sus labios.

Charlotte se retrasaba, por lo que Vespasia empezó a ponerse nerviosa, mientras su mente iba y venía de la conversación trivial que intercambiaban en aquel momento al asunto del que tratarían durante la velada.

Somerset Carlisle entró con gesto adusto. Miró a Vespasia, luego a Emily y Jack y evitó preguntar dónde estaba Charlotte.

Pero Charlotte llegó por fin, en el carruaje conducido por Percival. Estaba sin aliento, cansada, con el cabello bastante peor peinado de lo habitual. Vespasia sintió tanto alivio al verla que lo único que fue capaz de hacer fue criticarla por llegar tarde. No se atrevía a mostrar sus emociones, habría sido de lo más inconveniente.

Se dirigieron al comedor y la cena fue servida.

Cada cual informó de lo que había visto o hecho, de forma somera y pasando por alto descripciones innecesarias. Los hechos ya eran bastante terribles. No mencionaron el cansancio, las indisposiciones ante lo que habían visto o el peligro que hubieran podido correr. Lo que habían presenciado estaba muy por encima de cualquier intento de autocompasión o alabanza.

Cuando el último de los reunidos concluyó, todos se volvieron hacia Somerset Carlisle.

Pálido y apesadumbrado, les explicó cómo era la ley con respecto a aquel asunto. Les confirmó lo que todos ya sabían: que era casi imposible descubrir quiénes eran los propietarios si éstos querían permanecer en el anonimato, y que la ley no establecía limitaciones que socorrieran o protegieran al inquilino. No existían requisitos básicos de condiciones de habitabilidad con respecto al agua, al

alcantarillado, al abrigo o ningún otro tipo de instalación suplementaria. No había medidas compensatorias con respecto al pago del alquiler o la libertad de desalojo.

—Entonces tenemos que cambiar la ley —dijo Vespasia cuando concluyó Carlisle—. Continuaremos desde el punto en que a Clemency se lo impidieron los asesinos.

—Puede ser peligroso —advirtió Somerset Carlisle—. Vamos a molestar a personas poderosas. Lo poco que he sabido hasta ahora indica que hay miembros de grandes familias que obtienen al menos parte de sus ingresos por esta vía. Algunos de ellos son industriales con enormes fortunas reinvertidas. El asunto alcanza también de una forma directa o indirecta a otros hombres con no menos ambiciones y anhelo de riqueza, hombres que pueden sentirse tentados a vender favores... miembros del Parlamento, jueces del tribunal. Será una lucha muy dura, y ninguna victoria será fácil.

—Es una lástima —dijo Vespasia sin consultar siquiera a los demás con una fugaz mirada—. Pero todo eso es irrelevante.

—Necesitamos más gente asentada en el poder. —Carlisle miró a Jack—. Más hombres en el Parlamento dispuestos a arriesgar un cómodo escaño a cambio de luchar contra los intereses creados.

Jack no contestó, pero habló poco el resto de la noche, y el trayecto de vuelta a casa lo hizo sumido en profundos pensamientos.

Pitt y Murdo estuvieron trabajando desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche siguiendo la pista de toda nimia prueba material, hasta que no quedó nada por preguntar. Los policías de Highgate continuaban buscando al pirómano al que se empeñaban en considerar culpable. Pero hasta el momento no habían dado con su paradero, si bien presentían que cada día de pesquisas los acercaba más a él. Se habían producido más incendios provocados de un modo similar: una casa vacía en Kentish Town, un establo en Hampstead, una residencia campestre al norte, en Crouch End. Interrogaron en todos los puestos de suministro de aceite carburante en un radio de distancia de Highgate de cinco kilómetros, pero no hallaron más demandas de suministro que las habituales para las necesidades domésticas normales. Preguntaron a todos los médicos en funciones si habían tratado a alguna persona de quemaduras que no hubiera sabido o querido explicar de forma convincente. Consultaron con la policía y los servicios de bomberos de los distritos circundantes acerca del nombre, el paradero actual, el historial y los métodos de todo aquel que hubiera provocado un incendio intencionado en los últimos diez años, pero no les proporcionó ningún dato de utilidad.

Pitt y Murdo indagaron también acerca del valor, el montante del seguro y la propiedad de todas las casas quemadas, pero no encontraron ningún dato que pudiera relacionarlas. Habían investigado también en torno a las disposiciones testamentarias de Clemency Shaw y Amos Lindsay. Clemency legaba todo cuanto poseyera a su muerte a su esposo, Stephen Robert Shaw, con la sola excepción de unos pocos objetos personales que dejaba a algunos amigos; y Amos Lindsay dejaba sus obras de arte, sus libros y sus recuerdos de viaje también a Stephen Shaw, mientras que la casa, para sorpresa general, la dejaba a Matthew Oliphant, inesperado e inexplicable obsequio que Pitt juzgó por entero acertado. No era sino una prueba más de lo poco convencional que había sido aquel hombre.

Sabía que Charlotte estaba en el asunto, pero como viajaba en el carruaje de Vespasia, bajo el cuidado de su criado, consideraba solventado el peligro. Además, tampoco creía que fuera a sacar mucho de aquella actividad, pues le

había dicho que se proponía continuar con las últimas visitas conocidas de Clemency Shaw, y Pitt, desde la muerte de Lindsay, estaba seguro de que Clemency había muerto por azar y que la víctima que se perseguía era Stephen Shaw.

Así que la mañana siguiente a la de la cena en casa de Vespasia, en que conocieron el alcance y naturaleza de la ley, Charlotte se vistió con ropas dignas pero corrientes. No le fue difícil, por cuanto no era de otro modo la mayor parte de su guardarropa. Luego esperó la llegada de Emily y Jack.

Llegaron pronto, para su sorpresa. Si tenía que ser sincera, no hubiera creído que Emily fuera capaz de levantarse a una hora tan temprana para hacerlo posible. Pero el caso es que Emily estaba en la puerta antes de las nueve, con su elegante aspecto habitual, y Jack un paso por detrás de ella, vestido sin excesos, con unos discretos tonos marrones.

—Eso no servirá —dijo Charlotte nada más verla.

—Lo sé perfectamente. —Emily entró, le dio un ligero beso en la mejilla y fue hacia la cocina—. Aún no estoy del todo despierta. Espero por el amor de Dios que Gracie haya puesto agua para hacer té. Tendré que cogerte algo prestado. Todo lo que tengo parece que haya costado, como mínimo, lo que costó de verdad... que era lo que se pretendía, claro. ¿Tienes algún vestido marrón? Me sienta fatal el marrón.

—No, no tengo —dijo Charlotte—. Pero tengo dos de tono oscuro, granate, que te sentarán igual de mal.

Emily se echó a reír. Su rostro se aligeró y se desvaneció algo de su cansancio.

—Gracias, querida. Qué encanto por tu parte. ¿Te sientan bien a ti los dos, o hay alguno más pequeño que pueda quedarme mejor?

—No. —Charlotte captó la broma y, con las cejas arqueadas, se esforzó por responder sin reírse—. Te irán perfectos de cintura, ¡pero un poco grandes de pecho!

—¡Mentirosa! —replicó Emily—. Me harán una bolsa en la cintura, y me pisaré la falda al caminar. Cualquiera de los dos me servirá de maravilla. Iré a cambiarme mientras tú pones el té. ¿Viene Gracie también? No creo que sea una aventura demasiado divertida para ella.

—Señora, por favor —dijo Gracie con tono apremiante. Había probado la emoción de la caza, de formar parte de la partida, y se sentía lo bastante envalentonada como para luchar por su causa—. Puedo ayudar. Yo entiendo a esas personas.

—Claro que sí —dijo Charlotte—. Si tú quieres. Pero no debes separarte de nosotros en ningún momento. Si no nos haces caso, no nos responsabilizamos de lo que pueda pasarte.

—Oh, haré lo que diga, señora —prometió con su seria carita como si

estuviera prestando juramento—. Y observaré y escucharé. A veces me doy cuenta de cuándo la gente dice una mentira.

Media hora más tarde se instalaban los cuatro en el coche de repuesto de Emily, dispuestos a recorrer el trayecto hasta Mile End para rastrear a los propietarios de casas de alquiler cuya pista había seguido Charlotte en su intento de reconstruir los pasos de Clemency Shaw. Lo primero fue intentar descubrir al recaudador de alquileres, con el fin de que les dijera para quién realizaba aquella vil tarea.

Había tomado nota de la dirección exacta. Aun así, les llevó cierto tiempo encontrarla de nuevo. Las calles eran estrechas y requería saber sortear a quienes no tenían más trabajo que sus carromatos de chamarilero, sus tenderetes de ropa vieja, sus puestos ambulantes, sus carros de verdura, y a los grupos de gente que vendía o mendigaba. La mayoría de los caminos de paso tenían similar aspecto: un pavimento lo bastante amplio para permitir el paso de una sola persona, con la parte central adoquinada, muchas veces con las cunetas de desagüe al aire libre y por las que bajaban los desechos nocturnos; las casas apuntaladas inclinadas amenazantes sobre la calzada, algunas tan juntas en su parte superior que apenas dejaban pasar la luz del sol. Uno podía imaginarse a la gente de los pisos altos dándose la mano por encima de la divisoria, si se inclinaban lo suficiente y se sentían con humor.

La madera estaba descantillada y en algunos lugares podrida, donde no se había caído. El yeso estaba manchado por las antiguas goteras y la humedad que exudaba de las piedras. Aquí y allá se veían pedazos de escayola que fueran antiguas insignias.

Había gente de pie en los portales, formas oscuras que se amontonaban, rostros que emergían fugazmente para ver pasar a alguien.

Emily tocó la mano de Jack. La abigarrada e insondable desesperanza de aquel lugar la asustaba. Nunca había sido testigo de tanta carencia de todo. Y eran muchos. Un niño correteaba junto a ellos pidiendo limosna. No sería mayor que su propio hijo, quien en aquel momento estaría sentado en casa, en la habitación de estudiar, luchando por aprender las tablas de multiplicar y tratando de encontrar algo de comer que no fuera el preceptivo pudín de arroz que tanto odiaba. Y esperando que llegara la tarde, cuando podría jugar.

Jack buscó una moneda en los bolsillos y se la lanzó al chico, quien se arrojó sin pensar casi debajo de las ruedas del coche, y por un angustiante momento Emily pensó que lo aplastaría. Pero reapareció al cabo de un instante, radiante de júbilo y apretujando en su sucia manita la moneda, que mordió acto seguido para comprobar la calidad del metal.

En cuestión de segundos, una docena de pilluelos se habían congregado gritando alrededor del coche, estirando las manos y peleándose por ponerse el primero. Aparecieron entonces hombres mayores. Se oyeron silbidos, gritos,

amenazas, y al cabo de un instante la multitud se apelotonó de tal forma que los caballos apenas podían pasar y el cochero tenía miedo de fustigarlos, no fueran a aplastar a aquella multitud vociferante, revuelta e impetuosa.

—¡Oh, Dios mío! —Jack se puso lívido al percatarse de lo que había provocado.

Emily estaba verdaderamente asustada, acurrucada en el asiento, pegada a él. Parecía como si estuvieran rodeados por una multitud ensordecedora que alargaba los brazos hacia ellos e intentaba detener el coche con rostros deformados por el hambre y el odio.

Gracie se arrebujaba en su chal con los ojos muy abiertos, inmóvil.

Charlotte no sabía qué intentaba hacer Jack para paliar la situación, pero vació las pocas monedas que llevaba para sumarlas a las suyas.

Él las cogió sin vacilar y, tras abrir la ventana por la fuerza, las lanzó por detrás del cochero, tan lejos como pudo.

La multitud se abalanzó sobre el lugar en que habían caído las monedas. El cochero fustigó a los caballos, que se vieron por fin libres y se lanzaron al trote calle abajo, mientras las ruedas traqueteaban sobre la húmeda superficie.

Jack cayó hacia atrás en el asiento, todavía lívido, pero con una leve sonrisa en los labios.

Emily se volvió para mirarlo, con los ojos brillantes y el color recuperado. Ahora, además de piedad y miedo, sentía una viva y renovada admiración.

Charlotte experimentaba también un sentimiento de grato respeto que era nuevo en ella.

Cuando llegaron al inmueble en cuestión, se decidió que entraran Charlotte y Gracie, puesto que los ocupantes ya las habían visto. Si iban más personas podía parecer una demostración de fuerza y producir el efecto contrario al deseado.

—¿El señor Thickett? —Un reducido grupo de mujeres se miraron unas a otras—. No sabemos de dónde viene. Viene una vez por semana y se lleva el dinero sin más.

—¿Es suya esta casa? —preguntó Charlotte.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepamos? —dijo una desdentada mujer—. ¿Y a usted qué le importa, eh? ¿Acaso es asunto suyo? ¿Quién es usted, que le gusta hacer tantas preguntas?

—Pagamos el alquiler y no buscamos problemas —añadió otra cruzando unos gordezuelos brazos sobre un busto todavía más voluminoso. Había un vago tono de amenaza en su voz, remarcada por la manera en que se balanceaba ligeramente y miraba con fiereza a los ojos de Charlotte. Era una mujer con muy poco que perder, y lo sabía.

—Buscamos un sitio para alquilar —dijo Gracie de pronto—. Nos han echado de donde vivíamos y tenemos que encontrar algo rápido. No podemos esperar al día de cobro, tenemos que encontrarlo ya.

—Ah... ¿por qué no lo han dicho antes? —La mujer miró a Charlotte con una mezcla de lástima y exasperación—. Orgullosa, ¿eh? Estúpida, más bien. Han venido tiempos difíciles y ha caído, ¿no es así? Vivía en la cresta de la ola, demasiado alto para lo que podía, y ahora ha descendido a la cruda realidad. Eso le pasa a mucha gente. Bueno, Thickett no viene hoy, pero les diré dónde pueden encontrarlo...

—Son malos tiempos —dijo Gracie con tono plañidero.

—Ah ¿sí? Bueno, sus malos tiempos no son los mismos que los míos. —La pálida boca de la mujer se retorció en una sonrisa burlesca—. No voy a pedirles dinero. Supongo que no lo tienen, claro, de lo contrario no habrían venido aquí... Pero me quedaré con su sombrero. —Miró a Charlotte, luego observó el tamaño de sus manos y se fijó entonces en el chal de lana marrón de Gracie—. Y con su chal. Y les diré dónde tienen que ir.

—Puedes quedarte con el sombrero. —Charlotte se lo quitó mientras lo decía—. Y te daremos el chal si encontramos a Thickett donde nos digas. Si no... —Dudó apretando los labios, pero miró la cara de desilusión de la mujer y comprendió la futilidad de su amenaza—. Si no, te quedas sin el chal —concluyó.

—Ah, ¿sí? —La voz de la mujer rezumaba años de experiencia—. Cuando hayan visto a Thickett, van a venir aquí sólo para darme a mí el chal, ¿no? Por quién me toman, ¿eh? O me dan el chal ahora, o no hay Thickett.

—Ándese con cuidado —dijo Gracie con desdén—. Puede estar contenta con el chal. Pero si no hay Thickett, no hay sombrero. Puede parecer una señora educada, pero es de lo peor que hay si se enfada... y ahora está muy enfadada. ¿Y usted qué problema tiene? ¿Es tonta o qué? Coja ya el sombrero y díganos dónde está Thickett. —Tensaba su pequeño rostro con expresión dura. Se había metido en una aventura y estaba dispuesta a arriesgarlo todo por triunfar.

La mujer percibió la diferencia de condición entre ambas, reconoció el peculiar acento de Gracie y se dio cuenta de que estaba tratando con alguien más próximo a su mundo. Abandonó sus aires fanfarrones y encogió sus anchos hombros. Lo había intentado, y a nadie se puede culpar por eso.

—Encontrarán a Thickett en Sceptre Street, en la casa grande que hace esquina con Usk Street. Vayan por la parte de atrás y pregunten por Tom Thickett. Digan que es para llevarle un alquiler. Les dejarán entrar, y si le dicen que quieren hablar de dinero, les escuchará. —Arrebató el sombrero a Charlotte y lo acarició con admiración, con gesto de concentración—. Si están pasando una mala época, empeñen unos cuantos como éste y tendrán qué comer para varios días. Mala época. No tienen ni idea de lo que es pasar una mala época.

Nadie quiso discutir. Las dos sabían muy bien que habían fingido su pobreza para la ocasión y que era una mentira sólo excusable por su brevedad y una forma de vislumbrar lo que la realidad podía ser.

De vuelta en el carruaje, se dirigieron despacio hacia Sceptre Street, tal como

les había dicho la mujer. La calle era más espaciosa, las casas a ambos lados tenían una fachada más ancha y no se cernían sobre la calzada, pero las cunetas de desagüe seguían estando al aire libre y llevaban los desperdicios dejando un olor fuerte y rancio. Charlotte se preguntaba si sería capaz de eliminar aquel hedor del interior de la falda. Lo más probable era que Emily tirara la suya. A Gracie tendría que recompensarla de alguna forma. Observó su pequeño cuerpo, tan erguido como el de tía Vespasia, a su manera, pero una cabeza más bajo. Su rostro, con una tersura todavía infantil, estaba más vivo de emoción de lo que jamás lo hubiera visto.

Se bajaron en la esquina y recorrieron el camino de entrada, más ancho que en las calles que acababan de dejar, y llamaron a la puerta. Les abrió una doncella muy desarreglada, a la que pidieron ver al señor Thickett, dejando claro que se trataba de un asunto de dinero, y de cierta urgencia, al tiempo que Gracie dejaba escapar un teatral sollozo. Las hizo pasar y las condujo hasta una fría habitación que parecía destinada a almacenar muebles y, en ocasiones como la presente, a entrevistas como aquella. Había varios arcones y sillas viejas amontonados unas sobre otros de forma bastante temeraria, y también una mesa a la que le faltaba una pata y un hatillo de cortinas que parecían haberse estado pudriendo en la humedad. La estancia entera desprendía un olor a enmohecido. Emily esbozó una mueca de desagrado en cuanto entraron.

No había sitio para sentarse y recordó de pronto con un ligero sobresalto que habían ido allí a implorar, a pedirle un favor a aquel hombre, desde una posición en la que no podían hacer otra cosa que rebajarse a una actitud comedida hasta la humillación. Sólo el recuerdo de la muerte de Clemency Shaw, el cuerpo calcinado en su imaginación, le daba fuerzas para hacerlo.

—No nos dirá quién es el propietario —susurró con rapidez—. Considerará que tiene la sartén por el mango, puesto que hemos venido a pedirle que nos ceda media habitación.

—Tiene razón, *milady* —contestó Gracie también en un susurro, incapaz de olvidar el debido tratamiento incluso en aquellas circunstancias—. Si es un recaudador de alquileres, podemos esperar que sea un matón... siempre lo son, y no precisamente generosos. Nunca hacen nada por nadie, sólo lo imprescindible.

Por un momento se quedaron todos confusos. La primera historia ya no servía. Entonces Jack sonrió al oír unos pesados pasos que se acercaban por el pasillo y la puerta se abrió para dar paso a un hombre grandullón, con un pecho de armario, de cara muy angulosa en la que sobresalía una nariz prominente y unos ojillos redondos y avispados. Se aguantaba los pulgares de los laterales de un chaleco que había sido beige, pero que estaba ahora manchado y descolorido por los años de uso descuidado.

—¿Y bien? —Los observó con mansa curiosidad. Sólo tenía una vara para medir a la gente: si no podían o si podían pagar el alquiler, ya fuera por sus

propios medios o por los que pudieran ganar, aunque para obtenerlos tuvieran que robar o realquilar sus habitaciones. A las mujeres las consideraba también desde otro punto de vista, además del dinero que pudieran poseer o la fuerza de trabajo que fueran capaces de producir: se fijaba también en si tenían la belleza o la juventud suficientes para ganarse el sustento haciendo la calle. Las tres le parecieron lo suficientemente guapas, pero sólo Gracie parecía tener el contacto con la realidad necesario. Las otras dos, cosa que se veía a las claras en su expresión, tendrían que vivir en el mundo una buena temporada antes de ser capaces de acomodarse a los gustos de un cliente de pago. Con todo, la simpatía compensa muchas carencias, de hecho casi todas, salvo la edad.

Por otra parte, Jack tenía un aspecto de dandi, a pesar de la ropa que llevaba. Por muy vieja que fuera, no ocultaba la destreza de la mano que había hecho el nudo de la corbata, ni el elegante corte de los hombros, ni la caída de las solapas. No, aquél era un hombre al que le gustaban las cosas buenas. Si estaba pasando por una mala época, no haría un buen trabajador de él: sus manos tersas y bien cuidadas lo atestiguaban. Pero además tenía una mirada perspicaz, y algo en él delataba un temperamento fácil para el trato con los demás, cierto encanto. Podría ser un buen estafador, alguien capaz de vivir de sus artes. Y no sería el primer caballero en convertirse en eso...

—¿Así que quieren una habitación?—dijo—. Yo diría que podría encontrarles una. Si pueden pagarla, tal vez una para ustedes solos. ¿Qué les parece cinco chelines a la semana?

Los labios de Jack esbozaron una mueca de desagrado y cogió a Emily por el brazo.

—En realidad no ha entendido nuestro propósito —dijo de forma directa, mirando a Thickett con ojos duros—. Represento a Smurfitt, Taylor y Mordue, abogados. Mi nombre es John Consterdine. —Vio cómo el rostro de Thickett se tensaba en una mezcla de enojo y recelo—. Hay un pleito cuya vista debe celebrarse en breve y que está relacionado con cierta propiedad en la que se han dado actos de negligencia que han acarreado responsabilidades por las considerables pérdidas producidas. Puesto que usted es quien recauda los alquileres de esa propiedad, presumimos que es suya, y que es por tanto responsable de...

—¡No, no es mía! —Thickett entrecerró los ojos y tensó el cuerpo en un acto reflejo de autodefensa—. Yo recaudo el alquiler, eso es todo. Sólo soy un recaudador. Es un trabajo honrado, no tengo nada que ver con ustedes. No puedo ayudarle.

—No soy yo quien necesita ayuda, señor Thickett —dijo Jack con aplomo—. Es usted quien, si la propiedad es suya, deberá ingresar en prisión por deudas impagadas...

—Ah, no. Yo no poseo nada más que esta casa, con la que no he tenido ningún

problema durante años. Además —giró la cara al tiempo que reconsideraba la situación, una vez pasada la primera señal de alarma y recuperado su innato sentido común—, si es usted abogado, ¿quiénes son ellas? ¿Sus pasantes? —Señaló con su generoso índice a Emily, Charlotte y Gracie.

Jack respondió con diáfana sinceridad.

—Ellas son mi esposa, mi cuñada y su doncella. Las he traído conmigo porque sabía que era poco probable que usted quisiera recibirme si venía solo y tenía alguna sospecha cierta de quién era yo y por qué venía. Y los hechos me han dado la razón. Nos ha tomado usted por una familia en desgracia que necesitaba alquilar habitación. La ley exige que le entregue a usted los papeles... —Hizo ademán de buscar en su bolsillo interior.

—No, no puede ser —dijo Thickett—. Yo no poseo ningún inmueble. Como le he dicho, sólo recaudo el alquiler...

—Y se lo echa al bolsillo —concluyó Jack—. Bueno, pues en ese caso dispondrá usted de un buen capital para pagar las costas...

—Lo único que tengo es el salario que me pagan por mi trabajo. El resto, salvo mi comisión, lo entrego todo.

—Ah, ¿sí? —Jack arqueó las cejas—. ¿A quién?

—Al agente, claro. Al agente que lleva los negocios de quienquiera que sea el propietario de los inmuebles de Lisbon Street.

—¿De verdad? ¿Y quién es? —La incredulidad seguía presente en sus ojos.

—No lo sé. ¿De dónde demonios viene usted? ¿Es que se cree que la gente que tiene propiedades como éstas les pone el nombre en la puerta? ¿Es tonto, o qué?

—Él agente —Jack volvió atrás con habilidad—. Está claro que el propietario no tiene tratos con los tipos como usted, si usted no tiene que rendir cuentas a él... ¿Quién es el agente? No me iré sin entregar estos papeles a alguien.

—El señor Buffery, Fred Buffery. Le encontrará en Nicholas Street, detrás de la fábrica de cerveza, allí es donde lleva los negocios. Vaya a darle esos papeles a él. Yo no tengo nada que ver con eso. Yo sólo cobro el alquiler. No es más que un trabajo... igual que el suyo.

Jack no se molestó en discutirlo. Ya tenían lo que querían y no le apetecía seguir allí. Sin cortesía alguna, abrió la puerta y salieron. Encontraron el coche a algunas casas de distancia y se dirigieron a la siguiente dirección.

Allí les informaron que el señor Buffery estaba comiendo en el *pub* de las inmediaciones, el Goat and Compasses, así que pensaron que era el momento idóneo para hacer lo mismo. Emily estaba fascinada. Nunca había estado en un establecimiento como aquél. Charlotte sí, pero en barrios más decentes.

Dentro se oía alboroto de risas y voces que hablaban con excitación, conversaciones a menudo soeces, y también el ruido de vasos y platos trechocando. Olía a cerveza, sudor, serrín, vinagre y verdura hervida.

Jack vaciló. No era un lugar adecuado para unas damas. En su rostro se reflejó aquel pensamiento de forma tan palpable como si lo hubiera expresado con palabras.

—Bobadas —dijo Emily tras él—. Tenemos mucha hambre. ¿Vas a negarte a darnos de comer?

—Sí... en este sitio, sí —repuso con firmeza—. Encontraremos algo mejor, aunque sea un puesto ambulante. Podemos ir a ver al señor Buffery cuando vuelva a su oficina.

—Yo me quedo aquí —replicó Emily—. Quiero ver... Todo esto forma parte de lo que estamos haciendo.

—No, no es así. —La cogió del brazo—. Necesitamos ver a Buffery para que nos diga para quién trabaja, pero no tiene por qué ser en este lugar. No pienso discutir esto, Emily. Vienes fuera conmigo.

—Pero Jack...

Antes de que la discusión fuera más lejos, Gracie se deslizó entre ellos, se dirigió al camarero que atendía la mesa más cercana y le tiró de la manga hasta que lo obligó a volverse para ver quién estaba haciéndole perder el equilibrio.

—Por favor, señor —le suplicó—. ¿Está aquí el señor Buffery? No oigo su voz en el tumulto, y no veo demasiado bien. Es mi tío y tengo que darle un recado.

—Dímelo a mí, pequeña, y yo se lo transmitiré —dijo el camarero.

—Oh, no puedo hacer eso, señor, me va la vida en ello. Mi papá se pondría furioso y me haría algo malo.

—De acuerdo. Está allí, en aquel rincón. Pero no le molestes, ¿entendido? No me gusta que se moleste a mis clientes. Le das el recado y te vas, ¿comprendes?

—Sí, señor. Gracias, señor. —Y se dejó acompañar hasta el otro extremo, donde había un hombre con la cara encarnada y el pelo rojizo sentado tras una pequeña mesa y con un plato delante servido con generosidad en el que había una succulenta empanada con crujientes trozos de carne adobada y una loncha de queso curado. Al alcance de la mano había dos jarras de cerveza.

—¿Tío Fred? —empezó Gracie ante la presencia del camarero, con la ferviente esperanza de que al menos Charlotte, si no todos los demás, estuvieran detrás de ella.

Buffery la miró con irritación.

—Yo no soy tu tío. Vete a molestar a otro. No me interesas. Si quisiera una mujer, ya me la buscaría yo, una que fuera bastante más descarada que tú... Y no doy limosna.

—¡Ajá! —exclamó el camarero, enojado—. Dijiste que era tu tío.

—Y lo es —dijo Gracie desesperada—. Mi papá me ha dicho que le dijera que mi abuelita se ha puesto muy mala y que necesitamos dinero para ayudarla. Es por el frío.

—¿Eso es verdad? —preguntó el camarero a Buffery—. ¿No quiere saber

nada de su propia madre?

Para entonces, Charlotte, Emily y Jack estaban detrás de Gracie. Sintió una oleada de alivio. Se echó a sollozar de forma frenética, mitad asustada, mitad decidida a representar el papel hasta el final.

—Todas esas casas son tuyas, tío Fred, la mayoría en Lisbon Street. Podrías encontrarle a la abuelita un lugar acogedor donde pudiera estar más caliente. Está mal de verdad. Mamá cuidará de ella, si nos encuentras un sitio mejor. Las paredes chorrean de humedad y hace un frío espantoso.

—Yo no soy tu tío Fred —bufó Buffery—. No te había visto en mi vida. Largo de aquí. Ten... ¡toma! —Le tiró una moneda de seis peniques—. Y ahora lárgate de aquí.

Gracie no hizo caso de la moneda y rompió en lágrimas con bastante facilidad.

—Con eso no podemos pagar más de una noche. ¿Qué vamos a hacer? Todas las casas de Lisbon Street son tuyas. ¿Por qué no puedes meter a papá y mamá en una de ellas para que podamos estar en un sitio seco? Trabajaré, de verdad que buscaré un trabajo honrado. Te pagaremos.

—¡Las casas no son mías, tontaina! —Buffery se sentía incómodo al ver que otros comensales se volvían para presenciar el espectáculo—. ¿Es que te crees que estaría aquí comiendo pastel frío y bebiendo cerveza si todos esos alquileres fueran míos? Yo sólo administro el negocio. Y ahora lárgate y déjame en paz, sabandija. No te había visto nunca, ni tengo ninguna madre enferma.

Gracie se vio libre de continuar con sus teatrales esfuerzos merced a la intervención de Jack, quien se hizo pasar de nuevo por abogado, sin relación ninguna con Gracie, y ofreció sus servicios para echar a la niña como era debido. Buffery aceptó encantado, consciente de que todos sus socios y convecinos lo miraban sin el menor disimulo. Su azoramiento proporcionaba un mejor espectáculo que el de muchos músicos y voceros ambulantes que cantaban sus baladas y proclamaban las últimas noticias o escándalos de la semana. Aquello lo tenían delante de sus ojos, y la víctima en apuros era alguien conocido por todos.

Una vez Buffery se hubo identificado, Jack le dijo a Gracie que se marchara, cosa que hizo con presteza y gratitud y después de haber cogido los seis peniques. Jack procedió entonces a amenazar al agente con pleitos por colaboración con el fraude, y Buffery se puso a jurar hasta la saciedad que él no era el propietario de los inmuebles de Lisbon Street y que estaba dispuesto a probar ante el abogado quién pasaba a recogerle cada mes todo el dinero de los alquileres, una vez restado el miserable porcentaje por sus servicios.

Tras una rápida comida, se encontraron a primera hora de la tarde en las oficinas de Bethnal Green Road de Fulsom e hijo, Penrose y Fulsom, una pequeña habitación en lo alto de unas estrechas escaleras a la que Jack insistió en

ir solo. Volvió al cabo de una media hora, durante la que esperaron en medio de un intenso frío. Emily, Charlotte y Gracie se abrigaron con mantas de viaje. Gracie no dejaba de recordar su triunfal actuación en el *pub*, y el subsecuente premio recibido.

Estuvieron hasta tarde tratando de averiguar el paradero de la agencia inmobiliaria cuyo nombre había obtenido Jack, gracias a una mezcla de mentiras y triquiñuelas del pequeño señor Penrose, pero al final se vieron obligados a volver a casa sin éxito.

Charlotte tenía la intención de contarle a Pitt los acontecimientos del día, pero al verle llegar a casa con el agotamiento marcado en las facciones, y en los ojos una expresión entre ansiosa y confusa, dejó a un lado sus novedades y le preguntó por las de él.

Pitt se sentó a la mesa de la cocina y cogió la taza de té que ella le había preparado de forma automática, pero en lugar de beber se limitó a agarrarla con las dos manos para calentárselas. Sólo entonces comenzó a hablar.

—Hemos ido a ver a los abogados de Shaw para leer el testamento de Clemency. La finca se la deja a su marido, tal como nos habían dicho. Le lega todo salvo algunos objetos personales que los deja a amigos. El más interesante es su Biblia, que se la deja a Matthew Oliphant, el coadjutor.

Charlotte no veía nada raro en ello. No es tan extraño que alguien le deje su Biblia a su coadjutor, sobre todo si se trata de un religioso tan sincero y considerado como Oliphant. Era posible, casi con toda seguridad, que Clemency no tuviera nunca la menor idea de los sentimientos de él hacia ella, por cuanto habían permanecido siempre guardados en un desesperado secreto. Recordó el anguloso y vulnerable rostro de Oliphant, de forma tan nítida como si acabara de verlo.

¿Por qué estaba Pitt tan preocupado? Parecía un testamento bastante corriente. Lo miró, expectante.

—La Biblia quedó destruida en el incendio, claro. —Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa y el rostro fruncido por la concentración—. Pero el abogado la ha visto... Era un volumen extraordinario, encuadernado en piel, estampado en oro y con un cierre con pasador que le pareció que podía ser de bronce, aunque no estaba seguro. —Le brillaban los ojos ante el recuerdo—. Y en el interior, todas las letras iniciales de los capítulos estaban iluminadas con colores y hojas doradas con las más exquisitas y diminutas pinturas. —Esbozó una lenta sonrisa—. Como si uno pudiera ver a través de un cerrojo una visión fugaz del cielo o el infierno. Ella se la había enseñado sólo una vez, así que él sabía de qué objeto se trataba sin posibilidad de error. Había pertenecido a su abuelo. —Su rostro se ensombreció con desagrado—. No a Worlingham, sino al

de la otra rama de la familia. —Entonces volvió al presente y a la sensación de hastío y destrucción. Se puso lívido y su expresión se demudó—. Debía ser una maravilla, y muy valiosa. Pero, por supuesto, se ha perdido con todo lo demás.

Pitt miraba a su mujer, confuso y algo angustiado.

—Pero ¿por qué razón se la dejaría a Oliphant? Ni siquiera es el vicario, sólo es un coadjutor más de la parroquia. Lo más probable es que no se quede en Highgate de forma definitiva. Si le concedieran una renta eclesiástica, sería para residir en otra parte... tal vez incluso en otro condado.

A Charlotte se le ocurrió la respuesta de forma inmediata y sin esfuerzo. Le resultaba tan obvia como le resultaría a cualquier mujer que hubiera amado alguna vez sin atreverse a manifestar su afecto, tal como le sucediera a ella una vez hacía muchos años, antes de conocer a Pitt. En aquella ocasión se había encaprichado de Dominic Corde, el marido de su hermana mayor, cuando Sarah aún vivía y residían todos en Cater Street. Por supuesto, aquel sentimiento se había extinguido como la falsa ilusión que era al contacto con la realidad, y su agonizante amor imposible había desembocado en una simple y llana amistad. Pero pensó que en el caso de Clemency Shaw, aquel afecto nunca había dejado de ser algo dolorosamente real. La personalidad de Matthew Oliphant no era un ideal ficticio que ella hubiera soñado, como Charlotte había hecho con Dominic. No era un hombre apuesto e ingenioso que se le apareciera a cada paso en su vida. Tenía por lo menos quince años menos que ella y no era más que un coadjutor denodado que apenas contaba con medios suficientes para subsistir. Y para los ojos más exigentes, era algo vulgar y no estaba especialmente dotado de talento.

Pero en su interior ardía una pasión. Enfrentados a la desgracia ajena, Clitheridge nunca sabía qué hacer, no tenía gracia, se descomponía y no sabía pasar de la mera superficialidad. La compasión de Oliphant, por el contrario, vencía cualquier dificultad, pues sentía el dolor como si fuera propio y sólo la piedad inspiraba su lengua.

La respuesta era obvia. Clemency lo había amado ni más ni menos que lo que él la había amado a ella, y a ambos les era igualmente imposible exteriorizar sus sentimientos, ni siquiera de la forma más nimia. Sólo al morir había ella podido dar una pequeña señal dejándole algo de infinito valor para ella pero que no pareciera demasiado especial para que no pudiera perjudicarle en su reputación. Una Biblia no era un cuadro, o un adorno, o cualquier otro objeto que hubiera podido delatar una emoción inadecuada. Una Biblia para un coadjutor, nada más. Sólo quienes la hubieran visto podían tal vez imaginar algo, y quizá esas personas fueran el abogado... y Stephen Shaw.

Pitt la miraba fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Charlotte?

Ella levantó la vista hacia él con una ligera sonrisa y un súbito nudo en la

garganta.

—¿Sabes una cosa? Él también la amaba a ella —dijo, y tragó saliva—. Me di cuenta cuando me ayudó a seguir la pista de Bessie Jones y de esas horribles casas. Conocía el itinerario.

Pitt dejó la taza sobre la mesa y le cogió las manos con gentileza. Las sostuvo entre las suyas y le acarició los dedos uno por uno. No había necesidad de añadir nada, y él desde luego no lo deseaba.

No fue hasta la mañana siguiente, justo antes de irse, cuando le dijo aquello que tanto le preocupaba. Estaba atándose las botas frente a la puerta principal mientras ella le sostenía el abrigo.

—Los abogados ya han resuelto la cuestión monetaria. Ha sido muy sencillo. No había dinero... apenas un par de cientos de libras.

—¿Cómo? —Creyó haber entendido mal.

Pitt se incorporó y ella le ayudó a ponerse el abrigo.

—No ha dejado dinero —repitió—. Todo el dinero que había heredado de los Worlingham se ha esfumado, salvo doscientas catorce libras con quince chelines.

—Pues yo creía que había un montón de dinero... ¿No era rico Theophilus?

—Inmensamente rico. Y todo su dinero fue a sus dos hijas, Prudence Hatch y Clemency Shaw. Pero Clemency no ha dejado nada.

Un atroz pensamiento cruzó su mente.

—¿Se lo ha gastado Shaw?

—No. El abogado es terminante. La propia Clemency entregó grandes sumas a toda clase de gente, tanto a personas como a sociedades.

—¿Con qué fin? —preguntó Charlotte, aunque una idea apuntaba ya en su mente, que suponía estaba presente también en la de él—. ¿Para la reforma de la vivienda?

—Sí... Al menos la mayor parte de lo que conoce el abogado, aunque hay una gran parte a la que no ha podido seguir el rastro... dinero que ha ido a parar a personas desconocidas.

—¿Vas a intentar dar con ellas?

—Por supuesto. Aunque no creo que tenga que ver con el incendio. Sigo pensando que iba destinado a Shaw, a pesar de que no tengo ningún indicio de ello.

—¿Y Amos Lindsay?

Se encogió de hombros.

—Supongo que lo matarían porque sabía, o intuía, quién era el responsable. Tal vez por algo que dijo Shaw, sin que él mismo supiera el significado que tenía. Y hay otra posibilidad, si quieres más terrible pero más verosímil: que quien intentó matar a Shaw no ceje y que el segundo incendio no fuese más que un

nuevo intento fallido. —Cogió la bufanda del colgador y se la pasó alrededor del cuello—. Y, por supuesto, no es imposible que Shaw provocara ambos incendios: el primero para matar a Clemency y el segundo para matar a Lindsay por haberse delatado a sí mismo, o por temor a que lo hiciese.

—¡Eso es una infamia! —repuso ella con ardor—. ¿Después de que Lindsay hubiera sido su mejor amigo? Y ¿por qué? ¿Por qué habría querido Shaw matar a Clemency? Tú mismo acabas de decir que no había dinero que heredar.

Odiaba tener que decirlo, y de hecho lo hizo con un gesto de repulsión.

—Precisamente por eso. Puesto que el dinero se había evaporado y necesitaba más, y Flora Lutterworth es joven, muy bonita y la única heredera de la mayor fortuna de Highgate... Y ella está muy encariñada de él... hasta el punto de ser la comidilla local.

—Oh —exclamó Charlotte, incapaz de encontrar nada que refutar. Aunque se negaba a creerlo a menos que hubiese pruebas irrevocables.

Él le dio un cariñoso beso y se marchó. Ella volvió al piso de arriba para vestirse para la visita diaria en compañía de Emily, Jacky y Gracie.

Les llevó toda la mañana dar con la agencia inmobiliaria, y luego tuvieron que utilizar una serie de triquiñuelas para sonsacarles los nombres de los abogados, una firma de la más alta reputación de Londres, que se encargaba de los asuntos de la compañía que poseía las propiedades de Lisbon Street, y de otras varias.

A las dos estaban sentados en las acogedoras y confortables oficinas de los señores Warburg, Warburg, Boddy y Boddy, mientras esperaban el regreso del señor Boddy padre de una extensa comida con un cliente. Había jóvenes pasantes en actitud grave sentados en sillas con la espalda curvada y escribiendo con perfecta caligrafía en documentos de vitela de los que colgaban sellos escarlata. También había chicos para hacer recados que iban y venían con paso silencioso, discretos y obedientes, mientras un hombre lleno de arrugas con un cuello duro de alas los vigilaba sin moverse de la silla de detrás del mostrador. Gracie, que nunca había estado en una oficina, se sentía fascinada y seguía con los ojos el menor movimiento.

Por fin regresó el señor Boddy, un hombre de cabello plateado, facciones suaves y voz y maneras perfectamente dúctiles. Hizo caso omiso de las mujeres y se dirigió a Jack. No parecía haber avanzado con los tiempos y reconocido que las mujeres gozaban ya de capacidad jurídica. Para él seguían siendo apéndices de la propiedad de un hombre: estaban para su posible placer, para su inequívoca responsabilidad, pero no para que se las informase o consultase.

Charlotte se sintió ofendida y Emily dio un paso al frente, pero la mano de Jack la retuvo y ella, en aras de la estrategia, obedeció. En los dos últimos días había renovado su respeto hacia él por su capacidad para leer en el carácter de

las personas y obtener información.

Pero Boddy era de una naturaleza muy diferente a la de aquellos con quienes se había encontrado hasta ese momento. Era suave de trato, se mostraba segurísimo de estar a salvo de cualquier amenaza de pleito y su sosegado y lisonjero rostro no se inmutó mientras exponía con condescendencia que sí, que llevaba diversos asuntos relacionados con las propiedades y las rentas de varios clientes, pero que no podía facilitar sus nombres ni ningún otro tipo de detalle particular. Sí, con toda certeza la señora Shaw lo había visitado con preguntas similares, a las que él se había mostrado igualmente incapaz de responder. Estaba profundamente apenado por su trágico fin —sus ojos permanecieron fríos e inexpressivos—, y les ofrecía sus sinceras condolencias, pero los hechos seguían siendo los mismos.

Se estaba llevando a cabo una investigación criminal, explicó Jack Actuaba por cuenta de otras personas, cuyos nombres tampoco podía facilitar. ¿Preferiría quizá el señor Boddy que fuera la policía la que se personara en sus oficinas para hacerle aquellas mismas preguntas?

Pero Boddy no se arredró. ¿Era Jack consciente de que las personas propietarias de tales bienes inmuebles se contaban entre las más poderosas de Londres y tenían amigos a los que podían acudir, caso de necesidad, para que protegieran sus intereses? Algunas de esas personas ocupaban posiciones muy elevadas y estaban en situación de conceder (o negar) favores que podían tener una influencia considerable en hacer más fácil la vida de una persona o abrirle el futuro de su profesión, o las puertas de las finanzas, o de la vida en sociedad.

Jack arqueó las cejas y preguntó con una ligera expresión de sorpresa si el señor Boddy estaba diciéndole que la posesión de las propiedades en cuestión situaba a esas personas en una posición tan incómoda que estuvieran dispuestas a causar menoscabo en la reputación o los intereses de todo aquel que pretendiera realizar indagaciones.

—Puede usted hacer las conjeturas que quiera, señor Radley —repuso Boddy con una sonrisa tensa—. No respondo de su situación, me he limitado a descargar mis responsabilidades en usted. Y ahora, otros clientes me esperan. Buenos días.

Se vieron pues obligados a marcharse sin más botín que el nombre de la compañía, que ya habían obtenido de la agencia. Ni nombres ni gente influyente: el tema ni siquiera se había tratado de forma explícita, más que a través de una amenaza velada.

—Odioso personajillo —repuso tía Vespasia cuando se lo contaron—. Pero qué otra cosa podíamos esperar. Si fuera diciéndole nombres al primero que entrara en su despacho, a buena hora habría durado tanto tiempo como abogado de la clase de personas que poseen esas propiedades.

Había ordenado ya que trajeran el té, mientras sus visitantes estaban sentados junto al fuego en la salita de estar, reponiéndose del frío tanto como de la decepción sufrida, al menos de momento, si es que no era definitiva, por cuanto parecían haber llegado a un punto muerto. Incluso a Gracie le fue permitido, por una vez, sentarse con ellos a tomar el té, aunque no intervino en la conversación. En lugar de ello se pasó el rato mirando con ojos como platos los cuadros de las paredes, los delicados muebles con la suave superficie satinada y, cuando se atrevía, a la misma Vespasia, sentada muy tiesa, con su cabello plateado recogido de forma inmaculada en lo alto de la cabeza, pendientes formados por ristas de grandes perlas, encajes de color crudo en el cuello y, en forma de largos fruncidos, sobre sus finas y estiradas manos, relucientes de diamantes. Gracie jamás había visto a nadie ataviado con tal esplendor, y estar sentada en su casa tomando té con ella era la cosa más memorable que hubiera hecho nunca.

—Pero reconoció que había visto a Clemency —señaló Charlotte—. No hizo el menor intento por ocultarlo. Era tan duro como el bronce, pero el doble de flexible. Lo más probable es que le contara a los propietarios que ella estuvo allí y lo que pretendía. Me habría encantado poder pegarle un buen puñetazo en la nariz.

—Lo que no hubiera sido nada práctico —dijo Emily mordiéndose el labio—. Pero a mí también, aunque mejor con la punta de un paraguas. ¿Cómo podemos averiguar a quién pertenece esa compañía? Seguro que tiene que haber una manera.

—Tal vez Thomas pudiera enterarse —sugirió Vespasia con un ligero fruncimiento de cejas—. No estoy familiarizada con los asuntos de negocios. En momentos como éste es cuando lamento mi falta de conocimiento de algunos aspectos de la sociedad. ¿Charlotte?

—No sé si podrá. —Recordó la conversación de la noche anterior—. Lo que sucede es que él no cree que podamos obtener nada. Sigue convencido de que el objetivo era el doctor Shaw y no Clemency.

—Podría muy bien ser así —concedió Vespasia—. Pero eso no cambia el hecho de que Clemency estuviera inmersa en una lucha en la que nosotros creemos con pasión. Y que como ella ha muerto, ahora no hay nadie que la prosiga, que sepamos. Es un abuso intolerable, tanto por la desgracia de las víctimas como por la inmensa mentira que encierra. No hay nada que me irrite tanto como la hipocresía. Me encantaría arrancarles las máscaras a esas caras mojigatas.

—Te comprendo —dijo Jack al instante—. Hasta ahora no sabía que había tanta ira en mi interior, pero la verdad es que en el momento presente me resulta difícil pensar en otra cosa.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Vespasia, quien miró a Jack con ojos aprobatorios. Él pareció no darse cuenta, pero a Emily le provocó un

sentimiento de afecto que la hizo comprender cuánto le importaba la buena opinión de Vespasia con respecto a su marido.

Charlotte pensó en la línea de investigación elegida por Pitt: la búsqueda entre los pacientes de Shaw de algo tan abominable que había producido ya dos asesinatos y podía ocasionar otros, hasta que el propio Shaw muriera. Pero seguía intuyendo que el objetivo de aquel primer incendio era Clemency y que el segundo lo habían provocado sólo para encubrir la verdad. El autor material del crimen podía ser cualquier pirómano a sueldo, pero el instigador del asesinato tenía que ser alguno de los propietarios de aquellos decrepitos, hacinados y espantosos inmuebles de Lisbon Street, temeroso del escarnio público al que Clemency hubiera podido exponerle al concluir sus investigaciones.

—Nosotros no podemos averiguar quién es el propietario de una compañía. —Depositó la taza en la mesa y miró a Vespasia—. Pero seguro que el señor Carlisle sí puede... tal vez conozca a alguien que lo sepa. Si es necesario podemos pagar a alguien para que lo averigüe.

—Hablaré con él —convino Vespasia—. Creo que sabrá apreciar que el asunto es de cierta urgencia. A lo mejor le persuadimos de que deje aparcadas otras tareas y se dedique a ésta.

Y así lo hizo Carlisle, en efecto, y a la noche siguiente les informó a todos, reunidos una vez más en la salita de Vespasia. Tenía expresión de sorpresa cuando entró acompañado por el criado. En sus ojos se reflejaba su habitual sentido del humor irónico, pero su rostro mostraba unos rasgos suaves, como si la sorpresa hubiera borrado las profundas líneas alrededor de su boca.

Pronunció los breves saludos de cortesía y aceptó el asiento que le ofrecía Vespasia. Todos se quedaron mirándolo, conscientes de que era portador de noticias, de cuya naturaleza no podían hacer sino meras conjeturas.

Los plateados ojos grises de Vespasia lo desafiaban a que hablara sin circunloquios. No había lugar a palabras melindrosas.

—Puedes empezar.

—La compañía propietaria de los inmuebles pertenece a su vez a otra compañía. —Contó la historia sin adornos superfluos, con los detalles precisos para comprender el sentido de la misma, mientras miraba a los presentes de uno a otro, incluida Gracie, de modo que se sintiera igualmente participe—. He ido a ver a algunas personas que me debían favores, o que desean tenerme en buena predisposición en un futuro, y he conseguido enterarme de los nombres de los poseedores de valores de la segunda compañía. Sólo uno de ellos sigue con vida. De hecho, es el único que queda vivo desde hace varios años. Ya en 1873, cuando la compañía se formó a partir de los restos de otra compañía similar, que a su vez procedía de otra anterior; ya en 1873, como decía, los otros titulares de valores

estaban o ausentes del país de manera indefinida, o eran de una edad avanzada y su estado de salud tan precario que los incapacitaba para mostrar un interés activo.

Vespasia lo observaba con su mirada penetrante e inmutable, pero él prosiguió con el mismo aire.

—He conseguido visitar a esa persona que continúa activa y que es la que firma todos los documentos. Es una dama de edad avanzada, soltera y por lo mismo dueña absoluta de su patrimonio, aunque sólo actúa como mediadora y detenta las participaciones nominalmente, pero rara vez interviene directamente. Sus ingresos le bastan para vivir con comodidad, pero no de forma lujosa. Nada más entrar en su casa, me resultó evidente que el grueso de su capital, que debe ascender a varios miles de libras al año, se desvía a otro sitio.

Jack se removió en su silla y Emily aspiró expectante.

—Le dije quién era yo. —Carlisle se ruborizó ligeramente—. Se quedó muy impresionada. El gobierno, como expresión del instrumento de Su Majestad para dirigir al pueblo, y la Iglesia son las dos fuerzas inmutables del bien en el mundo de esta dama.

Charlotte dio un salto en la imaginación.

—No nos estará diciendo que la persona a la que representa es un miembro del Parlamento, ¿verdad?

Vespasia se irguió con rigidez.

Emily se inclinó hacia adelante.

Jack contuvo la respiración, mientras Charlotte se estrujaba las manos en el regazo.

Carlisle esbozó una amplia sonrisa, mostrando una dentadura impecable.

—No, pero casi. Se trata, o se trataba, de uno de los más distinguidos miembros de la iglesia... el obispo Augustus Worlingham.

Emily soltó un gemido y Vespasia dejó escapar un grito de asombro.

—¿Qué? —exclamó Charlotte incrédula. Y entonces afloró de su interior un humor absurdo y negro como los chamuscados restos de la casa de Shaw y se echó a reír de forma incontrolada. Apenas era capaz de asimilar el horror que debió sentir Clemency al llegar hasta aquella frontera. Porque era seguro que había llegado hasta allí. ¿Cómo si no? Por fuerza tenía que haber encontrado a aquella vieja e inocente dama algo trasnochada que recaudaba alquileres de viviendas miserables, fruto de la ruindad y la avaricia, y los había hecho llegar bajo mano a las arcas de su propia familia para hacer de la casa del obispo un lugar rico y acogedor, para pagar los asados y el vino que ella y su hermana habían comido y bebido, para vestir sedas y joyas y para recibir las atenciones de los criados.

No era de extrañar que Clemency hubiera dedicado toda su herencia (cientos y cientos de libras) a corregir los errores de su abuelo.

¿Y Theophilus? ¿Lo había sabido? ¿Y Angeline y Celeste? ¿Sabían ellas de dónde procedía el dinero de la familia y aun así eran capaces de seguir pidiendo donaciones a los habitantes de Highgate para la construcción de un vitral en memoria de su obispo?

Imaginaba la reacción de Shaw al enterarse. Porque algún día tenía que saberlo. Cuando se probara quién había sido el asesino de Clemency todo sería del dominio público... Charlotte se contuvo. Pero si el propietario era el obispo Worlingham, que llevaba diez años muerto, y Theophilus estaba muerto también, los ingresos iban a parar entonces a Clemency... y a Prudence, Angeline y Celeste. ¿Acaso eran capaces de matar a su hermana y sobrina para proteger el dinero de la familia? No, Clemency aún no habría revelado la verdad. ¿O sí?

¿Y si era así? ¿Habrían tenido alguna fuerte disputa durante la cual ella les habría echado en cara justamente cuál era el precio de su bienestar y les habría dicho que estaba dispuesta a luchar hasta que se promulgara una ley por la cual salieran a relucir nombres como los del obispo para que sufrieran la deshonra pública y el rechazo que sus actos merecían?

No parecía inconcebible que Celeste al menos fuera capaz de matar para evitar algo así. Se había pasado toda la vida cuidando al obispo. Se había privado de marido e hijos con el fin de permanecer a su lado y obedecer todas sus órdenes, transcribir cartas y sermones, buscar referencias en los libros, tocar el piano para su deleite, leerle en voz alta cuando sus ojos estaban cansados. Siempre había sido su solícita sirvienta no remunerada. Había sacrificado su entera voluntad, sometido todas sus decisiones a las de él. Tenía que buscar una justificación a todo ello: él se merecía un regalo así, de lo contrario su vida se convertía en algo ridículo, una vida despilfarrada sin motivo.

Tal vez Pitt tuviera razón y los motivos hubiera que buscarlos cerca del hogar. Quizá hechos y móviles habían estado en Highgate todo el tiempo.

Todos la miraban. Buscaban en sus ojos el rastro de sus vertiginosos pensamientos, mientras su expresión pasaba de la ira a la conmiseración y a la triste convicción.

—El obispo Augustus Worlingham —repitió Somerset Carlisle, dejando que cada sílaba cayera con todo el peso de su significado—. Todo Lisbon Street pertenecía, a través de un tortuoso camino mantenido en el más absoluto secreto, al buen obispo. Y cuando él murió, las propiedades las heredaron Theophilus, Celeste y Angeline. Supongo que si fue tan generoso con sus hijas sería porque habían dedicado sus vidas a ser sus servidoras. Además, no tenían ningún otro medio de subsistencia, y no cabía esperar que contrajeran matrimonio a la edad que habían alcanzado. He revisado su testamento, por cierto. Dos terceras partes fueron para Theophilus, y el otro tercio, además de la casa, de enorme valor por supuesto, para las dos hermanas. Más que suficiente para que pudieran llevar una vida cómoda el resto de sus días.

—Entonces Theophilus debía de poseer una fortuna —dijo Emily, sorprendida.

—Heredó una fortuna, sí —confirmó Carlisle—. Pero llevó una vida demasiado dispendiosa, por lo que he oído. Le gustaba la buena mesa, tenía una de las mejores bodegas de Londres y coleccionaba cuadros, algunos de los cuales donó a museos locales y otras instituciones. En cualquier caso, al morir les dejó una bonita suma a cada una de sus dos hijas.

—Así que Clemency tenía mucho dinero —dijo Vespasia casi para sí misma—. Hasta que empezó a desprenderse de él. ¿Sabemos cuándo empezó a hacerlo? —Miró a Jack y luego a Carlisle.

—El abogado no dijo cuándo fue a verle Clemency —respondió Jack, y apretó los labios al recordar su frustración y el dúctil y arrogante rostro del abogado.

—Su lucha en favor de la transparencia en las propiedades inmobiliarias comenzó hace unos seis meses —dijo Carlisle sombrío—. Y la primera gran donación de caridad para el cobijo de los pobres se produjo más o menos por las mismas fechas. Me atrevería a aventurar la suposición de que por entonces descubrió que su abuelo era el propietario detrás del que andaba.

—Pobre Clemency. —Charlotte recordó el triste rastro de mujeres y niños enfermos y de hombres consumidos que ella había seguido a partir de la lista de pacientes de Shaw, a través de casas y bloques de vecinos cada vez en peores condiciones hasta que al fin había encontrado a Bessie Jones acurrucada en un rincón de una sobresaturada e inmunda habitación. Clemency había seguido el mismo camino, había visto las mismas caras de infortunio, había sido testigo como ella de la enfermedad y la resignación. Y después había empezado un camino inverso de ascensión hacia los propietarios, al igual que ellos luego.

—No debemos dejar que la lucha muera con ella —dijo Jack enderezándose en su asiento—. Es cierto que Worlingham está muerto, pero hay muchos otros, tal vez cientos. Ella lo sabía, y habría dado su vida por desenmascararlos... —Se detuvo—. De hecho yo sigo pensando que murió por ello. Nos advirtieron expresamente que había gente poderosa que podía dejarnos en paz, si éramos discretos y nos retirábamos, o ir por nosotros si persistíamos. Es obvio que Worlingham no la mató, pero alguno de los otros propietarios sí pudo hacerlo. Tienen mucho que perder... Y no creo que Clemency hiciera mucho caso de las amenazas. Era una mujer muy apasionada que sentía un enorme repudio hacia la herencia que había recibido. Sólo la muerte podía detenerla.

—¿Qué podemos hacer? —Emily miró a Vespasia y a Carlisle.

A la gravedad del rostro de Carlisle se sumaba el gesto de concentración de sus cejas fruncidas.

—No estoy seguro. Las fuerzas enemigas son muy grandes. Hay intereses creados, y mucho dinero de por medio. Es posible que haya muchas familias

poderosas que no conozcan a ciencia cierta el origen exacto de todos sus ingresos. Y a buen seguro que no tendrán mucho interés en molestar a sus amigos.

—Necesitamos una voz en el Parlamento —dijo Vespasia con decisión—. Sé que contamos con una. —Miró a Carlisle—. Pero necesitamos más. Necesitamos a alguien que dirija este asunto en particular. Jack, tú no estás haciendo nada en estos momentos más que divertirme. Tu luna de miel ya se acabó. Es hora de que hagas algo de provecho.

Jack se quedó mirándola pasmado. Los ojos grises de la dama lo miraban impávidos, mientras los suyos, azul grisáceo, con sus largas pestañas y cejas arqueadas le devolvían una mirada incrédula. Y entonces, de forma paulatina, el asombro fue dando paso a la concreción de una idea. Cogió con cierta crispación los brazos de la silla. Ni él apartaba los ojos de los de ella, ni ésta desviaba la mirada.

Ninguno de los presentes se movió ni emitió el más débil sonido. Emily no podía sino contener la respiración.

—Sí —dijo Jack por fin—. Qué idea tan excelente. ¿Por dónde empiezo?

Charlotte había ido contándole a Pitt lo más importante en torno a su búsqueda de propietarios de las casas de Lisbon Street, así que cuando hizo el asombroso descubrimiento de que éstas no sólo eran de los Worlingham sino que Clemency se había enterado pocos meses antes de morir, decidió contárselo todo en cuanto llegó a casa. Al ver su abrigo en el colgador, corrió hacia la cocina sin quitarse siquiera el sombrero.

—¡Thomas! ¡El propietario de Lisbon Street era el mismísimo obispo Worlingham! Y ahora la familia se beneficia de las rentas. ¡Clemency también lo descubrió!

—¿Cómo dices? —Giró en su asiento y se quedó mirándola con perplejidad.

—El obispo Worlingham era el propietario de Lisbon Street —repitió—. ¡Todas esas viviendas sin condiciones y esas tabernas de mala fama eran suyas! Ahora pertenecen al resto de la familia... y eso fue lo que Clemency descubrió. Por eso se sentía tan mal. —Se sentó en una silla frente a él—. Probablemente por eso dedicó tantos esfuerzos a reparar lo hecho. Piensa en cómo debía sentirse. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza entre las manos, con los codos sobre la mesa—. ¡Oh!

—Pobre Clemency. Una mujer en verdad notable. Me gustaría haberla conocido.

—A mí también —convino Charlotte—. ¿Por qué solemos saber cómo son las personas cuando ya es demasiado tarde?

Era una pregunta a la que no esperaba respuesta. Ambos sabían que no habrían tenido ocasión de saber de la existencia de Clemency Shaw de no haber muerto asesinada, cosa que no necesitaban decirse.

Pasó media hora hasta que recordó decirle que Jack consideraba seriamente la posibilidad de presentarse al Parlamento.

—¿De verdad? —Él levantó la voz, sorprendido, y la miró para cerciorarse de que no le estaba gastando una broma.

—Oh, sí... a mí me parece una idea excelente. Tiene que hacer algo si no quiere que su matrimonio se muera de aburrimiento. —Sonrió con intención—. Y

no podemos estar siempre entrometiéndonos en tus casos.

Él dejó escapar un resoplido y se abstuvo de ningún comentario. En realidad le reconfortaban las intromisiones ocasionales de su mujer, gracias a las cuales podía compartir experiencias y emociones: momentos de horror, de alegría, piedad, ira, miedo a veces, toda la gama de emociones que suscitan los sucesos terribles y que cobran sentido merced al mayor lazo que existe, la vivencia compartida.

En consecuencia, cuando al día siguiente se encontró con Murdo en la comisaría de Highgate, tenía varias cosas que decirle, la mayoría de las cuales no hicieron sino acrecentar la ansiedad que Murdo sentía con respecto a Flora Lutterworth. Pensó en sus escasas, breves y más bien incómodas conversaciones, en los densos silencios, en la torpeza que había sentido mientras permanecía de pie en aquella magnífica casa, con sus lustrosas botas que llamaban la atención como dos enormes trozos de brillante carbón. Y con los grandes botones de su uniforme que lo delataban sin remisión como policía: un intruso cuya presencia sólo podía ser inoportuna. El rostro de ella se le aparecía mentalmente una y otra vez. Lo miraba con ojos muy abiertos, con aquella piel delicada y aquel maravilloso color de sus mejillas, y una expresión orgullosa y valiente. Era una de las mujeres más hermosas que había visto nunca. Pero poseía algo más que belleza: alma y gentileza. Tenía tanta vitalidad. Era como si ella pudiera oler aromas y flores que él sólo podía imaginar, como si fuera capaz de ver más allá de los horizontes cotidianos que él conocía, un mundo más luminoso e importante. Como si pudiera oír melodías de las que él sólo conocía el ritmo.

Pero si algo sabía era que ella tenía miedo. Él anhelaba protegerla y le angustiaba no poder hacerlo. No entendía qué la amenazaba, tan sólo que estaba relacionado con la muerte de Clemency Shaw, y ahora también con la de Lindsay.

Sin embargo, cierta parte de sí mismo —a la que no quería escuchar— le decía que el papel de la muchacha en aquel caso podía no ser del todo inocente. No deseaba pensar que estuviera involucrada personalmente, ni llegaba a culparla de nada en concreto, pero había oído los rumores y sobre todo había visto sus ojos y la forma en que se había ruborizado al guardar silencio. Sabía que entre Flora y Stephen Shaw había alguna relación especial, tan seguro como que su padre estaba furioso por ello, aunque para ella era tan valiosa que estaba dispuesta a afrontar su ira y a desafiarlo.

Murdo estaba confuso. Nunca había sentido unos celos tan desordenados, pues estaba seguro a la vez de que ella no había hecho nada de lo que debiera avergonzarse, y al mismo tiempo no podía ignorar que el corazón de la joven tal vez albergaba una emoción profunda hacia Shaw.

El miedo a que todo no fuera tan limpio era grande, tal vez tanto que ocultaba un pensamiento aún más repulsivo: la posibilidad de que Alfred Lutterworth fuera

el responsable de los atentados contra Shaw. Había dos posibles razones que podían haberlo movido a ello, ambas creíbles e igualmente devastadoras.

La que Murdo se negaba siquiera a pensar era que Shaw hubiera deshonrado a Flora, o que conociera algún secreto vergonzoso en su vida, tal vez un hijo ilegítimo, o peor aún, un aborto. Lutterworth podría haber tratado de matarlo al enterarse, para acallarlos. Difícilmente podría esperar conseguir un buen matrimonio para su hija si llegaba a saberse algo así. De hecho, no cabía esperar matrimonio alguno. Envejecería sola, rica, marginada, objeto de murmuraciones y de una piedad o un desprecio sempiternos.

Ante aquella posibilidad, Murdo sentía ganas de matar a Shaw. Al pensarlo, apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas, a pesar de llevarlas cortas, se le hincaban en las palmas. Tenía que borrar de su mente aquel pensamiento. Era una traición el hecho mismo de haberlo dejado entrar... aunque sólo hubiera sido por un instante.

Se despreciaba por habersele ocurrido siquiera. Era Shaw quien estaba importunándola. Era una mujer joven y adorable. Él la deseaba y ella era demasiado inocente para darse cuenta de lo despreciable que era aquel hombre. Eso era mucho más verosímil. Y estaba además el dinero del padre, claro. Shaw se había gastado todo el dinero de su mujer, de lo cual había pruebas palpables. El inspector Pitt había descubierto que el dinero de Clemency Shaw había desaparecido. Sí, eso es... todo encajaba. ¡Shaw andaba detrás del dinero de Flora!

Y Alfred Lutterworth tenía mucho dinero. Éste era también un pensamiento bastante infame. Murdo era agente de policía y todo parecía indicar que seguiría siéndolo durante bastante tiempo. Tenía sólo veinticuatro años. Ganaba lo suficiente para vivir con cierta decencia, o algo que se le asemejaba: comía tres veces al día, vivía en una habitación agradable y tenía ropa limpia, pero estaba tan lejos del esplendor de la casa de Alfred Lutterworth como ésta lo estaba del castillo real de Windsor. Y Lutterworth podía poner sus ojos en una de las princesas tanto como Murdo podía poner los suyos en Flora.

Por desesperación se obligó a considerar la posibilidad descubierta por la esposa del inspector Pitt acerca de que algunas de las peores casas de los barrios pobres habían pertenecido al viejo obispo Worlingham. Eso a Murdo no le había impresionado tanto. Sabía que algunas personas respetables en apariencia podían guardar secretos repugnantes, sobre todo si había dinero de por medio. Pero lo que a Pitt se le había pasado por alto era que si la pobre señora Shaw había descubierto quién era el propietario de aquellas casas en particular, igualmente podía haber descubierto quiénes eran los propietarios de otras tantas. Pitt había hablado de miembros del Parlamento, de familias con títulos nobiliarios, hasta de jueces del tribunal. Pero ¿no había pensado en industriales retirados deseosos de entrar a formar parte del gran mundo y necesitados de ingresos estables, que no

tuvieran demasiados escrúpulos en saber dónde invertían su dinero?

Alfred Lutterworth podía haberse sentido en tanto peligro a causa de las actividades de Clemency Shaw como los Worlingham, si no más. Clemency podía haber deseado proteger a los suyos, como al parecer había hecho. Pero ¿por qué iba a proteger a Lutterworth? Éste tenía todos los motivos para matarla... y también a Lindsay, si es que éste lo había adivinado.

Es decir, siempre que Lutterworth fuera también propietario de casas de barrios pobres. ¿Cómo averiguarlo? No podían investigar quién era el propietario de todos los pedazos de cemento podrido y de todas las vigas medio hundidas de Londres, ni de todos los callejones sin luz, ni de todas las calles con los colectores a cielo abierto y los escombros amontonados en las esquinas, ni de todos los pisos hacinados de menesterosos asustados. Él lo sabía porque lo había intentado. Se ruborizó al recordarlo. Había sido una traición por su parte el haber permitido que aquel pensamiento hubiera tomado cuerpo en su mente y se hubiera puesto a hacer preguntas acerca de las finanzas de Lutterworth, del origen de sus ingresos y si éstos podían tener algo que ver con el alquiler de casas. Pero no era tan fácil como había imaginado. El dinero procedía de compañías, pero ¿qué hacían esas compañías? No había tenido tiempo de investigarlo, ni había actuado amparado por instrucciones oficiales que hubieran podido conferir a sus preguntas la fuerza de la ley.

No había podido resolver nada. Se había quedado con sus incertidumbres y con un abrumador sentimiento de culpabilidad. No era capaz de imaginar nada que pudiera eliminar el suplicio del miedo y los perturbadores pensamientos que anidaban en su mente.

Veía el rostro de Flora teñido de sentimentalismo y percibía con intensidad todo el dolor y la vergüenza que debía de experimentar ella, hasta el punto de que se sintió aliviado al oír los pasos de Pitt y recibir las instrucciones de su cometido matutino. Seguía habiendo en él cierto resentimiento por el hecho de que les hubieran enviado a alguien de fuera. ¿Acaso pensaban que el personal de Highgate era incompetente? Pero también sentía un inmenso agradecimiento de que la responsabilidad no fuera de ellos. Aquel caso era en verdad peliagudo y su resolución parecía tan lejana como cuando estaban ante los restos humeantes de la casa de Shaw, mucho antes de que incendiaran también la de Lindsay.

—¿Sí, señor? —dijo de forma maquinal mientras Pitt entraba en el salón donde él estaba—. ¿Adónde, señor?

—A casa del señor Alfred Lutterworth.

Pitt venía del despacho del superintendente local, a quien había ido a ver como muestra de cortesía y por si había sucedido algo que Murdo no supiera (cosa harto improbable), algún cabo suelto que valiera la pena investigar. Pero el superintendente lo había mirado con su habitual gesto de desagrado y lo había informado con cierta satisfacción de la existencia de otro incendio, en Kentish

Town, provocado posiblemente por el mismo pirómano. Le notificó también el informe negativo de la compañía de seguros y la alta improbabilidad de que tanto Shaw como Lindsay estuvieran involucrados en los incendios con propósitos fraudulentos.

—Bien, la verdad es que en ningún momento había imaginado que Lindsay se hubiera abrasado a sí mismo para poder reclamar el seguro —le había contestado Pitt.

—Claro que no, señor —había dicho el superintendente con frialdad—. Tampoco nosotros creíamos tal cosa. Pero seguimos pensando que los incendios fueron provocados por el pirómano de Kentish Town... señor.

—¿De veras? —había repuesto Pitt con tono evasivo—. Es curioso que sólo hubiera dos casas ocupadas.

—Bueno, él no sabía que la de Shaw lo estaba, ¿no? —había dicho el superintendente con irritación—. Shaw estaba fuera y todos pensaban que la señora Shaw también lo estaba. Canceló la cita en el último minuto.

—Los únicos que creían que la señora Shaw estaba fuera eran las personas que la conocían —había dicho Pitt, satisfecho de su deducción.

El superintendente lo había mirado y había vuelto al trabajo que tenía sobre el escritorio, dejando que Pitt se marchara en silencio.

Ahora ya podía irse a observar y escuchar a la gente en busca de pruebas, que era en lo que consistía el verdadero arte policial. Hacía días que ya no esperaba que las cosas le dijeran nada interesante. A Murdo le dio un vuelco el corazón, pero no tenía ninguna otra tarea que pudiera servirle de excusa. Siguió a Pitt y juntos recorrieron el camino mojado y sembrado de hojas caídas en dirección a la casa de Lutterworth.

La doncella los condujo a la salita de estar, donde ardía un vivo fuego y había un jarro con crisantemos dorados sobre el aparador Tudor. Ninguno de los dos tomó asiento, aunque pasó casi un cuarto de hora hasta que apareció Lutterworth, seguido por Flora, quien llevaba un vestido azul oscuro y tenía un aspecto pálido pero sereno. Miró a Murdo de forma fugaz y apartó los ojos con un tenue rubor de vergüenza en las mejillas.

Murdo permaneció en un penoso y amargo silencio. Ansiaba hacer algo por ayudarla. Hubiera deseado golpear a alguien, a Shaw, a Lutterworth, por haber permitido que aquello sucediera y no haberla protegido; y a Pitt, por haberse cegado en cumplir con su deber sin pensar en el caos que podía causar.

Por un instante odió al inspector por permanecer ajeno a los sentimientos, como si fuera insensible al dolor. Pero entonces lo miró de reojo y se dio cuenta de su error. El rostro de Pitt estaba tenso. Se le dibujaban sombras debajo de los ojos y las finas líneas de su rostro llevaban marcas de sufrimiento y de su incapacidad para salir indemne.

Murdo suspiró y guardó silencio.

Lutterworth los observaba desde el otro extremo de la alfombra turca. Todos permanecían de pie.

—Bien, ¿de qué se trata ahora? No sé nada que no les haya dicho ya. No tengo la menor idea de por qué mataron al pobre Lindsay, de no ser que lo hiciera Shaw, si es que el viejo adivinó algo y había que silenciarlo. O como no fuera ese memo de Pascoe porque pensó que Lindsay era un anarquista. Miren este caballo. —Señaló una estilizada figura que descansaba sobre la repisa de la chimenea—. Lo compré con mis primeros réditos anuales, cuando el telar empezó a ir bien. Conseguí una buena remesa de ropa y la vendimos en El Cabo. Hicimos un buen dinero. Compré ese caballito para recordar aquellos primeros días, cuando Ellen, la madre de Flora... —respiró hondo y exhaló poco a poco para darse tiempo a recobrar la compostura—, cuando Ellen y yo empezamos a cortejarnos. No teníamos coche. Solíamos salir a pasear a caballo, como ese de ahí, ella iba delante y yo detrás, y rodeándola con los brazos. Aquéllos eran buenos tiempos. Cada vez que veo este caballo me acuerdo de aquella época... como si aún pudiera ver la luz del sol a través de los árboles sobre la tierra seca y aspirar el olor del heno, y ver las flores blancas en los setos, y mirar el cabello de mi Ellen, más reluciente que el tronco de un castaño, y oír su risa...

Se quedó inmóvil, sumido en los recuerdos. Nadie quería ser el primero en perturbarlo con la vulgaridad y la inmediatez del presente. Finalmente fue Pitt quien rompió el encanto, con unas palabras que Murdo no hubiera adivinado.

—¿Qué clase de recuerdos cree que debían venirle a la memoria al señor Lindsay al contemplar sus objetos africanos, señor Lutterworth?

—No lo sé. —Lutterworth esbozó una sonrisa melancólica—. Su mujer, tal vez. Eso es lo que recuerdan la mayoría de los hombres.

—¿Su mujer? —Pitt se quedó perplejo—. No sabía que Lindsay estuviera casado.

—No... bueno, no tenía por qué saberlo. —Lutterworth lamentó un poco su imprudencia—. No se lo decía a todo el mundo. Murió hace veinte años, o más. Pienso que por eso regresó. No es que él lo dijera, y a me entiende.

—¿Tenía hijos?

—Varios, creo.

—¿Dónde están? No se presentaron. El testamento de Lindsay no los mencionaba.

—No habrían venido. Están en África.

—Eso no les impide heredar su parte.

—Heredar el qué... ¿Una casa en Highgate y unos pocos libros y recuerdos de África? —Lutterworth sonreía con una vaga satisfacción interior.

—¿Por qué no? Lindsay tenía muchísimos libros, algunos de antropología podían haberles sido de gran valor.

—No para ellos. —Lutterworth esbozó una sonrisa amarga.

—¿Por qué no? Y además está la casa.

—De qué iba a servirle a un negro que vive en la selva. —Lutterworth miró a Pitt con hosquedad a la par que le satisfizo la sorpresa que vio en su rostro—. Sí, la mujer de Lindsay era africana, muy guapa, pero negra como su sombrero. Una vez vi un retrato suyo. Él me lo enseñó. Yo le hablaba de mi Ellen y él me enseñó el retrato. Nunca había visto una cara más dulce en mi vida. Hubiera sido incapaz de pronunciar su nombre, aun cuando él lo pronunció despacio, pero me dijo que significaba una especie de pájaro de río.

—¿Lo sabía alguien más?

—Ni idea. Puede que se lo dijera a Shaw. Supongo que aún no lo ha arrestado, ¿verdad?

—¡Papá! —le recriminó Flora a su pesar.

—No quiero oír ni una palabra, jovencita —repuso Lutterworth con firmeza—. Ya te ha hecho bastante daño. Tu nombre está en boca de todos. Todo el mundo sabe cómo corrías tras él como una criada seducida.

Flora enrojeció mientras buscaba palabras para defenderse.

Murdo estaba agonizante de impotencia. Si Lutterworth lo hubiera mirado en ese momento, habría advertido la furia que desprendían sus ojos, pero estaba ocupado con lo que consideraba comportamiento irresponsable de su hija.

—¿Qué quiere de mí? —le espetó a Pitt—. Supongo que no será oír hablar de la esposa muerta de Amos Lindsay... pobre criatura.

—No. En realidad he venido para preguntarle acerca de sus propiedades en la ciudad.

—¿Cómo? —Le pilló desprevenido—. Pero, en nombre del cielo, ¿de qué está hablando? ¿Qué propiedades son éstas?

—Bienes inmuebles, para ser exactos. —Pitt lo observaba, pero ni siquiera Murdo fue capaz de apreciar el más mínimo parpadeo de miedo o de comprensión en el rostro de Lutterworth, y eso que el agente se había tomado por aquel caso un interés muy especial.

—Soy propietario de esta casa, del tejado a los cimientos, y del suelo sobre el que se asienta. —Lutterworth adoptó una postura más rígida y se encogió de hombros—. Y poseo también un par de hileras de casas con terraza en las afueras de Manchester. Las construí para mis trabajadores. Eso hice, si señor. Y buenas casas que son, sólidas como la tierra que pisan. No tienen goteras cuando llueve, las chimeneas tiran magníficamente y hay un retrete en el jardín trasero de cada casa, con su grifo de agua. Con eso se lo digo todo.

—¿Y éstas son todas las propiedades que posee usted, señor Lutterworth? —La voz de Pitt sonaba más desenfadada, un punto aliviada incluso—. ¿Podría probarlo?

—Podría si fuera necesario. —Lutterworth lo miraba con curiosidad, con las manos metidas en los bolsillos—. Pero ¿por qué tendría que hacerlo?

—Porque la causa de la muerte de la señora Shaw, y del señor Lindsay también, puede estar relacionada con la propiedad inmobiliaria de Londres —repuso Pitt, y dirigió una fugaz mirada a Flora.

—¡Qué estupidez! Si quiere que le diga mi opinión, Shaw mató a su mujer para tener las manos libres para acercarse a mi Flora, y luego mató a Lindsay porque éste se enteraría de sus propósitos. Tal vez dijo algo que lo delató, alguna fanfarronada, qué sé yo, iría demasiado lejos sin darse cuenta. Que me aspen si no quiere casarse con Flora... por mi dinero o por lo que sea. Pero yo no la dejaré, y él no será capaz de esperarla hasta que yo me haya ido, ya me aseguraré yo.

—¡Papá! —Flora no pensaba seguir callada, ni por discreción, ni por deber filial ni por la vergüenza que le hacía sonrojarse—. Estás diciendo cosas tan terribles como falsas.

—No pienso admitir ninguna discusión. —La miró con las mejillas también encarnadas—. ¿Vas a decirme que no has estado viéndolo, que no has estado entrando y saliendo de su casa cuando creías que no te veía nadie?

Flora estaba al borde de las lágrimas, mientras que Murdo estaba en tensión, como a punto de intervenir. Pero Pitt le lanzó una mirada fulminante. Murdo estaba tan desesperado que le dolían los músculos por el esfuerzo de contenerse, aunque no sabía ni qué decir ni qué hacer. Todo le parecía predeterminado por un fatalismo inexorable, como una piedra que hubiera empezado a rodar cuesta abajo.

—No hubo nada ilícito. —Escogió con cuidado sus palabras, mientras procuraba ignorar a Pitt y Murdo, los dos intrusos que permanecían callados como una parte más del mobiliario, y centrar toda su atención en su padre—. Se trataba de cuestiones... privadas, nada más.

El rostro de Lutterworth estaba congestionado por el dolor y la furia. Ella era la única persona que le quedaba en el mundo, y ahora se había traicionado a sí misma, lo que le causaba un dolor insoportable.

—¿Privadas? ¡Querrás decir secretas! —gritó dando un puñetazo en el respaldo de una silla—. Las mujeres decentes no se cuelan por la puerta de atrás de las casas para ver a los hombres en secreto. ¿Estaba presente la señora Shaw? No me mientas, muchachita. ¿Estaba ella en la habitación... todo el tiempo?

La voz de Flora fue un susurro casi inaudible:

—No.

—¡Claro que no! —exclamó con una mezcla de angustia por la comprobación y al mismo tiempo con una especie de triunfo irrisorio por el hecho de que al menos no le mentía—. Eso lo sé. Ya sé que ella estaba fuera, porque medio Highgate lo sabe. Pero te lo digo bien claro, hija: me da igual lo que diga todo Highgate, o la sociedad londinense si es el caso, pueden llamarte lo que sean capaces de soltar por sus bocas. No dejaré que te cases con Shaw... es

mi última palabra.

—¡Yo no quiero casarme con él! —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se llevó la mano a la boca y se mordió el dedo, como si el dolor pudiera aliviar su angustia—. ¡Es mi médico!

—También el mío. —Lutterworth no comprendió el giro de la discusión—. Y no por eso me arrastro detrás de él por las puertas traseras. Voy a verlo sin ocultarme, como un hombre honesto.

—Tú no tienes los mismos problemas que yo. —El llanto ahogó su voz—. Me dijo que podía ir a verlo siempre que me doliera... y él...

—¿Que te doliera? —Lutterworth se quedó paralizado. Toda su ira se evaporó y se puso lívido—. ¿Que te doliera el qué? ¿Qué es lo que te ocurre? —Dio un paso hacia ella como si tuviera miedo de que fuera a desplomarse—. ¿Flora? Flora, ¿qué tienes? Buscaremos a los mejores médicos de toda Inglaterra. ¿Por qué no me lo habías dicho, pequeña?

Ella lo rechazó.

—No se trata de ninguna enfermedad. Sólo es... Por favor, ¡déjame! No me avergüences. ¿Es que tengo que contar mis problemas más íntimos delante de dos policías?

Lutterworth se había olvidado de Pitt y Murdo. Se volvió dispuesto a echarles en cara su torpeza, pero recordó que era él quien había pedido explicaciones a su hija, no ellos.

—No tengo propiedades en Londres, señor Pitt. Y si quiere que se lo pruebe, le aseguro que puedo hacerlo. —Adoptó una expresión de dureza y se plantó sobre ambas piernas—. Mis finanzas están a su disposición siempre que usted quiera verlas. Mi hija no tiene nada que decirle acerca de su relación con su médico. Es un asunto perfectamente explicable, pero es privado, y debe concedérsele el privilegio de seguir siéndolo. No atenta para nada contra la decencia. —Miró a Pitt a los ojos, desafiante—. Estoy seguro de que a usted no le gustaría que los problemas médicos de su mujer fueran objeto de conversación entre hombres. No sé nada más en lo que pudiera ayudarle. Buenos días. —Dio un paso e hizo sonar la campanilla para que la doncella los acompañara a la puerta.

Pitt ordenó a Murdo que fuera a interrogar de nuevo a los que habían sido sirvientes de Shaw.

El mayordomo seguía una lenta recuperación pero ya hablaba con mayor lucidez. Ahora podía recordar algunos detalles en los que le había sido imposible pensar a causa del dolor y la conmoción. Y era posible que el criado de Lindsay se mostrara más comunicativo en una segunda o tercera tentativa. Pitt quería conocer todo lo que supiera aquel hombre de Lindsay durante los dos últimos días

previos al incendio. Tenía que haber algo, una palabra, una acción, que lo hubiera precipitado. Si reunía piezas sueltas, era posible que todas juntas apuntaran a una respuesta.

Por su parte, Pitt volvió a visitar la pensión, donde pensaba esperar a Shaw todo el tiempo necesario y hacerle todas las preguntas pertinentes hasta obtener respuestas. Y para ello estaba dispuesto a emplear todo el tiempo que fuera necesario y a resultar todo lo brutal que hiciera falta.

La dueña de la casa estaba acostumbrándose a que se presentara gente preguntando por el doctor Shaw, y a que algunos de ellos quisieran esperarlo en el salón hasta su regreso. Trató a Pitt con simpatía. Había olvidado quién era y lo tomó por uno de los pacientes del doctor, siempre necesitados de una palabra amable y de una taza de té caliente.

Aceptó ambas cosas con un ligero remordimiento de conciencia. Estuvo calentándose junto al fuego hasta que llegó Shaw, quien hizo una entrada impetuosa. Depositó el maletín sobre la silla junto al escritorio, apoyó el bastón contra la pared, al haber olvidado colgarlo en el recibidor, dejó el sombrero sobre el escritorio y le dio el abrigo a la dueña de la casa, que estaba esperándole al efecto y recogió el resto de sus aderezos: bufanda, guantes, sombrero y bastón. Se lo llevó todo con presteza, como si se hubiera tratado de un cliente. Parecía haber desarrollado hacia él bastante afecto, a pesar de los pocos días que llevaba en su casa.

Shaw miró a Pitt con cierta sorpresa y algo de recelo, aunque sin desagrado.

—Buenos días, Pitt, ¿de qué se trata esta vez? ¿Ha descubierto algo nuevo?— Se quedó de pie, casi en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos. Daba la impresión de estar a punto de emprender una acción para la que se requiriera un intenso esfuerzo—. ¿Y bien? Hable ya, hombre. ¿Qué noticias trae?

Pitt deseó tener algo que contarle, para tranquilidad de Shaw, pero también porque se sentía mal por no tener todavía la menor idea de quién había provocado los incendios ni por qué, y por no saber aún a ciencia cierta si la víctima perseguida había sido Shaw o Clemency. Había empezado por estar seguro de que era Shaw. Pero ahora, tal vez a causa del firme convencimiento de Charlotte de que la causa eran las actividades de Clemency en contra de los señores de la miseria, sus propias certidumbres flaqueaban. Pero no tenía objeto mentir. Era algo poco honesto y ninguno de los dos se lo merecía.

—Me temo que aún no sé nada más.—El rostro de Shaw se tensó y se apagó algo del entusiasmo de sus ojos—. Lo siento —añadió con pesar—. Las pruebas periciales no dicen nada, salvo que el incendio se inició en cuatro puntos en su casa, y en tres en la del señor Lindsay, y que utilizaron alguna clase de combustible, probablemente el que se utiliza para las lámparas, que derramaron en las cortinas de las habitaciones de la planta baja, donde prendería con rapidez. De las cortinas pasó a las ventanas y luego a los muebles.

Shaw frunció el entrecejo.

—¿Cómo entraron? Habríamos oído el ruido de los cristales rotos. Yo desde luego no dejé abiertas las ventanas de la planta baja.

—No es muy difícil cortar el cristal. Puede hacerse de forma bastante silenciosa si se pega un papel encima con un poco de cola. En la jerga de los criminales lo llaman barniz de estrellas. Suelen utilizarlo para pasar la mano y abrir el pestillo, no para verter aceite y arrojar una cerilla encendida.

—¿Cree que fue un vulgar ladrón que se convirtió en asesino? —Shaw arqueó las cejas incrédulo—. Pero ¿por qué, por el amor de Dios? ¡No tiene sentido! —Había decepción en su rostro, dirigida sobre todo hacia Pitt por no haber sido capaz de averiguar nada.

Pitt se sintió herido en su amor propio. Aunque Shaw pudiera ser el asesino, cosa que detestaba pensar, él seguía respetándolo como persona y en retribución esperaba una buena opinión.

—No creo que fuera un ladrón común —se apresuró a decir—. Lo único que digo es que cortar el vidrio de una ventana sin hacer ruido es un método muy corriente. Por desgracia, en medio de todo el amasijo de restos de cristales rotos, ladrillos, escombros y vigas de madera fue imposible determinar si utilizaron o no tal método. Todo quedó pisoteado por los bomberos o hecho pedazos por el derribo de las paredes. Tampoco es que ello nos hubiera dicho gran cosa acerca del criminal, salvo que era un individuo bien preparado, tanto por sus habilidades como por los materiales de que se servía... cosa que resulta obvia de todos modos.

—Bien... —Shaw lo miraba desde el otro extremo de la estancia—. Si no sabe nada nuevo, ¿para qué ha venido? No lo habrá hecho sólo para decirme eso, ¿verdad?

Pitt hizo un esfuerzo por conservar la calma, mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

—Tuvo que haber algo que precipitara el incendio de la casa de Amos Lindsay —comenzó con los ojos clavados en los de Shaw, al tiempo que tomaba asiento en una de las cómodas sillas, con lo que daba entender que tenía la intención de que la charla fuera larga y minuciosa—. Usted estuvo con él los días que le precedieron. Si pasó algo, usted debió advertirlo. Algo que pudiera ahora recordar, si lo intentara.

El escepticismo se esfumó del rostro de Shaw y en su lugar apareció una expresión reflexiva que pronto se convirtió en profunda concentración. Se sentó en la silla de enfrente y cruzó las piernas, mirando a Pitt con los ojos entrecerrados.

—¿Cree que querían matar a Lindsay y no a mí? —Una fugaz emoción cruzó por su rostro, entre la esperanza de verse libre de parte de la culpa, y la sombra de una violencia y unas fuerzas oscuras insospechadas hasta ese momento.

—No lo sé. —Pitt torció la boca en una mueca que pretendió ser una sonrisa irónica—. Hay varias posibilidades. —Decidió correr el riesgo de ser sincero. Aunque así pensó si podía obtener beneficios del engaño, pero Shaw no era persona crédula ni lo bastante inocente como para caer en él—. Es probable que el primer incendio estuviera dirigido contra la señora Shaw, y el segundo a causa de que usted o Lindsay habrían descubierto quién había perpetrado el primero o temían que lo descubrirían...

—¡Yo desde luego no! Si lo hubiera descubierto se lo habría dicho. Por el amor de Dios, ¿qué pretende...? ¡Oh! —Se hundió en el asiento—. Claro, lo comprendo... usted tiene que sospechar de mí. Sería una negligencia si no lo hiciera. —Lo dijo como si él mismo no pudiera creérselo, como si estuviera repitiendo una broma de mal gusto—. Pero ¿por qué iba a querer matar al pobre Amos? Era casi el mejor amigo que tenía. —De pronto su voz desfalleció y apartó la vista para ocultar la emoción que le embargaba.

Si estaba actuando, lo hacía de forma soberbia. Pero Pitt había conocido el caso de otros hombres que habían matado a seres queridos con el fin de salvar su propia vida. No fue capaz de ahorrar a Shaw la única respuesta lógica.

—Porque durante el tiempo en que estuvo viviendo en su casa pudo usted decir o hacer algo que le delatara ante su amigo. Y al darse cuenta de que él lo sabía todo, usted tuvo que matarlo, pues no podía confiar en que guardara silencio... o al menos no para siempre, y a usted le iba la horca en ello.

Shaw abrió la boca para protestar, pero palideció al darse cuenta de la terrible lógica de aquella deducción. No podía rechazarla sin más como absurda, por lo que las palabras lo abandonaron antes de pronunciarlas.

—Otra posibilidad —continuó Pitt— es que usted dijera algo que le llevara a él a saber, o a deducir, quién era el culpable, y que no se lo mencionara a usted. La persona en cuestión se enteró de que Lindsay lo sabía (tal vez hizo indagaciones, o llegaron a encontrarse frente a frente), y lo mató para protegerse.

—Pero ¿qué dice, por el amor de Dios? —Shaw se incorporó en el asiento—. Si yo hubiera dicho algo que hubiese arrojado alguna luz en el asunto, él me lo habría hecho ver en el mismo momento, y luego le habríamos informado a usted.

—¿Lo habrían hecho? ¿Aunque hubiera concernido a alguno de sus pacientes? ¿O a alguien a quien usted considerara un amigo íntimo... o incluso a un familiar? —No necesitaba añadir que Shaw estaba relacionado en mayor o menor grado con todos los Worlingham.

Shaw cambió de postura en la silla, apoyando sus fuertes y pulcras manos en los brazos de la misma. Ambos guardaron silencio, aunque seguían mirándose a los ojos. Las conversaciones mantenidas recientemente parecían estar presentes entre ellos como entidades vivas: la insistencia de Pitt en que Shaw revelara algún

dato profesional que pudiera apuntar hacia algún móvil, la firme e inquebrantable negativa de Shaw.

Shaw habló por fin de forma pausada, con una voz suave y cuidadosamente controlada.

—¿Cree que le habría dicho a Amos algo que no le dijera a usted?

—Dudo que le dijera a él nada que considerara una confidencia —respondió Pitt con franqueza—. Pero sí pudo haber hablado con él de muchas más cosas que conmigo. Usted era huésped de su casa, y eran amigos. —Vio de nuevo la congoja cruzar por el rostro de Shaw y le costó imaginar que no era real. Pero las emociones son muy complejas, y a veces el instinto de supervivencia puede con las más profundas—. En la conversación corriente es fácil dejar caer una palabra en el transcurso de la jornada, o una expresión de triunfo por el restablecimiento de un paciente, o por su recaída, y comentar en otro momento dónde ha estado... Hay muchas cosas dispares que sumadas podían haberle hecho vislumbrar algo. A lo mejor no fue nada definitivo, sino una pista que se propuso seguir... y al hacerlo puso sobre aviso al asesino.

Shaw se estremeció.

—Creo que estimaba a Amos Lindsay como a cualquier otro hombre vivo —dijo—. Si supiera quién lo abrasó en su propia casa, lo entregaría a la ley para que lo castigaran debidamente. —Apartó los ojos como para ocultar la ternura que asomaba a su rostro—. Era un hombre bueno. Sensato, paciente, honesto, no sólo con los demás sino también consigo mismo, cosa muy infrecuente, y generoso en sus juicios e intenciones. Nunca le oí emitir un juicio desconsiderado o malintencionado hacia otro hombre. Y no había en él un ápice de hipocresía. —Miró de nuevo a Pitt, de forma directa y apremiante—. Odiaba la mentira y no tenía miedo de llamar a las cosas por su nombre. Dios mío, cuánto voy a echarle de menos. Era el único hombre de este lugar con el que podía hablar durante horas sobre cualquier tema, ya fueran nuevas ideas en medicina, viejas ideas en arte, teoría política, orden y cambio social. —Esbozó una súbita sonrisa, una luminosa expresión de alegría tan frágil como la luz del sol—. Sobre un buen vino o un buen queso, o sobre una mujer hermosa, sobre ópera o sobre un buen caballo... Podía hablar también con él de otras religiones, o de las costumbres de otros pueblos, sin tener miedo de decir exactamente lo que pensaba.

Se arrellanó en la silla y juntó los dedos de ambas manos.

—Eso no lo puedo hacer con ninguna otra persona de por aquí. Clitheridge es un tonto de remate incapaz de expresar una idea propia sobre nada. —Resopló—. Le aterroriza ofender. Josiah tiene algo que decir sobre todo, en especial si se trata de hablar del viejo obispo Worlingham. Él también quiso tomar los hábitos, ¿lo sabía? —Miró a Pitt con expresión burlona, para ver qué efecto producía en él aquella idea y si sacaba las mismas implicaciones—. Estudió con el viejo bastardo, tomaba todo lo que él decía como si fuera la escritura sagrada, adoptó

por entero su filosofía, como un traje de confección. También hay que reconocer que le ajustaba al milímetro. —Hizo una mueca—. Pero era el único hijo varón, y su padre tenía un negocio floreciente del que le pidió que se hiciera cargo al caer enfermo. Pobre Josiah. La madre y las hermanas dependían de él, no tuvo elección.

Suspiró sin dejar de mirar a Pitt.

—Pero nunca perdió la pasión por los asuntos de Iglesia. Cuando muera se nos aparecerá con mitra y sotana, o con hábito de dominico. Para él, todo razonamiento es una herejía.

» Y luego está Pascoe, menudo fósil. Pero en cambio sus ideas están envueltas en el romanticismo de la Edad Media, o para ser más exactos en la época del rey Arturo, de Lancelot, de la Chanson de Roland y de toda esa épica tan bella pero tan irreal. En cuanto a Dalgetty, es un hombre lleno de ideas, pero su lucha en favor de la libertad de pensamiento es tan furibunda que parece una cruzada, y a mí me dan ganas de adoptar una posición contraria aunque sólo sea por espíritu crítico. Maude tiene más sentido común. ¿La conoce? Una mujer fantástica. —Esbozó una amplia sonrisa como si hubiera encontrado por fin algo que lo complaciera de verdad, algo bueno sin más—. En su juventud fue modelo de artistas, ¿lo sabía? Tenía un cuerpo magnífico, aunque nunca lo exhibía con coquetería. Pero todo eso fue antes de conocer a Dalgetty y convertirse en una mujer respetable... cosa que siempre fue. Con todo, nunca perdió su facilidad para relativizar las cosas ni su sentido del humor, ni volvió la espalda a sus antiguas amistades. Aún sigue yendo a Mile End de vez en cuando para llevarles regalos.

Pitt se quedó atónito, no sólo por el hecho en sí, sino porque Shaw lo supiera y ahora se lo dijera a él.

Shaw le observaba y parecía reírse por dentro ante la sorpresa que le había provocado.

—¿Eso lo sabe Dalgetty? —preguntó Pitt al cabo de unos segundos.

—Oh, sin duda. Y no le importa en absoluto, dicho sea en su honor. Como es natural, tampoco lo divulga, más que nada por ella, quien no pretende otra cosa que ser la mujer respetable que aparenta. Si la sociedad de Highgate lo supiera, la crucificaría. Ellos se lo pierden. Vale más que todos juntos. Y por divertido que parezca, Josiah, a pesar de su estrechez de miras, lo sabe. Y la admira por ello como a un santo de escayola. Debe de haber alguna parte buena en su entendimiento, después de todo.

—¿Y cómo se enteró usted de que había sido modelo? —preguntó Pitt, mientras su mente buscaba explicaciones y trataba de encajar aquella nueva pieza del rompecabezas sin que nada de lo demás perdiera su sentido, cosa que no logró. ¿Era concebible que Dalgetty hubiera intentado matar a Shaw para mantener aquello en secreto? No parecía un hombre que se preocupara

demasiado por su posición social, bastante la comprometía ya con sus artículos de tono liberal. Pero aunque esta actitud estuviera de moda en determinados círculos literarios, no era lo mismo posar desnuda para ser retratada por hombres jóvenes. ¿Era posible que amara tanto a su mujer que estuviera dispuesto a matar para preservar la respetabilidad de que disfrutaba?

—De forma accidental. —Shaw lo miraba con ojos divertidos—. Asistí a un artista que estaba pasando por un mal momento y que me quiso pagar con un cuadro de Maude. No lo acepté, pero me habría gustado tenerlo. Aparte de lo gracioso de la situación, era muy bueno. Pero si me lo llevaba a casa podía verlo alguien. Santo cielo, era una auténtica belleza. Aún lo es, para ser sinceros.

—¿Sabe Dalgetty que usted lo sabe?

—No tengo ni idea. Maude sí, se lo dije yo.

—¿Y se sintió alarmada?

—Al principio un poco violenta, pero enseguida supo tomarlo por el lado cómico, pues se dio cuenta de que yo no se lo diría a nadie.

—Me lo ha dicho a mí —señaló Pitt.

—Usted no pertenece a la sociedad de Highgate. —Shaw seguía siendo brusco como siempre, pero no había crueldad en su expresión. La sociedad de Highgate no era algo que él admirara, así que no consideraba una falta de privilegio el estar excluido de ella—. Y no me parece usted un hombre que vaya a arruinar la reputación de una mujer por simple malevolencia... o por irse de la lengua.

Pitt sonrió.

—Gracias, doctor —dijo con ironía no disimulada—. Y ahora me gustaría que centrara su atención en los pocos días que pasó en casa del señor Lindsay, sobre todo en las últimas veinticuatro horas antes del incendio. ¿Recuerda alguna conversación mantenida con él acerca del primer incendio, o acerca de la señora Shaw, o sobre cualquier persona que pudiera tener una remota razón para matarla a ella o a usted?

Shaw adoptó un semblante sombrío y el brillo de la ironía se esfumó de sus ojos.

—Eso incluye casi a todo el mundo, puesto que no tengo la menor idea de quién pudiera odiarme hasta el punto de verme carbonizado. Claro que he tenido disputas con personas, ¿quién no? Pero nadie en su sano juicio le guarda rencor a alguien por una diferencia de opinión.

—No hablo de ideas generales, doctor. —Pitt deseaba que se concentrara. La respuesta podía estar en su memoria. Había algo que había desencadenado en la mente de un asesino la necesidad de protegerse de una forma tan violenta que lo había llevado a arriesgarse a matar de nuevo—. Piense en los pacientes a los que visitó aquellos días. Tal vez hiciera constar algo en sus anotaciones, si es que no puede recordarlo. Cuántas veces entró y salió, cuándo comió. De qué hablaron

en la mesa. ¡Piense!

Shaw se reclinó en la silla, con la mirada en un punto fijo, en un esfuerzo de concentración. Pitt no quiso interrumpirle ni insistir.

—Recuerdo que Clitheridge vino el jueves —dijo Shaw por fin—. A última hora de la tarde, cuando estábamos a punto de cenar. Yo había estado fuera visitando a un paciente. Tenía mucho dolor. Sabía que se le pasaría al cabo de un rato, pero me habría gustado hacer algo más para aliviarlo. Volví a casa muy cansado y lo último que me apetecía era escuchar las perogrulladas del vicario. Me temo que fui un poco brusco con él. Tiene buena intención, pero nunca llega a nada. Le da vueltas y más vueltas a las cosas sin decir nunca lo que quiere. A veces me pregunto si en realidad tiene algo que decir, o si no piensa nada más que las estupideces que repite en las homilias. —Sorbí por la nariz—. Pobre Lally.

Pitt dejó que se tomara todo su tiempo para continuar.

—Amos se comportó con él con educación. —Shaw se tomó sólo un momento—. Creo que me reprendió por mis errores y omisiones continuados, sobre todo en las últimas semanas. —De nuevo se reflejó en su rostro un profundo dolor y Pitt, sentado tan cerca de él, se sintió como un intruso. Shaw inhaló hondamente—. Clitheridge se marchó tan pronto estimó cumplido su deber. No recuerdo que habláramos de nada en particular. No estaba escuchando en realidad. Pero me acuerdo que al día siguiente, el día anterior al incendio, vinieron Pascoe y Dalgetty, porque Amos me lo comentó durante la cena. Habían ido para hablar de aquella maldita monografía, claro. Dalgetty quería que escribiera otra, más larga, acerca del nuevo orden social, y que toda ella girara en torno al mensaje esencial de que la libertad para explorar la mente es la cosa más sagrada que existe, y que el conocimiento por el conocimiento es lo más santo que hay y un derecho divino de todo hombre. —Volvió a inclinarse mientras escrutaba el rostro de Pitt para ver su reacción. Pareció no ver otra cosa que interés, así que continuó más calmado—. Pascoe por supuesto le dijo que era un irresponsable, que lo que hacía era debilitar el tejido social de la cristiandad y alimentar con ideas peligrosas a personas que ni sabían apreciar tales ideas ni sabrían qué hacer con ellas. Parecía creer que Amos estaba sembrando semillas de revolución y anarquía, en lo cual había algo de verdad. Creo que Dalgetty se sentía atraído por la Fabian Society y sus ideas acerca de la propiedad colectiva de los medios de producción y sobre la remuneración más o menos equitativa de todos los trabajos —soltó una sonora risa—, con la excepción de las mentes privilegiadas, por supuesto, es decir filósofos y artistas.

Pitt se vio obligado a sonreír a su vez.

—¿A Lindsay le interesaban también esas ideas?

—Interesarle, sí. Que estuviera de acuerdo, lo dudo. Pero sí aprobaba sus convicciones acerca de la expropiación del capital que perpetúa las extremas

diferencias entre las clases adineradas y los trabajadores.

—¿Se peleó con Pascoe? —Parecía un móvil muy remoto, pero no podía pasarlo por alto.

—Sí... pero creo que hubo más ruido que nueces. Pascoe es un caballero andante por naturaleza. Siempre anda buscando causas contra las que batirse... molinos de viento más que nada. Si no hubiera sido con el pobre Amos, habría sido con otro.

La vaga apariencia de móvil acabó por disiparse del todo.

—¿Hubo otras visitas que usted sepa?

—Solamente Oliphant, el coadjutor. Vino a verme a mí. Aparentó que se trataba de una visita obligada para saber si estaba bien, y creo que su preocupación era sincera. Es un buen tipo. Creo que cuanto más lo veo más me gusta. La verdad es que nunca me había fijado mucho en él antes, pero la mayoría de los feligreses hablan bien de él.

—Por lo que ha dicho, a usted le pareció que el motivo de su visita era otro que el que hizo ver.

—Bueno, sí... Me hizo algunas preguntas sobre Clemency y su labor social con respecto a las casas de la miseria. Quería saber si ella me había dicho algo acerca de sus logros. Claro que lograba cosas. No siempre, ni cada día, pero sí de vez en cuando. En realidad podía hacer poco. Son personas muy poderosas las que poseen la mayor parte de las calles más miserables y más rentables. Financieros, industriales, miembros de la alta sociedad, antiguas familias...

—¿Le habló de alguna persona en concreto que usted pudiera haberle repetido a Oliphant, y éste a Lindsay? —Pitt cazó al vuelo la posibilidad, por remota que fuera, y el rostro de Charlotte apareció en su mente. Lo miraba con un brillo en los ojos y la barbilla alta, decidida como estaba a seguir los pasos de Clemency.

Shaw esbozó una triste sonrisa.

—Pues no me acuerdo, lo siento. No presté mucha atención. Intenté mostrarme educado porque él se lo tomaba con seriedad y preocupación, pero pensé que perdía el tiempo... el suyo y el mío. —Fruunció las cejas—. ¿De verdad piensa que Clemency llegó a suponer una amenaza para alguien? No tenía la menor oportunidad de conseguir que se promulgara una ley por la que pudiera revelarse el nombre de los propietarios de las casas de la miseria. Lo más que podía haber conseguido es que algún industrial ofendido la demandara por difamación...

—Cosa que a usted no le habría gustado —señaló Pitt—. Podría haberle costado todo lo que posee, incluida su reputación, y probablemente su estilo de vida.

Shaw soltó una risa amarga.

—*Touché*, inspector. Eso tiene pinta de un motivo perfecto para mí... Pero si

piensa que ella habría podido hacer una cosa así, dejándome a mí expuesto a un riesgo como ése, es que no conocía a Clem. No era ninguna tonta, comprendía muy bien lo que significaba el dinero y la reputación. —Le brillaban los ojos con una ironía triste próxima a las lágrimas—. Mucho mejor de lo que nadie puede ser capaz de entender. Nunca comprenderá usted cómo la echo de menos... ¿Y por qué tendría que explicárselo? Hace mucho que dejé de estar enamorado de ella, pero creo que la quería mucho más que a nadie que haya conocido jamás, incluido Amos. Ella y Maude eran buenas amigas. Lo sabía todo acerca de su antigua actividad como modelo, y le importaba un comino. —Se puso de pie lentamente, como si le doliera todo el cuerpo—. Lo siento, Pitt. No tengo idea de quién mató a Clem, ni a Amos. Pero si la tuviera se lo diría de inmediato; en mitad de la noche, si así se terciase. Ahora será mejor que se vaya a hurgar en otra parte. Tengo que comer algo y luego he de hacer algunas visitas más. Los enfermos no esperan.

A la mañana siguiente, Pitt se sobresaltó por unos imperiosos golpes a la puerta de su casa, tan perentorios que dejó caer la tostada con mermelada y se levantó de la silla de la cocina para recorrer raudo el pasillo en apenas seis zancadas. Como una pesadilla, se formó de inmediato en su mente el horror del fuego y le asaltó la amarga premonición de que esta vez debía tratarse de la hospedería y que a aquellas horas el amable coadjutor que siempre encontraba las palabras adecuadas para compadecerse del dolor ajeno debía estar reducido a cenizas. La angustia fue casi insoportable.

Abrió la puerta y vio a Murdo en el escalón de la entrada, mojado y desolado a la luz del amanecer que despuntaba. La lámpara de gas situada detrás de él y un poco a la izquierda le enmarcaba como un leve halo en la bruma.

—Siento molestarlo, señor, pero pensé que debía decírselo... sólo por si tiene algo que ver con el caso... señor —dijo con torpeza.

Aquellas palabras, sin más explicación, parecían tener sentido para él.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Pitt, con un atisbo de esperanza de que no se tratara esta vez de ningún incendio.

—Del enfrentamiento, señor. —Murdo se balanceaba de una pierna a otra. Era evidente que deseaba no estar allí. Lo que le había parecido en un principio una buena idea, ahora le parecía mala—. El señor Pascoe y el señor Dalgetty. Éste se lo dijo anoche al sargento de guardia de la comisaría, pero yo me he enterado hace apenas media hora. Se ve que no lo tomaron muy en serio...

—¿De qué enfrentamiento habla? —Pitt cogió el abrigo del colgador junto a la puerta—. Si se pelearon anoche, ¿no podía haber esperado a que acabara de desayunar? —Fruunció el entrecejo—. ¿Qué pasó con ese enfrentamiento? ¿Hubo heridos? —Encontró la idea absurda y hasta algo divertida—. ¿Tan grave fue?

Siempre se están peleando... parece formar parte de su modo de vida. Es como si les diese una especie de justificación.

—No, señor. —Murdo parecía cada vez más desamparado—. Tienen planeado enfrentarse esta mañana... al alba, señor.

—¡No sea ridículo! ¿Quién en su sano juicio querría levantarse de la cama antes del amanecer sólo para pelearse con alguien? Alguien le ha hecho objeto de una broma pesada. —Se volvió para colgar el abrigo.

—No, señor. Pelearse ya se pelearon ayer. Hoy han planeado enfrentarse en duelo a la salida del sol... en los campos que hay entre Highgate Road y el cementerio. Un duelo a espada.

Pitt se aferró durante un instante de desesperación a la idea de la broma pesada, pero al observar el rostro de Murdo hubo de aceptar que no lo era, y no pudo conservar la calma.

—¡Por todos los diablos! —exclamó furioso—. Tenemos dos casas reducidas a escombros, los cuerpos calcinados de dos personas buenas y valerosas, hay otras personas que sufren y que están aterrorizadas por ello, y ahora dos malditos idiotas quieren batirse en duelo por culpa de un estúpido pedazo de papel. —Volvió a coger el abrigo y empujó a Murdo hacia la calzada mientras cerraba la puerta de golpe. El coche de alquiler en el que había venido Murdo estaba a unos metros—. ¡Vamos! —Pitt abrió la portezuela de un tirón y subió—. ¡A Highgate Road! ¡Voy a enseñar a ese par de gallitos lo que es una pelea de verdad! ¡Les arrestaré por alterar el orden público!

Murdo se acomodó junto a él y se bamboleó cuando el coche se puso en movimiento; cogió la puerta justo a tiempo de evitar que se abriera por el ímpetu.

—Espero que no les haya dado tiempo de hacerse daño —dijo sin convicción.

—Peor para ellos. —A Pitt no le daban ninguna lástima—. ¡Les estaría bien merecido si se ensartan el uno al otro como pinchitos! —Y viajó el resto del trayecto refunfuñando en silencio, sin que Murdo se atreviera a aventurar más comentarios.

El coche se detuvo por fin de forma brusca y Pitt abrió la puerta con furia y saltó fuera, dejando que Murdo pagara la carrera. Se dirigió a buen paso por el camino que llevaba al campo yermo, Highgate Road a la izquierda y la pared del magnífico cementerio a la derecha. A trescientos metros delante de él, separadas a distancias irregulares sobre la hierba, vio en la distancia las achaparradas siluetas de cinco personas.

Distinguió la robusta figura de Quinton Pascoe, con los pies un poco separados. Tenía una capa echada sobre un hombro y el sol del amanecer, frío y claro como el agua de manantial, reverberaba sobre su blanca cabellera. Delante de él, el rocío se acumulaba en las inclinadas hojas de hierba y les confería una extraña tonalidad turquesa al refractarse la luz en ellas.

A no más de seis o siete metros de distancia, John Dalgetty, con su cabeza

morena y de espaldas al sol, permanecía inmóvil con un brazo hacia atrás y en el otro blandiendo un largo objeto como si estuviera a punto de lanzar una carga. Pitt pensó al principio que se trataba de un bastón. La escena entera era ridícula. Echó a correr hacia ellos con toda la velocidad que le daban sus largas piernas.

De pie en un segundo plano estaban dos caballeros con levita negra, algo separados el uno del otro. Presumiblemente actuaban como padrinos. Otro hombre, que se había despojado del abrigo (sin motivo aparente, por cuanto era una mañana bastante fría), permanecía en mangas de camisa y le gritó algo a Pascoe y luego a Dalgetty. Pitt oyó su voz, pero no distinguió las palabras.

Con un amplio gesto del brazo Pascoe dejó caer la capa en el suelo, sin preocuparse de que estuviera mojado. Su padrino se apresuró a recogerla y sostenerla delante de él, a modo de escudo.

Dalgetty, que no llevaba capa, se dejó el abrigo puesto. Enarboló de nuevo el bastón, o lo que fuera, y al grito de « ¡Libertad! » se abalanzó a la carrera.

—¡Honor! —gritó a su vez Pascoe, y blandió también un objeto largo y se abalanzó.

El encuentro produjo un sonoro choque y Dalgetty resbaló en la hierba mojada.

Pascoe se revolvió con prontitud y por muy poco no le ensartó el pecho. Lo que sí consiguió fue hacerle un largo desgarrón en la chaqueta y, en consecuencia, enrabiatarle aún más. Pitt podía ver ahora que lo que empuñaba Dalgetty era un bastón de estoque, con el que propinó a Pascoe un mal golpe en un hombro.

—¡Deténganse! —vociferó Pitt. Corría hacia ellos, pero aún estaba a unos cien metros de los duelistas y nadie le prestó atención—. ¡Deténganse de inmediato!

Pascoe se quedó unos segundos inmóvil, no por Pitt sino por el golpe, que debía de escocerle. Luego retrocedió un paso y gritó:

—¡En el nombre de la caballería! —Y asestó un golpe lateral con su vieja y roma espada, posible reliquia mal cuidada de la batalla de Waterloo o de alguna otra por el estilo.

Dalgetty, con un bastón de estoque moderno, puntiagudo como una aguja, paró el golpe con tal furia que el mal conservado metal se partió por la mitad y saltó por los aires dibujando un arco hasta ir a darle en la mejilla, con tan mala fortuna que la sangre le salpicó hasta la pechera del abrigo.

—¡Viejo loco! —le espetó, entre perplejo y furioso—. ¡Beato fosilizado! ¡Nadie puede resistir el avance del progreso! ¡Una mente medieval como la tuya nunca podrá detener ni una sola de las buenas ideas que han traído los nuevos tiempos! ¡Te crees que puedes aprisionar la imaginación del hombre con tus ideas anquilosadas! ¡Qué estupidez tan ridícula! —Lanzó la espada rota hacia adelante con tanta furia que el silbante sonido que produjo pudo oírlo Pitt, por

encima incluso del jadeo de su propia respiración y el ruido sordo de sus pasos. No le dio a Pascoe por centímetros.

Pitt se quitó el abrigo y lo arrojó contra Dalgetty.

—¡Deténgase! —bramó mientras lo agarraba por el brazo y ambos rodaban por el suelo. Su espada rota brilló en el aire antes de caer a tierra, a diez metros de distancia. Pitt se levantó e hizo caso omiso de Dalgetty, acercándose presto a un desarmado, aturrido y perplejo Pascoe.

Para entonces Murdo había pagado al cochero y corría hacia ellos a campo traviesa. Se quedó sin habla ante el espectáculo, incapaz de saber qué hacer.

Pitt miró a Pascoe.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó a voz en grito—. Ya han muerto dos personas, sabe Dios obra de quién, ni por qué motivo... ¡Y ahora ustedes dos intentan matarse por culpa de una estúpida monografía que nadie va a leer! ¡Voy a detenerlos a los dos por asalto a mano armada!

Pascoe estaba visiblemente ultrajado. La sangre le supuraba a través de la corbata y se le extendía por el hombro de la camisa. Su rostro denotaba a las claras que le dolía.

—¡Dudo que pueda hacer eso! —replicó en voz alta y aguda—. ¡Se trata de una diferencia de opinión entre caballeros! —Hizo un brusco gesto con la mano—. Dalgetty es un profanador de valores, un hombre sin criterio ni discreción. Se dedica a propagar las ideas más vulgares y destructivas y aquello que él considera la causa de la libertad, pero que no es otra cosa que licenciosidad, indisciplina y el triunfo de las posturas más espantosas y peligrosas. —Movía los brazos, con riesgo para Murdo, que mientras tanto se había acercado—. Pero no pienso presentar ningún cargo contra él. Tenía todo mi permiso para atacarme, así que no puede arrestarlo —concluyó con aire triunfal y mirando a Pitt con un peculiar brillo en sus ojos.

Dalgetty se puso penosamente en pie, apoyándose en Pitt y con la mejilla sangrante.

—Yo tampoco presentaré cargo alguno contra el señor Pascoe —dijo cogiendo un pañuelo—. Es un incauto y un viejo loco ignorante que lo único que quiere es proscribir cualquier idea que no tenga sus raíces en la Edad Media. Eliminaría toda libertad en las ideas, todo vuelo de la imaginación, cualquier descubrimiento nuevo. Aún querría que creyéramos que la tierra es plana y que el sol gira a su alrededor. Pero no pienso acusarlo de haberme atacado... nos hemos atacado mutuamente. No es usted más que un entrometido en asuntos que no son de su incumbencia. ¡Es usted quien nos debe una disculpa, señor!

Pitt se había quedado lívido. Pero sabía que sin una denuncia no tenía posibilidad de llevar adelante arresto alguno.

—Todo lo contrario —dijo con súbito desprecio—. Son ustedes los que me deben a mí gratitud por haber evitado que se hirieran de gravedad, de forma fatal

quizá. Si son capaces de recobrar por un momento el juicio, piensen en el acto irreparable que han estado a punto de cometer contra las causas que tanto defienden... por no hablar de sus propias vidas.

La posibilidad, en la que resultaba claro que ninguno de ellos había pensado, sofocó el siguiente arranque antes de que se produjera. Cuando uno de los padrinos se acercó nervioso, Pitt le hizo un gesto con la mano para detenerlo y recriminarle su temeridad.

Pero antes de que pudiera reanudar su regañina, el otro padrino gritó señalando en dirección a Highgate, de donde avanzaban hacia ellos cinco figuras. En primer lugar se distinguía claramente a pesar de la distancia al vigoroso Stephen Shaw, con el brazo oscilante, un maletín negro en la mano y los faldones del abrigo al viento. Tras él avanzaba a grandes zancadas la desgarbada figura de Hector Clitheridge, y corriendo tras él, agitando los brazos y chillando, su mujer Eulalia. Algo más separado les seguía una figura con bufanda y sombrero que Pitt supuso la de Josiah Hatch, aunque estaba demasiado lejos para distinguir los rasgos. Y la mujer que iba tras él, casi corriendo, debía de ser Prudence.

—Gracias a Dios —exclamó uno de los padrinos—. El doctor...

—¿Y por qué no lo llamó antes de que comenzara el duelo, borrico incompetente? —le gritó Pitt—. Si quería actuar de padrino en un duelo, ¡haberlo hecho como es debido, al menos!

El hombre se sintió ofendido por la injusticia que se le hacía, aunque comprendió con pavor que Pitt tenía razón.

—Porque mi defendido me lo prohibió —se justificó con actitud digna.

—Apuesto a que así fue —convino Pitt mirando a Dalgetty, quien ahora dejaba que la sangre brotara libre y tenía la cara muy pálida; y luego miró a Pascoe, quien se sostenía el brazo sin fuerzas y se había puesto a temblar por el frío y la conmoción—. ¡Sabían muy bien que él habría impedido esta estupidez!

Mientras hablaba, Shaw llegó a la escena y se quedó mirando a los dos hombres heridos, y luego a Pitt.

—¿Se ha consumado algún crimen? —preguntó con brusquedad—. ¿Es que alguno de estos charlatanes —agitó los brazos, dejando caer el maletín al suelo— necesita un testimonio legal?

—No a menos que quieran denunciarse mutuamente —dijo Pitt con disgusto. Ni siquiera podía acusarles por alteración del orden, por cuanto estaban fuera de la demarcación vecinal, en mitad de un campo baldío. El resto de los habitantes de Highgate debían de estar desayunando tranquilamente en sus casas, sirviéndose el té, leyendo los periódicos de la mañana, por completo ajenos a aquella pendencia.

Shaw miró a los dos contendientes y decidió que era Dalgetty el más necesitado de atención, puesto que parecía casi en estado de *shock*, mientras que Pascoe sólo tenía un fuerte dolor, de modo que puso manos a la obra. No había

hecho más que abrir el maletín cuando llegó Clitheridge, presa de una total turbación.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Hay alguien herido?

—¡Pues claro que hay alguien herido, idiota! —exclamó Shaw—. Ayúdele a levantarse. —Señaló a Dalgetty, que estaba cubierto de sangre y empezaba a flaquear como si fuera a desvanecerse.

Clitheridge obedeció con un gesto de alivio, feliz de tener por fin una tarea concreta que hacer él solo. Cogió a Dalgetty, que se apoyó en él lastimosamente.

—¿Qué ha sucedido? —Clitheridge hizo un último esfuerzo por comprender, por cuanto era su deber espiritual—. ¿Ha sido un accidente?

Lally había llegado hasta ellos y comprendió la situación al instante.

—Oh, pero qué estupidez es ésta —dijo exasperada—. Nunca pensé que pudieran ser tan infantiles... Se han hecho daño de verdad el uno al otro. ¿Acaso esto prueba cuál de los dos tiene razón? Lo único que prueba es que ambos son más testarudos que una mula. Cosa que todo Highgate sabía ya. —Se volvió hacia Shaw, con un ligero rubor en las mejillas—. ¿En qué podría ayudar, doctor? —Josiah Hatch también había llegado hasta ellos, para entonces, pero ella no le hizo caso—. ¿Necesita trapos? —Miró en el maletín del médico, pero reparó en la extensión de las manchas de sangre, que se hacían más grandes a cada minuto—. ¿Y agua, o brandy?

—No, nadie va a perder el conocimiento —dijo el médico de forma tajante mirando a Dalgetty—. Por el amor de Dios, ¡déjelo en el suelo! —le ordenó a Clitheridge, que estaba cargando con Dalgetty casi a peso—. Lally, por favor, traiga más trapos. Será mejor que les haga un torniquete antes de moverles. Alcohol para desinfectar las heridas ya tengo.

Prudence Hatch llegó sin aliento y jadeante.

—¡Esto es horroroso! ¿Qué demonio les ha poseído? Como si no tuviéramos ya bastantes cosas que lamentar.

—Un hombre que cree en sus principios se ve obligado a veces a pelear por ellos —dijo Josiah con severidad—. El precio de la virtud es la eterna vigilancia.

—El de la libertad —lo corrigió su esposa.

—¿Cómo? —repuso él frunciendo el entrecejo.

—El precio de la *libertad* es la eterna vigilancia. Has dicho «de la virtud». —Sin que nadie se lo hubiera pedido, había sacado un trozo de tela del maletín de Shaw, para desdoblarlo y empapararlo en alcohol—. ¡Siéntese! —le ordenó a Pascoe.

En cuanto él obedeció, ella apartó la arrugada ropa y luego limpió la sangre hasta que pudo ver el irregular desgarrón en la carne. Entonces le aplicó el trozo de tela y apretó con firmeza.

Él frunció el entrecejo y soltó un grito, pero nadie le hizo el menor caso.

—La libertad y la virtud no son cosas iguales —argumentó Hatch con ardor.

Tenía el rostro concentrado y los ojos le brillaban. Era evidente que para él aquella cuestión era mucho más importante que los efímeros rasguños del duelo —. ¡Para defender eso es precisamente por lo que el señor Pascoe ha puesto su vida en juego!

—¡Bobadas! —espetó Shaw—. La virtud no corría ningún peligro... Y poniéndose a jugar con espadas en mitad del campo no iba a defender gran cosa.

—¡No hay forma legal de protegerse contra las perniciosas opiniones y las peligrosas ideas que ese hombre propaga! —gritó Pascoe por encima de las instrucciones que le iba dando Prudence.

Lally se dirigía ya hacia el camino principal, en busca de lo que le habían pedido. Su erguida figura, con los hombros echados hacia atrás, se hallaba a sus anchas.

—Debería haberla. —Hatch sacudió la cabeza—. Eso forma parte de la enfermedad moderna, el admirar cualquier cosa con tal que sea nueva, al margen de su mérito. —Elevó un poco el tono y sus manos gesticularon—. Damos cabida a cualquier pensamiento nuevo, nos apresuramos a publicar por escrito cualquier idea subversiva que se burle del pasado, de los valores que forjaron nuestros antepasados y sobre los que nosotros hemos construido nuestra nación y transportado la fe de Jesucristo a otras tierras y otros pueblos. —Se encogió de hombros por la intensidad de las emociones—. El señor Pascoe es uno de los pocos hombres que quedan con el valor necesario y la correcta visión de las cosas para entregarse a luchar, por fútil que parezca, contra la marea de la arrogancia intelectual, y contra el afán indiscriminado de novedades sin tener en cuenta su valor ni las consecuencias de su aceptación.

—No es momento para sermones, Josiah. —Shaw estaba ocupado con la mejilla de Dalgetty y ni siquiera levantó la vista para mirarle. Murdo lo ayudaba con notable eficiencia—. Y menos para las tonterías que está diciendo. La mitad de esas ideas periclitadas que defiende no son más que hipocresías fosilizadas de las que se sirven los canallas para actuar con impunidad. Hace mucho que con unas pocas preguntas bien hechas, esas burdas pretensiones quedaron en evidencia por lo que son.

Hatch estaba tan pálido que habría podido pasar por uno de los heridos. Miraba la espalda de Shaw con un odio tan intenso que parecía asombroso que éste no lo percibiera.

—Usted, Shaw, sería capaz de ver toda la belleza y la virtud mancillada y expuesta a los más bajos instintos y entregarla a la codicia de los ignorantes, y en cambio no sería capaz de proteger al inocente de las mofas y las impías innovaciones de aquellos que no tienen valores que defender, sólo una excitación insaciable de sus mentes. Es usted una persona destructiva, Stephen, un hombre cuyos ojos sólo ven lo superficial y cuyas manos sólo gustan de tocar aquello que no tiene verdadero valor.

Los dedos de Shaw se quedaron inmóviles, con un pedazo de algodón teñido de rojo. Dalgetty seguía presa de convulsiones. Maude Dalgetty había aparecido de algún sitio.

Shaw miró a Hatch. Había una amenaza en cada una de las líneas de su rostro. La energía acumulada en los músculos de su cuerpo parecía a punto de explotar con violencia.

—Me proporcionaría un gran placer —dijo casi entre dientes— que nos encontráramos usted y yo aquí mañana, al amanecer, y batirnos hasta dejarle sin sentido. Pero yo no defiendo mis opiniones de ese modo. No sirve para probar nada. Le demostraré lo estúpido que es destapando los velos de la presuntuosidad, la mentira y el engaño...

Pitt advirtió que Prudence estaba petrificada y con el rostro lívido, con los ojos clavados en los labios de Shaw como si éste estuviera a punto de pronunciar el nombre de alguna enfermedad mortal cuyo diagnóstico hiciera tiempo que esperaba.

Maude Dalgetty, por el contrario, sólo parecía algo impaciente. En ella no se apreciaba el menor miedo. Y John Dalgetty, medio tendido en el suelo, sólo parecía consciente de su propio dolor y de la complicación que se había buscado. Miraba a su mujer con ansiedad, pero era evidente que lo que le preocupaba era su ira, no su integridad, y mucho menos que Shaw pudiera, en un arranque de cólera, arruinar su buena reputación por tanto tiempo salvaguardada.

Pitt había visto todo lo que necesitaba. Dalgetty no tenía miedo de Shaw, mientras que Prudence estaba aterrorizada.

—Los sepulcros blanqueados... —dijo Shaw con rencor, mientras dos manchas de rubor le afloraban a las mejillas—. Los...

—Éste no es el momento —le interrumpió Pitt, interponiéndose entre ambos—. Ya se ha derramado sangre más que suficiente... y ya se ha causado bastante daño. Doctor, acabe de curar a los heridos. Señor Hatch, quizá tuviera la bondad de llegarse hasta la calle y conseguir algún medio de transporte para que el señor Pascoe y el señor Dalgetty puedan volver a sus respectivas casas. Si quiere usted continuar la discusión acerca de los méritos y la necesidad de la institución de la censura, hágalo en un momento más apropiado... y con modales más civilizados.

Por un momento pensó que ninguno de los dos iba a hacerle caso. Seguían mirándose con la misma violencia de sentimientos que Pascoe y Dalgetty. Pero entonces Shaw empezó a relajarse y, como si de pronto Hatch hubiera dejado de tener importancia, le dio la espalda y se inclinó de nuevo hacia la herida de Dalgetty.

Hatch, con la cara gris como la ceniza y los ojos encendidos, giró sobre sus talones, arrancando un trozo de hierba, y se dirigió cruzando el terreno baldío hacia el camino principal.

Maude Dalgetty, en lugar de acercarse a su marido, con quien era obvio que

había perdido la paciencia, fue hacia Prudence Hatch y le rodeó la cintura con el brazo.

—Supongo que deberíamos habernos imaginado una cosa así... si nos hubiésemos tomado la cuestión en serio —dijo Vespasia cuando Charlotte le contó el episodio del duelo—. Podría esperarse un poco más de sensatez por parte de personas como ellos. Pero si tuvieran un mínimo sentido de la medida, ya no habrían incurrido en esos extremismos que defienden. Hay hombres que pierden el sentido de la realidad con una facilidad pasmosa.

—Thomas me ha dicho que los dos resultaron heridos —prosiguió Charlotte—. Qué desagradable. Yo sabía que discrepaban en torno al tema de la libertad de expresión. Uno la consideraba irrenunciable, y el otro defendía algún tipo de censura en el terreno de las ideas en aras del interés público. Pero nunca pensé que podían llegar al enfrentamiento físico. Thomas estaba muy enojado, pues le pareció un comportamiento demasiado teatral, a la luz de la tragedia real que nos rodea.

Vespasia estaba sentada muy erguida, como si no fuera consciente de la exquisitez de la habitación en que estaban, ni del suave movimiento de las doradas hojas de haya que se veían a través de la ventana y que creaban un ambiente de claroscuro.

—La derrota, el engaño, el amor no correspondido, son cosas que pueden hacer que nos comportemos de maneras que nos parecerían absurdas, querida... Sobre todo la soledad, tal vez, que no es ningún bálsamo para la pena, aunque haya personas capaces de reír por fuera y llorar por dentro. A veces pienso que la risa es la salvación del hombre, mientras que otras me parece que es lo que lo condena a una condición inferior a la de los animales. Las bestias salvajes puede que se maten unas a otras y que desconozcan la piedad ante los enfermos o afligidos, pero jamás se mofan. La blasfemia es una cualidad exclusivamente humana.

Charlotte vaciló. Vespasia había llevado las cosas mucho más lejos de lo que ella había pretendido. Tal vez había dramatizado el episodio en exceso.

—Todo empezó por una discusión en torno al derecho y la necesidad de la censura —comenzó a explicarse—. Y se suscitó por esa maldita monografía de

Amos Lindsay, que ya no es más que una pelea bizantina, desde el momento en que el pobre hombre ha muerto.

Vespasia se acercó a la ventana.

—Yo había entendido que la cuestión era si las personas tienen derecho a irse de las creencias que otras consideran sagradas, y sea porque les parecen nocivas o absurdas... o irrelevantes, sin más.

—Toda persona está en su derecho de cuestionarse tales creencias —dijo Charlotte con irritación—. Debe hacerlo, incluso, de lo contrario no sería posible el progreso en las ideas, ni las reformas. Podrían llegar a enseñarse las ideologías más insensatas, y si no podemos confrontarlas ¿cómo podríamos saber si son buenas o malas? ¿Cómo podemos poner a prueba nuestras ideas si no es pensando... y hablando?

—No podríamos. Pero hay muchas formas de hacerlo. Y tenemos que aceptar la responsabilidad de lo que destruimos, tanto como de lo que creamos. Pero dime una cosa, ¿qué es eso que te ha dicho Thomas sobre Prudence Hatch estaba como absorta por el miedo? ¿Es que imaginaba que Shaw iba a revelar algún secreto espantoso?

—Eso piensa Thomas... Pero aún no ha conseguido que Shaw le cuente ningún secreto por cuyo silencio alguien pudiera estar dispuesto a matar.

Vespasia se volvió.

—Tú has hablado con Shaw... ¿Te parece un insensato?

Charlotte reflexionó, mientras visualizaba aquel rostro de vivos y limpios ojos y el poder y la vitalidad que rezumaban.

—Es un hombre muy inteligente.

—Lo habría jurado. Pero no es lo mismo. Hay muchas personas que poseen una gran inteligencia pero muy escasa sabiduría. No me has contestado.

Charlotte esbozó una sonrisa.

—No, tía Vespasia, no estoy segura de poder decirlo. Me parece que no lo sé.

—Entonces será mejor que lo averigües. —La anciana arqueó las cejas con suavidad, sin dejar de fijar sus ojos en ella.

Charlotte se levantó con cautela y con un sentimiento que poco a poco se definía como una creciente sensación de miedo. Esta vez no podía escudarse en una falsa inocencia, como había hecho con frecuencia en las anteriores ocasiones en que había intervenido en los casos de Pitt. Tampoco podía utilizar algún superficial disfraz como había hecho también a veces, con la pretensión de ser una dama sin importancia venida del campo, para conseguir así una posición de observadora. Shaw sabía perfectamente quién era y conocía la naturaleza exacta de su interés. Intentar engañarlo sería ridículo y degradante para ambos.

Tenía que presentarse ante él, si es que se decidía a hacerlo, tal como era, sin esconder sus motivos. Y tenía que hacer las preguntas sin disimulos ni reservas. Pero ¿cómo podía llevar a cabo tales propósitos sin resultar entrometida o

impertinente, u odiosamente insensible?

Estaba decidida a dar una excusa, o a decir sin más lo que le pasaba por la cabeza. Pero entonces vio los estrechos hombros de Vespasia erguidos como los de un general a punto de dar la orden de batalla, y sus ojos firmes como los de la enfermera en jefe de una sala de recién nacidos. La insubordinación ni siquiera estaba contemplada. Vespasia había comprendido de sobra todas sus objeciones posibles, y no estaba dispuesta a aceptar ninguna de ellas.

—«Inglaterra espera que cada uno de sus hombres cumpla con su deber» —recordó Charlotte con un amago de sonrisa.

Un brillo de humor asomó a los ojos de Vespasia.

—Así me gusta —aceptó inexorable—. Puedes llevarte mi carruaje.

—Gracias, tía Vespasia.

Charlotte llegó a la casa de huéspedes en que Shaw se alojaba temporalmente en el preciso momento en que la casera estaba sirviendo la comida. Era una falta de educación sin paliativos por parte de Charlotte, pero resultaba de lo más práctico. Era probablemente el único momento del día en que podía encontrarlo en la casa y sin que estuviera a punto de preparar su maletín para salir o de leer las notas y mensajes que le habían dejado.

Al entrar acompañada por la casera, él se sorprendió al verla, pero con una expresión que denotaba más agrado que irritación. Si le molestaba que lo interrumpieran durante la comida, lo disimuló con maestría.

—Señora Pitt, qué sorpresa tan agradable. —Dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó para saludarla, cogiéndole las manos con cordialidad.

—Le pido disculpas por presentarme a una hora tan intempestiva. —Aún no había empezado y ya estaba azorada—. Por favor, no quisiera estropearle la comida. —Era una observación fútil, pues ya lo había hecho con su mera presencia. Por mucho que dijera, él no iba a dejarla esperando en el salón mientras él comía en el comedor. Y aunque así lo hiciera, difícilmente tendría una comida tranquila en semejante tesitura. Sintió cómo se le sonrojaba la cara por la precipitación con que había irrumpido. ¿Cómo iba a formularle ahora todas las preguntas íntimas que quería hacerle? No sabía si conseguiría averiguar si él era un insensato, según el término utilizado por Vespasia, pero ella desde luego sí lo era.

—¿Ha comido ya? —le preguntó él sin soltarle la mano.

Ella aprovechó la oportunidad que le ofrecía.

—No... No sé cómo se me ha pasado el tiempo esta mañana y es mucho más tarde de lo que pensaba. —Era una mentira, pero muy oportuna.

—En ese caso le diré a la señora Turner que le sirva algo, si no le importa acompañarme. —Señaló la mesa dispuesta para un solo comensal. Si había otros

huéspedes, al parecer preferían comer en otro sitio.

—No desearía molestar a la señora Turner. —Era lo único que podía decir con franqueza. Ella también cocinaba, y sabía muy bien que cualquier mujer con un mínimo sentido de la economía no preparaba más comida de la que sabía que iba a necesitarse—. No podía contar conmigo. Pero tomaré gustosa una taza de té, y a lo mejor unas rebanadas de pan con mantequilla... si tiene la bondad. He desayunado tarde y no me apetece una comida copiosa. —Tampoco eso era cierto, pero sí lo más conveniente. Había comido una considerable cantidad de sándwiches de tomate en casa de la tía Vespasia.

Él abrió los brazos con gesto expresivo y fue a buscar la campanilla, que hizo sonar con vigor.

—Estupendo —acordó con una sonrisa, pues sabía igual que ella que ambos habían llegado a un compromiso de educación y sinceridad—. ¡Señora Turner!

—¿Sí, doctor Shaw? —dijo ella mientras abría la puerta.

—¡Ah! Señora Turner, ¿podría traer una tetera con té para la señora Pitt... y también rebanadas de pan con mantequilla? No le apetece comer, pero le vendría muy bien un refrigerio.

La señora Turner sacudió la cabeza algo dubitativa, aunque con buen talante, y tras mirar un instante a Charlotte se apresuró a hacer lo que le pedían.

—Síntese —le ofreció Shaw, arrimándole una silla.

—Por favor, no me espere —dijo Charlotte. Sabía que él trabajaba sin descanso y no deseaba que por su culpa se comiera frío el cordero hervido, las patatas, la verdura y la salsa de alcaparras.

Él volvió a su asiento y reanudó la comida con bastante apetito.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Pitt?

Ella no quería ponerse en ridículo dando muestras de su afecto, pero tenía que decir algo pronto. Él la observaba, a la espera. Su expresión era franca y amistosa. Al darse cuenta, ella se sintió aún peor. A su mente acudieron recuerdos de otros hombres a los que había admirado, y algo más que eso, acompañados de un sentimiento de culpabilidad que creía olvidado.

Así que sin pensarlo dos veces dijo la verdad.

—He estado siguiendo los pasos de la señora Shaw —comenzó con voz pausada—. Empecé por el consejo parroquial, donde no me dijeron casi nada.

—No es de extrañar. Ella empezó a través de pacientes míos. Había una paciente en particular, que no respondía al tratamiento que le di, por la que Clemency se preocupó mucho. Fue a visitarla y comprobó que la causa principal de su malestar eran las condiciones de su vivienda: la humedad, el frío, la falta de agua limpia y medios de higiene. Comprendió que nunca se recuperaría mientras viviera allí. Eso podía habérselo dicho yo, pero no lo hice porque sabía que no se podía hacer nada para mejorar sus condiciones de vida. Clem sufría mucho por la desgracia de los demás. Era una mujer extraordinaria.

—Sí, lo sé. Yo he visitado esas mismas casas... y he hecho las mismas preguntas que ella hizo. Ahora sé por qué los inquilinos no se quejan al casero... y lo que les pasa a quienes lo hacen.

La señora Turner llamó a la puerta y entró con una bandeja. La dejó sobre la mesa, y luego se retiró.

Charlotte se sirvió una taza de té y Shaw comió un poco más.

—A los que se quejan los echan y tienen que buscarse alojamiento en sitios aún más sucios y fríos —prosiguió Charlotte—. He seguido la pendiente que supone ir de una casa miserable a otra más miserable aún, y he visto lo que supongo es el escalafón más bajo: dormir en los portales o las cunetas. Iba a decir que no sé cómo esa gente puede sobrevivir, pero es que no pueden, claro. Los débiles mueren.

Shaw no decía nada, pero su expresión revelaba que lo entendía mejor que ella misma y que sentía la misma impotencia, que comprendía la ira que debía provocar aquella situación: el deseo de arremeter contra quien fuera, sobre todo contra quienes vivían en casas confortables y preferían mirar hacia otro lado... Shaw sentía la misma conmiseración que la acosaba a ella al cerrar los ojos y evocar aquellos rostros vacíos, insensibilizados por el hambre, la suciedad y el agotamiento.

—He seguido sus pasos hasta llegar a una calle donde las casas estaban hacinadas de gente, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y hasta bebés, todos juntos sin la menor intimidad ni las mínimas condiciones higiénicas, diez o quince personas en una sola habitación. —Mordió un trozo de pan con mantequilla sólo porque se lo habían traído, pues el recuerdo de aquella miseria le había quitado el apetito—. Al fondo del pasillo y subiendo las escaleras había un burdel. Dos puertas más abajo, una taberna inmunda junto a la que había mujeres borrachas tiradas en las escaleras y las cunetas. En el sótano había una fábrica donde las mujeres trabajaban dieciocho horas diarias sin respirar el aire fresco ni ver la luz del sol... —Se detuvo, y se dio cuenta una vez más que él también conocía aquellos lugares. Si no aquél en particular, sí una docena de sitios similares.

—Descubrí lo difícil que es averiguar quiénes son los propietarios de esos inmuebles —continuó—. Se esconden detrás de los recaudadores de los alquileres, de las compañías, de los agentes, de los despachos de abogados, que a su vez se escudan en otras compañías. Al final de la cadena hay personas poderosas. Fui advertida de que podía granjearme enemigos, personas que podían hacerme la vida muy desagradable si seguía insistiendo en molestarlos.

Él esbozó una sonrisa lúgubre, pero seguía sin interrumpirla. Ella sabía que la creía. Tal vez Clemency había compartido con él los mismos hallazgos y los mismos sentimientos.

—¿A ella también la amenazaron? ¿Usted sabe hasta dónde llegó en su

propósito de conocer los nombres de las personas que podían haber temido verse expuestas a la luz pública?

Él había dejado de comer y tenía la vista fija en el plato, con el semblante serio. Sentía una dolorosa mezcla de emociones encontradas.

—Usted cree que era a Clem a quien querían matar en el incendio de nuestra casa, ¿verdad?

—Sí —admitió Charlotte, y vio cómo se ponía más rígido. La miró con ojos escrutadores, perplejos—. Aunque no estoy segura —concluyó—. ¿Quién iba a querer matarle a usted? Y no me dé una respuesta evasiva. Esto es demasiado serio para jugar a las adivinanzas. Ya han muerto Clemency y Amos Lindsay. ¿Está seguro de que no habrá más muertes? ¿Y la señora Turner? ¿Y el señor Oliphant?

Shaw hizo un gesto de dolor como si ella le hubiera propinado un golpe. En sus ojos brillaba un sentimiento turbio y en sus labios se dibujaba una tensión no disimulada.

—¿Cree que no lo he pensado? He repasado cada uno de los casos que he tratado en los últimos cinco años. No hay ni uno solo que dé pie a sospechar del menor crimen.

Ya no había vuelta atrás, aunque sin duda Thomas le hubiera hecho las mismas preguntas.

—¿Está seguro de que todas y cada una de las muertes que atendió fue por causas naturales? ¿No podría haber ocultado alguna de ellas un asesinato?

Esbozó una sonrisa casi incrédula.

—Y usted sugiere que la persona que lo cometió podría temer que yo lo supiera o llegara a sospecharlo, y por eso está tratando de asesinarme, para que no hable... —No era que aceptara la idea, simplemente consideraba la posibilidad que se le planteaba, y encontraba difícil de encajarla en su labor médica, en la experiencia corriente de las muertes normales, siempre vividas como liberación o como tragedia.

—¿Le parece imposible? —insistió ella—. ¿Ninguna de las muertes que usted ha conocido podía haber beneficiado a nadie?

Shaw no decía nada. Charlotte comprendió que se había sumido en unos recuerdos que le resultaban penosos, pues cada uno de ellos tenía su propio rostro. Cada paciente muerto suponía una derrota para él, en mayor o menor medida, en mayor o menor grado de inevitabilidad.

La asaltó una nueva idea.

—Podría haberse tratado de un simulacro de accidente. Luego los culpables habrían tenido miedo de que usted lo descubriera o sospechara que lo habían hecho de forma intencionada.

—Tiene usted una idea muy melodramática de la muerte, señora Pitt. Por lo general es algo mucho más sencillo: una fiebre que no remite y que agota el

cuerpo hasta consumirlo; una tos seca y persistente que acaba en hemorragia y provoca una debilidad cada vez mayor hasta que al enfermo no le quedan fuerzas. A veces la víctima es un niño, o un joven, a veces una mujer extenuada por el trabajo y los partos sucesivos, o un hombre que ha trabajado en tales condiciones de frío y humedad que sus pulmones no han podido resistirlo. Otras veces se trata de un hombre obeso con apoplejía, o un bebé que nació sin la suficiente fortaleza para sobrevivir. Con frecuencia, la muerte, al final, es algo muy pacífico.

El rostro del médico expresaba dolor, no por los muertos, sino por la confusión, la ira y la aflicción de los que quedaban, por su impotencia para ayudarlos, para paliar la soledad en que les dejaba aquel repentino y horrendo vacío después de que el alma de un ser querido abandonaba el cuerpo y se extinguía todo eco de vida. Como los rescoldos fríos cuando el fuego del hogar se ha apagado.

—Pero no siempre —dijo ella a su pesar, pues comenzaba a aborrecer tener que insistir en la cuestión—. Hay personas que luchan hasta el final, y familiares que no lo aceptan. ¿Alguna vez alguien creyó que no se había prodigado usted lo suficiente? No por malevolencia, sino por simple negligencia o ignorancia. —Concluyó con una sonrisa tan leve que él no podía pensar que lo pensara en serio.

Shaw frunció el entrecejo y la miró con serena diversión.

—Hay personas que suelen caer presas de la ira si la muerte es inesperada. Se encolerizan porque el destino les ha privado de un ser querido y tienen que culpar a alguien, pero el sentimiento pasa. Y, para serle sincero, nadie me dijo nunca que yo podía haber hecho más de lo que hice.

—¿Nadie? —Lo miró con detenimiento, pero sus ojos no trataron de evitarla, ni asomó a sus mejillas el menor rubor—. ¿Ni siquiera las señoritas Worlingham, con motivo de la muerte de Theophilus?

—Oh... —Dejó escapar un suspiro—. Pero eso es por su forma de ser. Son de esas personas a las que les cuesta aceptar que alguien tan... tan robusto y tan convencido de sus opiniones como Theophilus pueda morir. Era un hombre que siempre imponía su presencia. Si había un tema de discusión, Theophilus expresaba su punto de vista con todas las palabras que fueran necesarias y con el absoluto convencimiento de que estaba en lo cierto.

—Y por descontento Angeline y Celeste estaban de acuerdo con él...

Shaw soltó una risa estentórea.

—Por descontento. A menos que no estuviera en sintonía con su padre. Las opiniones del difunto obispo prevalecían sobre las de cualquier otra persona.

—¿Y estaban en desacuerdo con él a menudo?

—Muy pocas veces. Y sólo sobre cosas nimias, como gustos y pasatiempos, libros o cuadros, o sobre ropa (si ponerse algo marrón o gris), o sobre qué vino había que servir, o si comer cordero o cerdo, o pescado o caza; sobre qué

porcelana era de mejor gusto... Nada importante. Estaban en perfecto acuerdo acerca de los deberes morales, de la virtud de las mujeres y el lugar que ocupan, de la forma en que debe regirse la sociedad y en quién debe hacerlo.

—No creo que Theophilus me hubiera gustado mucho —dijo Charlotte impulsivamente, antes de recordar que había sido el suegro de Shaw. La descripción que acababa de hacerle se parecía mucho a la de su tío Eustace March, cuyo recuerdo la embargó de emociones contradictorias, aunque teñidas todas ellas por cierto desagrado.

Él le dedicó una ancha sonrisa y por un momento quedó relegado todo pensamiento en torno a la muerte en aras del placer que sentía en su compañía.

—Lo habría aborrecido. Igual que yo.

Algo en su interior quiso reír ante la ocurrencia y ver en ella únicamente su lado frívolo y divertido. Pero no podía olvidar la virulencia en el rostro de Celeste cuando ésta se había referido a la muerte de su hermano, y el modo en que Angeline se había hecho eco con idéntica sinceridad.

—¿De qué murió? ¿Por qué fue una muerte tan repentina?

—Sufrió un ataque cerebral —respondió mirándola con candor—. Padecía de dolores de cabeza ocasionales muy fuertes, de calentamiento de la sangre, de vértigos y había tenido ya dos crisis leves de apoplejía. Y gota, claro, de vez en cuando. Una semana antes de morir tuvo un espasmo que lo dejó temporalmente ciego. Sólo duró un día, pero lo atemorizó mucho. Yo creo que él lo consideró un presagio de muerte...

—Y tuvo razón. —Se mordió el labio, tratando de elegir las palabras sin que resultaran acusadoras—. ¿Usted lo supo en el momento que pasó?

—Pensé en la posibilidad. Pero no creí que pudiera producirse tan pronto. ¿Por qué?

—¿Hubiera podido prevenirla, de haber estado seguro?

—No. Un médico no puede prevenir un ataque cerebral. Claro que no todos los ataques resultan fatales. Muchas veces el paciente pierde el uso de la mitad del cuerpo, del habla o de la vista, pero sigue viviendo muchos años. Hay personas que sufren varios ataques antes del fatal. Hay otras que quedan paralíticas y sin habla durante años pero, según todos los indicios, no pierden la conciencia y se dan cuenta de cuanto sucede a su alrededor.

—Qué espantoso. Es como morir sin obtener la paz. —Se estremeció—. ¿Podía haberle sucedido eso a Theophilus?

—Sí. Pero sucumbió al primer ataque, lo cual quizá no sea una desgracia.

—¿Le dijo eso mismo a Angeline y Celeste?

Arqueó las cejas ligeramente sorprendido, tal vez de su propia omisión.

—No, no lo hice. —Hizo una mueca—. Supongo que ahora ya es un poco tarde. Pensarían que lo digo como excusa.

—Sí. Ellas lo culpan en parte, aunque no sé hasta qué punto.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, con expresión de asombro—. ¿No se estará imaginando a Angeline y Celeste arrastrándose en la oscuridad e incendiando mi casa porque piensan que podía haber salvado a Theophilus? ¡Eso es completamente ridículo!

—Pues alguien lo hizo.

La hilaridad se desvaneció y dejó paso al dolor.

—Lo sé... pero no por causa de Theophilus.

—¿Está totalmente seguro? ¿No habría la posibilidad de que su muerte hubiera sido un asesinato, y que alguien temiera que usted lo descubriera y a partir de ahí adivinara quién lo había cometido? Después de todo, murió en circunstancias nada normales.

La miró con incredulidad, con los ojos como platos y la boca abierta. Pero poco a poco la idea le fue pareciendo menos absurda y recordó las confusas circunstancias del suceso. Volvió a coger el cuchillo y el tenedor y se puso a comer de forma maquinaal mientras reflexionaba.

—No —dijo al fin—. Si fue un asesinato, cosa que no creo, entonces fue un crimen perfecto. Nunca sospeché nada y sigo sin sospecharlo. Además, ¿quién iba a querer matarlo? Era insufrible, pero hay muchas personas que lo son. Y ni Prudence ni Clemency pretendían su dinero.

—¿Está seguro?

Levantó la mano. Dejó de comer y le sonrió con un encanto inesperado.

—Completamente. Clemency estaba deshaciéndose de su dinero con toda la rapidez que podía. Y Prudence obtiene de sus libros todo el que necesita.

—¿Libros? —Charlotte se quedó desconcertada—. ¿Qué libros?

—Bueno, pues *El secreto de lady Pamela*, por decirle uno —dijo con una sonrisa—. Escribe novelas... Oh, con seudónimo, claro. Pero tiene mucho éxito. A Josiah le daría un ataque de apoplejía si se enterase. Y a Celeste también... aunque por razones muy diferentes.

—¿Está usted seguro? —Charlotte estaba encantada. No podía creerlo.

—Desde luego. Era Clemency la que le llevaba el negocio. Así conseguían dejar a Josiah al margen. Supongo que yo sí podía saberlo.

—Gracias a Dios. —Intentó reír ante lo absurdo de la situación, pero había demasiada tensión en ambos—. Está bien. —Hizo un esfuerzo por ponerse seria—. Si no fue por causa de Theophilus, ya fuera por motivos personales o por su dinero, ¿por qué, entonces?

—No lo sé. Me he estrujado el cerebro, le he dado vueltas y más vueltas a todo lo que pudiera provocar que alguien me odiara o me temiera hasta tal punto que le hiciera dar el terrible paso de cometer un asesinato. Aun a riesgo de... —Se detuvo y a su rostro volvió un atisbo de su habitual ironía—. Bueno, no parece que el criminal corriera muchos riesgos. La policía no parece tener muchas pistas acerca de quién lo hizo, no muchas más de las que tenía la primera noche.

Charlotte salió en defensa de Pitt instintivamente, aunque se arrepintió al instante.

—Querrá decir que a usted no se lo han dicho. Eso no quiere decir que no sepan nada... —Shaw echó la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos—. A mí tampoco me lo han dicho —se apresuró a añadir.

Pero él había captado la diferencia.

—Claro, claro. Me he precipitado. Parecen tan inocentes, pero seguro que a mí no me lo cuentan. Debo de ser uno de sus principales sospechosos... cosa que aunque sea absurda para mí, para ellos ha de ser muy razonable.

Charlotte no tenía nada más que decirle ni preguntarle, pero seguía sin poder contestar a la pregunta de tía Vespasia. ¿Era un loco, en el sentido en que ella lo decía, un hombre cegado por alguna ofuscación emocional que cualquier mujer habría sido capaz de ver?

—Gracias por haberme dedicado tanto tiempo, doctor Shaw. —Se levantó—. Comprendo que mis preguntas pueden parecerle impertinentes. —Sonrió a modo de disculpa—. Si se las he hecho es sólo porque he seguido el camino que recorrió Clemency. La respeto tanto que desearía que se descubriera a su asesino, y que alguien continuase su labor. Mi cuñado está considerando la posibilidad de presentarse al Parlamento. Él y mi hermana se sintieron tan afectados por lo que descubrieron que no descansarán en abogar en favor de la promulgación de la ley que tanto ansiaba Clemency.

Él se levantó también, por cortesía.

—Pierde usted el tiempo, señora Pitt —dijo con calma.

No lo había dicho con tono de crítica, sino de lamento, como si antes ya hubiera repetido esas mismas palabras y por las mismas razones... y tampoco le hubieran creído. Era como si Clemency estuviera en la estancia con ellos, un fantasma bondadoso al que ambos querían. No había sentimiento alguno de intromisión, sólo una presencia amable que no sentía resentimiento por sus momentos de amistad, ni siquiera por el calor del contacto de su mano en el brazo de Charlotte, ni por su proximidad a ella al decirle adiós, ni por el súbito y dulce brillo de sus ojos mientras la contemplaba alejarse, bajar los escalones de la puerta principal y subir al carruaje ayudada por el criado de Vespasia. Permaneció en el umbral después de que el carruaje hubiera doblado en la esquina, hasta que cerró por fin la puerta y regresó al comedor.

Charlotte pidió al cochero que la llevara a casa de los Worlingham. Parecía muy poco probable que Celeste o Angeline hubieran intentado matar a Shaw, fuera cual fuera el grado de negligencia que le atribuían en la muerte de Theophilus, y por mucho que Clemency —y por tanto Shaw—, hubiera heredado una fortuna como consecuencia de la misma. Con todo, éste era un móvil que no podía

descartarse. Y cuanto más pensaba en ello, más le parecía que era la única alternativa lógica, si es que finalmente el culpable no era algún propietario temeroso de ver su nombre expuesto a la luz pública. ¿Tenía algún fundamento real? ¿Qué otros nombres podía haber descubierto Clemency, además del de su propio abuelo?

En el transcurso de la investigación, por fuerza tenían que haber salido otros, antes o después del de Worlingham. Somerset Carlisle había mencionado familias aristocráticas, banqueros, jueces, diplomáticos, hombres con presencia en la vida social que no habrían podido justificar ante la opinión pública el turbio origen de sus ingresos. Y aquel abogado se había mostrado tan seguro de que sus clientes estarían dispuestos a utilizar algún tipo de violencia para salvaguardar su anonimato, que no le había importado servirse de amenazas.

Pero ¿quién se había apartado tanto de los cauces del poder social o financiero como para cometer asesinato? ¿Había algún modo de averiguarlo? Se le ocurrió que podía buscar al pirómano en el mundillo criminal y obligarle a que confesara quién lo había contratado. Tal vez fuera una tarea imposible, al menos sin una buena dosis de fortuna.

¿Llegarían a descubrirlo alguna vez? ¿Había sido Clemency tan temeraria como para enfrentarse a él cara a cara? Seguramente no. ¿Con qué propósito lo habría hecho?

Lo que era seguro es que no había sacado a relucir el nombre de los Worlingham. Nunca habría llegado a erigirse el magnífico vitral en su honor, con la bendición del arzobispo de York, si hubiera pesado la menor sospecha de escándalo sobre su nombre.

¿Y Theophilus? ¿Había llegado a saberlo? Clemency no podía habérselo dicho, pues él había muerto, antes incluso de que ella se hubiera involucrado de pleno en la cuestión. ¿Había llegado a preguntar él alguna vez de dónde procedía el dinero de la familia, o se había limitado a aceptar sin más su pródiga abundancia y a dejar las cosas como estaban con una sonrisa?

¿Y Angeline y Celeste?

El carruaje estaba a punto de detenerse ante la magnífica entrada. Al cabo de unos segundos, el criado le abriría la portezuela y ella se apearía y subiría los escalones. Tenía que pensar una excusa para su visita. Era temprano. No era probable que tuvieran compañía. Ella no podía considerarse una amistad de la familia, pues no era más que la nieta de una antigua conocida, además de encarnar un desafortunado recordatorio de asesinatos y policías.

La puerta principal se abrió y la doncella la miró con una educada y fría curiosidad.

¡Charlotte no tenía siquiera una tarjeta de presentación!

Le dedicó su sonrisa más encantadora.

—Buenas tardes. Estoy prosiguiendo la labor que llevara a cabo la difunta

señora Shaw y me gustaría decirles a las señoritas Worlingham cuánto la admiraba. ¿Reciben esta tarde?

La doncella estaba demasiado bien instruida como para despedir a alguien que pudiera presentar un mínimo interés en las monótonas vidas de sus dos señoras. Las señoritas Worlingham apenas si salían más que para ir a la iglesia. Todo lo que veían del mundo era aquello que asomaba a través de su puerta.

Como no le entregó tarjeta de visita, la doncella dejó la bandejita de plata sobre la mesa del vestíbulo y se apartó para que Charlotte entrara.

—Si tiene la bondad de esperar, señora, iré a preguntar. ¿A quién debo anunciar?

—Señora Pitt. Las señoritas Worlingham conocían a mi abuela, la señora Ellison. Todas nosotras somos admiradoras de la familia. —Aquello era exagerar un poco; a la única que podía admirar Charlotte era a Clemency, pero no estaba de más incluirlos a todos.

Fue conducida al recibidor, donde apreció una vez más el maravilloso suelo de mosaico y el prominente retrato del obispo, con su rosado rostro inspirador de confianza y radiante de una satisfacción casi luminosa.

Los demás retratos quedaban sumergidos en la oscura comunidad de los acólitos. Era una lástima que no hubiera un retrato de Theophilus. Le habría gustado ver su rostro para emitir algún juicio sobre él, para comprobar si la boca, los ojos o algún otro rasgo permitía establecer algún vínculo con el obispo y sus hijas. Le imaginaba muy diferente a Shaw: dos hombres incapaces de entenderse el uno al otro por sus mismas naturalezas.

La doncella volvió y le dijo a Charlotte que la recibirían.

Angeline y Celeste estaban en el saloncito, en una postura muy parecida a la que tenían cuando las visitara en compañía de Caroline y la abuela. Llevaban vestidos de tarde negros, similares a los de entonces, de buena calidad, algo estrechos de sisa, adornados con cuentas de vidrio y, el de Angeline, también con plumas negras, muy discretas. Celeste llevaba unos pendientes azabache y un collar muy largo que le colgaba por encima de su hermoso busto y emitía destellos de luz al moverse con la respiración.

—Buenas tardes, señora Pitt —dijo con formalidad—. Es muy amable de su parte venir a decirnos lo mucho que admiraba usted a la pobre Clemency. Pero creo que ya lo había mencionado cuando estubo aquí antes. Y debo recordarle que mencionó también algunas ideas equivocadas con respecto a la tarea de Clemency en favor de los pobres.

—Estoy segura de que se trataba de un error, querida —intervino Angeline—. La señora Pitt no desearía causarnos más pena o inquietud. —Sonrió a Charlotte—. ¿Verdad?

—Nada de lo que he ido sabiendo acerca de la señora Shaw podría causarles otra cosa que un profundo sentimiento de orgullo —repuso Charlotte.

—¿Qué ha sabido? —Angeline se quedó desconcertada, pero ésa fue la única emoción que Charlotte pudo identificar en sus dúctiles rasgos.

—Oh, sí —contestó, mientras aceptaba el asiento que apenas insinuaron ofrecerle y se sentaba entre los abultados cojines llenos de borlas y encajes. No tenía la menor intención de marcharse hasta no haber dicho todo lo que pensaba y observado al detalle las reacciones que pudiera provocar. Aquella casa había sido comprada y amueblada gracias a la agonía ajena. El viejo obispo lo sabía. ¿También lo supo Theophilus? Y ¿lo sabían aquellas dos hermanas de mirada inocente? ¿Quizá Clemency, desesperada, había acudido allí al enterarse del origen de su propia herencia y les había enfrentado a la verdad? Y si había sido así, ¿qué habían hecho ellas?

Tal vez el arma que habían elegido no había sido otra que el fuego: en el secreto de la noche, y mientras ellas permanecían a salvo en sus acogedoras camas. Era horrible pensar en ello, en la sensación de estar rodeado por rostros familiares que pueden cambiar su habitual expresión de dulzura por otra de odio y desprecio.

¿Era posible que aquellas viejas damas que habían consumido su juventud y su madurez en mimar a su padre, hubieran matado para proteger la reputación de éste, y con ella su propio bienestar en el seno de una comunidad al frente de la cual había estado la familia durante más de medio siglo? No parecía inconcebible.

—He oído hablar tan bien de ella a otras personas —insistió Charlotte con una voz que a las dos mujeres sonaba artificiosa y algo exagerada. ¿Había cometido una tontería al ir allí sola? No... qué estupidez. Era pleno día, y el cochero y criado de tía Vespasia esperaba fuera.

Pero ¿lo sabían ellas?

Sí, claro que lo sabían. No podrían concebir que hubiera ido hasta allí andando. Pero podía haber ido en ómnibus. Era un medio que utilizaba con frecuencia.

—¿Qué personas son ésas? —preguntó Celeste con las cejas arqueadas—. No puedo creer que Clemency fuera conocida fuera de la parroquia.

—Oh, vaya si lo era. —Charlotte tragó para deshacerse el nudo de la garganta e hizo un esfuerzo para que su voz sonara normal. Le temblaban las manos, así que optó por cerrarlas y juntar los puños—. El señor Somerset Carlisle se refirió a ella en los más elogiosos términos. Es un destacado miembro del Parlamento, ya saben. Y *lady* Vespasia Cumming-Gould también. Lo cierto es que he hablado con ella esta misma mañana y le he dicho que vendría a verlas esta tarde, así que me ha prestado su carruaje. Está decidida a que la memoria de la señora Shaw no caiga en el olvido ni se pierda su labor. —El duro rostro de Celeste se ensombreció—. Y hay otras personas, desde luego. Pero era una mujer tan discreta y modesta que a lo mejor a ustedes no les contaba casi nada

de lo que hacía...

—Nunca nos contaba nada —repuso Celeste—. Y es que yo creo, señora Pitt, que no había nada que contar. Clemency hacía entre los pobres las mismas obras de caridad que todas las mujeres de nuestra familia han hecho siempre. —Levantó la barbilla y adoptó un tono más condescendiente—. Fuimos criadas en un hogar muy cristiano, como usted debe saber. De niñas nos enseñaron a tener compasión por los menos favorecidos, sin entrar en valoraciones acerca de su indigencia. Nuestro padre nos decía que no juzgáramos, sólo que sirviéramos.

A Charlotte le costaba refrenar la lengua. Ansiaba decirles lo que pensaba acerca del modo en que el obispo entendía la caridad.

—La modestia es una de las virtudes más elevadas —dijo en voz alta, apretando los dientes—. Por lo visto no les mencionó nada acerca del trabajo que realizaba en favor de la reforma de las leyes que afectan a la propiedad de las llamadas casas de la miseria.

No vio nada en sus caras que delatara un conocimiento previo.

—¿Casas de la miseria? —Angeline parecía desconcertada.

—Acerca de la propiedad de esas casas —explicó Charlotte, cuya voz sonó apagada y muy forzada—. Según las leyes actuales, es casi imposible conocer al verdadero propietario.

—¿Y por qué iba a querer saberlo nadie? —preguntó Angeline—. Parece raro e innecesario.

—Porque esa gente vive en condiciones infrahumanas —dijo Charlotte en un murmullo, y con la amabilidad que exigían dos mujeres mayores que no sabían nada del mundo que se extendía más allá de su casa, de la iglesia y de unas pocas personas de la parroquia. Hubiera sido una grosería culparlas de una ignorancia y a irremediable. El modelo completo de sus vidas, que había sido establecido por otros, nunca había sido cuestionado ni perturbado.

—Por supuesto que sabemos que los pobres sufren —dijo Angeline frunciendo la frente—. Pero eso ha ocurrido desde siempre, y seguramente es inevitable. Ése es el propósito de la caridad, aliviar el sufrimiento en la medida de lo posible.

—Pero gran parte de ese sufrimiento podría evitarse si no hubiera otras personas que ejercitan su codicia a expensas de los pobres. —Charlotte trataba de encontrar palabras que pudieran comprender para explicar la devastadora pobreza de la que había sido testigo. Observó una total incomprensión reflejada en sus rostros—. Las personas que nacen en la pobreza son más proclives a la enfermedad, lo que las incapacita para trabajar, por lo que se convierten en más pobres aún. Se ven expulsadas de las casas dignas y tienen que buscar lo que sea. —Estaba simplificando de forma drástica, pero una larga explicación de unas circunstancias que ellas jamás habían imaginado sólo habría servido para confundirlas—. Los propietarios conocen su situación de extrema necesidad y les

ofrecen habitaciones carentes de luz, ventilación, agua corriente e instalaciones sanitarias...

—¿Y por qué las aceptan? —preguntó Angeline con los ojos muy abiertos—. ¿Acaso no quieren las cosas que a nosotros nos gustan?

—Quieren lo mejor que está a su alcance —simplificó Charlotte—. Pero eso muchas veces no es más que un lugar donde poder cobijarse y dormir, y donde, si tienen suerte, compartir un hornillo para cocinar.

—No parece tan malo —repuso Celeste—. Si eso es todo lo que pueden permitirse...

Charlotte adujo lo único que podía conmovier a las hijas del obispo:

—¿Hombres, mujeres y niños juntos en una misma habitación? —Miró fijamente al duro e inteligente rostro de Celeste—. ¿Sin más letrina que un cubo en un rincón para uso común? ¿Y sin un espacio íntimo donde cambiarse, lavarse o dormir?

Charlotte vio en sus rostros todo el horror que había deseado suscitar.

—¡Oh, cielo santo! ¿No lo dirá en serio? —Angeline estaba impresionada—. Pero eso no es propio de personas civilizadas... ¡y mucho menos cristianas!

—Por supuesto que no. Pero no tienen alternativa, salvo la calle, que aún es peor.

Celeste parecía trastornada. Podía imaginarse unas condiciones como aquéllas y sentir al menos un ápice de horror, pero aún no era capaz de comprender el propósito de dar a conocer a los propietarios de tales lugares.

—Los propietarios no pueden crear espacio donde no lo hay. Ni resolver los problemas de la pobreza. ¿Por qué desea usted saber quiénes son?

—Porque obtienen grandes beneficios de la situación. Si se hicieran públicos sus nombres, podrían verse obligados, aunque sólo fuera por vergüenza, a ocuparse del mantenimiento de los inmuebles en lugar de dejar que se enmohezcan las paredes y se pudran las vigas.

Aquello sobrepasaba la experiencia de Celeste y Angeline. Se habían pasado toda la vida en aquella encantadora casa con todas las comodidades que el dinero y la posición social pueden proporcionar. Nunca habían visto ni oído la podredumbre, no tenían la menor idea de lo que podía ser una cuneta por donde bajaban las aguas residuales o un colector al aire libre.

Charlotte inspiró para tratar de describirlo con palabras, pero se lo impidió el regreso de la doncella, que anunció la llegada de Prudence Hatch y la señora Clitheridge.

Entraron juntas, Prudence con un semblante algo tenso e incapaz de sentarse o permanecer de pie tranquila. Lally Clitheridge saludó con simpatía a Celeste y fue todo sonrisas con Angeline, pero cuando se volvió hacia Charlotte, que se había puesto de pie y a la que reconoció antes de que le advirtieran de su presencia, adoptó una actitud distante y educada. La saludó con ojos duros y voz

quebradiza.

—Buenas tardes, señora Pitt. Qué sorpresa verla por aquí tan pronto de nuevo. No sabía que era amiga personal de la familia.

Celeste las invitó a que se sentaran y todas lo hicieron componiéndose las faldas.

—Ha venido para expresarnos su admiración por Clemency —dijo Angeline con una ligera tos nerviosa—. Parece que Clemency se preocupó de verdad por investigar a la gente que saca beneficio de la miseria de los pobres. Nosotras no teníamos ni idea. Era muy modesta sobre este punto.

—¿Ah, sí? —Lally arqueó las cejas y miró a Charlotte con incredulidad—. No sabía que conociera también a Clemency... y menos hasta el extremo de saber más de ella que su propia familia.

Charlotte se sintió ofendida por el tono más que por las palabras. Lally Clitheridge la observaba con el aire de quien mira a una rival que la ha despojado de un privilegio merecido.

—No la conocía, señora Clitheridge. Pero conozco a personas que la conocieron. Ignoro la razón por la que ella prefirió compartir sus inquietudes con ellos antes que con sus familiares y vecinos... aunque es posible que fuera porque esas personas sentían las mismas inquietudes y comprendían y respetaban sus sentimientos.

—Válgame Dios. —Lally elevó el tono, asombrada y ofendida—. Su intromisión no conoce límites. Ahora nos sugiere que ella no confiaba en su propia familia y que en su lugar eligió a esos amigos de usted, cuyos nombres ha tenido buen cuidado de no mencionar, por cierto.

—Por favor, Lally —dijo Prudence con suavidad, mientras se estrujaba las manos en el regazo—. Te estás alterando sin necesidad. Has dejado que Flora Lutterworth te pusiera demasiado nerviosa. —Miró a Charlotte—. Acabamos de tener un encuentro bastante desagradable, y me temo que todos hemos dicho cosas un poco imprudentes. La conducta de esa joven es muy desvergonzada en lo que concierne a Stephen. Está obsesionada con él y parece incapaz de contenerse... incluso ahora.

—Oh, cielos... otra vez. —Angeline suspiró y sacudió la cabeza—. Pero todas sabemos de dónde viene, pobrecilla, ¿qué se podía esperar? Y además se ha criado prácticamente sin madre. Me atrevería a decir que no hay nadie que la instruya en su comportamiento. Su padre es un comerciante, y procede del norte. Es difícil esperar que tenga la menor idea.

—No hay dinero en el mundo que pueda disimular la falta de cuna —convino Celeste—. Pero la gente sigue intentándolo.

—Exacto —dijo Charlotte con tono cortante—. La gente de buena cuna puede mentir, timar, robar o vender a sus hijas a cambio de dinero, pero la gente que sólo tiene dinero nunca podrá adquirir nobleza, hagan lo que hagan.

Se produjo un silencio como el que sigue a un trueno que deja la atmósfera cargada de tormenta.

Charlotte miró los rostros uno a uno. Aunque no tuviera pruebas, estaba segura de que Celeste y Angeline no tenían ni la más remota idea del origen del dinero de su familia. Tampoco creía que el dinero en cuestión fuera el fundamento del miedo de Prudence. Ahora mismo parecía horrorizada, pero no por preocupación por sí misma. Tenía las manos inmóviles, caídas en el regazo. Miraba a Charlotte con total incomprensión, más por su brusquedad que porque le infundiera temor.

Lally Clitheridge se había quedado petrificada.

—Yo creía que Stephen Shaw era la persona más brusca que había conocido en mi vida —dijo con voz trémula—. Pero usted le deja pequeño. Usted está por encima de toda norma.

Sólo había una respuesta posible:

—Gracias. La próxima vez que lo vea le transmitiré esas mismas palabras. Estoy segura de que se sentirá reconfortado.

Lally tensó el rostro, como si hubiera recibido una bofetada. De forma súbita y hasta ridícula, Charlotte comprendió el motivo de su animosidad hacia ella: estaba celosa. Por mucho que considerara a Shaw un incontinente verbal y un hombre de ideas peligrosas y poco recomendables, lo cierto era que se sentía fascinada por él, a causa tal vez de su vida gris y hacendosa con el vicario. Veía en Shaw una promesa de emociones y peligros, y una vitalidad y confianza en sí mismo que debía de ser como un elixir en el desierto de su existencia.

Ahora, toda aquella farsa no sólo hacía que Charlotte se sintiera enojada, sino que le inspiraba también lástima, por la futilidad e inutilidad de todo el valor que había malgastado Lally en su cruzada por hacer de Clitheridge algo que no era, por insistir en que cumpliera con un deber que lo sobrepasaba, por animarlo sin desmayo, por darle su apoyo, por estar aconsejándolo siempre sobre qué tenía que decir. Y por los sueños que había despertado en ella un hombre mucho más vivo, por el vigor que la horrorizaba tanto como la hechizaba, y por el odio que sentía hacia Charlotte por el hecho de que Shaw se sintiera atraído por ella, de un modo tan simple y desesperanzado como Lally era atraída por él.

Era todo tan pueril.

Pero ya no podía retractarse. Eso habría empeorado las cosas, pues todos habrían visto que había comprendido la situación. La única salida era marcharse, de modo que se puso en pie.

—Gracias, señorita Worlingham, por haberme permitido expresar mi admiración por la labor de Clemency y asegurarle que, a pesar de todos los peligros y amenazas que puedan surgir, pienso continuar con ese esfuerzo por mi cuenta. No desapareceré con ella. Señorita Angeline. —Retiró la mano, apretó el bolso de malla que tenía asido con la otra y se volvió con intención de marcharse.

—¿Qué quiere decir, señora Pitt? —Prudence se levantó y fue hacia ella—. ¿Está insinuando que cree que a Clemency la mató alguien que... alguien que se oponía a esa labor que según usted ella llevaba a cabo?

—Parece muy verosímil, señora Hatch.

—¿Qué solemne tontería! —intervino Celeste con brusquedad—. ¿Acaso sugiere que Amos Lindsay estaba también implicado?

—No que yo sepa... —comenzó Charlotte, pero fue interrumpida.

—Pues claro que no —convino Celeste, que se puso también en pie. Se le había arrugado la falda, pero no se dio cuenta—. No me cabe duda de que al señor Lindsay lo mataron por sus radicales ideas políticas, por esa innoble Fabian Society y todos esos horribles panfletos que escriben y defienden. —Miraba a Charlotte a los ojos—. Se había relacionado con personas que apoyan todo tipo de ideas violentas: socialismo, anarquía, revolución. Vivimos unos tiempos llenos de tramas siniestras. Hay crímenes mucho más abominables que los incendios de Highgate, por espantosos que sean. Yo no leo los periódicos, claro, pero no por ello dejo de darme cuenta de lo que está pasando... La gente habla de ello, aun aquí. En Whitechapel anda un loco suelto que descuartiza mujeres y las desfigura de un modo pavoroso, y la policía parece incapaz tanto de detenerlo como de impedir que repita sus crímenes. —Había ido palideciendo mientras hablaba. Todas habían sentido el horror extenderse por la habitación, como el frío a través de una puerta abierta.

—Estoy segura de que tienes razón Celeste. —Angeline parecía retirarse a su mundo interior, como si quisiera protegerse de las oscuras y terribles fuerzas que acababan de atemorizarlas—. El mundo está cambiando. La gente piensa de forma diferente y acepta ideas peligrosas. A veces me parece como si todo cuanto tenemos estuviera amenazado. —Sacudió la cabeza y tiró del chal para protegerse mejor—. Y a juzgar por su forma de hablar, me parece que Stephen admira de verdad esas ideas acerca de derrocar el viejo orden y establecer el que promulgan esos fabianos.

—Oh, estoy segura de que no es así —la contradujo Lally con firmeza, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes—. Sé muy bien que era amigo del señor Lindsay, pero nunca estubo de acuerdo con sus ideas. Eran demasiado revolucionarias. El señor Lindsay leía los ensayos y panfletos de esa horrible señora Bezzant que contribuyó a sublevar a las trabajadoras de la fábrica de cerillas. ¿Recuerdan? Fue en abril... o en mayo. Quiero decir que si la gente se niega a trabajar, ¿adónde vamos a ir a parar?

Charlotte sintió el impulso de exponer sus propias ideas políticas en favor de la señora Bezzant y explicar la cuestión de las jóvenes trabajadoras, de sus padecimientos físicos, de la necrosis de los huesos faciales a causa de la inhalación continuada de fósforo. Pero ni era el momento ni estaba ante las personas adecuadas. Se volvió hacia Lally.

—¿Entonces usted cree que las dos muertes han sido por motivos políticos, señora Clitheridge? ¿Que a la pobre señora Shaw la mataron por su actividad en favor de las reformas legales? Pienso que puede estar en lo cierto. La verdad es que yo también lo creo.

Lally se vio en un aprieto, al tener que estar de acuerdo con Charlotte, pero ya no podía desdecirse.

—Yo no lo habría dicho en esos términos —repuso con aire ofendido—. Pero supongo que sí, que así lo creo. Después de todo es lo que tiene más sentido, vistas las circunstancias. ¿Qué otra razón podría haber?

—Bueno, podría haber motivos pasionales más personales —señaló Prudence mientras miraba a Charlotte con ceño—. Quizá habría que pensar en el señor Lutterworth, a causa de la relación del doctor Shaw con Flora... siempre que, claro, fuera Stephen la persona a la que querían matar en el incendio, no a la pobre Clemency.

—Pero entonces, ¿por qué tenía que matar también al señor Lindsay? —Angeline sacudió la cabeza—. El señor Lindsay nunca le hizo daño a su hija.

—Pues porque sabría algo, claro. —Prudence tensó el rostro, impaciente—. No hay que hacer un gran esfuerzo de imaginación.

Permanecían de pie junto a la puerta, mientras el sol de la tarde enviaba sus rayos oblicuos entre las cortinas y persianas y formaba un estampado de luces y sombras tras ellas. A la luz de aquellos rayos sesgados los crespones negros parecían ligeramente polvorientos.

—Es sorprendente que la policía aún no lo haya resuelto —añadió Lally dirigiéndose a Charlotte—. Claro que no se trata de personas especialmente dotadas, de lo contrario se dedicarían a otras ocupaciones. Es decir, si tuvieran la inteligencia suficiente para ser capaces de hacer otra cosa mejor... ¿no es así?

Charlotte podía encajar cierta dosis de ultraje hacia su propia persona sin perder la calma, pero que insultaran a Pitt era diferente. Una vez más se dejó llevar por el genio.

—Hay muy pocas personas que estén dispuestas a dedicar su tiempo, y muchas veces a arriesgar su vida, escarbando en las faltas y desdichas ajenas para descubrir la violencia que anida en ellas —dijo con acritud—. Hay muchas personas que son la viva imagen de la rectitud en su vida pública y pretenden encarnar todas las virtudes cívicas, pero su vida privada es sórdida, ruin y llena de mentiras. —Las miró una a una, satisfecha de comprobar la alarma en sus rostros, e incluso el miedo en el caso de Prudence. Al verlo se contuvo al instante y se sintió avergonzada. No era a Prudence a quien había querido atacar.

Pero una vez más era imposible retirar las palabras ya dichas, por lo que la única salida era retirarse ella misma. Se excusó, se despidió y, con la cabeza bien alta, se marchó moviendo con elegancia las faldas al caminar. Al cabo de unos segundos se encontraba de nuevo en el carruaje de tía Vespasia camino de la

hospedería donde se alojaba Stephen Shaw. Ahora tenía nuevas preguntas que formularle. Tal vez todo aquel asunto tuviera más que ver de lo que había pensado con las ideas políticas radicales, no sólo con los señores de la miseria de Clemency sino también con las creencias socialistas de Lindsay. Nunca le había preguntado a Shaw si Lindsay estaba al corriente de la labor de Clemency, ni si dicha actividad la había llevado a alistarse en la reciente Fabian Society. La verdad era que no se le había ocurrido.

La señora Turner la recibió sin sorprenderse. Le dijo que el doctor había salido para realizar una visita, pero que volvería pronto, así que Charlotte podía esperarlo en el salón. Le trajo una tetera llena en una lacada bandeja japonesa.

Charlotte se sirvió una taza de té y se sentó. ¿Era posible de verdad que Shaw supiera algo por cuyo ocultamiento alguien fuera capaz de matar? Pitt le había contado muy pocas cosas acerca de los demás pacientes que había investigado. Shaw parecía tan seguro de que todas las muertes a las que había atendido se habían producido por causas naturales... Claro que, si estaba en connivencia con alguien, eso mismo era lo que diría. ¿Era posible que hubiera ayudado a alguien a cometer un asesinato, ya fuera proporcionándole los medios necesarios, ya ocultando el hecho una vez consumado? ¿Era capaz de algo así?

Recordó su rostro fácilmente alterable, la fuerza y la convicción que dimanaba. Sí, caso de considerarlo justo, no dudaba de que era capaz. Si había un hombre con el valor suficiente para defender sus convicciones, ése era Stephen Shaw.

Pero ¿había llegado a considerar justo un acto de aquella naturaleza? ¿Pensaba que podía serlo? No, seguramente no. ¿Ni siquiera una persona violenta o demente? ¿O alguien con una enfermedad dolorosa e incurable?

Ella no sabía si entre sus pacientes había alguien así. Pitt ya debía haber pensado en aquella posibilidad... ¿o no?

No había llegado a ninguna conclusión cuando al cabo de media hora irrumpió Shaw, arrojando el maletín a un rincón y dejando la chaqueta descuidadamente sobre el respaldo de una silla. Se quedó perplejo al verla otra vez allí, aunque con una expresión de placer que no daba lugar a la protesta o la indiferencia.

—¡Señora Pitt! ¿Qué viento favorable vuelve a traerla por aquí tan pronto? ¿Ha descubierto algo? —Había ironía en sus ojos, y cierta inquietud también, pero nada podía disimular su satisfacción por volver a verla.

—Acabo de visitar a las señoritas Worlingham —contestó ella, y advirtió que él comprendía muy bien lo que aquello significaba—. No he sido especialmente bienvenida —comentó en respuesta a la pregunta implícita en su mirada—. La verdad es que la señora Clitheridge, que estaba también de visita, me dispensa una fuerte antipatía. Pero a raíz de la conversación que hemos mantenido, se me han ocurrido algunas cosas en las que no había pensado.

—¿De veras? ¿Y qué cosas son ésas? Veo que la señora Turner le ha ofrecido té. ¿Desea algo más? Yo estoy más seco que uno de los diosillos de madera del pobre Aмос. —Cogió la tetera y la tanteó—. Ah... perfecto. —Vació la taza de Charlotte en el recipiente para los posos, la enjuagó con agua caliente de la jarra y se sirvió un poco de té para él—. ¿Qué dijeron Celeste y Angeline que haya suscitado esos progresos? Tengo que admitir que me intriga.

—Bueno, como siempre, todo tiene que ver con el dinero. Los Worlingham poseen una gran fortuna, que Clemency y Prudence tuvieron que heredar al morir Theophilus.

Él la miró con inocencia, tal vez con cierta ironía amarga, aunque sin el menor rencor hacia ella por su insinuación.

—¿Y piensa usted que yo haya podido matar a Clem para echarle el guante a ese dinero? Puedo asegurarle que no queda ni un penique. Ella lo dio todo. —Empezó a pasearse inquieto por la habitación, cambió un cojín de sitio y alineó un libro de la estantería para que no sobresaliera—. Cuando se haga público su testamento verá que en los últimos meses tuvo que recurrir a mí hasta para comprarse ropa. Se lo garantizo, señora Pitt: no voy a heredar nada de los Worlingham salvo un par de facturas de la modista y la cuenta de una sombrerería.

—¿Dice que lo dio todo? —Charlotte simuló sorpresa. Pitt ya le había dicho que Clemency se había deshecho de todo su dinero.

—Todo. En su mayor parte lo donó a sociedades que trabajan en favor de los barrios más humildes, o para la ayuda a los menesterosos, o para la mejora de la vivienda y las condiciones sanitarias y, claro, también para la lucha por los cambios en la legislación que permitan dar a conocer a los propietarios de la miseria. Se desprendió de treinta mil libras en menos de un año. Lo dio, sencillamente, hasta que no le quedó más. —El rostro le brillaba con una especie de orgullo salvaje.

Charlotte formuló la siguiente pregunta sin pararse a sopesarla.

—¿Le dijo por qué lo hacía? Me refiero a si le dijo de dónde procedía el dinero de los Worlingham.

Él hizo una mueca y la miró con unos ojos que denotaban amarga ironía.

—¿De dónde lo obtuvo el viejo bastardo, quiere decir? Oh, sí... Cuando lo descubrió se sintió hundida. —Se detuvo de espaldas a la chimenea—. Recuerdo muy bien la noche que volvió a casa después de enterarse. Estaba tan pálida que parecía medio muerta, pero lo estaba por la ira y la vergüenza. —Miró a Charlotte—. Se pasó toda la velada paseándose de un lado a otro de la habitación. No dejó de hablar de ellos ni un segundo. Nada de lo que yo le decía podía borrar su sentimiento de culpabilidad. Estaba muy alterada. Creo que se pasó en vela al menos la mitad de la noche... —Se mordió el labio y bajó los ojos—. Me avergüenza reconocer que yo no había dormido la noche anterior y que estaba

tan cansado que me dormí. Pero al despertar por la mañana me di cuenta de que Clemency había estado llorando. Lo único que fui capaz de decirle fue que, tomara la decisión que tomara, yo la respaldaría. Tardó dos días en decidir que no se lo contaría a Celeste y Angeline.

Se agitó de nuevo y golpeó con el pie la protección de metal que rodeaba el hogar.

—¿Habría servido para algo bueno? Ellas no tenían responsabilidad alguna. Habían dedicado sus vidas a cuidar y mimar a aquel viejo canalla. No podrían soportar pensar que todo había sido una farsa, que toda la bondad bajo la cual habían creído vivir no era más que una letrina blanqueada...

—Pero sí se lo dijo a Prudence —repuso Charlotte con voz pausada, mientras recordaba el miedo y la culpabilidad que había visto en los ojos de Prudence.

Shaw frunció el entrecejo y su semblante se nubló, cuando ella había esperado ver una expresión de alivio.

—No, no se lo dijo a Prudence, en absoluto. ¿Qué habría podido hacer ella, más que sentirse abrumada también por la vergüenza?

—Sin embargo así es como se siente —dijo Charlotte con dulzura. Sentía compasión al pensar en lo atormentada que debía sentirse Prudence, con un marido que admiraba al obispo casi como a un héroe, hasta la adoración. Qué peso tan terrible tener que vivir con él y no poder dejarlo entrever siquiera con la mínima alusión. Prudence tenía que ser una mujer muy fuerte y con un gran sentido de la fidelidad para guardar un secreto como aquél—. Debe de ser insoportable para ella —añadió.

—¡Prudence no lo sabe! —insistió Shaw—. Clem nunca llegó a decírselo... precisamente porque habría sido, como usted dice, insoportable. El viejo Josiah cree que el obispo era lo más parecido que hay a un santo... Dios le asista. El maldito vitral fue idea suya...

—Prudence lo sabe —le contradijo Charlotte, inclinándose hacia adelante—. Lo vi en sus ojos cuando miraba a Angeline y Celeste. Le aterroriza que pueda salir a la luz pública, además de sentirse avergonzada hasta la desesperación.

Estaban sentados uno a cada lado de la mesa y se miraban fijamente, cada cual convencido de que tenía razón, hasta que el rostro de Shaw mostró una inequívoca expresión de que por fin había comprendido.

—Prudence no sabe nada del dinero de los Worlingham —dijo—. No es de eso de lo que tiene miedo la muy estúpida.

—¿De qué entonces? —No le había gustado que utilizara ese término refiriéndose a Prudence, pero no era el momento para echárselo en cara—. ¿De qué tiene miedo?

—De Josiah, y del desprecio y la indignación de su propia familia...

—¿Por qué? ¿De qué se trata?

—Prudence tiene seis hijos. —Sonrió con tristeza y lástima—. Tuvo partos

muy difíciles. Durante el primero le empezaron los dolores un día antes de dar a luz al niño. El segundo llevaba el mismo camino, así que le propuse anestesiarla... y ella aceptó.

—Anestesia... —De pronto ella empezó a comprender qué aterrorizaba a Prudence. Recordó los comentarios de Josiah Hatch en torno a las mujeres y el trance del parto, entendido como voluntad de Dios. Como muchos hombres, su marido debía considerar que mitigar los dolores del parto con anestesia era rehuir la responsabilidad de una buena cristiana. La mayoría de los médicos ni siquiera ofrecía aquella posibilidad. Y Shaw había permitido que Prudence eligiera, sin siquiera preguntárselo ni decirselo a su esposo... Y ahora ella vivía en un terror mortal ante la eventualidad de que él rompiera su silencio y la delatará a su marido—. Comprendo —suspiró—. Qué trágico... y absurdo. —Ella recordaba sus dolores de parto de una forma muy imprecisa. La naturaleza es misericordiosa al arrinconar los recuerdos en un pequeño habitáculo de la mente. Además, sus partos no habían sido especialmente difíciles, comparados con otros —. Pobre Prudence. Usted nunca se lo diría a él, ¿verdad? —Pero se dio cuenta de que la pregunta era innecesaria, y se sintió agradecida al ver que él no se enfadaba.

Shaw sonrió sin responder.

Ella cambió de tema.

—¿Le parecería fuera de lugar que yo asistiera al funeral de Amos Lindsay? Me agradaba, aunque apenas le conociera.

Las facciones de Shaw se relajaron de nuevo y por un momento quedó al descubierto toda la magnitud de su dolor.

—Me gustaría mucho que asistiese. Pienso hacer el elogio. No será una situación agradable... Clitheridge se comportará como un memo, como siempre que no hay nada concreto que hacer. Lally probablemente arreglará el desaguisado. Oliphant será todo lo bueno que le dejen y Josiah será el mismo asno ciego y presuntuoso de siempre. No me agrada estar allí. Es seguro que me pelearé con Josiah, es algo superior a mis fuerzas. Cuanto más se ponga a adular al condenado obispo, más me encolerizaré y más ganas sentiré de subir al púlpito y proclamar a los cuatro vientos que no era otra cosa que un obscuro pecador... Y no un pecador cualquiera, víctima de los decentes pecados de la pasión y los instintos, sino un pecador frío, entregado a la codicia y la ambición desmesurada.

Charlotte le tocó el brazo de forma espontánea.

—Pero no lo hará.

Él sonrió contra su voluntad y permaneció inmóvil para que ella no se moviera.

—Trataré de comportarme como el amigo modélico que está de duelo... aunque no me guste. Josiah y yo nos hemos peleado muchas veces... pero sigue

siendo una tentación. Vive en un mundo mistificado, ¡y yo no puedo soportar sus patrañas! Yo pienso de otra manera, Charlotte. Odio la mentira. La mentira nos priva de lo que es bueno de verdad, pues lo tapa con tantas máscaras y excusas que todo lo bello, digno y limpio queda distorsionado y devaluado. —Le temblaba la voz por la intensidad de sus sentimientos—. ¡Detesto a los hipócritas! Y la Iglesia no para de engendrarlos como tumores que corrompen la virtud auténtica... como la de Matthew Oliphant.

Charlotte se sentía un poco violenta, tan intensa era la emoción del hombre. Podía sentir su vitalidad al contacto de su mano como si llenara toda la habitación.

Ella optó por retirarse.

—Entonces lo veré mañana en el funeral —le dijo—. Ambos nos comportaremos como es debido, por muy difícil que nos resulte. Yo no me pelearé con la señora Clitheridge, aunque esté deseándolo, y usted no le dirá a Josiah lo que piensa del obispo. Vamos a ir a llorar a un buen amigo cuya vida ha quedado truncada antes de tiempo.

Y sin mirarlo una vez más, caminó muy erguida y con distinción hacia la puerta del salón y salió.

A Murdo le llevó dos días de angustias e indecisiones, debatiéndose entre la esperanza y la más negra desesperación, encontrar una excusa para ir a ver a Flora Lutterworth. Y le costó por lo menos media hora lavarse, afeitarse y vestirse con un uniforme, planchado hasta el perfeccionismo y con los botones brillantados. En realidad odiaba aquellos botones, por cuanto delataban su rango con una evidencia apabullante, pero, puesto que no podía evitarlos, mejor era llevarlos relucientes.

Había pensado en presentarse ante ella y expresarle con franqueza la admiración que le inspiraba, pero se había ruborizado sólo de imaginar cómo se reiría ella de su presunción. Y sobre todo podía molestarse porque, de todos los oficios más miserables, un policía —y sin graduación— se atreviera a pensar en una cosa así, y a su vez a expresarla en voz alta. Había pasado mucho rato despierto en la cama muerto de vergüenza.

No, la única forma era buscar alguna excusa profesional y luego, en el transcurso de la conversación, insinuar que ella contaba con su más profunda admiración. Y luego retirarse con la mayor dignidad posible.

De modo que a las nueve y media llamaba a la puerta de los Lutterworth. Cuando le abrió la doncella, preguntó por la señorita Flora Lutterworth. Explicó que quería pedir su colaboración en cierto asunto oficial.

Tropezó con el escalón de la entrada y se quedó convencido de que la doncella debía estar riéndose de su torpeza. Se sintió enojado consigo mismo y al mismo tiempo avergonzado, y al instante deseó no haber ido. Estaba condenado al fracaso. Iba a ponerse en ridículo y lo único que iba a conseguir de ella iba a ser su desdén.

—Si espera en el saloncito, iré a ver si la señorita Lutterworth puede recibirlo —dijo la doncella, alisándose el blanco delantal almidonado sobre las caderas. Pensó que parecía un hombre muy agradable y que tenía ojos bonitos y mirada franca. Cuando hubiera acabado con la señorita Flora, ya se ocuparía de ser ella la que le enseñara la salida. Y no le importaría que él le pidiera acompañarla a dar una vuelta por el parque el día de su media jornada libre.

—Gracias. —Se quedó de pie sobre la alfombra, dándole vueltas al casco entre las manos mientras esperaba. En un momento de pánico pensó en huir de allí, pero tenía los pies clavados en el suelo, así que mientras en espíritu volaba en dirección a la comisaría, su cuerpo permaneció inmóvil, dominado por la indecisión, en el elegante saloncito de los Lutterworth.

Flora entró por fin, sonrojada e irremediablemente hermosa, con los ojos brillantes. Llevaba un vestido rosa de tonalidad oscura, el más elegante y favorecedor que él hubiera visto nunca. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que pensó que ella lo advertiría. Tenía la boca seca.

—Buenos días, agente Murdo —dijo con dulzura.

—Bu... buenos días, señorita —graznó. Debía de considerarlo un completo idiota. Respiró hondo y dejó escapar el aire sin decir nada.

—¿Qué puedo hacer por usted, agente? —Se sentó en una silla con un movimiento ondulatorio de la falda. Miraba a Murdo con expectación.

—Ah... —No pudo sostenerle la mirada—. Eh... señorita, ¿es...? —Clavó los ojos en la alfombra y pronunció de sopetón lo que traía preparado—. Señorita, ¿es posible que algún joven caballero que la admire a usted haya podido malinterpretar sus visitas al doctor Shaw y se haya sentido muy celoso... señorita? —No se atrevía a levantar los ojos hacia ella. Se dio cuenta de que el ardid, que tan creíble le había parecido en la soledad de su habitación, no servía más que para ponerlo en evidencia. Resultaba de lo más pueril.

—No lo creo, agente Murdo —contestó ella tras breve reflexión—. No conozco, la verdad, a ningún joven caballero que tenga hacia mí sentimientos tan intensos como para provocarle tales... celos. No me parece verosímil.

—Oh, yo creo que sí, señorita... —dijo él impulsivamente—. Si hubiera algún caballero que la hubiera frecuentado a usted, en sociedad quiero decir, y se hubieran visto varias veces, bien podría haberse visto arrastrado a... a tales... pasiones... —Un intenso rubor le subió a las mejillas, aunque fue incapaz de apartar sus ojos de ella.

—¿De verdad lo cree así? —Flora bajó la mirada con decoro—. Eso significaría que estaría enamorado de mí, agente... en un grado muy elevado. ¿Cree usted que es eso lo que sucede?

Murdo se lanzó. Ni en sus más locos sueños había imaginado una oportunidad mejor.

—No sé si es eso, señorita, pero a mí no me costaría nada creerlo. Si no ha pasado ya, pasará... Estoy seguro de que hay muchos caballeros que darían todo lo que poseen por tener la oportunidad de ganarse su afecto. Quiero decir que... eh... —Ella lo miraba con una sonrisa mitad interesada mitad divertida. Murdo era consciente de que se había delatado y sintió el impulso de huir a toda carrera. Pero seguía notándose los pies clavados al suelo.

Ella lo miró con una sonrisa más abierta.

—Qué encantador por su parte, agente. Lo dice como si de verdad pensara que soy una mujer guapa y atractiva. Sin duda es lo más bonito que me han dicho hasta donde recuerdo.

Murdo no tenía idea de cómo seguir. Se limitó a devolverle la sonrisa, feliz y ridículo a un tiempo.

—No se me ocurre nadie en quien haya podido suscitar emociones tan fuertes como para causarle algún daño al doctor Shaw —continuó, sentándose muy erguida en la silla—. Estoy segura de no haber dado pie a que nadie las sintiera. Aunque el asunto es muy serio, por supuesto, y me doy cuenta de ello. Le prometo que lo pensaré con calma y le diré algo.

—¿Puedo volver dentro de unos días para que usted pueda decírmelo?

Flora esbozó una débil sonrisa.

—Si no le importa, agente, preferiría hablar de ello en un lugar donde papá no pueda oírnos. Tiene tendencia a malinterpretar lo que digo... por interés hacia mí, claro está. Quizá tendría la bondad de dar un pequeño paseo conmigo por Bromwich Walk. Aún hace buen tiempo, así que no sería desagradable. Si quiere que nos encontremos en la esquina de la parroquia, pasado mañana, podríamos subir caminando hacia Highgate y hasta podríamos tomar una limonada.

—Yo... —La voz apenas lo obedecía. Se notaba el corazón en la garganta—. Me parece que eso sería de lo más... —pretendía decir «maravilloso», pero eso era ir demasiado lejos— de lo más satisfactorio, señorita. —Deseó borrar aquella bobalicona sonrisa de su cara, pero no lo consiguió.

—Muy bien, pues —dijo mientras se levantaba y pasaba tan cerca de él que pudo oler su perfume y oír el suave roce de su falda—. Buenos días, agente Murdo.

Éste tragó saliva.

—Bu... buenos días, señorita Lutterworth.

—¿Modelo de artistas? —Micah Drummond abrió los ojos con regocijo irónico —. ¡Así que Maude Dalgetty es aquella Maude!

Ahora era Pitt el sorprendido.

—¿Ya sabía quién era?

—Sin duda. —Drummond estaba de pie junto a la ventana de su despacho. La luz otoñal que entraba a borbotones formaba un caprichoso y brillante mosaico en la alfombra—. Era una de las mujeres más bellas... de determinado canon de belleza, claro. —Esbozó una sonrisa más amplia—. Tal vez se salga un poco de su generación, Pitt. Pero créame, cualquier joven caballero que asistiera a las temporadas musicales y comprara las postales artísticas de moda conocía el rostro, y otros atributos, de Maude Racine. Era algo más que una simple mujer guapa. Desprendía cierta generosidad, una emoción. Estoy encantado de saber

que se ha casado con alguien que la quiere y que ha fundado con ella un hogar respetable. Supongo que eso quería ella, una vez acabada la diversión y llegada la hora de abandonar la fiesta.

Pitt sonrió. A él también le había gustado Maude Dalgetty, quien había sido además amiga de Clemency Shaw.

—¿Y la ha descartado? —inquirió Drummond—. No es que esté imaginándome a una Maude tan celosa de su reputación que estuviera dispuesta a matar para preservarla. En los tiempos de que le hablaba no era ni mucho menos una mujer hipócrita. ¿Está tan seguro con respecto a su esposo, John Dalgetty? ¡No me venga con evasivas, Pitt!

Pitt se apoyó contra la repisa de la chimenea y miró a Drummond de frente.

—Por completo —dijo sin pestañear—. Dalgetty es un apasionado de la libertad de expresión. De ahí vino ese estúpido numerito del duelo. Nada de censuras. Todo ha de ser público y transparente. Todo el mundo puede decir y escribir lo que le plazca, y expresar las ideas más novedosas y atrevidas que se le ocurran. Las personas que a él le importan no iban a cortar su relación con él porque su mujer se dedicara al arte y posara para pintores algo ligera de ropa.

—Pero a ella puede que sí le importe. ¿No ha dicho que trabaja en la parroquia, que va a la iglesia y que está integrada en una respetabilísima comunidad?

—Sí, eso he dicho. —Pitt se metió las manos en los bolsillos. Uno de los pañuelos de seda de Emily le asomaba, bien doblado, por el bolsillo del pecho. Drummond se había fijado, cosa que a él le proporcionó una satisfacción que lo compensaba del frío y temprano viaje en el ómnibus público que había cogido para sumar unos peniques más a los ahorros para el cumpleaños de Charlotte—. Pero la única persona que lo sabía, por lo menos hasta donde sé, era Shaw... y Clemency, supongo. Clemency era su amiga, y Shaw no se lo diría a nadie. —Le asaltó un recuerdo súbito—. De no ser en un arranque de ira, y a que Josiah Hatch cree que Maude es la mujer más excelente que ha conocido. —Arqueó las cejas—. Y Hatch es un individuo rígido en extremo, que defiende todas esas ideas del viejo obispo en torno a la pureza y la virtud de las mujeres, y a sus deberes como guardianas de la santidad del hogar entendido como una isla al margen de las mezquinas realidades del mundo exterior. No me resulta difícil imaginar a Shaw desengañándole en su apreciación acerca de Maude, sólo por servirle un trago amargo imposible de soportar. Aunque la verdad, sigo creyendo que no la traicionaría por una simple riña.

—Me siento inclinado a pensar como usted. —Drummond apretó los labios—. No hay motivo para sospechar de Pascoe, al menos que sepamos nosotros. Ya ha descartado a Prudence Hatch, por cuanto Shaw jamás descubriría sus secretos profesionales. —A Drummond le brillaban los ojos—. Por favor, salude a Charlotte de mi parte. —Se arrellanó en la silla y apoyó los pies en el escritorio

— El reverendo es un zoquete, en su opinión, pero no hay motivo de querrela con Shaw, que usted sepa, salvo que a su mujer la obnubila un poco la virilidad de éste... Pero no parece suficiente para llevar a un clérigo al incendio y el asesinato múltiples. ¿No le parece posible que la señora Clitheridge se encariñara de Shaw hasta tal punto que, al verse rechazada, intentara matarlo por despecho? —Observaba a Pitt mientras hablaba—. De acuerdo, de acuerdo: no. Y supongo que tampoco habría matado a la señora Shaw por celos. No... supongo que no. ¿Qué me dice de Lutterworth, en el asunto de su hija?

—Podría ser —concedió Pitt con tono dubitativo. Visualizó de nuevo el rostro amplio y poderoso de Lutterworth, así como su expresión de rabia al mencionarle el nombre de Shaw, y el de Flora. Quería profundamente a su hija, y sus emociones eran lo bastante intensas y su carácter lo bastante fuerte y decidido como para llevar a cabo un acto semejante si lo consideraba justificado —. Sí, lo creo posible. Al menos lo fue cuando sucedió, ya que ahora sabe, creo, que la relación de Flora con el doctor sólo era la de médico y paciente.

—Entonces ¿a qué se debe que entrara y saliera siempre a escondidas en lugar de asistir a la consulta habitual?

—A causa de la naturaleza de su dolencia. Es algo personal que afecta a su sensibilidad y no quiere que nadie más lo sepa. No es difícil de entender.

Drummond, que también tenía mujer e hijas, no necesitó más comentario.

—¿Quién queda, pues?

—Hatch... Pero él y Shaw llevan años peleándose por una cosa u otra. Y uno no mata a otra persona de repente por una diferencia de carácter o de opinión. También están las hermanas Worlingham, si es que de verdad lo consideran responsable de la muerte de Theophilus...

—¿Y lo creen así? —Drummond lo dijo sin apenas convencimiento—. Y en cualquier caso, ¿tanto les importa? A mí me resulta más verosímil que hubieran querido matarlo por el asunto de la fortuna de los Worlingham. Eso ya me suena más creíble.

—Shaw sostiene que Clemency no se lo dijo —repuso Pitt, si bien a él también le parecía más verosímil—. Aunque también podría ser que él no supiera que ella se lo había contado. Podría haberlo hecho la noche antes de morir. Necesito averiguar qué fue lo que precipitó el primer asesinato. Algo sucedió aquel día, o el día anterior, que hizo que alguien se asustara o encolerizara más de lo que podía soportar. Algo cambió la situación de una manera tan drástica que lo que hasta entonces había sido difícil (o tal vez ni eso), de repente se convirtió en algo tan amenazador o injusto que llevó a una o varias personas a cometer un asesinato.

—¿Qué sucedió aquel día? —Drummond le escrutaba.

—No lo sé —admitió Pitt—. Me he centrado en Shaw y él no me ha dicho nada. Desde luego, siempre es posible que fuera él quien matara a Clemency, en

cuyo caso habría prendido el fuego antes de marchar a la urgencia médica, y que después matara a Amos Lindsay por haberse delatado ante él con alguna palabra de más, o por omisión, y Lindsay se hubiera dado cuenta de lo que había hecho. Eran amigos, pero no creo que Lindsay hubiera guardado silencio de haber sabido con certeza que Shaw era el culpable. —Era una posibilidad particularmente repugnante, pero en honor a la verdad se veía obligado a admitirla.

Drummond percibió el reparo que le inspiraba.

—No sería la primera vez que usted le toma simpatía a un asesino, Pitt... Tampoco lo sería en mi caso, por lo demás. La vida sería más fácil si siempre nos agradaran los héroes y nos desagradaran los villanos. Personalmente me conformaría con no sentir la misma compasión por el villano que por la víctima, como me pasa la mitad de las veces.

—Yo no siempre soy capaz de establecer la diferencia. —Pitt sonrió con tristeza—. He conocido asesinos que me han parecido poseer la misma calidad de víctimas que los demás implicados en el caso. Sin ir más lejos sería lo que me pasaría esta vez si las culpables resultaran Angeline y Celeste. El viejo obispo dominaba sus vidas desde la infancia. Dispuso con toda exactitud cómo tenían que ser como mujeres, e hizo prácticamente imposible que pudieran ser de otro modo. Imagino que debió ir despachando a todo posible pretendiente y que hizo de Celeste su compañera intelectual, mientras que a Angeline le reservaba el papel de ama de casa y anfitriona cuando fuera necesario. Para cuando murió, ya eran demasiado mayores para casarse, además de haberse convertido en personas totalmente dependientes de la forma de pensar, la posición social y el dinero de su padre. Si Clemency, en un acto de ultraje, había amenazado con destruir aquello sobre lo que se había sustentado sus vidas y las había expuesto no sólo a la vergüenza pública, sino a la negación de todo aquello en lo que habían creído y justificaba su pasado, no es difícil entender por qué era posible que hubieran conspirado para matarla. A sus ojos, Clemency no sólo habría sido una amenaza mortal, sino también una traidora a la familia. Podían haber considerado su infidelidad como un pecado merecedor de la muerte.

—Podían, sí —convino Drummond—. La posibilidad restante sería la de algún señor de la miseria que se hubiera sentido amenazado por la labor de Clemency. Supongo que habrá indagado qué otros propietarios había investigado ella. ¿Qué me dice de Lutterworth? Usted dijo que era un hombre socialmente ambicioso, en particular en sus expectativas sobre Flora, a la que quiere casar con alguien de buena posición tras haber renegado de sus orígenes mercantiles. Desde luego, la especulación inmobiliaria en barrios pobres no contribuiría a tales fines. —Hizo una agria mueca—. Aunque tampoco estoy del todo seguro de que fuera a desbaratarlos. Hay muchos aristócratas que han debido de hacer su dinero por caminos más que cuestionables.

—Sin duda. Pero siempre de un modo discreto. Pueden hacer la vista gorda con el vicio, y hasta aceptar la vulgaridad, con reparos, eso sí, y siempre que haya dinero de por medio; pero la indiscreción no la consentirían jamás.

—Se está volviendo muy cínico, Pitt. —Drummond sonrió.

Pitt se encogió de hombros.

—Lo único que he podido averiguar acerca de Lutterworth es que hizo su fortuna en el norte y que vendió prácticamente todos sus intereses. En Londres no llegó siquiera a tenerlos, hasta donde sé.

—¿Qué opina de las implicaciones políticas del caso? —Drummond no se daba por vencido—. ¿El asesinato de Clemency no podría estar relacionado con Dalgetty y sus contactos con la Fabian Society? Y lo mismo en el caso de Lindsay...

—No he hallado conexión alguna. Pero Clemency sin duda conocía a Lindsay, y ambos se apreciaban. Puesto que ambos están muertos, es imposible saber cuáles eran sus conversaciones al respecto, a menos que Shaw lo sepa y consigamos que nos lo cuente. Y dado que las dos casas han sido reducidas a escombros, no hay papeles que buscar.

—Podría ir a hablar con otros miembros de la sociedad...

—Lo haré si surge la ocasión. Pero hoy quiero ir al funeral de Lindsay. Tal vez pueda averiguar qué hizo Clemency el último o los dos últimos días antes de morir, con quién habló, qué ocurrió para que alguien se sintiera tan colérico o atemorizado para decidir matarla.

—Notifíquemelo luego, ¿quiere? Quiero saberlo.

—Sí, señor. Y ahora me voy, o llegaré tarde. Odio los funerales. Sobre todo cuando miro los rostros de los asistentes y pienso que tal vez uno de ellos le mató... a él y a ella.

Charlotte también estaba preparándose para ir al funeral, pero acababa de recibir en mano una nota de Emily que decía que no sólo asistirían ella y Jack, y que por comodidad pasarían a recoger a Charlotte con su carruaje a las diez, sino que también iba Vespasia. La nota no incluía explicación alguna. Y ahora, a las nueve y cinco, no había ya tiempo para poner peros a lo que habían dispuesto ni buscar otras alternativas.

«Gracias a Dios que al menos mamá y la abuela se quedan en su casa», pensó. Charlotte dobló la nota y la dejó en el canastillo de la costura, donde Pitt no pudiera encontrarla, por mera cuestión de hábito. Por descontado que al final se enteraría de que iban todos, pero no podía pretender hacer creer a Pitt que el motivo era el dolor moral que sentía, por mucho que hubiera simpatizado con Lindsay. Iban por mera curiosidad, y porque creían que aún podían descubrir algo significativo acerca de la muerte de Lindsay y Clemency, cosa que era

posible que Pitt desaprobara.

¿O tal vez Emily sabía ya algo? Ella y Jack habían dicho que sondearían en los ambientes políticos, y Jack había mantenido ya algunos contactos con el Partido Liberal con vistas a presentarse como miembro al Parlamento cuando hubiera un escaño vacante y le aceptaran como candidato. Y si había hablado en serio al manifestar su deseo de continuar con la obra de Clemency, tal vez se hubiera entrevistado ya con los fabianos y otros grupos de marcada tendencia socialista. Por supuesto, no se trataba de que tuvieran opción de ver elegido un miembro suyo a la Cámara de los Comunes, pero las ideas eran necesarias, y a fuera para formular argumentos a favor o en contra.

Charlotte se aplicaba de forma maquinal al arreglo del peinado y a adecentar su aspecto. No se dio cuenta del esfuerzo que realizaba hasta que llevaba media hora y aún no estaba enteramente satisfecha. Se ruborizó ante su propia vanidad y apartó los pensamientos que la llevaban hacia Stephen Shaw.

—¡Gracie!

Gracie apareció procedente del descansillo de la escalera, con un plumero en la mano y el rostro radiante.

—¿Sí, señora?

—¿Te gustaría acompañarme al funeral del señor Lindsay?

—¡Oh, sí señora! ¿Cuándo es, señora?

—Dentro de un cuarto de hora... o por lo menos ése es el tiempo que tenemos antes de irnos. La señora Radley pasará a recogerlos en su carruaje.

El rostro de Gracie se ensombreció y tuvo que tragar saliva.

—No he acabado el trabajo, señora. Aún me faltan las escaleras y la habitación de la señorita Jemima. El polvo se acumula igual aunque ella no esté. Y no tengo qué ponerme. El vestido negro está sin planchar...

—Pero el que llevas puesto es oscuro. —Charlotte miró el corriente vestido gris de Gracie. Era lo bastante anodino para asistir a un funeral. No había más que hablar, el día que pudiera le compraría uno azul brillante bien bonito—. Y olvídate del trabajo. No se escapará, mañana podrás hacerlo.

—¿Está segura, señora? —A Gracie no le habían dicho jamás que se olvidara de limpiar el polvo. Los ojos le destellaron sólo de pensar que podía dejarlo mientras se iba otra vez a hacer de detective.

—Sí, estoy segura. Venga, ve a peinarte y a ponerte el abrigo. No podemos llegar tarde.

—Oh, sí señora. Estoy lista en un minuto, señora. —Y sin dar tiempo a que Charlotte dijera nada más, se fue taconeando escaleras arriba hasta su habitación del ático.

Emily llegó puntual. Irrumpió con un elegante vestido negro, adornado con cuentas azabache, no del todo apropiado para un funeral, pues aunque el cuello de encaje era tan alto que le llegaba casi hasta las orejas, la tela del vestido era

tan fina que lo hacía más propio para una velada festiva que para un funeral. A pesar del velo, el sombrero era muy atrevido. Y el colorete de las mejillas le favorecía mucho; demasiado. No había que hacer ningún esfuerzo para creerse que Emily era una mujer recién casada.

Charlotte se sentía tan feliz por ella que no fue capaz de desaprobarlo, a pesar de que habría sido lo más sensato y pertinente.

Jack venía un par de pasos detrás, vestido de forma tan impecable como siempre, con la holgura suplementaria con la que contaba quizá a la hora de enfrentarse a la factura del sastre. En su persona se apreciaba una mayor confianza, que ya no estaba fundamentada en el encanto personal y la necesidad de gustar, sino en una felicidad interior que no requería de la aprobación de los demás. Charlotte pensó al principio que ello era reflejo de su relación con Emily. Pero al oírle hablar comprendió que era algo más profundo: una resolución interna, algo que irradiaba hacia el exterior.

Saludó a Charlotte con un ligero beso en la mejilla.

—¡He hablado con el partido en el Parlamento y creo que me aceptarán como candidato! —dijo con una amplia sonrisa—. Me presentaré tan pronto haya una elección parcial idónea.

—Felicidades —dijo Charlotte rebosante—. Haremos todo lo que podamos para ayudarte. —Miró a Emily y vio en su rostro una intensa satisfacción, así como un destello de orgullo—. Todo. Hasta tener la boca cerrada, si fuera el último recurso. Pero ahora tenemos que ir al funeral de Amos Lindsay. Pienso que forma parte de nuestra causa. No sé por qué, pero creo que su muerte guarda estrecha relación con la de Clemency.

—Desde luego —convino Emily—. No tendría lógica de otro modo. Tiene que haberles matado la misma persona. Yo sigo creyendo que se trata de motivos políticos. Las actividades de Clemency levantaban ampollas. Cuanto más sé de lo que hacía o planeaba, más me doy cuenta de la cantidad de personas que podían verse salpicadas con el asunto del dinero sucio. ¿Estás segura de que las hermanas Worlingham no sabían lo que ella hacía?

—No, no del todo —reconoció Charlotte—. Creo que no. Pero Celeste es mejor actriz que Angeline, a quien me cuesta considerar culpable de nada. Es tan transparente y tan cándida... A veces parece incapaz de moverse en este mundo. No me es posible pensar que posea la suficiente solvencia práctica y sangre fría como para planear y llevar a cabo un incendio.

—Pero Celeste sí sería capaz —dijo Emily—. Al fin y al cabo, ellas tienen más que perder que nadie.

—Si exceptuamos a Shaw —señaló Jack—. Clemency estaba repartiendo el dinero de los Worlingham a marchas forzadas. Según parece se había deshecho ya de su parte de la herencia en el momento de su muerte... pero sólo sabemos que Shaw lo sabía por la palabra de éste. Tal vez creía que la suma era hasta

entonces insignificante y la mató pensando que aún quedaba mucho dinero, con la amarga sorpresa de que no era así.

Charlotte se volvió hacia él. La idea, desagradable en grado sumo, no se le había ocurrido, pero no podía descartarla por imposible. Nadie más conocía las actividades de Clemency. Sólo contaban con la palabra de Shaw acerca de que éste conociera todos sus pasos. Pero ¿era cierto? Quizá sólo se había enterado un día o dos antes de la muerte de Clemency y había sido este descubrimiento el que le había revelado de pronto que podía perder su acomodada posición económica y social si ella hacía públicas sus investigaciones. La verdad es que era un buen motivo para el asesinato.

Charlotte no dijo nada. Sólo sintió un estremecimiento que la llenó de zozobra.

—Lo siento —dijo Jack con amabilidad—. Pero es una posibilidad a tener en cuenta.

Charlotte tragó saliva. En su fuero interno sabía de la confianza que le inspiraba la intensa y sincera expresión de Jack. Ella misma estaba sorprendida de su propia inquietud.

—Gracie viene con nosotros. —Se volvió hacia la puerta, como si urgiera marcharse—. Me pareció que se lo merecía.

—Claro que sí —convino Emily—. Me gustaría creer que vamos a descubrir algo, pero lo único que podemos esperar razonablemente es una intuición de nuestro instinto. Aunque también podemos arreglárnoslas para introducir alguna pregunta inquisitiva en el banquete fúnebre. ¿Estás invitada?

—Eso creo. —Charlotte recordaba la invitación de Shaw, su deseo de tener junto a él a una persona que compartiera su gusto por la sinceridad. Apartó aquel pensamiento—. ¡Vamos, o llegaremos tarde!

El funeral constituyó una ceremonia espléndida y algo pomposa que reunió a más de doscientas personas en la pequeña iglesia donde se desarrolló el formal y solemne servicio oficiado por Clitheridge. La música de órgano sonó intachable y derramó sus ricos y vibrantes acordes sobre los solemnes asistentes, a los que proporcionó el consuelo de una pasajera unión mientras cantaban. El sol desparataba sus rayos a través de las ventanas en un esplendoroso torrente de colores que caía como joyas rutilantes sobre el enlosado y por entre las rígidas espaldas y cabezas cubiertas con toda la gama de texturas del negro.

En el momento de marchar, Charlotte advirtió la presencia en el fondo de la nave de un hombre de apariencia inusual, con la barbilla elevada en un gesto que parecía denotar un agudo interés en el techo de la iglesia. No es que sus rasgos llamaran la atención por nada en particular, pero la inteligencia y la ironía de su expresión eran, ciertamente, irreverentes. Tenía cabello color caoba, y aunque estaba sentado se apreciaba que era un hombre de físico menguado. Charlotte

dudó al pasar junto a él, dominada por la curiosidad.

—¿La he molestado, señora? —preguntó volviéndose hacia ella de forma inesperada. Hablaba con un marcado acento irlandés.

Charlotte se rehízo con esfuerzo y replicó con aplomo:

—En absoluto, caballero. Cualquier hombre que contemple el cielo como usted lo hacía merece que no lo importunen...

—No contemplaba el cielo, señora —dijo indignado—. Era el techo lo que atraía mi atención. —Entonces se dio cuenta de que ella ya lo había advertido y que se lo había dicho para fastidiarlo.

Su rostro se distendió en una encantadora sonrisa.

—George Bernard Shaw, señora. Era amigo de Amos Lindsay. ¿Usted también?

—Sí —exageró—. Y lamento mucho que nos haya dejado.

—Desde luego. —Se había puesto serio de nuevo—. Es una pérdida triste y estúpida.

Era imposible alargar la conversación a causa de la gente que quería salir de la iglesia, por lo que Charlotte asintió con educación y se excusó, dejándolo que prosiguiera en su contemplación.

La mitad de los asistentes siguieron el féretro hasta el frío y luminoso cementerio de la iglesia, donde la tierra húmeda estaba excavada y el suelo sembrado de hojas caídas, que tachonaban de bronce el verde césped.

Tía Vespasia, con un vestido de color espliego muy oscuro (se había negado a vestirse de negro), se colocó junto a Charlotte, con el mentón levantado, los hombros erguidos y el bastón de empuñadura de plata firmemente asido. Detestaba tener que utilizarlo, pero no tenía más remedio que apoyarse en él mientras Clitheridge desgranaba con voz monótona su retahíla de tópicos acerca de la inevitabilidad de la muerte y la fragilidad humana.

—Qué necio —murmuró la dama entre dientes—. ¿Alguien puede explicarme por qué el vicario cree que a Dios no se le puede hablar en un lenguaje sencillo, sino que necesita que todo se le explique de tres formas diferentes como mínimo? Yo me imagino a Dios como la última persona a la que podríamos impresionar con largas peroratas o engañar con excusas rebuscadas. Cielo santo, pero si es Él quien nos ha creado. No necesita que nadie le cuente que somos frágiles, estúpidos, admirables, ruines y valerosos. —Clavó el bastón en el suelo con rabia—. Y lo que es seguro es que no le gustan esas pomposidades. ¡Acaba de una vez, hombre! ¡Entierra ya al pobre siervo y deja que nos vayamos a alabarle a nuestro gusto!

Charlotte cerró los ojos y esbozó una mueca de disgusto por si alguien la había oído. Vespasia sólo murmuraba, pero su voz era penetrante y de una pronunciación inmaculada. Al oír que alguien decía en voz baja «Aquí, aquí», se volvió y se encontró con los ojos de Stephen Shaw, que, brillantes por la pena,

contradecían la sonrisa en sus labios.

Se volvió hacia la tumba y vio la gélida mirada de celos de Lally Clitheridge, que le inspiró más lástima que enojo. Si fuera ella la que estuviera casada con Hector Clitheridge, estaba segura de que tendría momentos de sueños locos y prohibidos, y que odiaría a cualquiera que viniera a romper el encanto, por ridículo o frágil que fuera.

Clitheridge proseguía su tedioso discurso, como si no pudiera resignarse a que pasara aquel momento, como si postergando el instante de su regreso al polvo pudiera alargar de algún modo la vida de Amos Lindsay.

Oliphant estaba inquieto, no paraba de cambiar el pie de apoyo, consciente de la tristeza y la indignidad del momento.

En el otro extremo de la tumba estaba Alfred Lutterworth. Iba desprovisto de sombrero y el viento le encrespaba su blanca corona de pelo. Junto a él, cogida de su brazo, Flora aparecía joven y atractiva. El frío le había hecho aflorar los colores a las mejillas, pero la ansiedad parecía haberse evaporado de su expresión. Charlotte vio incluso cómo Lutterworth le cogía la mano y se la apretaba con suavidad.

Por encima del hombro a su izquierda, en un rincón del cementerio, vio al agente Murdo, más tieso que un centinela, con los botones relucientes al sol. Se suponía que estaba allí para observar a todo el mundo, pero Charlotte vio que su mirada no se apartaba de Flora. Si por él fuese, ésta podía haber sido la única persona presente en la ceremonia.

Vio a Pitt un solo instante. No era más que una sombra junto a la sacristía, con los extremos de una bufanda al viento. Se volvió hacia ella y sonrió. Quizá había supuesto que ella asistiría. Por unos segundos la multitud dejó de existir y no hubo nadie más en el cementerio. Fue como si él hubiera podido tocarla. Entonces Pitt se encaminó hacia el seto de tejo para buscar un lugar entre las sombras. Ella sabía que desde allí lo observaría todo: gestos, expresiones, qué ojos miraban a quién, quién hablaba, quién evitaba hablar con nadie. Se preguntó si algo de lo que ella había averiguado y le había contado le serviría a él de alguna utilidad.

Maude Dalgetty se hallaba cerca de la cabecera de la tumba. Estaba un poco más rellenita que en sus días de apogeo y las líneas del rostro se le marcaban, pero seguía teniendo una expresión digna, generosa y modelada por el sentido del humor. Aún era una belleza, tal vez lo sería siempre. Cuando estaba relajada, como era el caso, no había nada amargo en sus rasgos, nada que hiciera pensar en remordimientos.

A su lado, John Dalgetty permanecía muy rígido y evitaba dedicar la más ligera mirada hacia Quinton Pascoe, que estaba en idéntica actitud, cumpliendo su último deber para con un hombre al que había apreciado pero con quien se había peleado con ferocidad. Era la actitud de un soldado ante la tumba de un enemigo caído. La de Dalgetty era también la postura de un soldado, pero que

expresaba su duelo por un compañero de batallas. Ni una sola vez durante el servicio religioso se dirigieron una mirada para reconocer la presencia del otro.

Josiah Hatch se había despojado del sombrero, como el resto de los hombres, y parecía aterido como si el viento le calase hasta los huesos. Prudence no estaba con él, ni tampoco las hermanas Worlingham. Seguían profesando la creencia de que las damas no deben asistir a los funerales.

Clitheridge encontró por fin la forma de concluir sus palabras y los enterradores comenzaron a echar paladas de tierra en la fosa.

—Gracias a Dios —dijo Shaw a la espalda de Charlotte—. Irá al banquete fúnebre, ¿no es así?

—Desde luego —respondió ella.

Vespasia se volvió poco a poco y miró a Shaw con frío interés.

Él hizo una reverencia.

—Buenos días, *lady* Cumming-Gould. Es una gentileza por su parte el haber venido, sobre todo con la estación tan avanzada y con este aire tan desapacible. Estoy seguro de que Amos lo habría apreciado.

Vespasia parpadeó levemente con un imperceptible gesto de diversión.

—¿Lo cree así?

Él comprendió y recurrió al instante a su franqueza de siempre.

—Ha venido por Clemency. —Ya lo sabía, pero lo vio corroborado por la expresión de la dama—. No es la conmiseración lo que la ha traído aquí, y tiene toda la razón, a los muertos no les afectan nuestras emociones. Es por rabia. Sigue empeñada en descubrir quién la mató y por qué.

—Muy perspicaz por su parte —acordó Vespasia—. Sí, lo estoy.

El rostro de Shaw se tornó sombrío y su frágil ironía se fundió como la nieve al sol.

—Yo también.

—Entonces será mejor que vayamos al banquete fúnebre. —Levantó la mano ligeramente y él le ofreció el brazo—. Gracias —dijo. Y, con el sombrero rozándole el magnífico arco de los hombros, caminó con dignidad hacia el carruaje que la esperaba.

Al igual que con ocasión del funeral de Clemency, la reunión tuvo lugar en casa de los Worlingham, por diversos motivos. En primer lugar, era imposible celebrarla en casa de Lindsay, puesto que ésta no era otra cosa que un amasijo de vigas que formaban tortuosos ángulos entre medio de los montones de escombros calcinados. Por su parte, la de su estimado amigo Shaw no estaba en mejores condiciones. Difícilmente hubiera podido ofrecerse a celebrarla en la casa de huéspedes de la señora Turner: no era lo bastante grande y estaba ocupada por personas que podían sentirse incómodas por un acontecimiento

como aquél.

La elección se reducía a la alternativa entre la casa de los Worlingham y la vicaría. En cuanto tomaron conciencia, Celeste y Angeline se ofrecieron a ceder su casa y servicio para todo lo que hiciera falta. Era una cuestión de deber. No habían tenido un especial aprecio por Amos Lindsay, y mucho menos por su forma de pensar, pero eran las hijas del obispo y estaban al frente de la sociedad cristiana de Highgate. La posición debe relegar los sentimientos personales, en especial para con los muertos.

Lo dispusieron todo sin exageración, no fuera el caso que alguien pudiera malinterpretar que habían dado su beneplácito a Amos Lindsay.

Recibieron a todos en la puerta de doble batiente de acceso al comedor, en cuya mesa de caoba había diversas empanadas y fiambres. El centro de mesa estaba formado por lirios cuya intensa y lánguida fragancia le dio a Charlotte una impresión de somnolencia y desmayo. Las persianas estaban bajadas hasta la mitad, y a que, al menos por aquel día, la casa estaba de duelo. De los cuadros e inscripciones de las paredes, así como de los postes de las escaleras y los dinteles de las puertas, colgaban los oportunos crespones negros.

Los aspectos más formales del banquete se dispusieron con minuciosidad. Habría sido imposible proporcionar asiento a todo el mundo, pero además, como Shaw había invitado a las personas que se le había antojado (incluido Pitt, para indignación de las hermanas Worlingham y el reverendo), los sirvientes no podían saber de antemano el número total de asistentes.

De modo que la comida estaba dispuesta en la mesa y el mayordomo y las doncellas, que esperaban con discreción junto a la puerta, eran los encargados de servirla a los comensales, que permanecían de pie y podían hablar entre sí para apenarse, cuchichear y expresar sus imprecisas alabanzas del muerto hasta que llegara el momento de pronunciar los parlamentos preparados, primero el del vicario y luego el de Shaw, como amigo más íntimo del difunto. Los asistentes pudieron también degustar algunas de las mejores botellas de oporto, o algún vino más suave en el caso de las damas. Con la carne se sirvió vino tinto.

—No sé cómo vamos a poder enterarnos de nada —dijo Emily con un mohín de decepción—. Todo el mundo está representando su papel. Clitheridge se muestra incompetente y agobiado, mientras su mujer trata de compensar sus carencias y no os quita ojo a ti y al doctor Shaw. Si las miradas hicieran daño, ahora mismo tendrías el pelo arrancado a mechones y el vestido hecho trizas.

—¿Puedes culparla? —le respondió Charlotte en un susurro—. El reverendo no es precisamente un hombre que altere el pulso, ¿no crees?

—No seas vulgar. Pero no, no lo es. Antes me quedo con el doctor, a menos que sea el asesino de su mujer, claro.

Charlotte no encontró respuesta satisfactoria, pues sabía que, por mucho que le doliera, podía ser verdad. Así que se dio media vuelta y le clavó el codo en las

costillas como sin querer.

—¡Uf! —Encajó Emily la indirecta.

Flora Lutterworth iba cogida del brazo de su padre, con el velo del sombrero plegado para poder comer. Tenía las mejillas sonrojadas y en su preciosa boca se dibujaba una leve y coqueta sonrisa. Charlotte sintió curiosidad por saber qué la había motivado.

Desde el extremo opuesto de la estancia, Pitt se fijó también en aquella sonrisa y tuvo la acertada intuición de que guardaba alguna relación con Murdo. Le pareció probable que Murdo no encontrara grandes dificultades en cortejar a la señorita Lutterworth. De hecho, a aquellas alturas debía haber descubierto ya que ello era posible a pesar de lo que pensara de sí mismo y que era mucho más fácil de lo que suponía.

Pitt iba más elegante de lo habitual en él: cuello muy pulcro y corbata bien recta, al menos hasta ese momento, y en los bolsillos sólo llevaba un pañuelo limpio (el de seda de Emily sólo era de adorno), un lápiz pequeño y un trozo de papel por si quería anotar algo. Cosa que estaba de más, ya que nunca lo hacía, pero lo consideraba algo que un policía eficiente debía llevar.

Se dio cuenta de que Shaw lo había invitado con la intención de molestar a Angeline y Celeste. Era una forma de dejar claro que aunque el acto social estuviera celebrándose en casa de los Worlingham, aquél era el banquete fúnebre en honor de Amos Lindsay y que él, Shaw, era el anfitrión y podía invitar a quien le pareciera. Con tal fin se colocó de pie en la cabecera de la mesa, en postura bien erguida, y se comportó como si los sirvientes que ofrecían las empanadas de carne y el borgoña fueran los suyos propios. Fue dando la bienvenida a los invitados, con especial énfasis en Pitt. No miró ni una sola vez hacia los severos semblantes de Angeline y Celeste, que llevaban sendos vestidos de bombasí negro con cuentas azabache y permanecían por detrás de él y algo escoradas a un lado. Sonreían con reserva a aquellas personas cuya presencia aprobaban, como Josiah y Prudence Hatch, Quinton Pascoe o tía Vespasia; dirigían un educado asentimiento de la cabeza a quienes toleraban, como los Lutterworth y Emily y Jack; e ignoraban por completo a aquéllos cuya presencia consideraban una afrenta deliberada, como Pitt y Charlotte, si bien como habían llegado por separado y no habían hablado entre sí, las hermanas no los relacionaron de inmediato.

Pitt cogió su deliciosa empanada de carne, un poco de liebre estofada y pan negro con mantequilla y fiambre adobado, así como una copa de borgoña, y, algo apurado por la dificultad de moverse con todos aquellos manjares, comenzó a pasearse por el comedor mientras escuchaba conversaciones al azar y observaba a los asistentes, tanto a aquellos que hablaban como, de un modo especial, a quienes estaban solos y no eran conscientes de ser observados.

¿Cuál había sido el curso exacto de los acontecimientos durante el día o dos

que precedieron a la muerte de Clemency Shaw? Desde hacía algún tiempo, tras descubrir el origen del dinero de los Worlingham, se había dedicado a repartir su propia herencia hasta casi agotarla, con el fin de paliar la triste situación de las víctimas de la miseria, ya fuera a través de la ayuda directa, o bien de forma indirecta luchando contra una legislación que permitía a los propietarios obtener unos beneficios abusivos de una forma tan discreta que su reputación no podía verse salpicada por el escándalo.

¿Cuándo se lo había contado ella a Shaw? ¿O lo había descubierto él por su propia cuenta, quizá al ver agotada la fortuna, y ello había sido causa de una agria disputa? ¿No habría actuado él con más cautela, haciendo ver que estaba de acuerdo y luego...? No. Si él había disimulado su descontento, tenía que ser porque había supuesto que quedaba una cantidad sustancial de dinero... la suficiente para que valiera la pena matar por ella.

Miró por encima de las cabezas de dos mujeres que hablaban entre sí, en dirección hacia la cabecera de la mesa, donde Shaw, que seguía sonriendo y asintiendo con la cabeza a todo el mundo, estaba ahora hablando con Maude Dalgetty. Parecía muy tenso. Los músculos de los hombros se le marcaban bajo la tela de su chaqueta negra, como si estuviera a punto de entrar en acción y ponerse a dar puñetazos en el aire, o a salir corriendo de un lado a otro, o a hacer cualquier otra cosa para dar rienda suelta a la furia acumulada en su interior. A Pitt le costaba creer que aquel hombre hubiera podido contener tan bien su temperamento que Clemency, quien debía conocer cada uno de los matices de su semblante, de su tono de voz y sus gestos, no hubiera comprendido el poder de su rabia y con ello un asomo al menos del peligro que ella corría.

¿Qué sintió ella cuando Josiah Hatch anunció que iban a colocar un vitral en la iglesia en honor del viejo obispo, con el aspecto de uno de los primeros santos cristianos? Qué ironía tan intolerable. ¿Cómo había sido capaz de dominarse y guardar silencio? Porque eso era lo que había hecho. El anuncio había tenido carácter público, y si ella hubiera dado el menor indicio de conocer algún secreto inconfesable, en su calidad de familia la habrían escuchado, aunque pudieran no creerla por completo.

¿Era concebible una conspiración, que todo el mundo hubiera guardado silencio?

Miró los sombríos rostros repartidos por la estancia. Todos mantenían una conveniente seriedad para la ocasión: Clitheridge, acuciado y nervioso; Lally, saliendo al paso de las intervenciones de su marido y pendiente de Shaw; Pascoe y Dalgetty, evitándose calculadamente, con los bultos que les formaban los vendajes bajo sus trajes de luto resultado de su reyerta, sin olvidar la mejilla suturada de Dalgetty. Matthew Oliphant hablaba con calma, una palabra de consuelo aquí, un gesto afectuoso allá; el rostro de Josiah Hatch estaba blanco, salvo allí donde había recibido la gélida caricia del viento; Prudence estaba más

relajada, sus miedos parecían disipados; Angeline y Celeste estaban discretamente enojadas; los Lutterworth eran tratados con condescendencia, como siempre que estaban en sociedad. No, no era posible que aquella gente tan dispar hubiera podido unirse en una conspiración. Había varios que no tenían el menor interés en proteger la reputación de los Worlingham. Dalgetty se hubiera sentido más bien encantado de poder difundir una historia tan irónica: en último término, como ejemplo de la libertad de expresión luchando contra el orden establecido y aunque sólo fuera por enfurecer a Pascoe.

Y Amos Lindsay, si tanto simpatizaba con las ideas socialistas de los fabianos, a buen seguro se habría reído y no lo habría guardado precisamente en secreto.

No cabía duda de que nadie había dicho nada cuando se hizo el anuncio del vitral. Y los planes para llevarlo a cabo habían seguido su curso: se había reunido dinero, se había adquirido el vidrio, se había contratado a los artistas y cristaleros, y se había invitado al arzobispo de York para la dedicatoria oficial, ceremonia a la que asistiría Highgate en pleno y la mitad norte de la diócesis de Londres.

Pitt bebió un sorbo de vino. Era buenísimo. El viejo obispo debía de haber legado una bodega excelente, como todo lo demás. A los diez años de su muerte, y con Theophilus también desaparecido, aún quedaba calidad suficiente a la que recurrir para solventar un asunto que no era más que un deber para Celeste y Angeline.

El vitral del obispo Worlingham debía de estar costando una suma considerable, y de acuerdo con la familia, el propósito era en parte demostrar el gran aprecio que la comunidad de Highgate le había profesado al obispo. Por eso debía sufragarse con dinero público de la parroquia, además del de cualquier persona que deseara contribuir de forma personal.

¿Quién lo había organizado todo? ¿Celeste? ¿Angeline? No. Había sido Josiah Hatch. Tenía que ser un hombre, claro. No podían dejar un asunto como aquél en manos de unas mujeres mayores. Y sería más apropiado además si no se encargaba alguien que fuera un familiar directo. Eso dejaba a los dos nietos políticos: Hatch y Shaw. Hatch era un hombre de iglesia y profesaba hacia el obispo una reverencia que excedía a la de sus propias hijas. Era el verdadero heredero espiritual del obispo.

Además, la sola idea de Stephen Shaw colaborando en un proyecto como aquél resultaba ridícula. Había mostrado hacia el obispo una clara antipatía, ya en vida de aquél. Pero ahora que sabía cuál era la verdadera fuente de su riqueza, él, que cada día tenía que asistir a las víctimas de esa codicia, lo despreciaba con ardor.

Pitt se preguntó qué le diría Shaw a Hatch cuando éste le pidió una aportación. Debió de ser un momento memorable: Hatch con la palma de la mano extendida en solicitud de dinero para un vitral conmemorativo en el que se representaba al obispo con figura de santo; y Shaw recién enterado de que la fortuna del obispo

procedía de la miseria de cientos de personas y de la explotación y la muerte de muchas de ellas. Y su mujer que había donado hasta el último penique de su herencia para reparar al menos una pequeña parte de aquella iniquidad.

¿Habría sido capaz Shaw de mantener la calma y la boca cerrada?

Pitt volvió a mirar entre la multitud aquel apasionado y dinámico rostro de una sinceridad inmisericorde.

¿Seguro que sí?

Shaw daba golpes en la mesa con una mano, mientras con la otra levantaba una copa.

Poco a poco el bullicio de las conversaciones fue apagándose y todos se volvieron hacia él.

—Damas y caballeros —dijo con voz nítida y vibrante—. Estamos hoy aquí reunidos, gracias a la amable invitación de las señoritas Celeste y Angeline Worlingham, para honrar al amigo que nos ha dejado, Amos Lindsay. Me parece oportuno, pues, pronunciar algunas palabras en su recuerdo.

Alguien cambió con incomodidad el pie de apoyo, se oyó el crujido de un rígido corsé, el ligero frufú del tafetán, el chasquido de unos zapatos, una exhalación.

—El reverendo habló de él en la iglesia —continuó Shaw, elevando un poco la voz—. Alabó sus virtudes, o quizá sería más exacto decir que alabó una lista de virtudes que es costumbre atribuir a los que acaban de morir y que nadie discute, pues no habrá nadie que diga: «No, no, ni hablar, Fulano no era así». —Alzó un poco más la copa—. ¡Pero yo sí lo digo! Quiero brindar por su recuerdo auténtico, no por una réplica en escayola pulcra y deshumanizada, privada de todas sus debilidades y por tanto también de todas sus virtudes.

—Por favor... —Clitheridge, pálido, dudaba entre dar un paso al frente e interrumpir el discurso o la no tan atrevida opción de protestar y esperar que prevaleciera el buen gusto de Shaw—. Yo creo... ¿no le parece...?

—No, no me parece nada. Odio esas melindreces piadosas de que era un pilar de la comunidad, un hombre temeroso de Dios y una persona querida por todos. ¿Es que no les queda sinceridad en el alma? ¿Cómo pueden decir que todos querían a Amos Lindsay? ¡Cuánta afectación!

Esta vez se oyó un claro gemido y Clitheridge se volvió desesperado, como si creyera que podía producirse un milagro salvador.

—Quinton Pascoe le tenía miedo y estaba horrorizado por lo que escribía. Le habría censurado si hubiera podido.

Se produjo un ligero murmullo al tiempo que todos se volvían hacia Pascoe, que enrojeció como la grana. Pero antes de que pudiera protestar, Shaw continuó.

—Y Celeste y Angeline aborrecían todo aquello que él defendía. Estaban convencidas, y siguen estándolo, de que sus ideas fabianas no son cristianas y de

que si la sociedad permite que se propaguen serán la causa del final de todo lo civilizado y beneficioso para la humanidad, o en cualquier caso para la clase a la que pertenecemos, que es la única que a ellas les importa porque es la única que conocen. Es la única que su santo padre permitió que conocieran.

—¡Está borracho! —profirió Celeste en un furioso susurro.

—Al contrario, estoy muy sobrio —repuso Shaw, mirando la copa que sostenía en la mano—. Ni el mejor borgoña de Theophilus ha podido afectarme. Lo menos que le debo al pobre Amos es tener el espíritu templado al hablar de él, aunque Dios sabe que tendría suficientes motivos para emborracharme. En las últimas semanas he visto cómo me arrebataban a mi mujer, mi casa y mi mejor amigo. Y ni siquiera la policía, que actúa con la mayor diligencia, parece tener la más ligera idea acerca del culpable.

—Esto es de lo más indecoroso —dijo Prudence quedamente, aunque la oyeron varias personas.

—Quería usted hablarnos del señor Lindsay —le recordó Oliphant.

Shaw mudó la expresión. Bajó la copa y la dejó encima de la mesa.

—Sí, tiene razón. No es el momento ni la ocasión de hablar de lo que he perdido. Estamos aquí para recordar a Amos... para recordarlo con la veracidad del hombre vital que era. Le haríamos un flaco servicio si le pintáramos en colores pastel y omitiéramos sus defectos, y por tanto sus victorias.

—No debemos hablar mal de los muertos, Stephen —le reprochó Angeline tras aclararse la garganta—. Es una actitud muy poco cristiana y completamente innecesaria. Estoy segura de que todos apreciábamos al señor Lindsay y que sólo pensábamos de él lo mejor.

—No, no es verdad —le contradijo—. ¿Sabían que estaba casado con una mujer africana? Negra como el as de picas y hermosa como una noche de verano. Y tenía hijos, aunque están todos en África.

—Por favor, Stephen... ¡esto es una irresponsabilidad! —Celeste se adelantó y lo cogió por el codo—. Él ya no está entre nosotros para defenderse...

Shaw movió la cabeza con brusquedad.

—¡Maldita sea, no necesita defenderse de nada! ¡Casarse con una africana no es ningún pecado! Cometió pecados, sí, y muchos... —Abrió los brazos de forma expresiva—. De joven era violento, bebía demasiado, se aprovechaba de los menos inteligentes que él, sobre todo si eran ricos, y tomó a mujeres que ciertamente no eran la suya. —Estiró el cuello con angustia y bajó el tono—. Pero también fue un hombre compasivo después de conocer el dolor: nunca fue un mentiroso, ni un fanático. —Lanzó una mirada a todos los reunidos—. Nunca difundió chismes de nadie, y era capaz de llevarse un secreto a la tumba. No era pretencioso y conocía a un hipócrita en cuanto lo veía. Detestaba la falsedad.

—Yo creo que... de verdad... —comenzó Clitheridge, sacudiendo las manos como si quisiera alejar de Shaw la atención de los presentes—. De verdad...

yo...

—Usted puede pontificar lo que quiera sobre cualquier otro. —La voz de Shaw sonaba otra vez con fuerza—. Pero Amos era mi amigo y pienso hablar de él tal como era. Estoy harto de oír tópicos y mentiras, ¡me pone enfermo! Ni siquiera fue capaz de hablar de Clem con un poco de honestidad. Se limitó a articular un montón de vacuas frases piadosas y no dijo nada de lo que de verdad le gustaba. Hizo que pareciera una pobre mujer callada, sumisa e ignorante que consumía su vida en la obediencia y en inútiles obras de caridad con los pobres de la parroquia. Hizo que pareciera una mujer sin rasgos particulares, una cobarde de espíritu, una persona sin inteligencia. ¡Y ella no era así! —Estaba tan furioso y tan desgarrado por el dolor, que se le había encarnado la cara, le brillaban los ojos y le temblaba el cuerpo. Ni siquiera Celeste se atrevía a interrumpirlo—. Eso no tenía nada que ver con Clem. Tenía más coraje que todos ustedes juntos... ¡y más honestidad!

Pitt observó a los presentes. ¿Había alguno que delatara miedo ante lo que pudiera decir Shaw a continuación? En el rostro de Angeline había ansiedad, y en el de Celeste desagrado, pero no apreciaba el temor que debían haber sentido si hubieran sido conocedoras del descubrimiento de Clemency. Tampoco en la expresión de Prudence veía nada, ni en el perfil de Josiah, salvo un desprecio hierático.

—Sólo Dios sabe cómo podía ser una Worlingham —prosiguió Shaw con el puño cerrado y el cuerpo inclinado como si fuera a abalanzarse—. Theophilus no era más que un viejo hipócrita codicioso y arrogante... y un cobarde hasta el final.

—¡Cómo te atreves! —Celeste perdió toda la compostura—. Theophilus fue un hombre excelente que vivió en la honestidad y la caridad. ¡Tú sí eres un codicioso y un cobarde! ¡Si lo hubieras atendido como debías, como médico y como yerno, aún estaría vivo!

—Sí, es verdad —añadió Angeline, a quien le temblaba la barbilla—. Era un hombre noble que siempre cumplió con su deber.

—¡Murió arrastrándose por el suelo con puñados de billetes a su alrededor, decenas de miles de libras! —explotó Shaw—. ¡Si alguien lo mató, debió de ser el mismo que lo chantajeaba!

Se produjo un silencio de horror y asombro. Por unos segundos todos contuvieron la respiración. Entonces se oyó el grito de Angeline y el ahogado sollozo de Prudence.

—¡Cielo santo! —exclamó Lally al fin.

—¿Qué demonios está diciendo? —preguntó Lutterworth—. ¡Eso es un ultraje! Theophilus Worlingham era un hombre relevante en la comunidad. ¿En qué se basa para decir algo así? No fue usted quien lo encontró, ¿me equivoco? ¿Quién dice que había todo ese dinero a su alrededor? A lo mejor pensaba hacer

una adquisición importante.

El rostro de Shaw echaba ascuas. Dijo en tono de mofa:

—¿Con siete mil cuatrocientas ochenta y tres libras en metálico?

—A lo mejor guardaba el dinero en su casa —sugirió Oliphant sin alterarse—. Hay personas que lo hacen. Tal vez estaba contándolo cuando le sobrevino el ataque. Porque murió de un ataque, ¿verdad?

—Sí —corroboró Shaw—. Pero el dinero estaba diseminado por toda la habitación y sostenía cinco bonos del tesoro en la mano, que tenía extendida hacia adelante como si hubiese querido dárselos a alguien. Todo indicaba que no estaba solo.

—¡Eso es una mentira monstruosa! —gritó Celeste—. ¡Es una perversidad, y tú lo sabes! Estaba completamente solo, el pobre. Fue Clemency quien lo encontró, y te llamó.

—Clem lo encontró y me llamó, es verdad. Pero Theophilus estaba tendido en su estudio con las puertas de cristal que daban al jardín abiertas... ¿Quién puede asegurar que ella fue la primera persona en llegar? El cuerpo estaba casi frío cuando lo encontró.

—¡Por el amor de Dios! —saltó Josiah Hatch—. ¡Está hablando de su propio suegro... y del hermano de las señoritas Worlingham! ¿Es que no le queda un ápice de decencia?

—¡Decencia! —Shaw se volvió hacia él—. No es ninguna falta de decencia hablar de la muerte. Estaba tendido en el suelo, con el rostro amoratado, los ojos desorbitados, el cuerpo frío y quinientas libras en bonos del tesoro sujetos con tanta fuerza que no pudimos quitárselos para amortajarlo. ¡Lo que es una indecencia es de dónde procedía ese maldito dinero!

Todo el mundo se removió con incomodidad, temerosos de mirarse entre sí pero sin poder evitarlo. Las miradas se buscaban y se apartaban al encontrarse. Alguien tosía.

—¿Antes dijo chantaje? —preguntó alguien—. ¡No a Theophilus!

A una mujer se le escapó una risita nerviosa y se llevó la mano a la boca para sofocarla.

Se produjo un agudo murmullo sibilante, interrumpido de repente.

—¿Hector? —Se oyó la voz de Lally.

Clitheridge, sonrojado hasta las orejas, tenía un aspecto de profunda desdicha. Una fuerza exterior parecía impulsarlo hacia la cabecera de la mesa donde estaban Shaw y Celeste, ésta un poco detrás y a la derecha, lívida y con el cuerpo presa de la agitación.

—¡Ejem! —Clitheridge se aclaró la garganta—. Ejem... yo... bueno... —Miró alrededor en busca de ayuda, pero no la encontró. Miró a Lally en un último intento, con el rostro escarlata y suplicante, pero tuvo que rendirse al fin—. Yo... ejem... me temo que fui el único... bueno, el único con el que

Theophilus antes de morir... al menos en sus últimas horas... eh... —Se aclaró una vez más la garganta con furia—. ¡Ejem! Me envió una nota en la que me pedía que fuera a verle... —Miró implorante a Lally, pero la resolución de ésta era implacable. Aspiró hondo y prosiguió en medio de un temible sentimiento de desdicha—. Lei la nota y fui enseguida a su casa... parecía que se trataba de algo muy urgente. Yo... entonces... le encontré en un estado de gran... agitación. Nunca había visto a nadie así. —Cerró los ojos y su voz se atipló al rememorar el horror vivido—. Estaba fuera de sí. Balbuceaba al hablar, y se ahogaba, y no dejaba de mover los brazos. Había montones de bonos del tesoro encima de su escritorio. Estaba frenético. Tenía un aspecto tan lamentable que le supliqué que me dejara ir a buscar al doctor, pero no quiso ni oír hablar de eso. Aunque no estoy seguro que llegara a comprender mis palabras. Seguía insistiendo en que tenía un pecado que confesar. —Los ojos de Clitheridge se movían en todas direcciones, pero evitaba mirar a las hermanas Worlingham. Gotas de sudor le perlaban la frente y se retorcia las manos nerviosamente.

» Se puso a arrojarme el dinero y a pedirme que me lo quedara... para la iglesia, para los pobres... para lo que yo quisiera. Y quería que escuchara su confesión... —Su voz se desvaneció, incapaz de encontrar las palabras ante la angustia del recuerdo.

—¡Mentiras! —profirió Celeste—. ¡No es más que una sarta de mentiras! Theophilus nunca hizo nada de que avergonzarse. Debía estar sobreviniéndole el ataque y usted lo malinterpretó todo. En nombre del cielo, ¿por qué no fue a avisar al doctor, pedazo de memo?

Clitheridge se aclaró la garganta de nuevo.

—No le sobrevenía ningún ataque —dijo indignado—. Se abalanzaba sobre mí, trataba de agarrarme y obligarme a que cogiera el dinero, ¡todo el que había allí! ¡Miles de libras! Y quería que yo escuchara su confesión. Yo estaba... estaba abrumado. No había visto nada tan... tan espantoso en toda mi vida.

—¿Y qué hizo entonces, en nombre de Dios? —preguntó Lutterworth.

—Yo... pues... —Clitheridge tragó saliva—. ¡Salí corriendo! Huí de aquella horrible habitación, salí por las puertas acristaladas... crucé el jardín y volví a la vicaría.

—Y se lo contó a Lally, que se apresuró a encubrirlo, como siempre —concluyó Shaw—. Dejando que a Theophilus le diera un ataque y se muriera sosteniendo el dinero en la mano. ¡Una actitud muy cristiana! —Una vez más la honestidad apaciguó el desprecio—. Tampoco hubiera podido hacer mucho por salvarlo...

Clitheridge se sintió hundido por la culpa y la turbación. Sólo Lally se apercibió de ello y le dio unas palmaditas distraídamente, como habría hecho con un niño.

—Pero ¿y todo ese dinero...? —preguntó Prudence. Estaba confusa y

asustada—. ¿Para qué era? No tiene ningún sentido. Él no guardaba el dinero en casa. ¿Y dónde ha ido a parar?

—Lo devolví al banco, que fue de donde lo sacó —contestó Shaw.

Angeline estaba al borde de las lágrimas.

—Pero ¿para qué lo quería? ¿Por qué iba a sacar el pobre Theophilus todo su dinero del banco? ¿De verdad tenía intención de donarlo todo a la iglesia? ¡Qué noble por su parte! ¡Qué propio de él! —Tragó saliva—. ¡Y qué propio de papá, también! Stephen... deberías haber hecho lo que él deseaba. Hiciste mal depositándolo otra vez en el banco. Claro que comprendo tus motivos. Querías que Prudence y Clemency pudieran heredarlo todo, no sólo la casa y las inversiones... pero aun así hiciste mal.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Shaw—. ¡Qué mujer tan idiota! ¡Theophilus quería dárselo a la iglesia para comprar su salvación! ¡Era un dinero sucio! Provenía de las casas de la miseria... Cada penique procedía de los pobres, de los dueños de burdeles, de los beneficios de los tugurios de peor fama, de los propietarios de fábricas de explotación y de los traficantes de opio, que lo venden en dormitorios hacinados donde los adictos se acuestan en fila y fuman hasta olvidarse de sí mismos. De ahí procedía el dinero de los Worlingham. El viejo obispo lo obtuvo penique a penique de Lisbon Street y sabe Dios de qué otros lugares como ése... Y con él construyó este gran palacio, para él y para su familia.

Angeline se llevó los puños a la boca, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro. Celeste no la miró siquiera. La conmoción y el derrumbe de su mundo acababa de separarlas. Celeste permanecía con la expresión dura y la mirada ausente, mientras en su interior cobraba cuerpo un odio inmenso y una ira insoportable.

—Theophilus lo sabía —continuó Shaw inclemente—. Y al final, cuando pensó que iba a morir, se sintió aterrizado y trató de devolverlo... pero llegó tarde. Yo no lo sabía entonces... ni siquiera sabía que ese necio de Clitheridge había estado allí, ni tampoco para qué era el dinero. Me limité a llevarlo al banco porque era de Theophilus y porque no iba a dejarlo desparramado por el suelo. Sólo supe de dónde procedía cuando Clemency lo descubrió y me lo dijo. Ella lo donó todo por la vergüenza que sintió, y por si podía reparar en algo el daño cometido.

—¡Eso es mentira! ¡Satanás habla por tu boca! —Josiah Hatch se abalanzó con el rostro sofocado y las manos como garras dispuestas a estrangular a Shaw y acallararlo para siempre—. ¡Blasfemo! Mereces morir... No sé por qué Dios no te fulmina, como no sea porque se sirve de nosotros, sus pobres criaturas, para cumplir con sus designios.

Tenía ya a Shaw en el suelo bajo la furia de su ataque y su desesperación, cuando Pitt se abrió paso entre la multitud, que permanecía inmóvil y

horrorizada. Los apartó a un lado sin contemplaciones, hombres y mujeres por igual, hasta que pudo atrapar a Hatch por los hombros y tirar de él con fuerza. Pero Hatch estaba imbuido de la fortaleza de los devotos, hasta de los mártires si era preciso.

Pitt le ordenaba que se detuviera, aunque sabía muy bien que no podía oírlo.

—¡Eres un demonio! —mascullaba Hatch con los dientes apretados—. ¡Un blasfemo! Si dejas que vivas acabarás por manchar todo lo que hay de limpio y puro en este mundo. Vomitarás tus sucias ideas sobre todo lo que se ha hecho de bueno. Sembrarás la semilla de la duda allí donde había fe. Difundirás tus obscenas mentiras sobre el obispo y conseguirás que la gente se burle de un santo al que antes adoraban. —Hablaba entre sollozos, con las manos atenazando el cuello de Shaw, el pelo caído sobre las cejas y el rostro encendido—. Es preferible que un hombre muera a que un pueblo entero se agoste en el escepticismo. Debes ser expulsado, hombre corrupto y destructor. Debes ser arrojado al mar con una piedra atada al cuello. ¡Mejor que no hubieras nacido, criatura del infierno!

Pitt lo golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza y, tras unos segundos de convulsión durante los cuales se debatió con los brazos en el aire y abrió la boca sin emitir sonido alguno, Josiah Hatch se derrumbó en el suelo, donde se quedó inmóvil, con los ojos cerrados y las manos crispadas como zarpas.

Jack Radley se abrió paso entre la gente y acudió en ayuda de Pitt. Se inclinó sobre Hatch y lo sostuvo.

Celeste sufrió un desvanecimiento y Oliphant la depositó con cuidado en el suelo.

Angeline lloraba como una niña, sola y extraviada, en completo desamparo.

Prudence estaba petrificada, como si la vida la hubiera abandonado.

—¡Llaman al agente Murdo! —ordenó Pitt. Nadie se movió.

Pitt dio un respingo con la intención de repetir la orden, pero vio cómo Emily se dirigía hacia la entrada principal, donde Murdo estaba de vigilancia.

Por fin la vida volvió a los asistentes. Roce de tafetán, crepitar de corsés, un general suspiro de alivio; las mujeres se arrimaron a los hombres.

Shaw se puso en pie, con el semblante pálido y los ojos sombríos. Todos se volvieron hacia otro lado, salvo Charlotte, quien se acercó a él. Shaw estaba temblando. Ni siquiera se molestó en alisarse la ropa. Tenía el cabello revuelto, la corbata hecha un lío y el cuello torcido. La chaqueta se le había ensuciado de polvo y una manga se le había rasgado por la sisa. Tenía la cara llena de rasguños y moretones.

—¡Fue Josiah! —exclamó roncamente—. Él mató a Clem y a Amos, pero quería matarme a mí.

—Sí —convino Charlotte con voz serena—. Quiso matarle a usted las dos veces. Las muertes de Lindsay y de Clemency fueron accidentales, porque usted

no estaba en casa. Aunque tal vez no le importara que muriera también Amos, ya que no tenía ningún motivo para suponer que estuviera ausente, como en el caso de Clemency.

—Pero ¿por qué? —Shaw parecía dolido, como un niño al que pegan sin motivo—. Solíamos pelearnos, pero no iba en serio...

Charlotte encontraba penoso seguir hablando. Sabía lo doloroso que resultaba para Shaw, pero no tenía alternativa.

—Él entendía que usted se burlaba de él...

—Por el amor de Dios, Charlotte, ¡él se lo buscaba! Era un hipócrita, los valores que defendía eran absurdos. Al viejo Worlingham le tenía veneración, cuando no era más que un hombre codicioso y cruel, y sobre todo corrupto, que fingía actitudes de santurrón... No sólo robaba a la gente de forma indiscriminada, sino que desposeía de lo poco que tenían a los más indigentes. Josiah se ha pasado la vida alabando y predicando mentiras.

—Unas mentiras que él tenía en alta estima.

—¡Mentiras, Charlotte! ¡No eran más que mentiras!

—Lo sé. —Le sostuvo la mirada y vio en sus ojos la tristeza, la incomprensión y la terrible profundidad de su inquietud. Era un amargo trago el que iba a hacerle pasar, pero era la única forma de ayudarlo—. Todos necesitamos tener nuestros propios héroes, y nuestros sueños, sean reales o falsos. Y si uno está dispuesto a destruir los sueños de alguien, si se da el caso de que había edificado toda su vida sobre ellos, antes tiene que haberlo reemplazado con algo. Antes, doctor Shaw. —Él frunció el entrecejo ante la solemnidad con que ella le hablaba—. No después. Porque entonces ya es demasiado tarde. Ser un iconoclasta, destruir los ídolos falsos o que uno considera falsos, es muy divertido, le proporciona a uno un maravilloso sentimiento de superioridad moral. Pero hay que pagar un precio muy alto por decir la verdad. Usted es libre de decir lo que le parezca, y probablemente así es como debe ser, si es que tiene que haber algún tipo de progreso en las ideas, pero entonces también es responsable de lo que suceda a causa de sus dichos.

—Charlotte...

—Pero usted dice las cosas sin pensar, ni preocuparse, y una vez dichas se da media vuelta y se va. Usted pensaba que era suficiente con decir la verdad. Pero no lo es. Josiah, al menos, no podía vivir con ella... y quizá usted debería haber pensado en eso. Usted lo conocía bien... era su cuñado desde hacía veinte años.

—Pero... —No pudo disimular su terrible dolor. Le importaba mucho lo que ella pensara de él y podía ver la crítica reflejada en su rostro. Buscaba su aprobación y su comprensión: un amor a la verdad tan puro como el suyo. Pero sólo pudo ver lo que había: la aceptación de que el poder lleva aparejada la responsabilidad.

—Usted tenía la potestad de darse cuenta —dijo ella, retrocediendo un paso

—. Tenía las palabras, la visión de conjunto, y el convencimiento de que era más fuerte que él. Pero a pesar de todo usted destruyó sus ídolos, sin pensar en lo que sería de él sin ellos.

Él abrió la boca para protestar, pero sólo profirió un desganado grito que era el indicio de que comenzaba a comprender una verdad mucho más amarga. Charlotte se volvió despacio y miró a Josiah, que estaba recobrando el sentido y era ayudado a incorporarse por Pitt y Jack Radley. En el vestíbulo, Emily traía al agente Murdo.

Shaw era incapaz de mirar a Angeline y Celeste, pero tendió las manos hacia Prudence.

—Lo siento —balbuceó—. De verdad lo siento mucho.

Prudence permaneció inmóvil unos segundos, incapaz de decidirse. Entonces extendió lentamente las manos hacia él y Shaw las cogió y las retuvo entre las suyas.

Charlotte se volvió y se abrió paso entre los asistentes en busca de Vespasia.

La anciana exhaló un suspiro y cogió a Charlotte por el brazo.

—Un juego muy peligroso, la destrucción de los sueños, qué locura —murmuró—. Como no podemos verlos, muchas veces creemos que no tienen poder destructivo... cuando en realidad nuestras vidas están construidas sobre ellos. Pobre Hatch, qué iluso, qué falsos eran sus ídolos. Pero a pesar de todo no podemos derribarlos impunemente. Shaw tiene mucho de lo que rendir cuentas.

—Él lo sabe —dijo Charlotte con calma, alcanzada ella también por el remordimiento—. Yo se lo he dicho.

Vespasia apretó la mano de Charlotte. No había necesidad de palabras.



ANNE PERRY (de nombre auténtico Juliet Marion Hulme). Nació el 28 de octubre de 1938 en Blackheath, Londres (Inglaterra), pero pasó gran parte de su niñez y adolescencia en Nueva Zelanda leyendo libros de autores como Lewis Carroll, Arthur Conan Doyle o Agatha Christie.

Anne fue protagonista de un escandaloso episodio en su juventud que fue objeto principal, con el protagonismo de Kate Winslet, de la película dirigida por Peter Jackson *Criaturas celestiales* (1994). Por aquella época, y todavía con el nombre de Juliet, Anne entabló una estrecha relación con Pauline Parker que terminó en el año 1954 con el asesinato de la madre de Pauline por parte de ambas.

Tras cumplir una pena de prisión de cinco años, Juliet, convertida en Anne Perry y condenada a no ver nunca más a Pauline (con quien se carteó a menudo), se marchó primero a los Estados Unidos y más tarde a Inglaterra, lugares en los que trabajó como comercial y azafata.

A finales de los años 70 dio inicio a su carrera como escritora, consiguiendo el éxito con su primera novela, *Los Crímenes de Carter Street* (*The Carter Street Hangman*) (1979), título protagonizado por el policía Thomas Pitt y su esposa Charlotte, personajes, junto a la serie del inspector William Monk y su compañera Hester, que le concedieron fama internacional.

Sus libros, algunos de ellos dignos sucesores de la gran maestra del relato policíaco Agatha Christie, están ambientados en la rígida sociedad victoriana y narrados con un estilo sencillo y ligero que hace muy agradable su lectura.

Otros títulos de su bibliografía son *Los cadáveres de Callander Square* (*Callander Square*) (1980), *La secta de Paragon Walk* (*Paragon Walk*) (1981), *El callejón de los resucitados* (*Resurrection row*) (1981), *Los robos de Rutland Place* (*Rutland Place*) (1983), *El ahogado del Támesis* (*Bluegate Fields*) (1984), *Silencio en Hanover Close* (*Silence in Hanover Close*) (1988), *El rostro de un extraño* (*The face of a stranger*) (1990), novela en la que aparece en escena por primera vez el detective William Monk, *Luto riguroso* (*A Dangerous Mourning*) (1991), *Defensa o traición* (*Defend and betray*) (1992), *Una duda razonable* (*A sudden fearful death*) (1993), *La prostituta de Pentecost Alley* (*Pentecost Alley*) (1996), *Sepulcros blanqueados* (*A breach of promise*) (1997), *La conspiración de Ashworth Hall* (*Ashworth Hall*) (1997), *El misterio de Brunswick Gardens* (*Brunswick Gardens*) (1998), *Las raíces del mal* (*The twisted root*) (1999), *La amenaza de Bedford Square* (*Bedford Square*) (1999), *Los escándalos de Half Moon Street* (*Half Moon Street*) (2000), *El degollador de Hyde Park* (*The Hyde Park Headsman*) (2002) o *Marea incierta* (*The shifting tide*) (2004).

Algunos de sus últimos libros publicados en español son *Asesino en la oscuridad* (*Dark assassin*), intriga criminal con el inspector Monk investigando la muerte de una pareja de amantes, y *No dormiremos*, novela ambientada en la Primera Guerra Mundial. En *El brillo de la seda* (2010) ambientaba su historia en la Constantinopla del siglo XIII para narrar las aventuras de Anna Zarides, una mujer disfrazada de eunuco.

Volvió con el inspector Monk en *Un mar oscuro* (2012), intriga con una conspiración criminal en torno al negocio del opio.

Anne reside en una localidad del noreste de Escocia llamada Portmahomack

Bibliografía de la serie Thomas Pitt

- 01 *Los crímenes de Cater Street* (1979).
- 02 *Los cadáveres de Callander Square* (1980).
- 03 *La secta de Paragon Walk* (1981).
- 04 *El callejón de los resucitados* (1981).
- 05 *Los robos de Rutland Place* (1983).
- 06 *El ahogado del Támesis* (1984).
- 07 *Venganza en Devil's Acre* (1985).
- 08 *Envenenado en Cardington Crescent* (1987).
- 09 *Silencio en Hanover Close* (1988).
- 10 *Los asesinatos de Bethlehem Road* (1990).
- 11 *Incendios en Highgate Rise* (1991).
- 12 *Chantaje en Belgrave Square* (1992).
- 13 *El caso de Farrier's Lane* (1993).
- 14 *El degollador de Hyde Park* (1994).
- 15 *El cadáver de Traitors Gate* (1995).
- 16 *La prostituta de Pentecost Alley* (1996).
- 17 *La conspiración de Ashworth Hall* (1997).
- 18 *El misterio de Brunswick Gardens* (1998).
- 19 *La amenaza de Bedford Square* (1999).
- 20 *Los escándalos de Half moon Street* (2000).
- 21 *La conspiración de Whitechapel* (2001).
- 22 *La medium de Southampton Row* (2005).
- 23 *Los secretos de Connaught Square* (2004).
- 24 *Los anarquistas de Long Spoon Lane* (2005).
- 25 *Un crimen en Buckingham Palace* (2008).

Notas

[1] De Alfred Tennyson (1809-1892), poeta de lo telúrico inglés. *(N. del T.)*. <<

[*] La baratea es un tipo de tejido de paño realizado con lana, algodón y seda.
(Nota de la Edición Digital). <<

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)